TALLER DE ENCUADERNACION
BIBLIOTECA CENTRAL DE LA
UNIVERSIDAD DE CHILE

ES PROPIEDAD.

DON CÁRLOS

INFANTE DE ESPAÑA.

POEMA DRAMÁTICO.

TRADUCCION DE

JOSÉ YXART.

Ilustracion de *Pablo Thumann* y *Adolfo Schmitz*.
Grabados de *H. Günther* y otros.

PERSONAS.

FELIPE II, Rey de España.
ISABEL DE VALOIS, su esposa.
EL PRÍNCIPE CÁRLOS.
ALEJANDRO FARNESIO, Príncipe de Parma, sobrino del Rey.
LA INFANTA CLARA-EUGENIA, niña de 3 años.
LA DUQUESA DE OLIVARES, gran dama de la córte.
LA MARQUESA DE MONDÉJAR. } Damas de la Reina.
LA PRINCESA DE ÉBOLI. . . . } Damas de la Reina.
LA CONDESA DE FUENTES. . . } Damas de la Reina.
EL MARQUÉS DE POSA, caballero de Malta. } Grandes de España.
EL DUQUE DE ALBA. . . . . } Grandes de España.
EL CONDE DE LERMA. . . . . } Grandes de España.
EL DUQUE DE FÉRIA. . . . . } Grandes de España.
EL DUQUE DE MEDINASIDONIA. . . . . } Grandes de España.
D. RAMON DE TAXIS. . . . . } Grandes de España.
DOMINGO, confesor.
EL GRAN INQUISIDOR del Reino.
EL PRIOR de una Cartuja.
UN PAJE de la Reina.
D. LUIS MERCADO, médico de la Reina.

DAMAS, GRANDES DE ESPAÑA, PAJES, OFICIALES y otras personas que no hablan.

ACTO I.

ESCENA PRIMERA.

El jardin del palacio de Aranjuez,

CARLOS.—DOMINGO.

DOMINGO.

PASARON los hermosos dias de Aranjuez, y Vuestra Alteza va á dejarnos sin haber recobrado su alegría. De modo que en vano habremos permanecido aquí. Romped vuestro enigmático silencio, abrid vuestro corazón, Príncipe, al corazon de un padre. Pagaria el Rey al más alto precio la felicidad de su hijo, la felicidad de su hijo único. *(Cárlos silencioso fija la vista en el suelo.)* ¿Puede existir por ventura algun deseo cuya realizacion niegue el cielo al más querido de sus hijos? Junto á vos me hallaba, junto á los muros de Toledo, cuando el altivo Cárlos recibió el homenaje de los príncipes que se apresuraban á besarle la mano, y en una sola genuflexion, en una sola, seis reinos se postraban á sus plantas. Allí estaba yo, y ví colorearse su rostro de legítimo orgullo, y alzarse su pecho henchido de magnánimas resoluciones, y tender su mirada ébria y ra-

diante de gozo á los congregados; Príncipe, aquella mirada decia: veo colmados mis deseos. *(Cárlos vuelve la cabeza.)* El grave y solemne pesar que se lee en vuestro semblante, de ocho meses acá, este enigma para toda la córte, este motivo de angustia para el reino, costó ya al Rey algunas noches penosas, y muchas lágrimas á vuestra madre.

CARLOS. — *(Volviéndose rápidamente.)* Mi madre ¡oh Dios! haz que yo perdone al que me la dió por madre.

DOMINGO. — Príncipe...

CARLOS. — *(Reponiéndose y pasando la mano por la frente.)* He sido muy desgraciado con mis diferentes madres, capellan. Mi primer acto, al abrir los ojos á la luz, fué dar la muerte á la que me habia dado el ser.

DOMINGO. — ¿Es posible, Príncipe, que la conciencia os reproche semejante accidente?

CARLOS. — Y mi segunda madre ¿no me ha arrebatado despues el amor de mi padre? Apenas me amaba, y mi único mérito consistia en ser su único hijo... ella, le da otro, ¡oh! ¡quién sabe lo que se prepara en los lejanos espacios del tiempo!

DOMINGO. — Acaso os chanceais, Príncipe... España entera idolatra á su soberana, ¿y sólo vos osariais mirarla con ojos de hiena, y sólo la desconfianza inspirará su aspecto á vuestro corazon? ¿Cómo, príncipe? la mujer más bella de este mundo, una reina, ayer vuestra prometida, imposible, Príncipe, increible, nunca. Donde todos hallan motivo de adoracion, ¿hallaria el Príncipe motivo de aborrecimiento?... Cuidad, Alteza, de que jamas advierta ella que desagrada á su hijo, porque esta noticia la afligiria.

CARLOS. — ¿Lo creeis así?

DOMINGO. — Sin duda V. A. recuerda todavía el torneo de Zaragoza, donde nuestro soberano fué herido de un bote de lanza. La Reina presenciaba el combate desde un balcon de palacio, sentada entre sus damas...

Súbitamente se oyó gritar: *El Rey está herido...* Todos corren en tropel... un murmullo confuso llega á oidos de la Reina. — ¡La sangre del Príncipe! — exclama — é intenta arrojarse de lo alto del balcon. — No, — le responden. — ¡es el Rey!... Entonces, — dice ella serenándose, — que llamen á los médicos. *(Pausa.)* ¿Quedais pensativo?

CARLOS. — Me sorprende descubrir en el confesor del Rey tanta ligereza, y oir de su boca el relato de tan ingeniosas historias. *(Con acento grave y sombrío.)* Siempre oí decir, sin embargo, que los que espian los actos ajenos y refieren lo que ven, han causado al mundo mayor número de males, que el veneno y el puñal en manos del asesino. Podeis ahorraros este trabajo... Si esperais las gracias, acudid al Rey.

DOMINGO. — Obrais, Alteza, perfectamente mostrándoos circunspecto con los hombres, pero aprended á distinguir entre ellos y no rechaceis al amigo con el hipócrita; con respecto á vos, la más sana intencion me guia.

CARLOS. — En tal caso, que no la observe mi padre, pues de otro modo ¿qué seria de vuestro cardenalato?

DOMINGO. — ¡Cómo!... ¿qué quereis decirme?

CARLOS. — ¡Qué!.,. ¿No os ha prometido el primer birrete cuya provision corresponda á España?

DOMINGO. — Príncipe, ¿os burlais de mí?

CARLOS. — Dios me libre de burlarme del hombre que puede, á voluntad, condenar ó prometer la salvacion á mi padre.

DOMINGO. — No intentaré, Príncipe, penetrar el augusto secreto de vuestra pena, más sí ruego á V. A. que advierta que la Iglesia ofrece á las conciencias perturbadas asilo inviolable, áun para los mismos reyes, y donde los crímenes quedan sepultados bajo el sello del sacramento. Sabeis ya cuál es mi intencion, y bastante he dicho.

CARLOS. —No, lejos de mí la idea de exponer al depositario á semejante tentacion.

DOMINGO. —Príncipe, esta desconfianza... Desconoceis á vuestro más fiel servidor.

CARLOS. —Pues bien; no os ocupeis más de mí. Sois un santo varon, el mundo lo sabe; pero si he de hablar con franqueza, me pareceis muy agobiado de trabajo. Para llegar al solio pontificio, vuestro camino es muy largo, reverendo padre, y la mucha ciencia podria seros embarazosa. Decidselo al Rey, que os envia aquí.

DOMINGO. —¿Qué me envia aquí?



CARLOS. —Lo he dicho ya. ¡Oh! harto sé que la traicion me sigue en la córte; sé que cien ojos están pagados para observarme; sé que el rey Felipe vendería su hijo único al último de sus criados; que cada sílaba que se sorprende en mis labios es pagada á mayor precio del que obtuvo nunca una noble accion;

sé... ¡silencio!... ni una palabra más. Mi corazon ansía explayarse y harto he dicho ya.

DOMINGO. —El Rey ha decidido estar de vuelta en Madrid antes de esta misma noche, y ya la córte se reune... Tengo el honor, Príncipe...

CARLOS. —Bien; ya os sigo. (*Domingo sale despues de un momento de silencio.*)—Padre digno de piedad, ¡cuán digno de piedad es tu hijo! Tu corazon mana sangre, mordido por envenenada sospecha... Tu desdichada curiosidad te precipita en busca del terrible descubrimiento, y cuando lo conozcas, te revolverás furioso contra él.

ESCENA II.

CÁRLOS.—El MARQUÉS DE POSA.

CARLOS.—¿Quién llega?... ¡Que veo! ¡Oh! mi buena suerte... mi Rodrigo...

MARQUES. —¡Mi Cárlos!

CARLOS. —¿Es posible?... ¿es verdad?... ¿eres tú?... ¡Oh! sí; eres tú. Te oprimo contra mi pecho, y siento palpitar el tuyo con fuerza... Desde ahora va á renacer la dicha, mi alma enferma halla su curacion en este abrazo... Descanso, al fin, en los brazos de mi Rodrigo...

MARQUES. —¡Enferma!... ¿enferma vuestra alma?... ¿Qué dicha es la que renace... qué desventura la que cesa?... Me sorprende vuestro lenguaje...

CARLOS.—¿Y quién te trae de Bruselas, en momento tan inesperado?... ¿Á quién debo esta sorpresa... á quién? vuelvo á preguntar... Perdóname, Providencia divina, perdona esa blasfemia á la embriaguez de mi júbilo... Pues, ¿á quién puedo deberlo, sino á tí? ¡Dios de bondad! Sabias que faltaba á Cárlos un ángel y le envias éste, y pregunto todavía.

MARQUES. — Perdon á mi vez, querido Príncipe, si respondo consternado á tan ardientes arrebatos. No esperaba hallar así al hijo de Felipe; extraño rubor inflama vuestras mejillas;... febril movimiento agita vuestros labios. No veo en vos al mancebo de corazon de leon, al cual me envia un pueblo oprimido pero heroico; porque no es Rodrlgo quien veis aquí, no es el compañero de infancia de Cárlos, sino el diputado de la humanidad entera, quien os oprime entre sus brazos, y las provincias de Flandes lloran sobre vuestro pecho, y os conjuran solemnemente para que las liberteis. ¡Ay de esta querida comarca si Alba, el atroz verdugo al servicio del fanatismo, se presenta ante Bruselas armado de las leyes españolas! En el glorioso nieto de Cárlos quinto se funda la última esperanza de estos nobles países; sucumbirán, si su corazon generoso ha cesado de latir por la humanidad.

CARLOS. — Pues sucumbirán.

MARQUES. — Desdichado de mí... ¿qué es lo que oigo?

CARLOS. — Hablas de tiempos harto lejanos. Tambien mi fantasía se fingió un Cárlos, cuyo rostro se inflamara al nombre de libertad... pero duerme sepultado, hace mucho tiempo. No ves en tu presencia al que se despidió de tí en Alcalá, que en su dulce embriaguez esperó ser de España el creador de una nueva edad de oro... ¡Ah! pensamientos de niño, pero ¡cuán divinos!... Estos sueños han pasado...

MARQUES. — ¿Estos sueños, Príncipe?... ¿No eran más que sueños?...

CARLOS. — Déjame llorar, déjame derramar sobre tu corazon lágrimas ardientes... ¡Oh! mi único amigo... á nadie poseo en este vasto mundo, á nadie, á nadie... Por lejos que extiendan sus fronteras los dominios de mi padre, por lejos que lleven nuestras naves sus pabellones, no existe para mí un sitio, uno solo, sino éste, donde pueda dar rienda suelta á mis lágrimas.

¡Oh Rodrigo!... Por cuanto esperamos alcanzar un dia en el cielo, no me alejes de tu lado. (*El Marques se inclina hácia él, con muda emocion.*) Figúrate que soy un huérfano que recogiste al pié del trono, llevado de la compasion... Ignoro qué sea un padre: soy un hijo de rey. ¡Ah!... Si es verdad, como me lo dice mi corazon, que para comprenderme te hallaste entre millones de hombres; si es verdad que la naturaleza ha reproducido en mí tu semejante, y que en la aurora de la vida las fibras delicadas de nuestras almas se movieron al mismo impulso; si una lágrima que me alivia, es para tí más preciosa que el favor de mi padre...

MARQUES. — ¡Oh!... más que el mundo entero...

CARLOS. — Tanto he descendido, tan miserable es ahora mi condicion, que he de recordarte los primeros años de mi infancia y la deuda por mucho tiempo olvidada que contrajiste conmigo cuando vestias la blusa de marinero. Cuando fraternalmente unidos, sentimos crecer al par nuestra impetuosa naturaleza, otra pena no tenia que la de ver mi talento eclipsado por el tuyo. Por fin, decidí amarte sin medida, no sintiéndome con fuerzas para igualarte. Te importuné, primero, con mis caricias y mi afecto de hermano: tu corazon altivo las recibia con frialdad. ¡Cuantas veces, sin que tú lo advirtieras jamas, veia, junto á tí y con gruesas y ardientes lágrimas, como abrazabas á otros niños de condicion inferior! — ¿Por qué sólo á ellos? — ¡exclamaba yo con tristeza!... ¿No siento yo la misma afeccion?... Pero tú, tú te postrabas de hinojos con fria gravedad delante de mí, y decias: Esto se debe al hijo del Rey.

MARQUES. — ¡Oh, Príncipe!... haced punto á estos relatos de la infancia que me llenan de confusion.

CARLOS. — No habia merecido esto de tí; podias despreciar, rasgar mi corazon, pero no alejarle de ti. Tres veces rechazaste al Príncipe, y otras tantas acudió á

implorar tu afecto y te forzó á aceptar el suyo. Logró un accidente, lo que Cárlos no habia logrado... Ocurrió un dia en nuestros juegos, que tu volante dió en el ojo de la Reina de Bohemia mi tia, y como ella creyera que el golpe habia sido premeditado, quejóse al Rey, deshecha en lágrimas. Todos los jóvenes de Palacio fueron obligados á comparecer para denunciar al culpable, á quien el Rey queria imponer ejemplar castigo, aunque fuera su propio hijo. Yo te ví temblando en un rincon, y entonces me adelanté, y me arrojé á los piés del Rey... Yo soy, yo soy el culpable... véngate en tu hijo.

MARQUES. — ¡ Ah, Príncipe ! ¿ qué me recordais ?

CARLOS. — El Rey cumplió su palabra en presencia de la córte, hondamente movida á compasion; su Cárlos fué castigado como un esclavo. Te miraba y no lloraba;... rechinaban mis dientes de dolor, pero no lloraba; corria mi sangre real, vergonzosamente vertida á fuerza de impíos azotes, pero no lloraba. En esto, te acercas sollozando; te arrojas á mis piés... ¡ Sí, exclamas, venciste mi orgullo !... yo te recompensaré cuando serás rey.

MARQUES. — Y lo haré, Cárlos. (*Le tiende la mano.*) El hombre renueva el juramento del niño, y lo cumpliré; quizás ha llegado la hora.

CARLOS. — Ahora, ahora; no se ha hecho esperar: ha llegado ya, ha llegado el tiempo en que puedes pagar tu deuda. Necesito una viva afeccion; horrible secreto devora mi alma, y es fuerza aliviarme de él... Quiero leer mi sentencia de muerte en tu pálido semblante... Escucha... tiembla... mas no pronuncies una sola palabra... ¡ Amo á mi madre !

MARQUES. — ¡ Oh, Dios mio !

CARLOS. — No; no quiero contemplaciones. Habla; dí que no existe una desgracia mayor en el ancho mundo... habla... adivino cuánto puedes decir... El

hijo ama á su madre: los principios sociales, el órden de la naturaleza, las leyes de Roma, todo condena esta pasion. Mis deseos lastiman hondamente los derechos de mi padre, lo siento... pero amo. Esta senda sólo conduce á la locura ó al cadalso... amo... amo sin esperanza, criminalmente, con las angustias de la muerte, á riesgo de mi vida; lo veo, pero amo.

MARQUES. — ¿ Conoce la Reina esta pasion ?

CARLOS. — ¿ Podia descubrírsela ? Es la esposa de Felipe, es la Reina y nos hallamos en España... Vigilada por los celos de mi padre, cercada por el ceremonial de Palacio, ¿ cómo aproximarme á ella sin testigos ? Ocho meses han trascurrido, ocho meses de infernales angustias, desde el dia en que el Rey me llamó aquí, y me veo condenado á verla diariamente, mudo como un sepulcro. Durante estos ocho meses de infierno, Rodrigo, desde que este fuego devora mi alma, mil veces el terrible secreto vagó por mis labios, y el terror y la vergüenza lo han sepultado en mi corazon. ¡ Ah, Rodrigo !... Un instante... sólo un instante con ella.

MARQUES. — ¿ Y vuestro padre, Príncipe ?

CARLOS. — ¡ Desdichado ! ¿ Por qué me lo recuerdas ? Háblame de todos los terrores de la conciencia, pero no me hables de mi padre.

MARQUES. — ¿ Le aborreceis ?

CARLOS. — No... oh, no; no aborrezco á mi padre, pero el terror y la ansiedad del delincuente se apoderan de mí al oir este nombre !.. No es mia la culpa, si mi educacion de esclavo sofocó en mi pecho el dulce gérmen del amor. Seis años contaba cuando se ofreció á mis ojos, por vez primera, el hombre temible que llaman mi padre. Era una mañana en que acababa de firmar, una tras otra, cuatro sentencias de muerte. Desde aquel dia, sólo volvia á verle siempre que me anunciaban el castigo de algunos delitos... ¡ oh, Dios mio !... Mi lenguaje amarga; dejemos este asunto.

MARQUES. — No, Príncipe; forzoso es que ahora me abrais vuestro corazon; las palabras alivian el ánimo gravemente oprimido...

CARLOS. — ¡Cuántas veces, luchando conmigo mismo mientras mis guardias dormian, caí de hinojos y bañado en lágrimas ante la imágen de la Vírgen!... Suplicábala que me infundiera el amor filial, pero me levantaba sin haber sido oido... ¡Ah, Rodrigo! explícame este raro enigma de la Providencia: ¿Por qué entre mil, me concedió este padre? y á él ¿por qué le dió éste, entre mil hijos mejores? No formó la naturaleza dos séres más incompatibles. ¿Como pudo unir esos dos puntos extremos de la raza humana, él y yo? ¿Cómo pudo imponernos tan sagrado lazo? ¡Suerte espantosa! ¿por qué ha acaecido esto? ¿Por qué dos hombres que se evitan sin cesar, se encuentran con horror impulsados por el mismo deseo? Hé aquí, dos astros enemigos que en la carrera del tiempo chocan una sola vez en su curso, se rompen en pedazos y se alejan uno de otro por toda la eternidad.

MARQUES. — Presiento un instante desastroso.

CARLOS. — Tambien yo. Como las furias del abismo, me persiguen espantables sueños, y mi espíritu lucha en el seno de la duda con proyectos horribles. El fatal poder de la cavilacion me conduce por un laberinto de sofismas, hasta que al fin detiene mis pasos, al borde del abismo entreabierto. ¡Oh, Rodrigo!... si un dia olvidase que era mi padre, Rodrigo... la palidez mortal de tu rostro me anuncia que me comprendes... si llegase á olvidar que era mi padre, qué seria el Rey para mí?

MARQUES. — (*Despues de un momento de silencio.*) ¿Osaré dirigir una súplica á mi Cárlos? Cualquiera que sea vuestro propósito, prometedme que nada realizareis sin vuestro amigo... ¿Me lo prometeis?

CARLOS. — Cuanto tu amistad me exija; me arrojo sin reserva en tus brazos.

MARQUES. — Dicen que el Rey vuelve á la capital; en Aranjuez podreis hablar á la Reina, si tal es vuestro deseo. La tranquilidad del sitio, y la mayor libertad que en el campo se goza, lo favorecen.

CARLOS. — Esta era tambien mi esperanza, pero por desgracia ha salido fallida.

MARQUES. — No del todo, porque voy á presentarme á ella al instante. Si en España es la misma que en la córte de Enrique, hallaré franqueado su corazon; ¿podré leer en sus ojos alguna esperanza para Cárlos? ¿la encontraré dispuesta á tal entrevista? ¿podremos alejar de su lado á las damas?

CARLOS. — Casi todas me son adictas y en particular la de Mondejar que me he atraido, protegiendo á su hijo, que me sirve de paje.

MARQUES. — Tanto mejor; quedaos cerca de aquí, Príncipe, para salir á la primera señal que os haga.

CARLOS. — Sí, sí; esto haré. Sólo te ruego que te apresures.

MARQUES. — No perderé un solo instante; Príncipe, hasta luego. (*Ambos salen por opuesto lado.*)

ESCENA III.

La córte de la Reina en Aranjuez. Sitio campestre, cruzado por un camino que conduce á la habitacion de la Reina.

LA REINA, — la DUQUESA DE OLIVARES, — la PRINCESA DE ÉBOLI, — la MARQUESA DE MONDEJAR, llegan por el camino.

LA REINA. — (*A la Marquesa.*) Marquesa, os deseo junto á mí. La alegría de la Princesa me excita desde esta mañana... observad que apenas puede ocultar el júbilo que le causa dejar el campo.

PRINCESA. — No me es posible negar á la Reina que será para mí un gran gozo ver de nuevo á Madrid.

MONDÉJAR. —¿ No siente lo mismo V. M. ? ¿ tanta será la pena que le cause salir de Aranjuez ?

REINA. — Sentiré al menos abandonar este bello sitio, porque me hallo en él como en mi centro, y es para mí la morada predilecta. Hallo aquí la naturaleza de mi tierra natal, que hizo las delicias de mi juventud y los juegos de mi infancia, y el ambiente de mi Francia querida. No me reprocheis esta predileccion; la patria tiene siempre mil atractivos á nuestros ojos.

PRINCESA. — Pero ¡ cuán solitario es este lugar; qué aspecto tan triste y muerto ! Se diria que nos hallamos en la Trapa.

REINA. — A mí, por el contrario, me parece muerto Madrid... Pero ¿ qué dice á esto la Duquesa ?

OLIVARES. — Mi opinion es, señora, que desde que hay reyes en España, ha sido siempre costumbre pasar un mes aquí, otro en el Pardo, y el invierno en la córte.

REINA. — Sí, Duquesa, ya sabeis que con vos no discuto jamas.

MONDÉJAR. — ¡ Y qué animacion la de Madrid muy en breve ! Ya se ha dispuesto la Plaza Mayor para una corrida de toros y se nos ha prometido un auto de fe.

REINA. — ¡ Prometido !... ¿ Mi bondadosa amiga es la que habla así ?

MONDÉJAR. —¿ Y por qué no ?... son herejes los que vemos quemar...

REINA. — Supongo que la Princesa de Éboli opina de otro modo.

PRINCESA. —¿ Yo ?... Ruego á V. M. que no me tenga por menos buena cristiana que la Marquesa de Mondéjar.

REINA. — ¡ Dios mio !... ¡ olvidaba donde me hallo !... Hablemos de otra cosa... hablábamos, segun creo, del del campo... Este mes me ha parecido extrordinariamente breve; esperaba divertirme mucho, mucho, y

Louvre, caballero, no presumisteis, sin duda, que un dia me veriais en Castilla.

MARQUES. — No, señora; no presumí entonces que Francia nos concediera lo único que podíamos envidiarle.

REINA. — Orgulloso español, ¿ lo único ? ¿ y esto decís á una hija de la casa de Valois ?

MARQUES. — Oso decirlo, señora, porque ahora sois nuestra.

REINA. — Dicen que vuestros viajes os han conducido á Francia... ¿ qué me traeis de mi venerable madre y de mis queridos hermanos ?

MARQUES. — (*Presentándole las cartas.*) Hallé enferma á vuestra madre, desligada de toda felicidad terrena, si no es la de ver dichosa á su hija en el trono español.

REINA. —¿ No he de serlo á mi vez, sabiendo que acompaña mi recuerdo á tan caros parientes ? ¿ No han de hacerme dichosa tan dulces memorias ? Habeis visitado muchas capitales, caballero, habeis visto muchos países y observado diversas costumbres, y dícenme, sin embargo, que ahora resolveis vivir para vos, en vuestra patria, más feliz príncipe en vuestro tranquilo palacio, que el rey Felipe en su trono... Hombre libre... filósofo... dudo mucho que Madrid os complazca... se goza en Madrid de una tranquilidad...

MARQUES. — Dicha que no posee el resto de Europa.

REINA. — Á lo que se dice, pues por mi parte he perdido hasta el recuerdo de lo que pasa en el mundo. (*Á la Princesa.*) Me parece, Princesa, que veo allí un jacinto... Hacedme el favor de traérmelo. (*La Princesa va á donde le indica la Reina; ésta, en voz baja, al Marques.*) Ó yo me engaño, caballero, ó vuestra llegada ha colmado de gozo á más de uno...

MARQUES. — Hallé sumido en la tristeza á quien una sola cosa podria alegrar en este mundo. (*La Princesa vuelve con la flor.*)

PRINCESA. — Puesto que este caballero visitó tantos países, forzosamente traerá algo que contarnos digno de interes.

MARQUES. — Es sabido que uno de los deberes de los caballeros es buscar las aventuras... El más sagrado de todos, defender á las damas.

MONDÉJAR. — ¿Contra los gigantes? En el dia no existen ya...

MARQUES. — La violencia es siempre para el débil un gigante...

REINA. — Tiene razon el Marques; existen todavía los gigantes, pero no existen ya los caballeros...

MARQUES. — Ultimamente, á mi vuelta de Nápoles, fuí testigo de una conmovedora historia que hice mia como legado de la amistad, y sino temiera fatigar á la Reina...

REINA. — ¿Podria titubear un instante? La Princesa no rehusa nada á su curiosidad, y por mi parte gusto tambien de las aventuras.

MARQUES. — Dos nobles familias de la Mirándola, fatigadas de su mútua envidia y largas enemistades, que heredaron por algunos siglos desde la época de los Güelfos y Gibelinos, resolvieron hacer las paces para siempre, contrayendo lazos de parentesco. Fernando, sobrino del poderoso Pedro, y la divina Matilde, hija de Colonna, fueron los elegidos para formar el lazo de esta union. Nunca hasta entonces la naturaleza habia formado dos nobles corazones más propios el uno para el otro, ni el mundo aplaudió jamas eleccion más acertada. Fernando, sólo por retrato habia adorado á su amante; ¡cuánto temia que la realidad desmintiera la copia! porque en su ardiente amor, apenas osaba creer que tal realidad pudiese existir. Detenido por sus estudios en Pádua... ¡con qué impaciencia esperaba el feliz momento de balbucear al pié de Matilde la primera declaracion de amor!

(*Crece la atencion de la Reina. El Marques, despues de breve pausa continúa su relato que dirige á la Princesa de Éboli, en cuanto lo permite la presencia de la Reina.*) En esto enviuda Pedro. Con el ardor de su pasada juventud, presta oidos á la fama que celebra por donde quiera la belleza de Matilde; acude, mira, ama, y esta nueva pasion sofoca en su ánimo el débil acento del parentesco. El tio pide la mano de la prometida de su sobrino y la lleva al altar.

REINA. — ¿Y qué hace Fernando?

MARQUES. — Ignorante de tan terrible mudanza, vuela ébrio de impaciencia y en alas del amor á la Mirándola; su veloz caballo llega á la puerta de la ciudad, entrada la noche. Hiere su oido el rumor extraordinario del baile y la música, que resuena en el iluminado palacio. Con paso vacilante y sobrecogido de terror, vedle, desconocido de todos, en la sala de bodas, donde entre alegres convidados, halla á Pedro junto á un ángel de belleza; un ángel que Fernando conoce, que no soñó jamas tan radiante de hermosura. De una sola ojeada comprende cuánto era el valor de lo que poseía, de lo que acaba de perder para siempre.

PRINCESA. — ¡Desgraciado!

REINA. — Así termina la historia, caballero, así termina sin duda.

MARQUES. — No del todo.

REINA. — Habiais dicho que Fernando era vuestro amigo.

MARQUES. — Y el más querido de mi alma.

PRINCESA. — Continuad vuestro relato, caballero.

MARQUES. — Es muy triste, y este recuerdo renueva mi dolor; permitid que lo dé por terminado. (*Silencio general.*)

REINA. — (*Á la Princesa.*) ¿Me será permitido, por fin, besar á mi hija?... Princesa, traédmela. (*La Princesa sale. El Marques hace una seña á un paje que espera*

en el fondo y desaparece luego. La Reina abre las cartas que el Marques le ha entregado, y parece sorprendida; entre tanto el Marques habla en voz baja y con precipitacion á la Marquesa de Mondéjar. La Reina despues de haber leido las cartas, dirige al Marques una mirada penetrante.) Nada nos habeis dicho de Matilde; tal vez ignora cuánto padece Fernando.

MARQUES. — Nadie ha sondeado aún el corazon de Matilde... Un alma grande sufre en silencio.

REINA. — ¿ Por qué mirais en torno vuestro ?... ¿ qué buscais ?

MARQUES. — Estaba pensando cuán dichoso seria en mi lugar, álguien que no me atrevo á nombraros.

REINA. — ¿ Quién tiene la culpa ?

MARQUES. — (*Con viveza.*) ¡ Cómo !... ¿ Puedo interpretar estas palabras conforme á mi deseo ?... ¿ Seria perdonada su presencia en este instante ?

REINA. — (*Sobresaltada.*) ¡ En este instante... Marques... en este instante !... ¿ Qué quereis decirme ?

MARQUES. — Osaria esperar... osaria esperar...

REINA. — (*Con sobresalto creciente.*) Me asustais, Marques... él no intentará...

MARQUES. — Vedle aquí.

ESCENA V.

LA REINA. — CÁRLOS.

El Marqués de Posa y la Marquesa de Mondéjar se retiran hácia el fondo.

CARLOS. — (*Arrojándose á los piés de la Reina.*) Llegó por fin el instante de que Cárlos se atreva á estrechar esta mano querida.

REINA. — ¡ Qué paso habeis dado !... ¡ Qué temeraria y culpable sorpresa ! Alzad; nos miran; muy cerca de mí se halla mi séquito.

CARLOS. — No me levantaré; quiero permanecer eternamente de hinojos, y por arte de encantamiento echar raíces en esta posicion.

REINA. — ¡ Insensato !.. ¡ A qué osadía os conduce mi indulgencia !... ¡ Cómo... Ignorais que este lenguaje temerario se dirige á una Reina, á una madre; ignorais que yo misma debo decir al Rey...

CARLOS. — ¿ Y que yo he de morir ? Arrástrenme de aquí para el cadalso. ¡ Un momento de dicha en el paraíso no se paga con la vida !

REINA. — ¿ Y vuestra Reina ?

CARLOS. — (*Se levanta.*) ¡ Dios mio !... me retiro... os dejo... debo hacerlo, puesto que lo exigís... ¡ Madre mia ! ¡ madre mia ! ¡ cómo jugais conmigo ! De una seña, de una mirada, de una palabra de vuestros labios depende mi vida ó mi muerte... ¿ Qué más puede ocurrir ? ¿ Qué habrá bajo el sol para sacrificar á vuestro amor, si así lo deseais ?

REINA. — ¡ Salid !

CARLOS. — ¡ Oh, Dios !

REINA. — Es lo único que os pido con llanto en los ojos; salid, antes que mis damas, mis carceleros me sorprendan con vos, y lleven la noticia á oidos del Rey...

CARLOS. — Aguardo mi destino, ya sea la vida, ya la muerte. ¿ Pues qué ?... ¿ Habré concentrado todas mis esperanzas en este único instante para que infundado temor me arrebate la realizacion de mi intento ? No, Reina. Cien vueltas, mil vueltas puede dar el mundo sobre su eje, antes que la suerte me conceda de nuevo este favor.

REINA. — Que por toda la eternidad no debe repetirse... ¡ Desdichado ! ¿ Qué pretendeis de mí ?

CARLOS. — ¡ Oh, Reina !... Pongo á Dios por testigo

que he luchado, he luchado como ningun otro mortal. Y ¡en vano, Reina!.. cae aniquilada mi heroica fortaleza: sucumbo.

REINA. — Ni una palabra más... en nombre de mi esposo.

CARLOS. — A la faz del mundo me perteneciais; dos grandes reinos me concedian vuestro mano; el cielo y la tierra consentian nuestra union, y Felipe, Felipe os arrebata de mis brazos.

REINA. — Es vuestro padre.

CARLOS. — Es vuestro esposo.

REINA. — Él os concederá por herencia el mayor imperio del mundo.

CARLOS. — Y á vos por madre.

REINA. — ¡Dios mio... delirais!

CARLOS. — ¿Conoce al menos el valor del tesoro que posee?... ¿Posee un corazon capaz de apreciar el vuestro? No quiero lamentarme. No; quiero olvidar la inefable dicha que hubiera gustado con vos, si él al menos es dichoso. Pero no lo es; no lo es. Hé aquí la causa de mi infernal tormento. No lo es, ni lo será jamas... Me han arrebatado mi paraiso para anonadarlo en los brazos de Felipe.

REINA. — ¡Horrible idea!

CARLOS. — ¡Ah! Sé quién ha realizado esta union; sé cómo puede amar Felipe y cómo ha intentado hacerse amar... ¿Qué representais en este reino?... oid... ¿sois regente? No... Si lo fuerais, ¿cómo el Duque podria cometer sus crímenes?... ¿Cómo Flandes pagaria con sangre sus creencias? ¿Sois la esposa de Felipe? Imposible; no puedo creerlo. La esposa posee el corazon del esposo, y ¿á quién pertenece el suyo? Si en un acceso de fiebre se siente enternecido, ¿acaso no pide perdon de ello á su cetro y á sus canas?

REINA. — ¿Y quién os ha dicho que unida á Felipe, mi suerte sea digna de compasion?

CARLOS — Mi corazon, que siente enajenado cuánto junto á vos seria digno de envidia.

REINA. — ¡Jóven presuntuoso! Si el mio me dijera lo contrario; si la respetuosa ternura de Felipe, y el mudo lenguaje de su amor, me conmovieran más que la voz temeraria de su orgulloso hijo; si la reflexiva estima de un anciano...

CARLOS. — Esto es otra cosa... En este caso perdonadme. Ignoraba, señora, que amarais al Rey.

REINA. — Honrarle es mi deber y mi satisfaccion.

CARLOS. — Vos no habeis amado nunca.

REINA. — No amo ya...

CARLOS. — Porque así lo ordenan vuestro corazon y vuestro juramento.

REINA. — Dejadme, Príncipe, y no entableis otra vez semejantes conversaciones.

CARLOS. — Porque así lo ordenan vuestro corazon y vuestro juramento.

REINA. — Decid mi deber... ¡Desgraciado! ¿Por qué intentar el triste exámen de una suerte, á la cual ambos debemos resignarnos...

CARLOS. — Ambos debemos... ambos debemos.

REINA. — ¡Cómo!... ¿Qué significa este tono solemne?

CARLOS. — Que Cárlos no se resigna á abdicar su voluntad en aras del deber; que Cárlos no se resigna á ser el hombre más desgraciado de su reino, cuando bastaria un trastorno en las leyes para que fuera el más feliz.

REINA. — ¿Os habré comprendido?... ¿Esperais todavía? ¿Os atreveis á esperar, cuando todo, todo se ha perdido?

CARLOS. — Nada doy por perdido sino los muertos...

REINA. — Esperais... de mí... de vuestra madre? *(Clava en él la mirada largo rato y con dignidad.)* ¿Y porqué nó? ¡Oh! El Rey nuevamente elegido puede

hacer más todavía; puede destruir con el fuego las disposiciones de su predecesor, y derribar sus retratos; puede... ¿quién se lo impediria?... arrancar al reposo del Escorial el esqueleto del muerto, arrastrarlo á la faz del sol, aventar sus profanadas cenizas, y en fin, para terminar dignamente...

CARLOS. — ¡Por el cielo! no acabeis...

REINA. — Y en fin, casarse con su madre!...

CARLOS. — ¡Hijo maldito! (*Queda un momento inmóvil y en silencio.*) Todo terminó, desde ahora; todo terminó; veo con claridad y evidencia lo que debia ignorar para siempre. Os he perdido, perdido, perdido para siempre. Mi suerte está echada... os he perdido... Esta idea es para mí un infierno... Sois de otro;... aquí está el infierno... ¡Oh desdicha!... ¡no puedo soportarla y mis nervios van á estallar!

REINA. — ¡Oh!... ¡querido Cárlos, digno de piedad! ¡siento en mí el dolor inefable que ruge en vuestro pecho! Dolor infinito, como vuestro amor; infinita será tambien la gloria de vencerlo. Conquistadla, jóven héroe. El premio de tan rudo, de tan noble combate, es digno de quien guarda en su ánimo la virtud de tán esclarecidos progenitores. ¡Valor, noble Príncipe! El nieto de Cárlos quinto comienza su valerosa lucha, en el punto en que los hijos de los hombres sucumben á la fatiga.

CARLOS. — ¡Es tarde, Dios mio!... es tarde!

REINA. — ¿Tarde para ser hombre?... ¡Oh, Cárlos... ¡Cuán grande es nuestra fortaleza, cuando rompe el propio corazon con sus fuerzas! La providencia os colocó muy alto, por encima, Príncipe! de millones de semejantes vuestros, y en su parcialidad por su predilecto, le concedió lo que á otros tomaba, y millones de hombres se preguntan: ¿Merecia acaso éste, ser más que nosotros desde el seno de su madre? Id y justificad esta predileccion del cielo, haciéndoos digno

de marchar á la cabeza del mundo; sacrificad lo que nadie sacrificaria.

CARLOS. — ¿Y acaso lo puedo? Para conquistaros, me sentiria con fuerzas de gigante, y me faltan para perderos.

REINA. — Confesad, Cárlos, que la arrogancia, la amargura y el orgullo excitan en parte los deseos que con exaltacion os impulsan hácia vuestra madre. El amor, este corazon que pródigo me sacrificais, se deben á los reinos que gobernareis un dia. Ved como disipais los bienes confiados á vuestra proteccion. El amor es vuestro primer deber. Hasta ahora, se extravió hácia vuestra madre; guiadle de nuevo hácia vuestros futuros reinos, y suceda á los tormentos de la conciencia, el placer de asemejarse á los dioses. Isabel fué vuestro primer amor; sea España el segundo; cedo á esta sagrada afeccion.

CARLOS. — (*Dominado por su emocion, se arroja á sus piés.*) ¡Cuán grande sois, celeste criatura! ¡Oh! sí; quiero hacer cuanto deseais... quiero que sea así... (*Se levanta.*) En manos de Dios todopoderoso... os juro... oh, cielo!... os juro un eterno... no eterno olvido, pero sí eterno silencio.

REINA. — ¡Cómo podria exigir de Cárlos lo que yo misma no podria cumplir!...

MARQUES. — (*Llegando.*) ¡El rey!

REINA. — ¡Dios mio!

MARQUES. — Huid, Príncipe, huid de este sitio.

REINA. — Sus sospechas son terribles, y si os ve...

CARLOS. — Me quedo.

REINA. — ¡Quién será la víctima entonces!

CARLOS. — (*Cogiendo del brazo al Marques.*) Vamos: vamos; ven... (*Se va y vuelve otra vez.*) ¿Qué puedo llevarme conmigo?

REINA. — ¡La amistad de vuestra madre!

CARLOS. — ¡La amistad de mi madre!

004613
UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA, HDES. Y EDUCACION

REINA. — Y las lágrimas de los Países-Bajos.

(Le entrega algunas cartas. Cárlos y el Marques se van. La Reina busca sus damas con ademan inquieto. En el punto en que va á retirarse, sale el Rey.)

ESCENA VI.

El REY. — La REINA. — El DUQUE DE ALBA. — El CONDE DE LERMA. — DOMINGO. — Damas y Caballeros que se detienen en el fondo.

REY. — (*Mira en torno suyo con sorpresa y guarda silencio breve rato.*) ¿ Sola, señora ?... ¿Ni una sola dama en vuestra compañía ? Me sorprende. ¿ Dónde están vuestras damas ?

REINA. — ¡ Querido esposo !

REY. — ¿ Por qué sola ? (*Á su séquito.*) Han de pagarme cara la negligencia... ¿ Quién se hallaba de servicio con la Reina ?... ¿ Quién debia permanecer hoy á su lado ?

REINA. — No os irríteis, señor ; soy yo la culpable, pues que por mi órden ha salido de aquí la Princesa de Éboli...

REY. — ¿ Por mandato vuestro ?

REINA. — Para que llamara la camarera, deseosa como estaba de ver á la Infanta.

REY. — ¿ Y por qué se ha alejado al propio tiempo todo vuestro séquito ? Lo que me decis disculpa á la primera, ¿ pero dónde se hallaba la segunda dama de honor ?

MONDÉJAR. — (*Que durante este diálogo ha llegado, y se ha confundido con los demas ; se adelanta.*) Señor, soy culpable...

REY. — Diez años os concedo para que lo penseis lejos de Madrid. (*La Marquesa se retira llorando. Silencio general. Todos miran con sorpresa á la Reina.*)



El príncipe Cárlos á los piés de la Reina.

REINA. — Marquesa, ¿por quién llorais? *(Al Rey.)* Señor, si he cometido una falta, la corona de este reino, que nunca codicié, debiera preservarme de una afrenta. ¿Existe en este país ley alguna que obligue á comparecer ante la justicia á las hijas de sangre real? ¿Sólo la sujecion guarda á las mujeres en España, y un testigo ocular es mejor salvaguardia que su propia virtud? Ahora escusadme, señor, si no estoy acostumbrada á que se despidan de mí con lágrimas en los ojos, las que con gusto me han servido... Marquesa de Mondéjar (*toma su cinturon y lo entrega á la Marquesa*), habeis disgustado al Rey, pero no á mí; aceptad este presente como recuerdo de mi favor, y desde este momento... abandonad el reino... sólo en España se os dirá culpable; en mi querida Francia todos se complacerán en enjugar tales lágrimas. ¡Oh! sin duda es fuerza recordármela siempre. (*Se apoya en la de Olivares y oculta su rostro.*) En mi querida Francia no pasaba esto.

REY. — (*Algo conmovido.*) ¿Un reproche de mi amor puede afligiros de tal modo? ¡una sola palabra que puso en mis labios la más tierna solicitud! (*Dirigiéndose á los grandes.*) Ved en torno mio á los vasallos de mi trono; decid si nunca se rinden mis ojos al sueño antes de examinar qué ocurre en el corazon de mis pueblos, en las más apartadas regiones. ¿Y habré de cuidar más de mi trono que de la esposa de mi corazon? Mi espada y el Duque de Alba responden de mis pueblos, pero sólo estos ojos me responden del amor de mi esposa.

REINA. — Señor, si os he ofendido!...

REY. — Soy llamado el hombre más rico del orbe cristiano; el sol no se pone en mis dominios. Pero cuanto poseo, otro lo poseyó antes que yo y otros lo poseerán despues; cuanto pertenece al Rey, lo debe á la fortuna, pero Isabel es de Felipe, y por este lado soy mortal.

REINA. — ¿ Temeis, señor ?...

REY. — No temo todavía mis canas. Si empezara á temer, cesaria de temer. (*Dirigiéndose á los grandes,*) Cuento los grandes de mi reino... falta el primero. ¿ Dónde está Cárlos, mi hijo ? (*Nadie contesta.*) El jóven Cárlos empieza á causarme alguna inquietud. Desde que llegó de Alcalá, evita mi presencia; su sangre es ardiente; ¿ por qué fria su mirada y solemne su aspecto ? Fijad en él vuestra atencion; os lo recomiendo.

ALBA. — Cuido de él. Mientras lata mi corazon bajo este peto, Felipe puede dormir tranquilo; del modo que el ángel de Dios á la puerta del Paraíso, vela el Duque de Alba al pié del trono.

LERMA. — No sé si deba contradecir, bien que humildemente, al Rey más cuerdo que ha existido jamas, pero venero demasiado la majestad de mi Rey para juzgar á su hijo con tal prontitud y rigor. Algo temo de la sangre ardiente de Cárlos, pero nada de su corazon.

REY. — Conde de Lerma, vuestro lenguaje lisonjea al padre, pero el Duque defiende al Rey. No se hable más de este asunto. (*Dirigiéndose á su séquito.*) Ahora vuelvo apresuradamente á Madrid, donde me llaman mis deberes de soberano. El contagio de la herejía invade mis pueblos y cunde la rebelion en los Paises-Bajos; el tiempo apremia. Un castigo ejemplar y terrible debe convertir á los extraviados, y mañana cumpliré el gran juramento que prestaron todos los reyes de la cristiandad. La sangrienta ejecucion será sin ejemplo: convoco solemnemente á presenciarla á toda la córte. (*Se lleva á la Reina. Los demas le siguen.*)

ESCENA VII.

Don CÁRLOS con algunas cartas en la mano. — El MARQUES DE POSA: entran por el lado opuesto.

CARLOS. — Estoy decidido; sálvese Flandes. Me basta que ella lo quiera.

MARQUES. — No hay instante que perder. Dicen que el Duque de Alba se halla ya en el gabinete, nombrado gobernador.

CARLOS. — Mañana pido una audiencia á mi padre, y solicito para mí este cargo; primera demanda que me atrevo á dirigirle y que no puede rehusar. No se ofrecerá mejor pretexto para alejarme de Madrid, donde siente que me halle mucho tiempo há. Y espero algo más todavía, Rodrigo.... debo confesártelo... tal vez al vernos frente á frente podré congraciarme con él... Quiero ver si le mueve la voz de la naturaleza, que no ha oido todavía en mis labios.

MARQUES. — Por fin encuentro á mi Cárlos, por fin volveis en vos.

ESCENA VIII.

Dichos. — El CONDE DE LERMA.

LERMA. — El Rey sale inmediatamente de Aranjuez. He recibido la órden.

CARLOS. — Bien, Conde; sigo al Rey.

MARQUES. — (*Hace que se separa y con ceremonia.*) ¿ V. A. no tiene más que mandarme ?

CARLOS. — Nada más, caballero; os deseo feliz llegada á Madrid. Me dareis otro rato más noticias de

Flandes. (*A Lerma que aguarda.*) Os sigo. *(El conde sale.)*

ESCENA IX.

CÁRLOS. — El MARQUES.

CARLOS. — Te he comprendido y te doy las gracias, pero sólo la presencia de un tercero excusa este respeto. ¿ No somos dos hermanos ? Deseo que desde ahora cese entre nosotros esta comedia de la jerarquía. Figúrate que nos hemos encontrado en un baile de máscaras, tú disfrazado de esclavo, yo envuelto por capricho en un manto de púrpura. Mientras dura la farsa, respetémosla con cómica gravedad, por no llamar la atencion de la aturdida muchedumbre, pero á traves de su disfraz, Cárlos te hace una seña, le estrechas la mano, y nos comprendemós.

MARQUES, — ¡ Sueño fascinador !... ¿ No se disipará jamas ? ¿ Mi Cárlos está bastante seguro de sí mismo para arrostrar las seducciones de su ilimitada soberanía ? Porque debo recordaros que llegará para vos momento solemne en que esta alma heroica será sometida á duras pruebas !... Muere Felipe, y hereda Cárlos el más vasto imperio de la cristiandad, un espacio inmenso le separa de los mortales. Ayer hombre, hoy dios. No tiene ya ninguna flaqueza. Los deberes eternos callan ante él. La humanidad que resuena como una gran palabra en su oido, vendiéndose al ídolo, se arrastra á sus plantas. Se extingue su compasion y se enerva su virtud en brazos de la voluptuosidad. El Perú le envia oro para sus locuras, y la córte pone demonios á su servicio. Duérmese embriagado bajo el cielo que sus esclavos han tendido hábilmente sobre su cabeza, y dura su divinidad lo que su sueño. ¡ Ay

del insensato que movido á compasion le despierte !... ¿ Qué hará Rodrigo ? La amistad es sincera y audaz; la majestad debilitada no soporta su terrible claridad : como no soportareis la arrogancia del ciudadano, tampoco yo el orgullo del Príncipe.



CARLOS. — Tu pintura del monarca es exacta y terrible ; sí,... te creo... pero sólo la voluptuosidad abre la puerta al vicio. Tengo veinte y tres años y soy puro. Cuantos millares de séres han disipado locamente en orgías, la mejor parte de la inteligencia, la fuerza viril, lo he conservado para el futuro soberano, y si las mujeres no pudieron, ¿ quién podrá arrojarte de mi corazon ?

MARQUES. — ¿ Y podria amaros profundamente, Cárlos, si debiese temeros ?

CARLOS. — Nunca llegará este caso. ¿ Tienes necesidad de mí ? ¿ Sientes alguna pasion de las que mendigan junto al trono ? ¿ Puede seducirte el oro cuando

eres más rico como vasallo, que no lo seré yo nunca como rey? ¿Codicias honores, si jóven áun te he visto colmado de ellos y los desdeñaste?... ¿Quién de ambos será el acreedor ó el deudor?... Callas; ¿tiemblas ante esta prueba?... ¿Estás seguro de tí mismo?

MARQUES. — Pues bien; cedo; hé aquí mi mano.

CARLOS. — Mia es.

MARQUES. — Para siempre, en el más lato sentido de la palabra.

CARLOS. — ¡Tan fiel y ardiente para el futuro rey, como hoy para el Príncipe!...

MARQUES. — Os lo juro...

CARLOS. — Si la sierpe de la lisonja se enrosca á mi corazon indefenso; si estos ojos olvidan las lágrimas en otro tiempo vertidas; si mi oido se cierra á la queja, intrépido custodio de mi virtud, ¿acudirás á fortalecerme, á recordar á mi génio su nombre venerando?

MARQUES. — Sí.

CARLOS. — Una súplica áun; trátame de *tú;* envidié siempre á tus iguales este privilegio de la confianza, y esta palabra fraternal hechiza mi corazon y mi oido con el dulce sentimiento de la igualdad. Supongo lo que vas á decir; esto para tí es una bagatela, mas para mí, hijo de rey, es mucho. ¿Quieres ser mi hermano?

MARQUES. — Tu hermano.

CARLOS. — Ahora ya no temo nada en Palacio; mi brazo en el tuyo desafío á mi siglo.

ACTO II.

—

El Palacio Real de Madrid.

ESCENA PRIMERA.

El REY FELIPE, sentado en su trono. — El DUQUE DE ALBA, á alguna distancia del Rey y cubierto. — CARLOS.

CARLOS.

EL Estado es antes que yo. Cárlos cede el paso al ministro, que habla en nombre de España... yo soy el hijo de la casa. (*Se retira haciendo una reverencia.*)

REY. — El Duque aguarda, y el Príncipe puede hablar.

CARLOS. — (*Dirigiéndose al Duque.*) Debo, pues, á vuestra magnanimidad el favor de hablar al Rey. Harto sabeis que un hijo puede hallarse en el caso de confiar á su padre algo que un tercero no debe oir, y como no he de quitaros al Rey, sólo pido que me dejeis con mi padre por este momento.

REY. — El Duque se halla aquí en calidad de amigo mio.

CARLOS. — ¿He merecido, por mi parte, considerarle tambien como tal?

REY. — Obrariais cuerdamente mereciéndolo, pues no gusto de los hijos que pretenden elegir mejor sus amigos, que su padre.

CARLOS.—No sé cómo la caballeresca altivez del Duque de Alba puede soportar semejante escena. ¡Por vida mia! Ni por una corona quisiera representar este papel de importuno que se interpone entre el padre y el hijo sin ser llamado, y aquí se planta, conociendo su nulidad.

REY.—*(Se levanta y dirige á su hijo una mirada de cólera.)* Salid, Duque. *(Éste se va por donde ha entrado el Príncipe, pero el Rey le indica otra puerta.)* No... en el gabinete, hasta que yo os llame.

ESCENA II.

EL REY.—CARLOS.

CARLOS.—*(Se dirige al Rey y se precipita á sus plantas vivamente conmovido.)* ¡Padre mio! recobro á mi padre; ¡mil gracias por semejante favor! Vuestra mano... padre mio! ¡Oh, dia de ventura! ¡Mucho tiempo há que se rehusaba al hijo tan dulce beso! ¿Por qué, padre mio, me habeis alejado por tanto tiempo de vuestro corazon? ¿Qué hice para ello?

REY.—Príncipe, debieras ignorar semejantes artificios. Excúsalos, porque no gusto de ellos.

CARLOS.—*(Levantándose.)* Lo esperaba; paréceme oir á vuestros cortesanos. ¡Por el cielo, padre mio! No siempre dice verdad un sacerdote, ni las hechuras de un sacerdote. Mi corazon no está pervertido, padre mio; en el ardor de mi sangre consiste, toda mi maldad, y mi juventud es mi pecado. No estoy pervertido, creedlo, y aunque los impulsos violentos de mi corazon hacen traicion á mi naturaleza, mi corazon es bueno.

REY.—Sé que tu corazon es puro como tu plegaria.

CARLOS.—Ahora ó nunca; estamos solos; ha desaparecido entre el padre y el hijo el antemural de la etiqueta. Ahora ó nunca. Celeste rayo de esperanza brilla en el fondo de mi alma, henchida de suave presentimiento, y el cielo entero con sus coros de ángeles se inclina sobre mi... El mismo Dios tres veces santo contempla gozoso esta augusta y conmovedora escena... ¡Reconciliémonos, padre mio! *(Cae á sus piés.)*



REY.—Déjame; ¡levántate!

CARLOS.—¡Reconciliémonos!

REY.—*(Desembarazándose de él.)* Esta comedia va pareciéndome harto insolente...

CARLOS.—¡Una insolencia, el amor de vuestro hijo!

REY.—¡Lágrimas!... ¡Indigno espectáculo!... sal de mi presencia...

CARLOS.—Hoy ó nunca... ¡Reconciliacion, padre mio!

REY.—¡Sal de mi presencia! Volvieras de un com-

bate cubierto de humillacion, mis brazos se abririan para recibirte; pero en semejante estado te rechazo. Sólo la mancha de una vileza puede lavarse en tan vergonzosa fuente; quien no se avergüenza del arrepentimiento, jamas lo excusará.

CARLOS.— Pero ¿qué hombre es este? ¿Cómo pudo extraviarse entre los demas, este sér extraño á la humanidad? El eterno testimonio de la humanidad son las lágrimas; él tiene los ojos enjutos. En verdad que no es hijo de mujer... ¡Oh! mientras es tiempo todavía, dejad que vuestros ojos aprendan á verter lágrimas, si no quereis invocarlas en vano, en un momento cruel.

REY.— ¿Crees por ventura que con tan bellas frases, harás bambolear la penosa duda de tu padre?

CARLOS.— ¿La duda? Si quiero anonadarla; si quiero hacer mio tu corazon de padre, con toda la fuerza de mi alma, hasta destruir la duda, muro de granito. ¿Qué son los que me han arrebatado la gracia de mi padre? ¿Qué ha podido ofrecerle el monje á cambio de su hijo? ¿Qué compensacion le da Alba, por una vida sin hijo? ¿Acaso deseais ser amado? Brota de mi corazon corriente de amor más viva y fresca, que en estas siniestras y perturbadas almas, abiertas sólo al oro de Felipe.

REY.— Detente, temerario. Te atreves á injuriar á mis servidores predilectos, que debes honrar...

CARLOS.— ¡Nunca!... Conozco cuánto puedo. Lo que hace el de Alba, Cárlos es capaz de hacerlo, y áun más. ¿Qué le importa á un mercenario, el reino que no será jamas suyo? ¿Qué le importa que encanezcan vuestros cabellos? Vuestro Cárlos os hubiera amado... Me aterroriza la idea de hallarme solo, aislado en el trono.

REY.— (*Conmovido por estas palabras, queda pensativo y ensimismado; despues de un instante de silencio.*) ¡Estoy solo!

CARLOS.— (*Con vivacidad y calor, acercándose á él.*) Lo estuvisteis. Cese vuestro desden y os amaré como un niño, os amaré con ardor; sólo os pido que ceseis de aborrecerme. ¡Cuán dulce y seductor ha de ser, sentirse honrado por un alma noble, saber que nuestro júbilo anima otro semblante, que nuestra ansiedad agita otro pecho, que nuestras penas bañan en lágrimas otros ojos! ¡Cuánta gloria para un padre en recorrer de nuevo la florida senda de la juventud, del brazo de su amado hijo, y en renovar con él el sueño de la vida! Tierna y grande tarea la de inmortalizarse por la virtud de un hijo, y derramar el bien á traves de los siglos. Sembrar lo que un hijo cosechará; recoger lo que puede serle provechoso; presentir la grandeza de su reconocimiento y gratitud. ¡Ah, padre mio! ¡Vuestros monjes, harto prudentes, callan sobre este paraíso terrenal!

REY.— (*Con alguna emocion.*) ¡Oh, hijo mio! ¡hijo mio! tú mismo pronuncias tu sentencia, cuando pintas con tan encantadoras frases una felicidad que nunca me has concedido...

CARLOS.— ¡Júzguelo Dios! Vos mismo me habeis alejado de vuestro corazon y de vuestro gobierno, y hasta ahora con visible injusticia. Pues ¿qué he sido yo en España, príncipe heredero de España, sino un extranjero, un prisionero en esta tierra de la cual seré un dia soberano? ¡Cuántas veces, padre mio, bajé los ojos de vergüenza, recibiendo las noticias del palacio de Aranjuez por boca de los embajadores extranjeros ó leyendo las gacetas!

REY.— Aún hierve en tus venas la sangre ardiente de la juventud, y sólo sabrias destruir.

CARLOS.— Pues bien, padre mio; ocupadme en destruir, puesto que mi sangre hierve... Tengo ya veinte y tres años, y aún no hice nada para la inmortalidad. Despierto y conozco cuánto puedo. Mi vocacion para

reinar me arranca de mi sueño como un acreedor, y el tiempo perdido pesa sobre mí como deuda sagrada. Llegó para mí el solemne momento en que debo dar cuenta de tan precioso depósito. La historia del mundo, y la fama de mis abuelos, y la sonora trompeta de la gloria me llaman. Llegó para mí el instante de franquear las gloriosas fronteras del honor. ¿Puedo formular la súplica que me ha conducido aquí?

REY.—¿Todavía una súplica? Habla.

CARLOS.—Cunde la sublevacion en Brabante á un punto que aterra, y la contumacia de los rebeldes exige sábia y vigorosa resistencia. Para dominarlos, el Duque, investido por su Rey de poder absoluto, debe llevar á Flandes su ejército. ¡Gloriosa mision que convendria á vuestro hijo para conducirle al templo de la gloria! Confiadme, ¡oh Rey! confiadme este ejército. Cuento con la adhesion de los flamencos, y respondo con mi vida de su fidelidad.

REY.—Hablas como un soñador. Esta empresa requiere un hombre y no un niño...

CARLOS.—Requiere un hombre, padre mio, y precisamente el de Alba no lo ha sido nunca.

REY.—Sólo por el terror puede dominarse la revuelta; la clemencia seria locura... Tu alma es débil, hijo mio, y el Duque en cambio es temido. Renuncia á tu pretension.

CARLOS.—Enviadme á Flandes con el ejército; confiad en esta alma débil. Al solo nombre del hijo de Rey precediendo á nuestras banderas, será conquistado un país que sólo sabrán devastar los verdugos del Duque de Alba. Os lo pido de rodillas; es la primera gracia que os suplico, padre mio; confiadme Flandes.

REY.—(*Clavando en su hijo una mirada penetrante.*) ¡Y confiaré al propio tiempo mi mejor ejército á tu ambicion, el puñal al asesino!

CARLOS.—¡Oh, Dios!... No he adelantado un paso!

Este es el fruto de tan solemne instante, por tanto tiempo deseado. (*Despues de un momento de reflexion y con tono solemne pero suave.*) Respondedme con más dulzura, y no me alejeis así de vuestro lado: sentiria dejaros despues de tan tristes palabras, y con el corazon oprimido. Tratadme con más bondad; os expongo mi más apremiante deseo, mi última tentativa, tentativa que inspira la desesperacion. Porque no puedo, no puedo soportar con mi firmeza humana, que me lo rehuseis todo, absolutamente todo. Os dejo ahora sin haber sido comprendido; engañado en mis caros proyectos. Vuestro Duque de Alba y vuestro Domingo reinarán victoriosamente, despues que vuestro hijo ha llorado, hundida la frente en el polvo. Allí estaba la temblorosa turba de los cortesanos, y de los grandes, y el pálido cortejo de los monjes, cuando me habeis concedido solemnemente esta audiencia; no me humilleis; no me hirais mortalmente, padre mio; no me sacrifiqueis de un modo ignominioso á la turba insolente de la córte. No se diga que mientras los extraños rebosan en favores, nada puede obtener Cárlos con sus súplicas. Probad que quereis honrarme enviándome á Flandes con el ejército.

REY.—No repitas estas palabras, si temes mi cólera.

CARLOS.—La arrostro repitiendo mi súplica por tercera vez. Confiadme Flandes. Debo abandonar España; me es forzoso; porque continuar aquí es respirar bajo la mano del verdugo. El cielo de Madrid oprime mi ánimo como la idea de un asesinato, y sólo un pronto cambio de clima podria curarme. Si me quereis salvar, enviadme á Flandes sin pérdida de tiempo.

REY.—(*Con afectada confianza.*) Los enfermos como tú, hijo mio, exigen solícitos cuidados, y deben permanecer bajo la vigilancia del médico. Seguirás en España y el Duque irá á Flandes.

CARLOS.—(*Fuera de sí.*) ¡Ahora, protegedme, ángeles mios!

REY.—Detente... ¿Qué significa la expresion de tu rostro?

CARLOS.—*(Con voz temblorosa.)* ¡Padre mio! ¿Esta decision es irrevocable?

REY.—Parte del Rey.

CARLOS.—He cumplido con mi deber. (*Váse vivamente agitado.*)

ESCENA III.

El REY queda abismado durante algunos instantes en profunda meditacion: por fin da algunos pasos hácia el salon.—ALBA se acerca turbado.

REY.—Disponeos á salir para Bruselas á la primera órden.

ALBA.—Todo está dispuesto, señor.

REY.—Vuestros plenos poderes están ya sellados en mi gabinete. Despedíos de la Reina, y antes de partir, presentaos al Príncipe.

ALBA.—Le he visto salir de aquí como un furioso. V. M. me parece tambien fuera de sí, y profundamente conmovido. Tal vez el tema de esta conversacion...

REY.—(*Paseando á lo largo de la sala.*) El tema era el Duque de Alba. (*El Rey se detiene y fija en él una mirada sombría.*) Puedo saber sin sorprenderme que Cárlos ódia á mis cortesanos, pero advierto con pena que los desprecia. (*Alba palidece é intenta hablar.*) Ahora, ni una palabra. Os permito reconciliaros con el Príncipe.

ALBA.—Señor...

REY.—Decidme: ¿quién fué el primero que me habló de los siniestros proyectos de mi hijo? Os escuché entonces sin oirle á él. Quiero aquilatar las pruebas, Duque. Desde hoy, Cárlos vivirá más cerca de mi trono. Salid. (*El Rey se retira á su gabinete. El Duque se vá por otra puerta.*)

ESCENA IV.

Antesala de la habitacion de la REINA.—D. CARLOS entra por la puerta del centro conversando con un PAJE: los cortesanos se dispersan por las habitaciones contiguas.

CARLOS.—¿Una carta para mí? ¿Y para qué esta llave? ¡Y ambas remitidas con tal misterio! Acércate. ¿De dónde has sacado esto?

PAJE.—Por lo que he visto, la dama prefiere que se adivine quién es, antes que ser nombrada.

CARLOS.—¿La dama? (*Observa con más detencion al paje.*) Qué! Cómo! ¿Quién eres tú, pues?

PAJE.—Un paje de S. M. la Reina.

CARLOS.—(*Asustado va á él, y le pone la mano en los labios.*) Eres muerto! Detente! Sé lo bastante. (*Rompe vivamente el sobre y se dirige á un rincon de la sala para leer la carta. Durante este intervalo, el Duque de Alba pasa sin que el Príncipe le vea y entra en la habitacion de la Reina. Cárlos tiembla y palidece, y se ruboriza á la vez. Despues de haber leido, sigue silencioso por algun tiempo, fijos los ojos en la carta. Despues vuelve á dirigirse al paje.*) ¿Ella misma te ha dado esta carta?

PAJE.—Por su propia mano.

CARLOS.—¿Ella misma te ha dado esta carta? ¡Oh, no me engañes!... No he visto aún una línea de su puño, y me veré obligado á creerlo, si puedes jurarlo. Si mientes, confiésalo con franqueza y no me engañes.

PAJE.—¡Engañaros á vos!

CARLOS.—(*Mira de nuevo la carta, despues contempla al paje dudoso; despues de haber dado una vuelta por la sala.*) ¿Viven todavía tus padres, verdad? ¿Tu padre sirve al Rey? ¿Es hijo de aquí?

PAJE.—Fué muerto en San Quintin, siendo coronel

de caballería del Duque de Saboya. Se llamaba Alfonso, y era conde de Henares.

CARLOS.—(*Le toma la mano y fija en él una mirada expresiva.*) ¡El Rey te ha entregado esta carta!

PAJE.—(*Inmutado.*) Príncipe, ¿acaso he merecido esta sospecha?

CARLOS.—(*Lee.*) «Esta llave abre las habitaciones que hay detras del pabellon de la Reina. La más retirada de todas está junto á un gabinete donde no ha penetrado jamas un espía; allí, el amor puede expresar con toda libertad cuanto hasta ahora ha confiado á simples señas. El tímido amante será oido, y recompensada la modesta paciencia.» (*Como si despertara de un letargo.*) No sueño, no deliro... ¡Es realmente ésta mi mano derecha, y ésta, mi espada!... ¡y éstas son palabras escritas!... ¿Es verdad? ¡es realidad!... Soy amado... lo soy... Sí... soy amado... (*Se pasea agitado á lo largo de la sala, sin aliento y con los brazos extendidos.*)

PAJE.—Venid, Príncipe; yo os guiaré.

CARLOS.—Dejadme antes volver en mí. ¡Conmueve aún todo mi sér el estremecimiento de la dicha! ¿Podia concebir tan osada esperanza? ¿podia ni siquiera soñarla? ¿Dónde hallar el hombre que se acostumbrara tan pronto á la idea de convertirse en dios? ¿Qué era, qué soy ahora? Otro cielo, otro cielo brilla para mí... me ama...

PAJE.—(*Quiere llevársele consigo.*) Príncipe, Príncipe, no es este el lugar... olvidais...

CARLOS.—(*Sobrecogido de súbito terror.*) El Rey, mi padre... (*Deja caer sus brazos, mira en torno suyo con espanto, y empieza á serenarse.*) Esto es espantoso. Sí; tienes razon, amigo mio; te doy las gracias; no estaba en mí. ¡Que me sea forzoso callar, ocultar en mi pecho tanta ventura... es horrible, horrible! (*Toma el paje de la mano, y le lleva aparte.*) Lo que has visto, óyeme bien, y lo que no has visto, debe ser encerrado en tu corazon como en un ataud. Ahora vé; acudiré á la cita; vé; no conviene que nos sorprendan aquí; vé. (*El paje va á salir.*) Aguarda; oye. (*El paje vuelve; Cárlos pone la mano en su hombro y le dice mirándole severo.*) Te llevas contigo un terrible secreto, semejante á aquellos activos venenos que rompen el vaso que los contiene. Domina la expresion de tu rostro, y que no sepa nunca tu inteligencia lo que oculta tu corazon; sé como el eco, que recibe y repite el sonido, sin oir nada. Eres un niño; sélo siempre, y continúa jugando alegremente. ¡Muy hábil y prudente se ha mostrado la que te eligió por mensajero del amor! seguramente no irá á buscar el Rey, entre los niños, sus víboras.

PAJE.—Por mi parte, Príncipe, me enorgullezco de poseer un secreto que no posee el Rey.

CARLOS.—Mancebo vanidoso, esto precisamente debiera hacerte temblar. Si ocurre el encontrarnos, acércate á mí con timidez y sumision! Cuidado con que la vanidad te impulse á dejar comprender que el Príncipe te es favorable, porque tu mayor crímen, hijo mio, seria el complacerme. Cuanto debas decirme desde ahora, no me lo digas con palabras; no lo fies á tus labios; no sigan tus noticias la senda ordinaria de los pensamientos; háblame con la mirada, por señas; te comprenderé en un abrir y cerrar de ojos. El ambiente que respiramos, la luz que nos rodea, estas mudas paredes; todo está vendido á Felipe. Alguien viene. (*La habitacion de la Reina se abre y sale el Duque de Alba.*) Sal... Hasta luego.

PAJE.—Príncipe, no equivoqueis la habitacion... (*Vase.*)

CARLOS.—El Duque... No; no: la encontraré.

ESCENA V.

D. CÁRLOS.—El DUQUE DE ALBA.

ALBA. — (*Colocándose delante del Príncipe.*) Una palabra, Príncipe.

CARLOS. — Perfectamente; está bien... Otro rato.

(*Hace que se vá.*)

ALBA.— No es este, en efecto, el lugar más á propósito para hablaros, y tal vez plazca á V. A. concederme audiencia en su habitacion.

CARLOS. — ¿ Y por qué?... la audiencia puede verificarse aquí; hablad pronto y con brevedad.

ALBA.—Me conduce á V. A. antes que todo, la gratitud que le debo por la órden que conoce.

CARLOS. — ¿ Gratitud... á mí? ¿ por qué motivo me debe gratitud el Duque de Alba?

ALBA. — Apenas ha salido V. A. del despacho del Rey, he recibido la órden de salir para Bruselas.

CARLOS. — ¿ Para Bruselas? ¡ Ah!

ALBA. — ¿ Á quién sino á la favorable intervencion de V. A., podré atribuir?...

CARLOS.—¿ A mí?... No, por cierto, á mí. Partid, partid y que Dios os acompañe.

ALBA. — ¿ Ni una palabra más?... Me sorprende. ¿V. A no tiene que darme algunas órdenes para Flandes?

CARLOS. — ¡ Qué más debo decir!... ¿ Y por qué para Flandes?

ALBA. — Parecióme hace poco que la suerte de este país reclamaba la propia presencia de D. Cárlos.

CARLOS. — ¿ Cómo es esto?... ¡ Ah! sí; así fué, pero ahora todo me parece perfectamente, perfectamente; casi mejor.

ALBA. — Os escucho con sorpresa.

CARLOS.— (*Con ironía.*) Sois un gran general, ¿quién lo ignora? La misma envidia debe reconocerlo. Yo soy muy jóven todavía; tal ha sido tambien la opinion del Rey. El Rey tiene razon; tiene razon por completo; lo veo ahora, y estoy satisfecho. Por tanto, hemos hablado bastante sobre esto, y os deseo un feliz viaje; no puedo, como veis, detenerme más, porque tengo mucho qué hacer. Dejemos el resto para mañana, ó para cuando vos querais, ó para cuando regreseis de Bruselas.

ALBA. — ¿ Cómo?

CARLOS. — (*Despues de un momento de silencio, viendo que el Duque no ha salido todavía.*) Salís de aquí en buena estacion; atravesareis el Milanesado, la Lorena, Alemania... Alemania, sí; precisamente era en Alemania; allí os conocen. Estamos en abril, mayo, junio, julio... perfectamente; en agosto, á más tardar, estareis en Bruselas... ¡ Oh! no dudo que muy luego oiremos hablar de vuestras victorias; os hareis digno de nuestra bondadosa confianza.

ALBA. — (*Con acento intencionado.*) ¿ Será tal vez con el reconomiento de mi nulidad?

CARLOS. — (*Despues de un momento de silencio, con altivez y dignidad.*) Sois susceptible, Duque, y con razon. Debo confesar que es poco generoso por mi parte usar contra vos, armas que no estais en el caso de usar contra mí...

ALBA. — ¿ No estoy en este caso?

CARLOS. — (*Presentándole la mano y riendo.*) Lástima que me falte el tiempo para empeñar un noble combate con el Duque de Alba... Otra vez...

ALBA. — Príncipe, ambos calculamos de diferente manera. Vos, por ejemplo, lo aplazais para dentro veinte años, y yo me refiero á veinte años hace.

CARLOS. — ¿ Y bien, qué?

ALBA. — Estoy pensando, cuántas noches trascurri-

das junto á vuestra madre, la Princesa de Portugal, hubiera dado el Monarca para atraer al servicio de la corona un brazo como el mio... No ignoraba el Rey cuánto más fácil es perpetuar la progenie que consolidar la monarquía, y que se provee más pronto de un rey al mundo, que de un mundo al Rey.

CARLOS. — Es muy cierto; sin embargo, Duque, sin embargo...

ALBA. — El Rey no ignoraba cuánta sangre de sus pueblos era preciso derramar, antes que un par de gotas de sangre hicieran de vos un rey.

CARLOS. — Es muy cierto, vive Dios; y en dos palabras habeis formulado lo que el orgullo del mérito puede oponer al orgullo de la fortuna. Pero no veo la consecuencia, Duque...

ALBA. — ¡Desdichado del príncipe que en la cuna se mofa de su nodriza! Muy grato le será sin duda descansar muellemente, y adormecerse en brazos de nuestras victorias. Sólo las perlas brillan en la corona, sin que se vean las heridas que han costado... Esta espada, Príncipe, impuso las leyes españolas á pueblos extranjeros, fulguró delante del pendon de la cruz y ha trazado sobre el continente sangrientos surcos, para sembrar en ellos la semilla de la fe. Dios era juez en el cielo; yo, en la tierra.

CARLOS. — Dios ó el diablo; lo mismo da. Harto sé que erais su brazo derecho... os suplico que no hablemos más de eso... Quisiera evitar ciertos recuerdos... Respeto la eleccion de mi padre, porque mi padre necesita un Duque de Alba; precisamente esto es lo que no le envidio... Sois un grande hombre; sea; me inclino á creerlo; temo solamente que os hayais anticipado algunos siglos en nacer... Un hombre como el Duque de Alba, deberia venir allá en el momento de la consumacion de los siglos, cuando la gigantesca audacia del crímen habrá agotado la paciencia del cielo, y la abundante cosecha de maldades, ya en sazon, requerirá un segador sin par... Entonces estareis en vuestro centro. ¡Dios mio!... ¡Mi paraíso!... ¡Mi Flandes!... pero es forzoso no pensar más en ello... ni una palabra más sobre esto... Dicen que os llevais de aquí una porcion de sentencias de muerte, firmadas de antemano... ¡Laudable precaucion que evita para más tarde todo efugio! ¡Oh, padre mio! ¡cuán mal he comprendido tus intenciones! Te acusaba porque me negaste un cargo en el que habia de lucirse el Duque de Alba, cuando con esta negativa empezabas á darme una prueba de tu estimacion.

ALBA. — Príncipe... estas palabras merecerian...

CARLOS. — (*Interrumpiéndole.*) ¡Qué!

ALBA. — Pero vuestro título de hijo del Rey os sirve de escudo...

CARLOS. — (*Desenvainando su espada.*) Esto pide sangre... Vuestra espada, Duque...

ALBA. — (*Friamente.*) ¿Contra quién?

CARLOS. (*Cayendo sobre él.*) En guardia, ú os atravieso el corazon...

ALBA. — Puesto que es fuerza... (*Se baten.*)

ESCENA VI.

LA REINA. — D. CÁRLOS. — El DUQUE DE ALBA.

REINA. — (*Sale asustada de su habitacion.*) ¡Desenvainados los aceros! (*Al Príncipe, con enfado y voz imperiosa.*) ¡Cárlos!

CARLOS. — (*A quien la presencia de la Reina pone fuera de sí, deja caer su brazo, se queda inmóvil, y despues corre á abrazar el Duque.*) ¡Hagamos las paces, Duque; sea olvidado todo! (*Se arroja á los piés de la Reina, despues se levanta y sale muy agitado.*)

ALBA. — (*Inmóvil, no le pierde de vista.*) ¡Vive Dios! ¡cosa más rara!

REINA. — (*Despues de un instante de turbacion é inquietud, avanza lentamente hácia su habitacion; y en el dintel de la puerta, se vuelve.*) ¡Duque de Alba!

(*El Duque la sigue.*)



ESCENA VIII.

Gabinete de la Princesa de Éboli.

La PRINCESA caprichosamente vestida, pero con exquisito gusto, toca el laud, y canta. — Luego el PAJE de la Reina.

PRINCESA. — (*Se levanta sobresaltada.*) ¡Él llega!

PAJE. — (*Corriendo.*) ¿Estais sola? Me sorprende no encontrarle aquí, pero llegará sin duda al instante...

PRINCESA. — ¿Vendrá?... ¿Consiente él?... Todo está resuelto...

PAJE. — Viene detras de mí... Noble Princesa, os

ama, os ama, pero como nadie os amó; como no habeis sido amada nunca... ¡Qué escena he presenciado!...

PRINCESA. — (*Con impaciencia.*) Presto, dí, ¿le has hablado? ¿Qué te ha dicho? ¿Qué cara ha puesto? ¿Qué ha dicho? ¿Se ha turbado? ¿Acertó con el nombre de la persona que le ha enviado la llave, ó no? ¿Ha sospechado si era otra? ¡Por Dios! no me respondes palabra... ¡Estás como avergonzado! Nunca me has parecido tan torpe, tan tonto, tan insoportable...

PAJE. — ¡Pero si no me dejais hablar! Le he entregado la llave y el billete, y me ha parecido que se corria cuando le he dicho que era el enviado de una dama.

PRINCESA. — ¡Qué se corria!... muy bien, muy bien... Vaya; continúa...

PAJE. — Queria decirle algo más, pero ha palidecido, me ha arrancado la carta de la mano, y lanzándome una mirada amenazadora, me ha dicho que lo sabia todo.

PRINCESA. — ¡Que lo sabia todo! ¡Que lo sabia todo!... ¿Esto ha dicho?

PAJE. — Me ha preguntado por tres ó cuatro veces si vos misma me habiais realmente entregado esta carta.

PRINCESA. — ¿Si era yo misma?... ¡Y ha pronunciado mi nombre!

PAJE. — No; no ha pronunciado vuestro nombre. — Algunos espías, me ha dicho, podrian escucharme y contárselo todo al Rey.

PRINCESA. — (*Sorprendida.*) ¿Ha dicho esto?

PAJE. — A quien le importaba mucho, ha añadido, tener noticia de aquella carta.

PRINCESA. — ¿Al Rey? ¿Has oido bien? ¿Al Rey? ¿Ha pronunciado precisamente esta palabra?

PAJE. — Sí; ha dicho que era un secreto peligroso, y me ha aconsejado que pusiera atencion en lo que ha-

blaba y en lo que hacia, á fin de que el Rey no concibá la menor sospecha.

PRINCESA. — (*Despues de un momento de reflexion, muy sorprendida.*) Todo se acuerda perfectamente, y no puede ser sino que conoce esta aventura... ¡Es inconcebible! ¿Quién puede haberle revelado... quién? repito... ¿quién puede ser, sino el amor, el amor de vista de lince... penetrante, profunda?... Pero continúa, continúa... ¿Ha leido el billete?

PAJE. — El billete, decia él, le anunciaba una dicha que le hacia temblar y que no se hubiera atrevido á soñar nunca... Por desgracia el Duque ha entrado en la sala, y esto nos ha obligado...

PRINCESA. — (*Con acritud.*) ¿Qué tenia que hacer el Duque allí?... ¿Pero, dónde está?... ¿Por qué tarda, por qué no parece? ¿Ves cómo te han informado mal? Podria ser ya feliz, durante el rato que tú empleas en contarme que quiere serlo.

PAJE. — Temo que el Duque...

PRINCESA. — Otra vez el Duque... ¡Qué tiene que ver con esto! ¡Qué tiene que ver el valiente general con mi tranquila felicidad!... Podia plantarlo, ó mandarle que se retirara. ¿Con quién no se obraría así en estos casos? ¡Oh!... Me parece que tu Príncipe ni comprende el amor, ni el corazon de las mujeres, ni sabe lo que son los minutos... Silencio; oigo pasos. Véte; es el Príncipe. (*El paje se vá.*) Vé, vé. ¿Dónde está mi laud? Conviene que me sorprenda... Mi canto debe ser la señal...

ESCENA VIII.

La PRINCESA.—Poco despues CARLOS.—La Princesa se ha sentado sobre una otomana; toca el laud.

CARLOS. — (*Entra precipitadamente, reconoce á la Princesa, y queda como herido del rayo.*) ¡Dios mio! ¿Dónde estoy?

PRINCESA. — (*Deja caer su laud, y corre hácia él.*) ¡Ah! príncipe Cárlos... En verdad...

CARLOS. — ¡Dónde estoy!... ¡Torpe equivocacion!... he tomado una habitacion por otra.

PRINCESA. — ¡Cómo fija Cárlos su atencion en las habitaciones donde hay damas sin testigos!

CARLOS. — Perdonadme, Princesa; he encontrado el primer salon abierto.

PRINCESA. — ¡Es posible!... Paréceme, sin embargo, que lo habia cerrado...

CARLOS. — Os lo parece... sólo os lo parece, pero sin duda os equivocais... Que quisiste cerrarlo; conforme, pero no lo estaba; seguramente que no lo estaba... Oigo tocar un laud... ¿No era un laud? (*Mira en torno suyo, dudoso.*) Sí; vedle allí todavía... y el laud... yo gusto de esta música con locura... Soy todo oidos, y sin saber lo que me pasa, me apresuro á entrar en ese gabinete para ver los bellos ojos de la amable cantatriz, cuyo celeste hechizo me ha arrebatado.

PRINCESA. — Galante curiosidad que por lo que veo, ha desaparecido bien pronto. (*Despues de un momento de silencio, con acento intencionado.*) ¡Oh! estimo en mucho la modestia de quien para no ofender el pudor de una dama, se pierde en tales invenciones.

CARLOS. — (*Con confianza.*) Princesa, comprendo que agravo una situacion que quisiera mejorar. Excusadme una tarea que no podria llevar á cabo cumplidamente. Buscabais sin duda en esta habitacion un refugio contra la sociedad, y quereis, lejos de las miradas de los hombres, entregaros á los secretos deseos de vuestro corazon: yo llego aquí como importuno accidente que disipa vuestro sueño. Debo alejarme sin tardanza. (*Hace que se vá.*)

PRINCESA. — (*Sorprendida y desconcertada, y serenándose luego.*) Príncipe, esto no me parece bien.

CARLOS. — Princesa, comprendo lo que significa vues-

tra mirada en este gabinete... y respeto la turbacion de la virtud... ¡Ay de aquel á quien alienta el rubor de una mujer! Cuando las mujeres tiemblan ante mí, se apodera de mí la timidez.

PRINCESA. — ¡Es posible! Escrúpulo sin ejemplo en un jóven y en un Príncipe. ¡Pues bien! ahora debeis quedaros; os lo suplico.. Semejante virtud disipa las inquietudes de una doncella... ¿Sabeis que vuestra súbita aparicion me ha sorprendido á mitad de mi ária favorita? (*Le conduce junto al sofá, y toma su laud.*) Príncipe Cárlos, voy á tocar otra vez esta arieta; escucharla será vuestro castigo.

CARLOS.—(*Se sienta, no sin embarazo, junto á la Princesa.*) Castigo apetecible como mi falta. Por cierto que el canto me ha parecido tan bello y celestial, que le oiré con gusto tercera vez.

PRINCESA. — ¡Cómo!... lo habeis oido... Esto es horrible, Príncipe. Era, me parece, un canto de amor...

CARLOS.— Y si no me engaño, de un amor feliz. ¡Linda letra para estos labios, pero sin duda más bella que verdadera!...

PRINCESA. —¿Qué verdadera?... decis... Así, ¿vos dudais?

CARLOS.—(*Con seriedad.*) Dudo casi que Cárlos y la Princesa de Éboli puedan jamas comprenderse tratándose de amor. (*La Princesa se sorprende, él la observa, y continúa como galanteándola.*) Porque ¿cómo el que vea vuestras sonrosadas mejillas podrá creer que la pasion agita vuestro pecho? ¿La Princesa de Éboli puede correr el peligro de suspirar en vano y sin ser escuchada? Sólo conoce el amor quien ama sin esperanza.

PRINCESA.—(*Recobrando su alegría.*) ¡Oh! Callad, esto es espantoso. No parece que sea esta precisamente la desgracia que hoy os persigue, hoy menos que ningun otro dia, buen Príncipe. (*Le toma la mano con ternura.*) No estais muy alegre que digamos, por vida mia... Parece que sufris mucho... ¿Es posible?... ¿Por qué sufris, Príncipe?... ¿Vos, llamado á las delicias de este mundo, dotado de los presentes de pródiga naturaleza, nacido para aspirar á los goces de la vida vos, hijo de un gran Rey, que en vuestra cuna de Príncipe fuisteis ademas colmado de aquellos dones que eclipsan el mismo esplendor de vuestra elevada jerarquía; que en el riguroso tribunal de las mujeres las habeis fascinado... á ellas que sentencian sin apelacion sobre el valor y la gloria de los hombres; vos, á quien basta una mirada para vencer, y que enardeceis con la propia frialdad;... cuyo amor daria el cielo y la dicha de los dioses;... el elegido por la naturaleza entre mil para colmaros de felicidad y de incomparables cualidades... vos sufris?... ¡Oh, Dios mio!... tú que se lo prodigaste todo, ¿por qué le niegas ojos para ver sus triunfos?

CARLOS. — (*Que durante este rato ha permanecido absorto y distraido, vuelve en sí y se levanta súbitamente.*) Perfectamente; esto es incomparable, Princesa. Cantadme este trozo una vez más.

PRINCESA. — (*Mirándole sorprendida.*) Cárlos, ¿en qué pensabais?

CARLOS. — (*Se levanta.*) ¡Ah! ¡por el cielo! Vos me lo recordais. Á propósito; es preciso que vaya cuanto antes.

PRINCESA. — (*Deteniéndole.*) ¿Dónde?

CARLOS. — (*Con cruel ansiedad.*) Á fuera; á respirar el aire libre. ¡Dejadme, Princesa! Paréceme que el mundo arde en llamas detras de mí...

PRINCESA. — (*Deteniéndole con fuerza,*) ¿Qué teneis? ¿A qué se debe tan raro proceder? (*Cárlos se detiene y reflexiona; ella aprovecha este instante para atraerle al sofá.*) Teneis necesidad de descanso, querido Cárlos; estais agitado. Sentaos cerca de mí, y alejad de vues-

tra mente esta negra pesadilla que engendra la fiebre. Si os preguntarais francamente, ¿conozco lo que oprime mi corazon? si lo supierais, ¿no habrá entre los caballeros de esta córte y entre las damas, nadie que lo consuele, que lo comprenda, quiero decir, nadie que sea digno?...

CARLOS. — (*Distraido.*) Tal vez la Princesa de Éboli...

PRINCESA. — (*Con alegría y viveza.*) ¿Es cierto?

CARLOS. — Dadme una carta, una recomendacion para mi padre. Dádmela. Dicen que gozais de mucha influencia.

PRINCESA. — ¿Quién lo dice? ¡ah! la duda selló tus labios.

CARLOS. — Probablemente. La historia es ya pública; concebí de pronto el proyecto de ir á Brabante á ganar mis espuelas. Mi padre teme que el mando del ejército perjudique á mi voz.

PRINCESA. — Cárlos, os estais mofando de mí. Confesadlo; quereis escaparme con estos movimientos de culebra. Miradme de hito en hito, hipócrita. Quien sólo sueña en caballerescas hazañas ¿podria rebajarse á escamotear con avidez las cintas que las damas dejan caer? y permitidme (*levanta ligeramente la gorguera de Cárlos y coge una cinta que estaba oculta*), y guardarlas con tal cuidado?

CARLOS. — (*Retrocediendo con sorpresa.*) Princesa, no; esto es demasiado; sin duda soy víctima de una traicion. Es imposible engañaros; os entendeis con el demonio con los malos espíritus.

PRINCESA. — Parece que os sorprende. Apostemos, Príncipe, que yo os recuerdo cosas... cosas... Probadlo; interrogadme. Si no han pasado inadvertidas para mí, ni vuestras genialidades, ni vuestro acento sofocado, ni vuestra sonrisa, desvanecida al instante para dar lugar á la gravedad, ni vuestros menores gestos y actitudes, juzgad si habré comprendido lo que queriais darme á comprender.

CARLOS. — Esto es aventurar mucho, pero acepto la apuesta, Princesa. ¿Prometeis descubrir en mi corazon algo que ni yo mismo supe nunca que existiera?

PRINCESA. — (*Levemente ofendida y con gravedad.*) ¿Nunca, Príncipe?... Pensadlo mejor... Mirad que no os hallais en el gabinete de la Reina, donde es de rigor un poco de disimulo. Estais turbado, y os ruborizais de pronto. Realmente. ¿Quién podrá ser tan perspicaz y atrevido, y quien estará tan desocupado para espiar á Cárlos, cuando Cárlos se cree al abrigo de toda vigilancia? ¿Quién habrá podido notar que en el último baile dejó á la Reina, de quien era el acompañante, para dirigirse con premura á un grupo vecino y tender la mano á la Princesa de Éboli dejando á su real pareja? Distraccion, Príncipe, que observó el mismo Rey, parecido en aquel instante.

CARLOS. — (*Con sonrisa irónica.*) ¿Hasta el Rey? En verdad, querida Princesa, que el caso no le debió parecer singular.

PRINCESA. — Ni más ni menos que la escena de la capilla del castillo, que sin duda el mismo príncipe Cárlos no recordará. Os hallabais á los piés de la Vírgen, abismado en la oracion, cuando de repente... ¿qué culpa tuvisteis de ello?... rozaron el pavimiento á vuestra espalda las colas de algunas damas. Héteme aquí que el heroico hijo del rey Felipe empieza á temblar como un hereje delante del Santo Oficio; espira la oracion en sus pálidos labios y en el arrebato de la pasion... fué aquella, Príncipe, una comedia conmovedora... cogisteis la santa y fria mano de la Vírgen y cubristeis el mármol de ardientes besos.

CARLOS. — Cometeis conmigo una injusticia, Princesa; fué devocion.

PRINCESA. — ¿Sí? esto es otra cosa, Príncipe; entonces fué tambien por el temor de perder, que un dia que Cárlos jugaba con la Reina y conmigo, me hurtó

mi guante con pasmosa habilidad. (*Cárlos se levanta turbado.*) Bien es verdad que un momento despues, fué harto galante para arrojarlo sobre la mesa en lugar de una carta.

CARLOS. — ¡ Oh, Dios mio, Dios mio ! ¿ Qué hice yo?

PRINCESA.—Nada que debais negar á mi juicio. Grande fué mi júbilo y mi sorpresa, cuando inesperadamente hallé un billete que habiais sabido ocultar en el guante. La más patética poesía que...

CARLOS.—(*Interrumpiéndola súbitamente.*) Versos nada más. Con frecuencia se desprenden de mi cerebro estas ligeras burbujas que se desvanecen del modo que se forman. No hablemos más en esto.

PRINCESA. — (*Alejándose sorprendida y mirándole un instante.*) Lo he apurado todo; todas mis tentativas resbalan sobre este hombre extraño como sobre una serpiente. (*Calla durante breve rato.*) ¡Pero calle! si todo se debiera á su extraordinario orgullo, que empleando la máscara de la timidez, pretendiera hacer más dulces sus placeres! sí... (*Se acerca al Príncipe, y le mira perpleja.*) Príncipe, decidme por fin... me hallo delante una puerta cerrada, encantada, que mis llaves no pueden abrir.

CARLOS. — Lo mismo me pasa á mí con respecto á vos.

PRINCESA. — (*Se aparta de improviso, se pasea en silencio por el gabinete y parece preocupada con una idea importante. Por fin le dice, con acento grave y solemne.*) Bien, sea; es fuerza que me resuelva á hablar. Os hago juez de mi causa; sois leal, sois un hombre, en una palabra; sois príncipe y caballero; me arrojo en vuestros brazos: vos me salvareis, y si me pierdo para siempre, llorareis mi suerte. (*El Príncipe se acerca á ella con curiosidad, interes y sorpresa.*) Un insolente favorito del Rey, Ruy Gomez, conde de Silva, codicia mi mano. El Rey lo quiere y ya está acordada la venta. Soy vendida á su favorito.

CARLOS. — Vendida y siempre vendida, y siempre por el renombrado traficante de España.

PRINCESA. — No; antes, escuchadlo todo. No basta sacrificarme á la política, sino que se atenta á mi inocencia. Tomad; este escrito puede desenmascarar á este santo varon. (*Cárlos toma el papel, pero su impaciencia no le permite leerlo y sigue escuchando á la Princesa.*) ¿ Dónde encontraré, Príncipe, quien me salve ? Hasta ahora mi orgullo ha protegido mi virtud, pero al fin...

CARLOS.— Al fin habeis sucumbido; ¿ habeis sucumbido ? ¡ No ! no ! ¡ en nombre del cielo no !

PRINCESA.—(*Con nobleza y altivez.*) ¿ Y por quién ? miserable juicio ! ¡ Cuán débiles son los despreocupados! Estimar los favores de una mujer, la dicha del amor, como mercancía de la cual puede disponerse siendo como es la única cosa que sólo se compra á cambio de sí misma. El amor es el único precio del amor; el diamante inestimable que quiero dar ú ocultar eternamente, sin gozar jamas de él, como aquel rico mercader que insensible al oro de Rialto y desafiando á los reyes, arrojó su perla entre los tesoros del mar, no queriendo en su orgullo abandonarla por menos de su valor...

CARLOS.— ¡ Por Dios vivo ! ¡ Me gusta esta mujer !

PRINCESA. — Poco me importa que me tilden de caprichosa ó de vanidosa; yo no reparto mis placeres. Al único que escoja, le daré todo por todo, y una sola vez y para siempre. Mi amor hará tan sólo la felicidad de uno, pero esta felicidad será divina. La arrobadora armonía del sér humano... el beso... la dicha de la hora propicia, la mágia celestial de la belleza, no son más que colores de un solo rayo, hojas de una misma flor, ¿ y podria yo ¡ insensata ! marchitar una sola hoja del sonriente cáliz y profanar la majestad de la mujer, la obra maestra de Dios, para alegrar los últimos dias de un disoluto ?

CARLOS. — ¡Me parece increible! Cómo, ¡Madrid poseia semejante doncella, y yo no la conozco hasta hoy!

PRINCESA.—Mucho tiempo haria que me hubiera retirado de la córte y del mundo para sepultarme en un claustro, si no existiera aún para mí un lazo único y omnipotente que me encadena á él... ¡Ay! es una ilusion tal vez, pero tan preciosa para mí! Amo, y no soy correspondida.

CARLOS. — (*Acercándose á ella con fuego.*) Lo sois: es tan cierto como que hay un Dios en el cielo; lo juro. Lo sois y con amor indecible.

PRINCESA.—¿Me lo jurais? ¡Vos!... ¡Ah! oigo la voz de mi ángel... Sí; si realmente lo jurais, Cárlos, os creo y lo soy.

CARLOS.—(*La oprime entre sus brazos con ternura.*) Tierna y noble doncella, adorable criatura. Mis ojos, mis oidos, todo se arroba y admira delante de tí... ¿Quién que te haya conocido en su vida podrá envanecerse de no haber amado nunca? ¿Pero que vienes á hacer aquí, ángel hechicero, en la córte del rey Felipe, entre frailes, y bajo la dominacion de los frailes? No se hizo este cielo para tales flores... Ellos podrian marchitarlas... podrian... ya lo creo. Mas, juro por mi vida que no será; te ciño con mis brazos, y en brazos te llevaré á traves de los demonios y del infierno... Sí; ténme por tu salvador.

PRINCESA.—(*Con mirada amorosa.*) Oh! Carlos, ¡cuán mal os juzgaba! ¡Con qué largueza y maravilla recompensa vuestro noble corazon la fatiga que ha costado comprenderle! (*Toma su mano é intenta besarla.*)

CARLOS.— (*Retirándola.*) Princesa, ¿qué os pasa?

PRINCESA.—(*Con gracia y dulzura, y mirando fijamente su mano.*) ¡Qué bella es! ¡qué pródiga! Príncipe; esta mano tiene aún dos preciosos dones que entregar: una diadema, y el corazon de Cárlos, y ambos tal vez á

una mortal, á una sola: ¡presente demasiado grandioso quizá para una sola mortal!... Y qué, Príncipe, ¿si os decidierais á una particion? Las reinas suelen amar mal, porque la mujer que sabe amar no sabe reinar... Tanto mejor, Príncipe; repartireis entre dos, semejantes dones, cuanto antes, cuanto antes. Tal vez lo habeis hecho ya; ¿lo habreis hecho realmente?... Tanto mejor... ¿Conozco yo á la afortunada?

CARLOS.— Tú la conocerás; yo me descubriré á tí, inocente criatura sin mancha, la primera y la única de esta córte digna de conocer mi alma entera. Sí, no quiero negarlo... amo...

PRINCESA.— ¡Ah, perverso! ¿era tan difícil esta confesion! ¿no era tambien digna de piedad pareciéndote digna de amor?...

CARLOS.— (*Sobrecogido.*) ¿Qué? ¿qué decis?

PRINCESA.— ¡Jugar conmigo de este modo! en verdad, Príncipe, que no haceis bien. ¡Y negar hasta la llave!

CARLOS.— La llave! la llave! (*Despues de reflexionar en silencio.*) Sí... esto era. Ahora lo advierto... ¡Oh, Dios mio! (*Se doblan sus rodillas y se apoya en una silla ocultando el rostro.*)

PRINCESA.— (*Despues de un momento de silencio lanza un grito.*) Desdichada, ¿qué hice?

CARLOS. — (*Levantándose y con el más vivo dolor.*) ¡Caer tan bajo desde lo alto de mi cielo, es horrible!

PRINCESA.—(*Ocultando el rostro.*) ¡Dios mio, qué descubrimiento!

CARLOS.— (*De rodillas.*) No soy culpable, Princesa. La pasion... un fatal error... Os juro que no soy culpable.

PRINCESA.— (*Rechazándole.*) ¡Salid de mi presencia en nombre del cielo!

CARLOS. — Jamas... abandonaros en tan espantosa agitacion...

PRINCESA.—(*Rechazándole con fuerza.*) Salid por piedad, por generosidad, si no quereis matarme. Odio vuestra presencia. (*Cárlos va á salir.*) Devolvedme mi carta y mi llave. ¿Dónde habeis metido la otra carta?

CARLOS.—¿La otra carta? ¿cuál?

PRINCESA.—La del Rey.

CARLOS.—(*Con espanto.*) ¿De quién?

PRINCESA.—La que os entregué hace poco.

CARLOS.—¿Era del Rey? Y para quién? Para vos?

PRINCESA.—¡Cielos! ¡En qué embrollo me he metido! ¡La carta! dádmela; la quiero.

CARLOS.—¿La carta del Rey? Y para vos?

PRINCESA.—¡La carta! por toda la córte celestial...

CARLOS.—Esta carta que debia desenmascarar á cierto...



PRINCESA.—Yo muero; dádmela.

CARLOS.—La carta...

PRINCESA.—(*Junta las manos con desesperacion.*) ¡Insensata! ¡en qué peligro me he puesto!

CARLOS.—La carta es del Rey. ¡Ah, Princesa! esto muda el aspecto de las cosas. (*Con la carta en la mano y con satisfaccion.*) Documento precioso, peligroso, inestimable que no podrian comprar todas las coronas de Felipe, asaz baladíes y de poco precio. Guardo esta carta. (*Váse.*)

PRINCESA.—(*Corre á su encuentro.*) ¡Dios mio! estoy perdida...

ESCENA IX.

PRINCESA, sola.

(Permanece un instante absorta y fuera de sí; despues de haber salido él, corre hácia la puerta llamándole.)

¡Príncipe! ¡una palabra! ¡Príncipe! oidme... se aleja. ¿Esto más? me desprecia. Héteme en un aislamiento horrible, rechazada, despreciada. (*Cae en un sillon; despues de un momento de silencio.*) No; ¡pero sacrificada á una rival! ama; no hay duda, puesto que él mismo lo ha confesado; ¿pero quién es esta mujer feliz? Por lo visto ama á quien no debiera, ya que teme ser descubierto y oculta su pasion al Rey. ¿Por qué al Rey que desearia verle enamorado? ¿ó será tal vez que teme al padre? Cuando ha sabido los galanteos del Rey, su rostro se ha regocijado y parecia feliz y contento; ¿por qué su virtud severa no le ha censurado precisamente esto? De qué le aprovecha que el Rey, infiel á la Reina... (*Se detiene como sobrecogida por un pensamiento repentino, al propio tiempo saca de su seno la cinta que tomó á Cárlos, la mira y la reconoce al instante.*) ¡Oh, cuán insensata era! ¿dónde tenia los ojos? por fin se abren á la luz... se amaban, se amaban antes que el Rey la eligiese... El Príncipe nunca me ha visto sin ella; en ella pensaba, pues, mientras yo me creia amada tan inmensamente y con tal ardor; ¡ah! ¡engaño sin ejemplo! ¡y yo le revelé mi flaqueza! (*Pausa.*) ¿Amará sin esperanza? no puedo creerlo; un amor

sin esperanza no habria resistido á esta lucha. No se sacrifica á este amor una dicha por la que suspira en vano el Rey más poderoso del orbe. ¡ Qué ardiente era su beso y con qué ternura me oprimia sobre su palpitante corazon! La prueba era demasiado fuerte para su romancesca fidelidad si no fuese premiada... tomó la llave que creia recibir de la Reina, creyó en este paso de gigante; llega aquí, pues, pensando que la mujer de Felipe ha sido capaz de dejarse arrastrar á tamaña resolucion!... ¿cómo, cómo hubiera podido creerlo, si graves pruebas no le hubiesen alentado? esto es claro; fué oido y ella le ama; la muy santa se ha dejado enternecer. ¡ Qué habilidosa! yo misma temblaba en la presencia altanera y temible de esta virtud, y pareciame que un carácter superior se elevaba delante de mí, eclipsándome con sus esplendores; envidiaba á su belleza, su augusta serenidad, libre de todas las agitaciones de nuestra naturaleza mortal. ¡ Y esta serenidad era sólo aparente! ¿ Pretende quizas gustar de una noble dicha conservando hábilmente el exterior de una virtud sobrehumana y saboreando al propio tiempo las secretas delicias del vicio? En esto consiste su audacia; ¿ conseguirá su hipócrita empeño, sin que lo impida la venganza por falta de un vengador? ¡No, por el cielo! yo le adoraba, y esto pide venganza; el Rey conocerá esta bellaquería... ¡ El Rey! (*Despues de un momento de reflexion.*) Sí; este es el medio para que lo sepa.

ESCENA X.

Una habitacion del palacio del Rey.

El DUQUE DE ALBA.—DOMINGO.

DOMINGO.—¿ Qué quereis decirme?

ALBA.—Debo comunicaros un descubrimiento importante que hice hoy, del cual quisiera poseer la clave.

DOMINGO.—¿ Qué descubrimiento? ¿ De qué se trata?

ALBA.—El príncipe Cárlos y yo nos hemos encontrado esta tarde en el salon de la Reina. Me habia ofendido. Nos hemos acalorado y venido por fin á las armas, cruzando los aceros; oye este rumor la Reina y abre la puerta; se lanza entre ambos y dirige al Príncipe una mirada que expresaba confianza en su poder. A esta mirada, su brazo se detiene, se arroja á los mios, me estrecha con ardor, y desaparece.

DOMINGO.—(*Despues de breve pausa.*) Esto da lugar á la sospecha y me recuerda algo, Duque... Confieso que de mucho tiempo á esta parte germina en mí un pensamiento de este género; sueño que rechazaba y no confié á nadie todavía. Porque hay puñales de doble filo, amigos dudosos y desconfio de ellos. Es difícil conocer á los hombres y más difícil penetrarlos. Las palabras que se nos escapan son confidentes irritados. Esta es la causa de que ocultara mi secreto, esperando la hora de revelarlo, porque es peligroso, Duque, prestar ciertos servicios á los reyes, y errar el tiro expone á ser herido de rechazo. Cuanto dijera podria jurarlo por la sagrada hostia, pero pesan más en la balanza un testigo ocular, una palabra sorprendida, un trozo de papel, que mis íntimas convicciones. Por desgracia nos hallamos en España.

ALBA.—¿ Y por qué, por desgracia?

DOMINGO.—En cualquier otra córte la pasion puede olvidarse, pero aquí se halla retenida por la severidad de las leyes. Difícil es que una reina ceda, ya lo creo... Mas por desgracia hasta que llegaremos á sorprenderla...

ALBA.—Oidme todavía. Cárlos ha visto hoy al Rey. La audiencia ha durado una hora. Solicitaba el gobierno de los Países-Bajos en alta voz y con tal vivaci-

dad que le he oido desde el gabinete. Cuando le hallé junto á la puerta tenia los ojos enrojecidos por el llanto, y despues cuando le he visto por la tarde, se me presenta con aire de triunfo. Me dice que se alegra de que el Rey me haya otorgado la preferencia, y que le da las gracias por ello. Las cosas han cambiado, añade, y vale más así. Él no ha sabido nunca disimular; ¿cómo explicar, pues, sus contradicciones? el Príncipe se alegra de ser pospuesto y el Rey me concede una gracia, con todas las apariencias de su cólera. ¿Qué debo creer? En verdad que esta nueva dignidad parece más un destierro que un favor.

Domingo.—A este punto han llegado las cosas; ¿y será derribado en un instante lo que hemos construido á fuerza de tantos años? ¿y permaneceréis tan sereno é impasible? Acaso no conoceis á este jóven; ¿no preveis que nos espera el dia en que el Príncipe suba al trono? No soy ciertamente su enemigo. Otros cuidados turban mi reposo, que dicen al trono de Dios y á su Iglesia... El Príncipe... le conozco bien, he penetrado en su alma; el Príncipe alimenta un terrible proyecto, Duque; el proyecto de ser regente y abjurar nuestra santa religion. Su corazon arde por nuevas virtudes que se bastan orgullosas á sí mismas y no imploran ninguna creencia. El Príncipe piensa; su mente se enardece con extrañas ilusiones; honra al hombre; ¿será él, Duque, quien nos convenga por rey?

Alba.—Fantasmas y nada más. Sugestiones tal vez del orgullo juvenil, que aspira á representar su papel y no halla otro partido. Esto pasará cuando le llegue el turno de reinar.

Domingo.—Lo dudo. Se siente orgulloso de su libertad y no está acostumbrado al yugo con que se somete á los otros. ¿Conviene un hombre así para nuestro trono? Su alma osada y gigantesca franqueará los límites de nuestra política. En vano intentéis, por algun

tiempo, enervar su altivo carácter con los placeres, pues ha resistido á esta prueba. Es terrible cosa un alma de su temple en un cuerpo como el suyo... Y en tanto, Felipe va á cumplir sesenta años.

Alba.—Muy lejos se extiende vuestra mirada.

Domingo.—El y la Reina son una sola persona. El veneno de la Reforma se ha infiltrado en su corazon, y aunque hasta ahora permanece oculto, bien pronto ganará terreno y alcanzará al trono. Conozco á esta Valois; temamos, pues, la venganza de esta secreta enemiga si Felipe se muestra débil. Pues la fortuna nos es todavía favorable, ganémosles por la mano, y envolvámosles á ambos en la misma red, dando aviso al Rey, hoy mismo, con pruebas ó sin ellas; que si se conmueve, será ya bastante. Nosotros por nuestra parte no dudamos, y cuando la persuacion existe, no es difícil persuadir. Tampoco lo será descubrir algo más, si desde luego nos convencemos de que estamos obligados á ello.

Alba.—Falta todavía un punto importante... ¿quién se encarga de informar al Rey?

Domingo.—Ni vos, ni yo. Oid lo que tengo preparado de mucho tiempo acá, exclusivamente atento á mis grandes proyectos, seguidos con tranquila paciencia. Nos falta para completar nuestra liga una persona y es la más importante. El Rey ama á la Princesa de Éboli, y yo mantengo esta pasion, propicia á mis deseos. Soy su emisario. Haré entrar á la Princesa en nuestro plan, y si mi trama sale bien, esta jóven será nuestra aliada, nuestra reina. Ella misma me ha dado una cita en este salon... Todo lo espero... ¿Quién sabe si una doncella española deshojará en una sola noche las flores de lis de los Valois?

Alba.—¡Qué oigo! ¿Es cierto cuanto me decís? Me sorprende, vive Dios! Fraile... yo te admiro. Hemos ganado la partida.

DOMINGO.— Silencio... ¿ quién viene?... Es ella... ella misma...

ALBA.— Aguardaré en la habitacion inmediata, y si...

DOMINGO.— Perfectamente. Os llamaré.

(*El Duque se va.*)

ESCENA XI.

LA PRINCESA.—DOMINGO.

DOMINGO.— Estoy á vuestras órdenes, Princesa.

PRINCESA.— (*Despues de haber mirado con curiosidad al Duque.*) ¿No estamos solos? Veo un testigo junto á vos.

DOMINGO.— ¡Cómo!

PRINCESA.— ¿Quién, pues, acaba de salir de aquí?

DOMINGO.— El Duque de Alba, Princesa, quien pide permiso para hablaros despues de mí.

PRINCESA.— ¿El Duque de Alba? ¿Qué quiere? Qué puede querer? Vos sin duda me lo direis.

DOMINGO.— ¿Yo? ¿Y sabré antes á qué debo el honor de hallarme con la Princesa de Éboli, cuando me ví privado de él hace tanto tiempo? (*Despues de un momento de silencio, aguardando su contestacion.*) ¿Podré saber si alguna circunstancia os vuelve favorable á los deseos del Rey? ¿Podré esperar fundadamente que con mejor acuerdo aceptais sus ofrecimientos rechazados tan sólo por capricho? Aguardo con ánsia...

PRINCESA.— ¿Disteis al Rey mi última respuesta?

DOMINGO.— He diferido el instante de causarle esta mortal herida. Aún es tiempo, Princesa; vos podeis evitarla.

PRINCESA.— Anunciad al Rey que le aguardo.

DOMINGO.— ¿Hablais con seriedad, Princesa?

PRINCESA.— Espero que no supondreis que me bur-



Entrevista de la princesa de Eboli con Domingo y el Duque de Alba.

lo. Pero me asustais. Dios mio, ¿qué habré hecho yo, si vos mismo palideceis al oirme?

DOMINGO. — La sorpresa... Apenas puedo concebir!...

PRINCESA. — Reverendo padre, vos no debeis concebirlo, y por todos los bienes de este mundo no quisiera que me hubieseis comprendido. Á vos debe bastaros que sea así, y ahorraros el trabajo de inquirir quién produjo con su elocuencia semejante cambio. Añadiré para vuestro consuelo, que ni vos ni la Iglesia teneis parte en mi falta, bien que vos mismo me hayais demostrado que en ciertos casos la Iglesia sabe valerse, para elevados fines, hasta del cuerpo de una doncella. No, no es esto... Estas piadosas razones, reverendo padre, son para mí demasiado sublimes...

DOMINGO. — Pues bien, Princesa; las abandono por supérfluas.

PRINCESA. — Decid de mi parte al Rey que no se engañe con respecto á mí por este paso, pues soy la misma que era; sólo ha mudado la situacion de las cosas. Cuando rechacé indignada sus ofrecimientos, le creia el feliz esposo de la más bella Reina, y pensé que su fiel esposa merecia este sacrificio de mi parte. Sí, creí entonces... entonces... Pero ahora estoy mejor informada...

DOMINGO. — Continuad, Princesa, continuad; veo que nos comprendemos.

PRINCESA. — Basta. Está descubierta y no he de callarlo más. Su habilidosa farsa está descubierta. Al Rey, á la España entera, á mí, á todos nos ha engañado. Ama; sé que ella ama. Tengo pruebas que la harán temblar. El Rey es engañado; ¡que no lo sea sin tomar venganza! Yo le arrancaré esta máscara de resignacion sublime y sobrehumana, y todos reconocerán la frente de la culpable. Será á costa de enorme sacrificio, pero me embriaga y es para mí un triunfo pensar que á ella no le costará menos.

DOMINGO. — Todo está pues en sazon ; permitidme que llame al Duque. (*Vase.*)

PRINCESA. — (*Sorprendida.*) ¿ Qué significa esto ?

ESCENA XII.

La PRINCESA. — DUQUE DE ALBA. — DOMINGO.

DOMINGO. — Nuestras noticias llegan tarde, Duque. La Princesa de Éboli nos descubre un secreto que debia saber precisamente de nuestros labios.

ALBA. — Así, mi visita la sorprenderá menos. No me fio de mis propios ojos ; sé que tales descubrimientos requieren ojos de mujer.

PRINCESA. — ¿ Hablais de descubrimientos ?

DOMINGO. — Deseamos saber, Princesa, á qué hora y en qué lugar...

PRINCESA. — Pues bien ; os aguardaré mañana á medio dia. Tengo motivos para no ocultar por más tiempo este misterio culpable y no sustraerlo al conocimiento del Rey.

ALBA. — Esto precisamente es lo que me conduce aquí. Es necesario que el Rey lo sepa desde luego y que lo sepa por vos, Princesa, por vos. ¿ A quién creeria más que á la severa y vigilante compañera de su esposa ?

DOMINGO. — A la que ejercerá sobre él autoridad sin límites, desde que así lo quiera...

ALBA. — Yo soy enemigo declarado del Príncipe.

DOMINGO. — Por enemigo suyo me tienen todos. La Princesa de Éboli es libre. Mientras nosotros estamos obligados á callar, á vos vuestro cargo os impone el deber de hablar. El Rey no podrá escaparnos. Vos dareis la señal y nosotros acabaremos la obra.

ALBA. — Mas todo esto debe cumplirse pronto, inmediatamente ; porque los momentos son preciosos y yo puedo recibir á cada instante la órden de mi partida.

DOMINGO. — (*Despues de un momento de reflexion, dirigiéndose á la Princesa.*) Si pudiéramos encontrar unas cartas... unas cartas cogidas al Príncipe, producirian gran efecto... Veamos... ¿ No es verdad ?... Sí ; vos dormís, me parece, en el mismo cuarto de la Reina.

PRINCESA. — Cerca de su cuarto... ¿ Por qué decís esto ?

DOMINGO. — Si álguien que supiera forzar las cerraduras... ¿ Habeis observado dónde acostumbra ella á dejar la llave de su arquilla ?

PRINCESA. — (*Reflexionando.*) Esto podria conducirnos á algo. Sí ; me parece que la llave podria hallarse.

DOMINGO. — Las cartas exigen los oficios de un mensejero... El séquito de la Reina es numeroso. Si pudiéramos dar con la pista... El oro puede mucho...

ALBA. — ¿ Nadie conoce al Príncipe un confidente ?

DOMINGO. — No existe uno solo en todo Madrid, ni uno.

ALBA. — Es raro.

DOMINGO. — Podeis creerme. Desprecia á toda la córte ; tengo pruebas de ello.

ALBA. — Pero ¿ cómo ? Ahora recuerdo que cuando he salido del salon de la Reina, el Príncipe hablaba misteriosamente con uno de sus pajes.

PRINCESA. — (*Interrumpiéndole con viveza.*) ¡ No ! hablaban de otra cosa.

DOMINGO. — ¿ Podríamos saberlo ? ¡ No ! esta circunstancia es sospechosa. (*Al Duque.*) ¿ Conoceis á este paje ?

PRINCESA. — ¡ Niñerías ! ¿ qué quereis que fuera ? Basta ; yo conozco esto ; nos veremos antes de que hable al Rey... entre tanto se descubrirán muchas cosas.

DOMINGO. — (*Llevándola aparte.*) ¿ Y el Rey puede es-

perar ?... Podré anunciarle, ¿ verdad ? ¿ Podré decirle á qué hora serán colmados sus deseos ? Podré...

PRINCESA.— Dentro algunos dias me fingiré enferma, y segun el uso de esta córte, que no ignorais, me separarán de la Reina y me quedaré en mi habitacion.

DOMINGO.—Perfectamente; hemos ganado la gran jugada. Desafío ahora á todas las reinas.

PRINCESA.—Escuchad, me llaman; la Reina me llama; hasta luego. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

EL DUQUE DE ALBA.—DOMINGO.

DOMINGO.—(*Despues de un momento de silencio y siguiendo con la mirada á la Princesa.*) Duque, con esta cara color de rosa y vuestras batallas...

ALBA.—Y vuestro Dios, quiero desafiar al rayo que ha de herirnos. (*Vanse.*)

ESCENA XIV.

Una Cartuja.

D. CÁRLOS.—EL PRIOR.

CARLOS.—(*Al Prior entrando.*) ¿ Pues ha venido ya? Lo siento.

PRIOR.—Tres veces desde esta mañana; se fué hace una hora.

CARLOS.—Pero volverá; ¿ no lo ha dicho ?

PRIOR.—Antes de medio dia, lo ha prometido.

CARLOS.—(*Acercándose á una ventana y mirando los alrededores.*) Vuestro monasterio se halla muy distante del camino; desde aquí se divisan todavía las torres de Madrid y corre al pié el Manzanares. Este sitio me place; todo es en él tranquilidad y misterio.

PRIOR.—Como en la entrada de la otra vida.

CARLOS.—Reverendo padre, confio á vuestra probidad lo más sagrado y precioso que poseo; nadie debe saber, ni sospechar siquiera, con quién he conversado aquí secretamente, pues tengo importantes razones para ocultar al mundo entero á quien aguardo. Hé aquí por qué elegí este convento donde estamos al abrigo de traiciones y sorpresas. ¿ Recordais lo que me habeis jurado ?

PRIOR.—Fiad en nosotros, señor. Las sospechas de los reyes no van á registrar las tumbas, y la curiosidad sólo aplica su oido á las puertas de la dicha y de la pasion. El mundo acaba al pié de estos muros.

CARLOS.—¿ Pensais tal vez que estas precauciones y ese temor ocultan una conciencia culpable ?

PRIOR.—Yo no pienso nada.

CARLOS.—Os engañariais, padre mio; os aseguro que os engañariais. Mi secreto teme al hombre, pero no á Dios.

PRIOR.—Hijo mio, esto nos preocupa muy poco. Este refugio está abierto así al crímen como á la inocencia, y sea cual fuere tu pensamiento, bueno ó malo, justo ó culpable, sólo tiene que ver contigo.

CARLOS.—(*Con calor.*) Lo que ocultamos no puede ofender á vuestro Dios; es por el contrario su obra, su obra más bella. Puedo revelároslo todo.

PRIOR.—¿ Y con qué objeto ? ¡ Excusadlo, Príncipe ! el mundo y sus instrumentos están ya de mucho tiempo empaquetados para el gran viaje. ¿ Por qué abrir todavía el cofre, momentos antes de partir ? ¡ Basta tan poca cosa para la beatitud ! La campana suena la hora del oficio; me voy á rezar. (*Vase.*)

ESCENA XV.

D. CÁRLOS. — El MARQUES DE POSA.

CARLOS. — Por fin, por fin...

MARQUES. — ¡Esto es poner á prueba la impaciencia de un amigo! Dos veces ha salido el sol y dos veces se ha puesto desde que se ha decidido el destino de Cárlos, y hasta ahora no voy á saberlo... Habla; ¿os habeis reconciliado?

CARLOS. — ¿Quién?

MARQUES. — Tú y el rey Felipe. ¿Hay algo decidido con respecto á Flandes?

CARLOS. — Que el Duque parte mañana; hé aquí lo que se ha decidido.

MARQUES. — Esto no puede ser, y no es, sin duda. Madrid entero seria engañado. Se dice que has obtenido una audiencia secreta. El Rey...

CARLOS. — Permanece inflexible. Estamos separados para siempre, y más todavía de lo que estábamos.

MARQUES. — ¿Tú no vas á Flandes?

CARLOS. — No, no, no.

MARQUES. — ¡Adios mis esperanzas!

CARLOS. — Dejemos esto á un lado. ¡Oh, Rodrigo! desde que me dejaste ¡qué de impresiones! Ante todo reclamo tus consejos; debo hablarla...

MARQUES. — ¿A tu madre? No... ¿y por qué?

CARLOS. — Tengo alguna esperanza... ¿palideces? Tranquilízate. Debo ser feliz y lo seré, mas ya hablaremos de eso otro rato, y trata ahora de ver cómo podre hablarla.

MARQUES. — ¿Qué significa esto? ¿En qué se funda este nuevo delirio?

CARLOS. — No es sueño, por el Dios de los milagros; es una realidad, una realidad. (*Le enseña la carta del Rey á la Princesa de Éboli.*) Realidad que se halla en este importante papel. La Reina es libre, libre así á los ojos del mundo como á los ojos del cielo. Lee, y cese tu sorpresa.

MARQUES. — (*Abriendo la carta.*) Qué, ¿qué veo? ¿y de la propia mano del Rey? (*Despues de haberla leido.*) ¿Y á quién se dirige esta carta?

CARLOS. — A la Princesa de Éboli. Anteayer un paje de la Reina me trajo una carta de letra desconocida y una llave, indicándome un gabinete en el ala izquierda del palacio habitado por la Reina, donde me esperaba una dama á quien amo desde mucho tiempo. Obedezco inmediatamente á esta indicacion...

MARQUES. — ¡Insensato!... Acudes...

CARLOS. — No conozco la letra; sólo conozco á una mujer á quien amo; ¿y quién sino ella podria creerse amada de Cárlos? Henchido de dulce embriaguez, vuelo al lugar de la cita, y sírveme de guia un canto celestial que sonaba en el interior de la habitacion... Abro la puerta... y veo... ¿á quién? ¡juzga de mi terror!

MARQUES — ¡Oh!... lo adivino todo.

CARLOS. — Estaba perdido sin recurso, Rodrigo, si no doy en manos de un ángel... ¡Qué desdichada casualidad! Engañada por el imprudente lenguaje de mis ojos, se abandona á su tierno error, y créese ella el ídolo de mis miradas. Movida á compasion por mi secreto pesar, y llevada de su imprevision y de la generosidad de su ánimo enternecido, quiere corresponder á mi amor, y como pareciera imponerme silencio el respeto, ella se atreve á romperle, y me abre su noble corazon.

MARQUES. — ¿Y me cuentas esto con tanta calma?... La Princesa de Éboli ha penetrado tus intenciones; no me cabe duda de que conoce el íntimo secreto de tu amor. La has ofendido gravemente... é influye en el ánimo del Rey.

CARLOS. — (*Con confianza.*) Es virtuosa.

MARQUES. — Lo es porque así conviene á su amor. No me fio de esta virtud; la conozco. ¡Cuán lejos se halla de aquel sentimiento ideal, que partiendo del alma como del suelo materno, se despliega con gracia y arrogancia, libremente y sin cultivo, coronándose de abundantes flores! Vástago extranjero, trasplantado de las regiones meridionales á más rudo clima, su inocencia proviene de la educacion, de los principios recibidos, llámalo como quieras; es una inocencia adquirida, disputada por la astucia y á fuerza de combates á la sangre ardiente; depositada á buena cuenta en manos de Dios que la reclama y la paga. Juzga por tí mismo; ¿perdonará nunca la Princesa á una Reina, que un hombre haya desdeñado, el sacrificio de esta virtud penosamente alcanzada, por consagrar á la esposa de Felipe un amor sin esperanza?

CARLOS. — ¿Tanto conoces á la Princesa?

MARQUES. — No sé; apenas la he visto más de dos veces, pero déjame decirte una palabra. Me ha parecido que evitaba hábilmente todo compromiso y que sabia muy bien lo que valia su virtud. En cambio he visto la Reina, y ¡qué diferencia, Cárlos, en cuanto he observado en ella! Ignorante, en su nativa y serena grandeza, así de la desenfadada frivolidad como de los preceptos dogmáticos del decoro, así distante de la osadía como del temor, camina con paso firme y heroico por la estrecha senda del bien, sin saber siquiera que excita un sentimiento de adoracion, cuando apenas cuenta con la aprobacion propia. En este retrato, ¿reconoces tambien, Cárlos, á la de Éboli? La Princesa se ha mantenido firme porque amaba, y el amor era la condicion primera de su virtud. Tú no la has recompensado, y sucumbirá.

CARLOS. — (*Con viveza.*) No, no. (*Se pasea con agitacion.*) No, te repito. ¡Oh, Rodrigo! si supieras cuán

mal haces en arrebatar á tu Cárlos la mayor felicidad, la fe en la virtud del corazon humano.

MARQUES. — No merezco este reproche, amigo de mi alma, no, por Dios vivo, porque no era esto lo que intentaba. ¡Ah! la Princesa de Éboli! Aunque fuera un ángel y debiera prosternarme ante su virtud, no quisiera que poseyese tu secreto.

CARLOS. — Observa cuán vano es tu temor. Ella sólo posee un prueba que la avergonzaría, ¿y sacrificará por ventura su honor á la triste satisfaccion de vengarse?

MARQUES. — Más de una se libró á la infamia para borrar un momento de vergüenza.

CARLOS. — (*Levantándose con viveza.*) ¡Oh! estás muy duro, muy cruel con ella. Noble y altiva, la conozco y no la temo. En vano te esfuerzas en disipar mis esperanzas; he de hablar á mi madre.

MARQUES. — ¿Ahora? ¿Y por qué?

CARLOS. — No tengo ya que guardar ningun miramiento, y es fuerza que conozca mi suerte; haz lo posible para que pueda hablarla.

MARQUES. — ¿Y quieres enseñarle esta carta? ¿quieres enseñársela?

CARLOS. — No me preguntes nada sobre esto... Busquemos sólo el medio de avistarme con ella.

MARQUES. — (*Con imperio.*) ¿Me has dicho que amabas á tu madre y quieres enseñarle esta carta? (*Cárlos baja los ojos y calla.*) Cárlos, veo en tu semblante algo nuevo para mí, y que no habia visto hasta ahora; apartas la mirada. ¿Será verdad? ¿Habré acertado? Déjame ver. (*Cárlos le da la carta y el Marques la rasga en pedazos.*)

CARLOS. — Cómo, ¿estás loco? (*Con emocion reprimida.*) Realmente, lo confieso; daba mucha importancia á esta carta.

MARQUES. — Lo cual he creido reconocer, y por esto

ACTO III.

—

ESCENA PRIMERA.

Cámara del Rey.— Dos velas encendidas sobre una mesa de noche.—Algunos pajes dormidos, en el fondo.

REY.

(A medio vestir, se halla sentado delante de una mesa, con un brazo apoyado en el sillon, en actitud pensativa. Tiene delante un medallon y algunos papeles.)

QUIÉN podria negar que ella por otra parte ha sido exaltada? Nunca he podido inspirarle amor, y sin embargo, parece sentir necesidad de amar!... Es evidente; es falsa. (*Hace un gesto que lo pone sobre sí, y mira en torno con sorpresa.*) ¿En dónde estoy?... ¿Nadie está en vela aquí sino el Rey? ¡Qué! Consumidas las luces. Y no es de dia, sin embargo... No dormiré ya más y forzoso será, naturaleza, que te resignes á ello, porque un rey no tiene tiempo de reparar sus noches perdidas... Pero ahora estoy ya desvelado, y es preciso que entre la luz del dia. (*Apaga las luces y descorre las cortinas de una ventana. Se pasea á lo largo de la habitacion, contempla á los pajes dormidos en silencio, y toca despues una campanilla.*) ¿Duermen tambien en la antecámara?

ESCENA II.

El REY.—El CONDE DE LERMA.

LERMA. — (*Sorprendido al ver al Rey.*) ¿V. M. se siente malo?

REY.—Se ha pegado fuego al pabellon del ala izquierda. ¿No oisteis el ruido?

LERMA. — No, señor.

REY. — ¡No! ¿cómo? ¿habré soñado? Y no puede ser esto casual. ¿La Reina no duerme en esta parte del palacio?

LERMA. — Sí, señor.

REY. — Este sueño me ha asustado. Desde hoy se doblará la guardia de aquel punto al caer la tarde, pero... secretamente, muy secretamente. No quiero que... ¡Parece que me observais!

LERMA. — Observo vuestros ojos enrojecidos que piden descanso y me atrevo á recordar á S. M. el cuidado de su preciosa salud, y el de sus pueblos que verian con dolorosa sorpresa las huellas del insomnio en su rostro... Con que durmierais tan sólo un par de horas...

REY. — (*Turbado.*) El sueño... el sueño, ya dormiré en el Escorial. Cuando el Rey duerme, adios corona; cuando el esposo duerme, adios amor de su esposa. Pero no, no; es una calumnia. ¿No es por ventura una mujer quien me lo ha contado, y el mismo nombre de la mujer no es calumnia? El crímen no será verdad para mí hasta que lo haya confirmado un hombre. (*A los pajes que acaban de despertar.*) Llamad al Duque de Alba. (*Los pajes se van.*) Acercaos, Conde. ¿Es verdad? (*Clava en él una mirada penetrante.*) ¡Ay!... ¡Poder conocerlo todo, aunque este poder durara sólo el tiempo

que dura una pulsacion! ¿Es verdad? Jurádmelo. ¿Soy engañado? ¿Lo soy? ¿Es verdad?

LERMA.—Grande, excelente Rey...

REY.—(*Retrocediendo.*) ¡Rey todavía, y siempre rey! Ninguna otra respuesta que el eco de este vano sonido. Golpeo la roca en busca de agua, de agua para apagar mi sed ardiente, y brota tan sólo oro derretido.

LERMA.—Pero ¿qué preguntais si es verdad, señor?

REY.—Nada, nada, dejadme; idos. (*El Conde va á salir, y el Rey le llama.*) ¿Estais casado, sois padre, verdad?

LERMA.—Sí, señor.

REY.—Casado, ¿y os atreveis á velar una sola noche, junto á vuestro señor? Encanecisteis, ¿y creeis todavía sin rubor en la virtud de vuestra esposa? ¡Oh! regresad á casa, y la sorprendereis entregada á los abrazos incestuosos de vuestro hijo; creed á vuestro Rey... Idos... Me escuchais atónito; y clavais en mi penetrante mirada, porque tambien yo encanecí... ¡Desdichado!... reparad en lo que haceis; la virtud de las reinas es intachable, y sois muerto si dudais.

LERMA.—(*Con calor.*) ¡Y quién podria dudar!... ¿Quién, en todo el reino, osaria lanzar la envenenada sospecha sobre esta virtud angelical, sobre la mejor Reina que ha habido?

REY.—¿La mejor?... ¿para vos es tambien la mejor?... Veo que cuenta con entusiastas amigos junto á mí, y esto le costará sin duda mucho, tal vez más de lo que ella pueda dar en recompensa, me parece. Podeis retiraros; llamad al Duque.

LERMA.—Le oigo ya en el salon. (*Va á salir.*)

REY.—(*Con acento más blando.*) Conde, verdad es cuanto habeis observado hace poco. Esta noche de insomnio ha enardecido mi cabeza; olvidad por lo tanto lo que he dicho soñando despierto... oís... olvidadlo... Soy vuestro bondadoso rey. (*Le tiende á besar la mano. Lerma sale y abre la puerta al Duque de Alba.*)

ESCENA III.

EL REY.—EL DUQUE DE ALBA.

ALBA.—(*Se acerca manifestando cierta perplejidad.*) Tan imprevista órden en desusada hora... (*Se turba observando al Rey de mas cerca.*) Y esta mirada...

REY.—(*Sentado y tomando el medallon de encima la mesa. Mira largo rato al Duque en silencio.*) ¿Es cierto, pues, que no me queda ni un solo servidor que me sea fiel?

ALBA.—(*Turbado.*) ¿Cómo?

REY.—Saben que soy ofendido mortalmente, y nadie me lo advierte, sin embargo.



ALBA.—(*Mirándole atónito.*) ¿Mi Rey ha sido ofendido, y la ofensa escapó á mi mirada?

REY.—(*Mostrándole las cartas.*) ¿Conoceis esta letra?

ALBA.—Letra del Príncipe.

REY.—(*Con mirada penetrante.*) ¿Nada sospechais to-

davía ?... Me advertisteis su ambicion, ¿ y era sólo su ambicion lo que debia temer ?

ALBA. — La ambicion es una grande y extensa palabra que puede expresar un pensamiento infinito.

REY. — ¿ Y no teneis algo particular qué revelarme?

ALBA. — (*Despues de breve silencio y con encogimiento.*) V. M. ha confiado el reino á mi cuidado y debo velar por él, y dedicar á esta tarea mis más íntimos pensamientos; pero lo que fuera de ella sospecho ó pienso es patrimonio mio, sagrado patrimonio que así el esclavo como el vasallo tienen derecho á rehusar á los reyes de la tierra. Lo que yo veo claro, no está sin embargo en sazon para confiarlo á mi Rey; si desea que le satisfaga, suplico que no me interrogue como señor.

REY. — (*Dándole las cartas.*) Leed.

ALBA. — (*Lee, y se vuelve con terror hácia el Rey.*) ¿Quién fué el insensato que entregó estas cartas á mi Rey?

REY. — ¡ Cómo ! ¿ sabeis á quién van dirigidas ?... Su nombre, segun creo, no se halla en la carta.

ALBA. — (*Retrocediendo sobrecogido.*) ¡ Me he precipitado !

REY. — ¿ Vos sabeis ?...

ALBA. — (*Despues de un momento de reflexion.*) Pues bien; esto es hecho; puesto que mi Rey lo ordena, no puedo retroceder... No lo niego;... conozco la persona á quien van dirigidas.

REY. — (*Levantándose, profundamente inmutado.*) Dios terrible de la venganza, ayudadme á descubrir un nuevo modo de matar... Sus relaciones son tan patentes, tan públicas, que sin darse la pena de examinar, cualquiera adivina que de ella son las cartas á la primer ojeada. Esto es demasiado... ¡ y yo no lo he sabido; no lo he sábido, y soy el último que lo descubro, el último en todo mi reino !

ALBA. — (*Arrodillándose.*) Sí; confieso mi falta, ¡ oh, Rey bondadoso ! me avergüenzo de mi cobarde prudencia que me impuso silencio, cuando me obligaba á hablar el honor de mi Rey, la verdad, la justicia. Mas ya que todo calla, y que el hechizo de la belleza amordaza los labios de los hombres, me arriesgo á hablar... No olvido, no obstante, que las insinuantes protestas de un hijo, los seductores atractivos, las lágrimas de una esposa...

REY. — (*Con viveza y prontitud.*) Levantaos; os doy mi palabra real; levantaos y hablad sin temor.

ALBA. — (*Levantándose.*) V. M. recuerda tal vez todavía la escena del jardin de Aranjuez, cuando encontrasteis á la Reina, lejos de sus damas, turbada, sola, en retirado sitio.

REY. — ¡ Ah ! qué oigo... Continuad.

ALBA. — La Marquesa de Mondéjar fué desterrada porque tuvo la generosidad de sacrificarse por la Reina... Ahora lo sabemos... La Marquesa se habia limitado á obedecer la órden de la Reina; el Príncipe habia acudido á aquel sitio.

REY. — (*Colérico.*) ¿ Habia estado allí ?... Entonces pues...

ALBA. — Sugirieron esta sospecha las huellas de un hombre en la arena, que partiendo del lado izquierdo de la avenida, conducian á una gruta donde se halló un pañuelo olvidado allí por el Príncipe. Un jardinero, ademas, le habia sorprendido en el mismo instante en que V. M. pareció en el bosquecillo.

REY. — (*Volviendo en sí, despues de sombría reflexion.*) Y ella lloraba cuando le dí á comprender mi sorpresa, y me abochornó delante de toda la córte, me sonrojó á mis propios ojos, como si, ante su virtud, fuese yo el culpable. ¡ Por el cielo ! (*Largo y profundo silencio. Se sienta, y oculta el rostro entre sus manos.*) Sí, Duque de Alba... teneis razon... todo esto podria arrastrarme á terrible extremo... Dejadme solo un momento...

ALBA. — No es suficiente lo dicho para decidir plenamente...

REY. — (*Tomando los papeles.*) ¿Ni esto tampoco, ni eso, ni, en fin, ese concurso de convincentes pruebas? ¡Oh! si es más claro que el dia... Si debia saberlo mucho tiempo há... El crímen empezó cuando la recibí de vuestras manos en Madrid... Parece que veo todavía su pálido rostro, su mirada atónita fija en mis canas... Entonces empezó esta hipócrita farsa.

ALBA. — Perdia el Príncipe en su madre á su prometida, y ambos se habian mecido en brazos de una comun esperanza, y se habian inspirado mútuamente ardiente pasion que la nueva situacion creada les prohibia. Vencida la timidez, aquella timidez que acompaña á la primera declaracion amorosa, la seduccion, fundándose en los recuerdos de una intimidad lícita en otro tiempo, fué más osada en su lenguaje. Unidos por la edad y sus mútuos sentimientos, irritados por la sujecion á un mismo yugo, obedecieron con doble audacia á los impulsos de su amor. La política habia atentado á sus derechos; pero ¿era creible que su amor reconociera la omnipotencia de la razon de Estado, y no cediera al antojo de juzgar á su modo la eleccion de vuestro gabinete? El amor se reservó sus derechos, y aceptó la corona.

REY. — (*Ofendido y con amargura.*) Discurris perfectamente, Duque, y con sagacidad; admiro vuestra elocuencia, y os doy las gracias. (*Se levanta y continúa con altivez y frialdad.*) Teneis razon; la Reina ha cometido una falta grave, ocultándome el contenido de estas cartas, y haciendo un misterio de la aparicion culpable del Príncipe en el jardin. Ha cometido esta falta por una falsa generosidad, por lo cual sabré castigarla. (*Toca la campanilla.*) ¿Quién hay en el salon?... No tengo más necesidad de vos, Duque de Alba; retiraos.

ALBA. — ¡Mi celo ha sido causa tal vez de que haya disgustado á V. M.!

REY. — (*A un paje que entra.*) Haced entrar á Domingo. (*El paje se va.*) Os perdono que durante dos minutos me hayais inspirado el temor de un crímen que podria volverse contra vos.

ESCENA IV.

El REY. — DOMINGO.

El REY se pasea á lo largo, durante algunos instantes, y luego se pára y se ensimisma.

DOMINGO. — (*Entra algunos minutos despues de haber salido el Duque, se acerca al Rey, y le contempla en silencio y con respeto.*) ¡Qué grata sorpresa para mí, señor, la de hallaros tranquilo y sereno!

REY. — ¿Esto os sorprende?

DOMINGO. — Demos gracias á la Providencia de que hayan sido infundados mis temores, con lo que mayor es mi esperanza de la que fuera.

REY. — ¿Vuestros temores?... ¿Qué temiais?

DOMINGO. — No puedo ocultar á V. M. que conozco ya un misterio...

REY. — (*Con sombrío ademan.*) ¿Os he manifestado acaso el deseo de compartir con vos este secreto? ¿Quién, sin ser llamado, me previene? Por mi honor que es osadía.

DOMINGO. — Señor; el lugar, el medio por el cual lo he sabido, el sello bajo el cual me ha sido confiado, disculpan al menos mi falta. Se me ha confiado en el santo tribunal de la penitencia... como un crímen que pesaba gravemente sobre la perturbada conciencia de la penitente, que pedia perdon de él al cielo. La Princesa deplora, bien que demasiado tarde, su accion, y teme que sus consecuencias sean funestas para la Reina.

Rey. — Verdad: ¡oh, bondadoso corazon! Habeis adivinado perfectamente por qué os he llamado, y es fuerza que me saqueis del oscuro laberinto en que me ha metido inconsiderado celo. Espero saber la verdad de vos, y os conjuro á que hableis con absoluta franqueza. ¿Qué debo creer y qué debo resolver? Exijo la verdad de vuestro ministerio.

Domingo.— Señor, cuando mi mision de paz no me impusiera el grato deber de persuadir á la moderacion, todavía os conjuraria á usarla en nombre de vuestra tranquilidad; suplicaria á V. M. que abandonara el hilo de sus pesquisas, y el exámen de un misterio que no puede tener solucion feliz. ¡Cuánto hasta ahora se sabe, puede perdonarse! Una sola palabra del Rey puede devolver la inocencia á la Reina; pues la voluntad del Rey concede la virtud como la dicha, y sólo su serenidad puede sofocar los rumores que se ha permitido la calumnia.

Rey.— ¡Rumores que atañen á mi persona, entre mi pueblo!

Domingo. — Embustes; condenables embustes; lo aseguro... En algunos casos, sin embargo, la creencia del vulgo, aunque desprovista de pruebas, tiene tanta importancia como la verdad.

Rey.—¡Por el cielo! ¡Y éste seria uno de estos casos!

Domingo.—Una buena reputacion es un precioso bien; el único que una reina se ve en el caso de disputar á la villana.

Rey.— Por este lado, creo que no hay que temer. (*Lanza una mirada de duda á Domingo; despues de breve silencio.*) Algo triste he de oir todavía de vuestros labios; no me lo retardeis... Hace tiempo que vuestro semblante me anuncia una desgracia; cualquiera que sea, hablad, y no me dejeis por más tiempo en semejante tortura. ¿Qué dice el pueblo?

Domingo.— Repito, señor, que el pueblo puede engañarse y que se engaña, sin duda. Sus dichos no deben perturbar á V. M... pero osan decir tales cosas...

Rey.— ¿Qué? ¿Me será necesario implorar tanto una gota de veneno?

Domingo.— El pueblo recuerda todavía la época en que V. M. estuvo á punto de morir... y como treinta semanas despues, el feliz alumbramiento... (*El Rey se levanta y llama; el Duque de Alba entra; Domingo se turba.*) Me sorprende, señor...

Rey.— (*Yendo al encuentro del Duque.*) Toledo, vos sois un hombre; libradme de ese cura...

Domingo.— (*El Duque y él se miran cortados, confusos. Despues de breve pausa.*) Si hubiésemos podido prever que la nueva habia de perjudicar á quien la trajera...

Rey.— ¿Bastardo, decis? Porque apenas habia escapado á la muerte, cuando la Reina se sintió embarazada... ¡Cómo! en esta época, si no me engaño, celebrabais en todas las iglesias acciones de gracias á santo Domingo, por el milagro que habia obrado en mí... Lo que entonces fué un milagro, ¿ha cesado de serlo?... Una de dos; ó mentiais entonces, ó mentís ahora... ¿Qué podré creer desde este momento? Pero os comprendo; si entonces la trama hubiese estado en sazon, dierais de lado á la gloria del santo.

Alba.— ¡La trama!

Rey.— ¡Cómo se comprenderia, si no existiera entre ambos secreta inteligencia, que concordarais hoy en la misma opinion, con una conformidad sin ejemplo! ¿Pretendereis persuadirme de lo contrario? Seria preciso para ello que no hubiese observado la avidez y encarnizamiento con que os arrojais sobre la presa; el placer que os causan mi dolor y los arrebatos de mi cólera! Seria preciso que desconociera como el Duque arde en deseos de arrebatar el favor destinado al Príncipe, y este piadoso varon pretende poner mi

brazo poderoso al servicio de su pasion mezquina! ¿Os figurais por ventura que soy un arco que puede tenderse á voluntad? Tengo tambien la mia, y si debo abrigar dudas, dejad que empiece dudando de vosotros.

ALBA.—Esperábamos que nuestra fidelidad nos ponia al abrigo de esta interpretacion.

REY.—¡Vuestra fidelidad!... La fidelidad previene contra el crímen que amaga; la venganza delata el crímen una vez ejecutado... ¿Qué gano, vamos á ver, con vuestro celo si lo que decís es cierto? sólo me queda el dolor del divorcio ó el triste triunfo de la venganza... Pero, no... no abrigais más que temores... sólo me insinuais inciertas sospechas... y me dejais al borde del infierno, y echais á correr...

DOMINGO.—¿Serán posibles otras pruebas cuando no se puede obtener el testimonio de los ojos?

REY.—(*Con grave acento, y dirigiéndose á Domingo, despues de breve pausa.*) Congregaré los grandes de mi reino, y presidiré yo mismo su tribunal. Compareced ante él, si teneis valor para ello, y acusad públicamente á la Reina de adulterio. Morirá sin misericordia, y el Príncipe con ella; pero advertid que si ella puede justificarse, morireis vosotros en su lugar. ¿Querreis con tal sacrificio rendir tributo á la verdad? decidíos... ¿No lo quereis? Enmudeceis... ¡Ah!... no lo quereis! Vuestro celo es el celo de la mentira.

ALBA.—(*Que se habia retirado á un lado: con calma y frialdad.*) Yo lo quiero...

REY.—(*Se vuelve hácia él, sorprendido, y le mira fijamente.*) Hé aquí una accion atrevida; pero pienso, sin embargo, que habeis expuesto muchas veces la vida en los campos de batalla, y por motivos menos importantes que éste... por la nada de la gloria, con la ligereza de un jugador de dados... ¿Qué es la vida para vos?.,. Ah, no! no entregaré la sangre real á un insen-



Domingo acusa á D. Cárlos ante el Rey.

sato, á quien nada le cabe esperar si no es su propio engrandecimiento. Desprecio vuestro sacrificio... Salid, y aguardad mis órdenes en el salon de audiencia.

ESCENA V.

El REY, solo.

Ahora, Providencia clemente, que tanto me has concedido ya en este mundo, concédeme un hombre, un auxiliar... A tí, que sondeas y conoces cuanto existe por oculto que sea, á tí te es posible estar solo; pero yo te pido un amigo, porque no soy como tú que lo ves todo. Sabes qué son los auxiliares que me enviaste, y has visto que cuanto han podido hacer por mí lo han hecho ya. Sus vicios, domados y sujetos á mi yugo, coadyuvan á mis proyectos, del modo que las tempestades á la purificacion de la atmósfera. Siento necesidad de conocer la verdad; y pienso que no se ha hecho para los reyes buscar su mansa corriente bajo las tristes ruinas del error. Concédeme el hombre extraordinario, el hombre de corazon puro y franco, de clara inteligencia, de firme mirada que ha de auxiliarme á hallar... La suerte está echada, haz que encuentre uno solo, entre los millares de hombres que revolotean al rededor del sol de la realeza. (*Abre una arquilla, toma un registro, y dice despues de haberlo hojeado.*) Nombres... nombres tan sólo, sin que consten siquiera los servicios que les valiera la inscripcion en este registro. ¿Hay nada que se olvide tan fácilmente como la gratitud? Leo sin embargo en este otro registro, cuidadosamente inscrita cada falta, ¿y para qué? ¡Cómo si el recuerdo de la venganza necesitara auxiliares! (*Continúa leyendo.*) El Conde de Egmont. ¿Por qué se halla aquí su nombre? La victoria de San Quintin está ya olvidada hace mucho tiempo; vaya

entre los muertos. (*Borra su nombre y le inscribe en otro registro. Continúa leyendo.*) ¡ Marques de Posa... Posa ! Apenas recuerdo á este hombre. ¡ Y se halla inscrito dos veces !... Prueba que le destinaba para grandes cosas. ¿ Es posible que este hombre se haya sustraido á mi presencia, y haya evitado las miradas de su rey deudor ? ¡ Por el cielo! es el único en la vasta extension de mis reinos que no necesita de mí. Si fortuna ú honores hubiese codiciado, mucho tiempo há que hubiese acudido á los piés de mi trono. ¿Me aventuraré á entregarme á este hombre original ?... Quien puede prescindir de mí, bien podrá declararme la verdad.

ESCENA VI.

El salon de audiencia.

El PRÍNCIPE CARLOS, conversando con el de PARMA, los DUQUES DE ALBA, FÉRIA, MEDINASIDONIA, CONDE DE LERMA y otros Grandes de España, con papeles en la mano, y aguardando al REY.

MEDINA. — (*De quien huyen todos, se vuelve hácia el Duque de Alba que se pasea aparte.*) Habeis hablado ya al Rey, Duque ; ¿ en qué disposicion de ánimo le habeis hallado ?

ALBA. — En muy mala disposicion para vos y vuestras noticias.

MEDINA. — Estaria más á gusto enfrente de los cañones ingleses, que en este salon. (*Cárlos, que le ha observado en silencio y con interes, se dirige á él y le tiende la mano.*) Os agradezco con el alma vuestro generoso llanto, Príncipe... ya veis cómo todos me huyen. Está resuelta mi perdicion.

CARLOS. — Esperad algo mejor de la bondad de mi padre y de vuestra inocencia.

MEDINA. — He perdido para él una flota tal, como no habia surcado todavía el Océano... y mi cabeza no vale sin duda lo que setenta galeones, hundidos en el naufragio... pero cuando pienso en mis cinco hijos, jóvenes de esperanzas como vos, el corazon se me parte.

ESCENA VII.

El REY, con manto real. — Dichos. — Todos se descubren y se ponen en fila á ambos lados, formando en torno suyo un semicírculo. — Profundo silencio.

REY. — (*Recorriendo rápidamente el grupo con la mirada.*) Cubrios. (*D. Cárlos y el Príncipe de Parma se adelantan y besan la mano al Rey, que se dirige afectuosamente al último, evitando mirar á su hijo.*) Vuestra madre, querido sobrino, desea saber si en Madrid están contentos de vos.

PARMA. — Lo cual no debiera preguntar antes de volver de mi primera batalla.

REY. — Estad tranquilo ; ya os llegará el turno cuando estos troncos caerán. (*Al Duque de Féria.*) ¿Qué me traeis, Duque ?

FÉRIA. — (*Doblando la rodilla delante del Rey.*) El gran Comendador de la órden de Calatrava ha muerto esta mañana, y os traigo su cruz.

REY. — (*La toma y mira en torno suyo.*) ¿Quién es ahora el más digno de llevarla ? (*Hace una señal al Duque de Alba que dobla la rodilla, y le cuelga el collar.*) Duque, sois mi primer capitan, limitaos á ello, y mi favor no os faltará nunca. (*Advierte la presencia de Medinasidonia.*)

MEDINA. — (*Se acerca temblando, y se arrodilla delante del Rey, con la cabeza baja.*) Hé aquí, señor, todo lo que traigo de la Invencible armada, y de la juventud española.

REY. — (*Pausa.*) Dios sobre todo. Yo la envié á luchar contra los hombres, no contra los elementos. Sed bien venido á Madrid. (*Le tiende á besar la mano.*) Os doy las gracias por haberme conservado en vos un digno servidor. Le tengo por tal, señores, y quiero que por tal sea tenido. (*Le hace seña de que se levante y se cubra, y despues se dirige á los demas.*) ¿ Hay algo más ? (*A D. Cárlos y al Príncipe de Parma.*) Os saludo, Príncipes. (*Se van. Los otros grandes se acercan, doblan la rodilla y le entregan sus memoriales. Los hojea, y los da al de Alba.*) Me los devolvereis en mi gabinete. ¿ Hemos concluido ? (*Nadie responde.*) ¿ Cómo es que el Marques de Posa no se presenta nunca entre mis grandes? Sé bien que este Marques de Posa me ha servido con honor... ¿ Ha muerto tal vez ?... ¿ Por qué no parece por aquí ?

LERMA. — El Marques ha regresado nuevamente de un viaje á traves de Europa, se halla en este instante en Madrid, y aguarda sólo un dia de audiencia pública para ponerse á los piés de su Rey.

ALBA. — El Marques de Posa, señor, es aquel osado caballero de Malta, de quien cuenta la fama una brillante accion. Cuando, bajo las órdenes del gran maestre, los caballeros se rindieron en su isla sitiada por Soliman, este jóven, que tendria entonces diez y ocho años, escapó de la Universidad de Alcalá y se presentó ante La-Valette, sin haber sido convocado. — Quiero que me compren una cruz, y quiero ganármela, dijo. — Y fué uno de los cuarenta que, en pleno dia, en el fuerte de San Telmo sostuvieron tres asaltos contra Psali, Ulucciali, Hussem y Mustaphá. El fuerte fué tomado, y muertos todos los caballeros en torno suyo; arrojóse al mar y volvió solo á La-Valette. Dos meses despues, el enemigo abandonó la isla y el caballero volvió á acabar sus estudios.

FÉRIA. — Es el mismo que más tarde descubrió la famosa conspiracion de Cataluña, y con su actividad únicamente, conservó para la corona esta importante parte del reino.

REY. — Me sorprende. ¿ Qué hombre es este, que ha hecho tales cosas, y no cuenta un solo envidioso entre tres personas á quienes pregunto por él ? En verdad que este hombre tiene un carácter muy raro, ó no tiene ninguno. Llevado de la curiosidad que excita lo maravilloso, quiero hablarle. (*Al Duque de Alba.*) Despues de la misa, llevadle á mi gabinete. (*El Duque sale; el Rey llama á Féria.*) Ocupareis mi puesto en el consejo privado. (*Vase.*)

FÉRIA. — El Rey se muestra hoy muy bondadoso.

MEDINA. — Como un dios... Tal ha sido para mí.

LERMA. — Mereceis este favor, Almirante, y tomo parte en vuestra alegría.

UNO DE LOS GRANDES. — ¡ Y yo tambien !

OTRO. — Tambien yo, en verdad.

OTRO. — El corazon me palpitaba. ¡ Tan digno capitan !

EL PRIMERO. — El Rey no ha usado con vos de su favor, sino que ha hecho justicia.

LERMA. — (*Yéndose. A Medinasidonia.*) ¡ Cuán rico sois ahora, gracias á una sola frase ! (*Se van.*)

ESCENA VIII.

El gabinete del Rey.

EL MARQUES DE POSA. — EL DUQUE DE ALBA.

MARQUES. — (*Entrando.*) ¿ Quiere verme ?... ¿ A mí ? No puede ser... Sin duda equivocais el nombre... ¿ Y qué quiere de mí ?

ALBA. — Quiere conoceros.

MARQUES. — Simple curiosidad, pues. Es lástima perder así el tiempo, cuando la vida es tan breve.

ALBA. — Os abandono á vuestra buena estrella, Marques; pensad que el Rey se halla en vuestras manos, y aprovechaos cuanto podais de este momento, pues á nadie más que á vos podreis culpar de su pérdida.

(*Se va.*)

ESCENA IX.

El MARQUES DE POSA.

MARQUES. — Muy bien dicho, Duque. Preciso será aprovechar este momento que se ofrece una sola vez. Me da este cortesano una buena leccion si no bajo su punto de vista, al menos bajo el mio. (*Despues de pasearse un instante.*) Pero ¿cómo me hallo aquí? ¿Se deberá tan sólo á un capricho de la suerte que vea reflejarse mi rostro en este espejo? ¿Será sólo una casualidad que entre tantos millones de hombres, el Rey, contra lo que era dado esperar, venga á tenderme la mano y renueve mi recuerdo en su memoria?... Quizá es esto algo más que la obra del azar. Porque ¿qué es el azar sino el bloque al cual el cincel del escultor comunica la vida? La Providencia dispone el azar, y el hombre debe emplearlo á sus fines. ¿Qué importa lo que el Rey desee de mí?... Sé lo que me toca hacer con él... Aunque no fuera más que una chispa de verdad audazmente lanzada en el alma del déspota, ¿qué resultados podrian esperarse de ella bajo la mano de la Providencia? Entonces lo que de pronto me ha parecido extraño podria conducirme á un fin completo; aunque así no fuere, obraré con esta creencia.

(Da algunas vueltas por la habitacion, y se pára en silencio delante de un cuadro. El Rey sale por un salon contiguo desde el cual se le ve dar algunas órdenes; luego se adelanta, se detiene en la puerta, y contempla largo rato al Marques, sin ser visto de éste.)

ESCENA X.

El REY. — El MARQUES DE POSA.

(Apenas éste advierte la presencia del Rey, se dirige á él, se arrodilla y se levanta sin embarazo.)

REY. — (*Mirándole con ademan de sorpresa.*) Me habeis hablado, alguna vez, por lo visto.

MARQUES. — No.

REY. — Habeis prestado algunos servicios á mi corona; ¿por qué os ocultais á mi gratitud? Tengo tantos nombres en la memoria... ¡Sólo Dios lo sabe todo! A vos os tocaba buscar la mirada de vuestro Rey: ¿por qué no lo habeis hecho?



MARQUES. — No hace más de dos dias, señor, que he regresado á este reino.

REY. — No quiero seguir siendo el deudor de los que me sirven; pedidme una gracia.

MARQUES. — No me es necesaria; gozo del beneficio de las leyes.

REY. — Tambien goza de ellas el asesino.

MARQUES. — Pero mayormente un buen ciudadano;... vivo satisfecho, señor.

REY. — (*Aparte.*) Mucho es su orgullo y mucha su osadía; debia esperarlo, vive Dios. Me gusta que el español sea altivo, y lo llevo en paciencia hasta cuando se desborda el vaso. (*Al Marques.*) Me han dicho que habiais abandonado mi servicio.

MARQUES. — Me he retirado para ceder el puesto á otro más digno.

REY. — Esto me disgusta ciertamente. ¡Qué gran pérdida para mis Estados, si los hombres de valía se retiran á la ociosidad! ¿Tal vez habeis temido faltar á vuestra particular vocacion?

MARQUES. — Oh, no; tengo la seguridad de que un hábil conocedor del alma humana, que supiera utilizar sus materiales, hubiera distinguido en mí, á la primera ojeada, mi particular vocacion. Me siento altamente reconocido á V. M. por la opinion que le merezco. Sin embargo... (*Se detiene.*)

REY. — ¿Reflexionais?

MARQUES. — Francamente, señor; no me hallo dispuesto á revestir con el lenguaje de vuestros palaciegos lo que he pensado como ciudadano del mundo; porque, desde el dia en que rompí mis relaciones con el poder, me creí tambien exento de la necesidad de explicarle los motivos de mi determinacion.

REY. — ¿Acaso estos motivos son frívolos, puesto que temeis manifestarlos?

MARQUES. — Si dispusiera del tiempo necesario para explicarlos extensamente, arriesgaria por ello mi vida; mas yo os confesaré la verdad, si no me negais este favor. Puesto que me hallo en el caso de escoger entre vuestro desden y vuestro ódio, prefiero pareceros antes un criminal que un loco.

REY. — (*Con curiosidad.*) Veamos.

MARQUES. — Señor, yo no puedo ser el servidor de los príncipes. (*El Rey le mira con sorpresa.*) No quiero engañar al comprador; si os dignais emplearme en vuestro servicio, querreis sin duda de mí actos meditados y pesados anticipadamente; querreis mi brazo y mi valor para el campo de batalla, mi cabeza para los consejos. El fin de mis acciones no deberá hallarse en ellas, sino en la acogida que encuentren al pié del trono. Mas para mí, señor, la virtud lleva su precio en sí misma, y me place derramar por mi propia cuenta los beneficios que el Rey derramaria por mis manos; quiero que este trabajo sea para mí la obra de la inclinacion, un gozo; nó la obra del deber. ¿Es este vuestro pensamiento? ¿Podreis soportar un acto extraño á vos, en vuestra creacion? ¿Y yo debo descender á ser el cincel, cuando puedo ser el artista?... ¡Ah! señor; yo amo á la humanidad, y en las monarquías sólo puedo amarme á mí propio.

REY. — Me parece muy digno de elogio vuestro entusiasmo. Quereis hacer el bien. Al hombre cuerdo y amante de su patria, poco le importa cómo realizará este deseo. Buscad en todo mi reino un puesto, que os permita entregaros á tan nobles inclinaciones.

MARQUES. — No veo ninguno.

REY. — ¡Cómo!

MARQUES. — V. M. quiere sembrar por mis manos la felicidad de los hombres, ¿pero esta es la misma que yo les deseo en la pureza de mi amor? Ante ella temblaria la majestad de los reyes. No; la política de los tronos ha creado una felicidad especial que puede distribuir todavía con largueza; ha sembrado en el corazon de los hombres nuevas inclinaciones que se contentan con aquella; ha marcado con su sello la verdad que puede soportar, y cuantas no llevan esta marca son rechazadas. ¿Pero lo que place á la corona

momento entra el Conde de Lerma y dice algunas palabras al Rey, quien le hace una seña para que se retire, y recobra su actitud.)

REY. — Acabad.

MARQUES. — (*Pausa.*) Comprendo todo el precio...

REY. — Acabad; teneis algo que decirme todavía.

MARQUES. — Acabo de llegar, señor, de Flandes y Brabante. ¡Qué rica y floreciente provincia! ¡qué grande, qué poderoso, y al propio tiempo qué honrado pueblo! Ser el padre de este pueblo — pensaba yo — debe ser un gozo celestial... cuando de repente mis piés tropiezan con algunos huesos calcinados! (*Pausa. El Marques mira fijamente al Rey, que intenta contestar á su mirada, pero conmovido y turbado, baja los ojos.*) Teneis razon; debeis de tenerla; pero precisamente me aterra y admira al par, que os haya sido posible cumplir tamaño deber. ¡Es ciertamente triste que la víctima que rueda bañada en su propia sangre, no pueda entonar un canto de alabanza á la intencion del sacrificador; es ciertamente triste que la historia del mundo sea escrita por hombres, y no por séres de superior naturaleza! Una más suave civilizacion ha de sustituir á la de Felipe, más sábia, más humanitaria; se acordará la libertad de los ciudadanos con la grandeza de los príncipes; el Estado se mostrará avaro de sus hijos y la misma necesidad se humanizará.

REY. — ¿Y cuándo creeis que llegarian estos felices tiempos, si yo hubiese temblado ante la maldicion de los presentes?... Mirad en torno de vos á mi España. Bajo el reinado de una paz sin nubes florece la dicha, y yo quiero dar este reposo á Flandes.

MARQUES. — (*Con viveza.*) El reposo de un cementerio... ¡Y aún esperais acabar la obra comenzada! ¡y aún esperais detener la transformacion necesaria á la cristiandad, la primavera universal que rejuvenece al mundo! ¡Solo, aislado en toda Europa, os quereis

arrojar delante de la rueda de los destinos humanos, que prosigue sin cesar su curso! ¡Quereis que el brazo de un hombre la encamine! Oh! no, no lo hareis! Veo á millares de hombres que han huido de vuestros Estados, pobres pero gozosos. Los ciudadanos que perdisteis á causa de sus creencias, eran precisamente los más nobles. Isabel tiende sus maternales brazos á los fugitivos, y la terrible Inglaterra prospera con la industria de los hijos de nuestras comarcas. Privada del activo trabajo de los nuevos cristianos, Granada ha quedado desierta; Europa entera triunfa al ver á su enemigo ensangrentado con las heridas que se ha abierto en su propio cuerpo. (*El Rey se conmueve; el Marques lo advierte y se le acerca.*) Quereis trabajar para la humanidad y sembrais la muerte. Esta obra de opresion no ha de sobrevivir al obrero que la ha inaugurado, y construís vuestro edificio para la ingratitud. En vano habreis librado rudo combate con la naturaleza; en vano habreis sacrificado á vuestros destructores proyectos una vida de príncipe y vuestras virtudes de rey; el hombre es algo más de lo que creisteis; romperá el yugo de su letargo, y reclamando un dia sus sagrados derechos, unirá vuestro nombre á los de Neron y Busiris; por vos lo siento, porque vos sois bueno.

REY. — ¿Dónde habeis adquirido esta certeza?

MARQUES. — (*Con fuego.*) ¡Sí, por el cielo! sí, sí; lo repito. Devolvednos lo que nos habeis arrebatado. Sed generoso como suelen los fuertes, y dejad que nuestra dicha se deslice de vuestras manos. Permitid que el alma del hombre madure en vuestro vasto edificio. Devolvednos lo que nos habeis arrebatado. Entre mil, sed un Rey. (*Se acerca osadamente á él, y clava en él firme y ardiente mirada.*) ¡Oh! ¡quién tuviera ahora la elocuencia de los millares de séres, cuya suerte se decide en tan solemne momento! ¡Quién pudiera con-

REY. — Puesto que conoceis el juicio que formulará sobre mis actos la posteridad, sepa tambien cómo he tratado á los hombres cuando he hallado uno...

MARQUES. — Ruégoos, señor, que siendo tan justo como sois, no cometais al propio tiempo tal injusticia. En Flandes viven millares de ciudadanos, sin disputa mejores que yo. Sólo vos — me atrevo á afirmarlo — sólo vos veis por vez primera, bajo más grato aspecto, la idea de la libertad.

REY. — No añadais una palabra más sobre esta cuestion, noble jóven. Tengo la seguridad de que modificareis vuestras opiniones, cuando conozcais mejor á los hombres. Sentiria, sin embargo, que esta entrevista fuese la última. Decidme, ¿qué debo hacer para aliaros á mi poder?

MARQUES. — Dejadme tal como soy. ¿Qué seria para vos, si me dejara seducir por vuestras promesas?

REY. — No sufro este rasgo de orgullo; desde hoy os considero á mi servicio, y sin admitir excusa de ningun género. (*Pausa.*) Pero... cómo... ¿no iba en busca de la verdad y no hallo más todavía?... Me habeis visto sentado en mi trono, pero no en mi casa, Marques. (*El Marques parece meditar.*) Os comprendo. Pero, aunque sea el padre más desgraciado de la tierra ¿no puedo ser feliz esposo?

MARQUES. — Si un hijo sobre el cual cabe fundar halagüeñas esperanzas, si la posesion de una esposa, digna de amor, dan á un mortal el derecho de llamarse feliz, vos, más que otro alguno, señor, vos gozais sin duda de esta noble dicha.

REY. — (*Con ademan sombrío.*) No gozo de ella, no gozo de ella; nunca lo habia comprendido como ahora.

MARQUES. — El alma del Príncipe, señor, es noble y pura; jamas dudé de ello.

REY. — Pero yo... Ni una corona puede compensar lo que me ha arrebatado... ¡Una Reina tan virtuosa!

MARQUES. — ¿Quién osaria, señor?...

REY. — El mundo, la calumnia; yo mismo... Ved los irrecusables testimonios que la condenan, sin otros que existen, y que me hacen temer la más terrible noticia. Pero no puedo, Marques, no puedo resignarme á creer á un solo testigo acusador... ¡Ella, ser capaz de tal delito...! Más natural me parece creer que una Éboli la calumnia; y en cuanto al fraile y al Duque de Alba, aquel la ódia tanto como á mi hijo, y éste fomenta la venganza. Mi esposa vale más que todos ellos juntos.

MARQUES. — Hay algo en el alma de la mujer, señor, que está por encima de todas las apariencias y calumnias... la virtud de la mujer!

REY. — Lo mismo digo yo; cuesta mucho descender al punto á que suponen ha descendido la Reina; que los lazos sagrados del honor no se rompen tan fácilmente como pretenden persuadirme. Vos conoceis á los hombres, Marques; un hombre como vos me falta mucho tiempo há. Sois bueno, confiado; y sin embargo conoceis á los hombres... Hé aquí por qué os he elegido...

MARQUES. — (*Sorprendido y asustado.*) ¿A mí, señor?

REY. — Llegado á mi presencia, nada habeis pedido para vos, espectáculo nuevo ciertamente á mis ojos... Sereis juez, porque sé que la pasion no ha de conturbaros. Acercaos á mi hijo y sondead el corazon de la Reina, y para que podais conversar con ella en secreto, os confiaré plenos poderes. Entre tanto retiraos.

(*Llama.*)

MARQUES. — Si puedo lograr una esperanza fundada, este es el dia más bello de mi vida.

REY. — (*Le da á besar la mano.*) No lo considero perdido para mí. (*El Marques se levanta y se retira. Entra el Conde de Lerma.*) Este caballero entrará de hoy más, sin necesidad de ser anunciado.

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Un salon de las habitaciones de la Reina.

La REINA.—La DUQUESA DE OLIVARES.—La PRINCESA DE ÉBOLI.—La CONDESA DE FUENTES; otras damas.

REINA.—(*Levantándose; á la Duquesa.*)

NO se encuentra la llave?... Pues entonces habrá que hacer pedazos la arquilla inmediatamente. (*Ve á la Princesa que se acerca á ella y le besa la mano.*) Bien venida, querida Princesa; me alegro de veros restablecida aunque estais todavía muy pálida.

FUENTES.—(*Con malicia.*) Consecuencias de la pícara fiebre que ataca los nervios de tan rara manera... ¿verdad, Princesa?

REINA.—Mucho deseaba ir á veros, querida, pero no me atreví.

OLIVARES.—No le ha faltado al menos compañía á la Princesa.

REINA.—Lo creo muy bien; pero ¿qué teneis? temblais, Princesa.

PRINCESA.—Nada, nada absolutamente, señora; pero os pido permiso para retirarme...

REINA.—Pretendeis ocultárnoslo, pero se ve que estais peor de lo que decis; ha de fatigaros mucho permanecer en pié... Condesa, ayudadla á sentarse en este taburete.

PRINCESA.—Estaré mejor al aire libre. (*Se va.*)



REINA.—Seguidla, Condesa... ¡qué demudada está! (*Un paje entra y habla á la Duquesa, quien se dirige á la Reina.*)

OLIVARES.—Señora, el Marques de Posa que llega de órden del Rey.

REINA.—Le aguardo. (*El paje sale y abre la puerta al Marques.*)

ESCENA II.

Dichas.—El MARQUES DE POSA, que dobla la rodilla delante la REINA, quien le hace seña de que se levante.

REINA.—¿Cuál es la órden de mi Rey? Puedo públicamente...

MARQUES.—Debo hablar á solas con V. M. (*Las damas se alejan á una señal de la Reina.*)

ESCENA III.

La REINA.—El MARQUES DE POSA.

REINA.—(*Sorprendida.*) ¡Cómo!... ¿Daré fe á mis ojos? ¿Vos enviado á mí por el Rey?

MARQUES.—Si esto parece extraño á V. M., á mí no.

REINA.—El mundo ha salido de su órbita... ¡Vos y él!... Confieso que...

MARQUES.—Que parece raro; es muy posible, pero nuestros tiempos están destinados á producir cosas muy sorprendentes...

REINA.—Más sorprendentes que éstas, con dificultad.

MARQUES.—Supongamos que me he dejado por fin seducir y que me he cansado de mi papel de hombre original. Porque en verdad, ¿qué significa esta palabra? quien desea ser útil á los hombres, debe ante todo mostrarse á ellos como su semejante; por tanto, ¿para qué el fastuoso traje del sectario?... Admitamos... ¿Habrá álguien tan exento de vanidad, que no pretenda ganar prosélitos para sus creencias? admitamos que trabajo para colocar las mias en el trono...

REINA.—¡Ah! no, Marques; no quisiera ni áun en broma, atribuiros semejante idea tan fuera de sazon... Vos no sois un soñador capaz de emprender una obra imposible.

MARQUES.—Precisamente, á mi juicio, esta es la cuestion.

REINA.—Lo más que podria imputaros, Marques, y no me sorprenderia menos tratándose de vos, seria... seria...

MARQUES.—Cierta doblez... acaso.

REINA.—Cuando menos, cierto disimulo. Segun todas las apariencias, el Rey no os ha encargado decirme lo que me direis...

MARQUES.—No.

REINA.—Y yo os pregunto si una buena causa puede ennoblecer un medio reprensible. Vuestra noble altivez, excusadme esta duda, ¿puede prestarse á semejantes oficios? Apenas puedo creerlo...

MARQUES.—Ni yo lo creeria tampoco, si se tratara tan sólo de engañar al Rey; pero no es esta mi opinion, y pienso, por el contrario, servirle más lealmente esta vez, de lo que él mismo me ordena.

REINA.—En esto os reconozco y me basta... ¿Qué hace?

MARQUES.—¿El Rey? Me parece que voy á quedar pronto vengado de vuestra severidad en juzgarme, pues por lo visto V. M. no tiene mucha prisa por saber lo que yo debo apresurarme á comunicarle; fuerza será, sin embargo, que me oiga. El Rey ruega á V. M. que no conceda audiencia hoy al embajador de Francia. Hé aquí mi comision, y hela cumplida.

REINA.—¿A esto se reduce cuanto debiais decirme de su parte?

MARQUES.—Al menos es lo que me autoriza á estar aquí.

REINA.—Me resigno con gusto, Marques, á ignorar lo que para mí debe ser un secreto.

MARQUES.—Así debe ser, señora. En verdad, que si no fuera V. M. quien es, me apresuraria á advertirla de algo, y á ponerla en guardia contra ciertas personas... pero con V. M. no es necesario, y el peligro puede rodearos sin que lo sepais jamas... Estas pequeñeces no son dignas de perturbar el sueño de oro de un ángel, ni son tampoco las que aquí me conducen. El príncipe Cárlos...

REINA.—¿Cómo le habeis dejado?

MARQUES.—Como el único sabio de su tiempo, para

quien es un crimen adorar la verdad, y tan dispuesto á morir por su amor, como el sabio á morir por ella. Pocas palabras he de deciros... pero en esta carta habla él. (*Da una carta á la Reina.*)

REINA.—(*Despues de haberla leido.*) Dice que es preciso que me hable.

MARQUES.—Y tambien lo digo yo.

REINA.—¿Y será más feliz porque vea con sus propios ojos que yo no lo soy?

MARQUES.—No, pero se volverá más activo y resuelto.

REINA.—¿Cómo?

MARQUES.—El Duque de Alba ha obtenido el gobierno de Flandes.

REINA.—Eso me han dicho.

MARQUES.—El Rey no se retracta nunca; le conocemos. Pero es verdad tambien que el Príncipe no puede continuar aquí; no puede ser de ningun modo, y Flandes no ha de ser sacrificada.

REINA.—¿Podeis impedirlo, Marques?

MARQUES.—Tal vez sí; el medio, quizas tan terrible como el peligro; osado, como la desesperacion... pero no conozco otro.

REINA.—Decídmelo.

MARQUES.—Sólo á vos, á vos sola, me atrevo á descubrirlo, porque sólo de vos podria oirlo Cárlos sin horror... El nombre que se le dará es realmente un poco duro...

REINA.—Una rebelion.

MARQUES.—Es fuerza que desobedezca al Rey y se dirija secretamente á Bruselas, donde los flamencos le aguardan con los brazos abiertos. Las Provincias-Unidas se levantarán á su señal, y el hijo del Rey comunicará fuerza á la buena causa: ¡tiemble al empuje de sus armas el trono español!... El padre le concederá en Bruselas lo que le rehusa en Madrid.

REINA.—¿Hoy le habeis hablado, y esto es lo que quereis?

MARQUES.—Precisamente; porque le hablé hoy.

REINA.—(*Pausa.*) El plan que me revelais me espanta y me arrebata á la vez; creo que no vais descaminado. El proyecto es atrevido, y quizá por esto me place... Quiero meditarlo... ¿Lo conoce el Príncipe?

MARQUES.—Mi intento era que lo oyese por primera vez de vuestros labios.

REINA.—Sin duda alguna la idea es grande... Si la juventud del Príncipe...

MARQUES.—No será obstáculo para la empresa, porque hallará allí un Egmont, un Orange; bravos soldados del emperador Cárlos V, tan sabios en el consejo como temibles en el campo de batalla.

REINA.—(*Con viveza.*) Sí; la idea es grande y bella. Comprendo con viveza que el Príncipe debe disponerse á hacer algo, porque la posicion que ocupa en Madrid me humilla por él. Le prometo el concurso de Francia y de Saboya. Soy de vuestra opinion, Marques; es necesario que haga algo. Pero esta empresa exige dinero...

MARQUES.—Está ya aprontado.

REINA.—Conozco ademas un medio...

MARQUES.—¿Puedo desde luego darle á entender que le recibireis?

REINA.—Quiero meditarlo.

MARQUES.—Cárlos aguarda una respuesta, señora, y he prometido llevársela. (*Presenta á la Reina su libro de memorias.*) Bastarán por ahora dos líneas.

REINA.—(*Despues de haber escrito.*) ¿Volveré á veros?

MARQUES.—Cuantas veces me lo ordeneis.

REINA.—¿Cuantas veces lo ordene?... ¿Cómo me explicaré semejante libertad, Marques?

MARQUES.—Del modo más inocente que vuestro ingenio os sugiera. Disfruto de ella; esto basta á V. M.

REINA.—(*Interrumpiéndole.*) ¡Qué júbilo seria el mio, Marques, si quedara aún á la libertad este refugio en

Europa... y si fuera él quien lo conservase !... Contad con mi secreto interes.

MARQUES.—¡Ah! ya sabia yo que aquí seria comprendido. (*La Duquesa de Olivares se presenta en el dintel de la puerta.*)

REINA.—(*Con frialdad, al Marques.*) Cuanto manda el Rey mi señor será respetado como ley. Id á asegurarle mi sumision. (*A una señal de la Reina, el Marques se aleja.*)

ESCENA IV.

Una galería.

D. CARLOS.—El CONDE DE LERMA.

CARLOS.—Aquí nadie vendrá á interrumpirnos. ¿Qué teneis que decirme?

LERMA.—V. A. tenia en la córte un amigo...

CARLOS.—(*Sorprendido.*) ¿Que yo no conocia? ¡Cómo! ¿Qué quereis decirme?

LERMA.—Entonces debo pediros perdon de haber averiguado más de lo que debia saber... Tranquilícese, sin embargo, V. A. Conozco este secreto por conducto de una persona fiel; en una palabra, por mi mismo.

CARLOS.—¿A quién os referis?

LERMA.—Al Marques de Posa.

CARLOS.—¡Y bien!

LERMA.—Si por acaso sabia de V. A. más de lo que es permitido, como temo...

CARLOS.—¿Temeis?

LERMA.—Ha estado á ver al Rey.

CARLOS.—¡Ah!

LERMA.—La entrevista ha durado dos horas largas, y la conversacion ha sido íntima.

CARLOS.—¿Verdad?

LERMA.—No se trataba de asuntos baladíes.

CARLOS.—Me lo figuro.

LERMA.—He oido pronunciar vuestro nombre con frecuencia, Príncipe.

CARLOS.—Supongo que esto no es una mala señal.

LERMA.—Se ha hablado tambien de la Reina en la cámara del Rey y de un modo enigmático.

CARLOS.—(*Retrocede atónito.*) ¡Conde de Lerma!

LERMA.—Cuando el Marques ha salido, he recibido la órden de permitirle la entrada sin previo anuncio.

CARLOS.—Esto es realmente grave.

LERMA.—Y sin ejemplo, Príncipe, que yo recuerde, desde que sirvo al Rey.

CARLOS.—¡Grave, realmente grave! ¿Y cómo decis se ha hablado de la Reina?

LERMA.—(*Retrocede.*) No, Príncipe, no; faltaria á mi deber...

CARLOS.—Es singular; me decis una cosa y me ocultais otra...

LERMA.—La primera debia decírosla; la segunda pertenece al Rey.

CARLOS.—Teneis razon.

LERMA.—He tenido siempre al Marques por un caballero...

CARLOS.—Le habeis juzgado bien.

LERMA.—Toda virtud es sin mancha, hasta el momento de la prueba.

CARLOS.—La suya es inmaculada, así antes como despues.

LERMA.—El favor de un gran Rey es digno de ser tenido en cuenta, y la más sólida virtud se ha dejado prender en el dorado anzuelo.

CARLOS.—¡Oh sí!

LERMA.—Muchas veces es cordura revelar lo que no puede permanecer oculto.

CARLOS.—Oh! sí; de cuerdos es; pero vos mismo decis que habeis tenido siempre al Marques por hombre honrado.

LERMA.—Si lo es aún, mi sospecha no puede hacer de él un malvado, y vos, Príncipe, ganais en ello doblemente. (*Va á salir.*)

CARLOS.—(*Le sigue y le aprieta la mano.*) Doble es mi ganancia, noble y digno caballero, porque gano un amigo, y no pierdo el que poseia. (*Lerma vase.*)

ESCENA V.

El MARQUES DE POSA (que llega por la galería.) —CARLOS.

MARQUES.—¡Cárlos! Cárlos!

CARLOS.—¿Quién me llama?... ¡Ah! eres tú...—Muy bien; me voy al convento; vé á encontrarme pronto. (*Hace que se va.*)

MARQUES.—Aguarda... dos minutos...

CARLOS.—Si nos sorprendieran...

MARQUES.—No será; seré breve. La Reina...

CARLOS.—¿Has visto á mi padre?

MARQUES.—Me mandó llamar. Sí.

CARLOS.—(*Con curiosidad.*) ¿Y bien?

MARQUES.—Estamos arreglados; tú la hablarás.

CARLOS.—¿Y el Rey?... ¿Qué quiere el Rey?

MARQUES.—Él... nada... curiosidad de saber quién soy... oficiosidades de algunos amigos que no estaban encargados de semejante comision... ¿qué sé yo?... Me ha ofrecido algunos servicios...

CARLOS.—Que has rehusado...

MARQUES.—Por supuesto.

CARLOS.—¿Y en qué disposicion de ánimo os habeis separado?

MARQUES.—En muy buena disposicion.

CARLOS.—¿No se trató de mí?

MARQUES.—¿De tí?... Sí; pero, en general... (*Saca su libro de memorias y lo entrega al Príncipe.*) Toma unas líneas de la Reina. Mañana sabré dónde y cómo...

CARLOS.—(*Leyendo con distraccion, guarda el libro y va á salir.*) Me encontrarás, digo, en la Cartuja.

MARQUES.—Aguarda... ¿por qué apresurarte, si no viene nadie?

CARLOS.—(*Con afectada sonrisa.*) Parece que hemos trocado los papeles... Hoy gozas tú de sorprenderte seguridad.

MARQUES.—¿Hoy? ¿por qué hoy?

CARLOS.—¿Y qué me escribe la Reina?

MARQUES.—¿No acabas de leerlo?

CARLOS.—¿Yo?... ¡Ah!... sí.

MARQUES.—¿Que tienes?... Qué te pasa?

CARLOS.—(*Vuelve á leer; con calor y arrebato.*) ¡Angel divino! sí; quiero ser, quiero ser digno de tí. El amor engrandece las grandes almas... Sea lo que quiera, no importa; obedezco cuando ordenas... Escribe que debo prepararme para una importante resolucion: ¿qué quiere decir? ¿lo sabes?

MARQUES.—Y aunque lo supiera, Cárlos, ¿estás dispuesto á oirla?

CARLOS.—Te ofendí tal vez... Estaba distraido; perdóname, Rodrigo.

MARQUES.—Estabas distraido; ¿y por qué?

CARLOS.—Por... ni yo mismo lo sé; ¿puedo quedarme el libro de memorias?

MARQUES.—No, por ahora. Precisamente he venido á pedirte el tuyo.

CARLOS.—¿El mio? y por qué?

MARQUES.—Y cuantas fruslerías te pertenezcan ademas; no es conveniente caigan en manos de un tercero: cartas, fragmentos, trozos de papel, en una palabra, tu cartera.

CARLOS.—¿Mas por qué?

MARQUES.—Para prevenir todo accidente: ¿quién se halla al abrigo de un golpe de mano?... Nadie vendrá á buscarlos á mi casa... Dámela.

CARLOS.—(*Con inquietud.*) Sin embargo, es singular... ¿Por qué, así de repente, esta?...

MARQUES.—Tranquilízate por completo, porque ciertamente no me guia ninguna otra intencion que precaver el peligro. No he pensado un momento que tú temieras entregármela.

CARLOS.—(*Le da su cartera.*) Guárdala bien.

MARQUES.—Lo haré.

CARLOS.—(*Con intencion.*) Rodrigo, mucho vale lo que te entrego.

MARQUES.—Mucho menos de lo que tengo recibido de tí... Así, por ahora adios, allí hablaremos...

(*Hace que se va.*)

CARLOS.—(*Lucha consigo mismo, y por fin le llama.*) Devuélveme estas cartas otra vez. Hay una entre ellas que me escribió desde Alcalá, cuando estaba gravemente enfermo, y la llevé siempre sobre mi corazon; es para mí cruel separarme de esta carta; déjame esta... solamente esta, y toma las restantes... (*Toma la carta y le devuelve la cartera.*)

MARQUES.—Cárlos, cedo á mi pesar, pues necesitaba precisamente esta.

CARLOS.—Adios. (*Se aleja á paso lento, despues se detiene al llegar á la puerta y le devuelve la carta.*) Tómala. (*Su mano tiembla, rompe á llorar, y se echa en los brazos del Marques, reclinando la cabeza sobre su pecho.*) Estas cartas no pueden caer en manos de mi padre, ¿verdad, Rodrigo?... no puede ser. (*Vase precipitadamente.*)

ESCENA VI.

El MARQUES DE POSA.

MARQUES.—(*Atónito, le sigue con la mirada.*) ¿Será esto posible?... ¿Acaso no le he conocido enteramente todavía, y escapó á mi mirada este repliegue de su corazon? Desconfiará de su amigo?... No; yo le calumnio. ¿Qué me ha hecho para que le acuse de semejante flaqueza, yo que soy el más débil... y siento lo que le imputo? Quizas la sorpresa... esto será sin duda, porque nunca pudo prever tan extraña resolucion de mi parte. No puedo evitarte, Cárlos, la pena que esto te causa, y debo todavía atormentar tu alma bondadosa. El Rey fia en la solidez del vaso, donde ha depositado su más íntimo secreto, y la confianza exige la gratitud... ¿Para qué cometer una indiscrecion, cuando mi silencio no puede causarte pesar, y quizá te lo evita? ¿Para qué mostrar al que duerme la tempestuosa nube que se extiende sobre su cabeza?... Basta que la aleje de tí... Cuando despiertes, el cielo habrá recobrado su claridad.

ESCENA VII.

Gabinete del Rey.

El REY sentado en un sillon.—Junto á él, la infanta CLARA-EUGENIA.

REY.—(*Despues de profundo silencio.*) No; es sin embargo mi hija; ¡naturaleza no mentiria con tal exactitud! sus azules ojos son los mios, y hallo mi propia imágen en cada una de sus facciones. ¡Hijo de mi amor! sí; lo eres, te estrecho contra mi corazon, san-

gre de mi sangre! (*Se detiene de súbito conturbado.*) ¡Mi sangre!... ¿y puedo temer algo peor? ¿Mis facciones no son tambien las suyas? (*Toma el medallon entre sus manos, y compara el retrato con su propia cara, reflejada en un espejo que tiene delante de él. Lo arroja luego, se levanta, y aparta á la niña.*) ¡Lejos, lejos de mí!... me pierdo en semejante abismo...

ESCENA VIII.

El CONDE DE LERMA.— El REY.

LERMA.— Señor, la Reina acaba de entrar en el salon.

REY.—¿Ahora?

LERMA.— Y pide audiencia...

REY.—¿Pero ahora; ahora?... ¿en momento tan inusitado? No; ahora no puedo hablarla, no puedo hablarla.

LERMA.—Hé aquí a Su Majestad en persona. (*Vase.*)

ESCENA IX.

El REY, la REINA, la INFANTA. (La Infanta corre hácia su madre, y se coge á ella. La Reina cae de hinojos á los piés del Rey, mudo y cortado.)

REINA.—Esposo mio, y mi señor... Me veo obligada... á reclamar justicia al pié del trono.

REY.—¿Justicia?

REINA.— Se me trata en esta córte con indignidad; mi arquilla ha sido forzada.

REY.—¿Cómo?

REINA.— Y han desaparecido de ella objetos de alto precio para mí.

REY.—¿De alto precio para vos?



Desvanecimiento de la Reina.

REINA. — Por la interpretacion que podria darles la temeridad de una persona mal informada...

REY. — ¡La temeridad!... la interpretacion!... pero, alzad.

REINA. — No será, antes que mi esposo se comprometa á emplear su real autoridad en darme satisfaccion. De lo contrario me alejaré de una córte donde hallan refugio los que me roban.

REY. — Levantaos pues... esta actitud... levantaos.

REINA. — (*Se levanta.*) Desde luego sé que el culpable es persona de elevada jerarquía, porque habia en la arquilla más de un millon en perlas y diamantes, y sólo ha tomado las cartas.

REY. — Que, sin embargo, yo...

REINA. — Perfectamente, esposo mio... Habia cartas y un medallon del Príncipe.

REY. — ¿De?...

REINA. — Del Príncipe, vuestro hijo.

REY. — ¿Dirigidas á vos?

REINA. — A mí.

REY. — ¿Del Príncipe, y me decís esto, á mí?

REINA. ¿Y por qué no á vos, señor?

REY. — ¿Y con tal seguridad?

REINA. — ¿Pero á qué se debe esta sorpresa? Creo que recordareis todavía las cartas que D. Cárlos me dirigió á Saint-Germain, con el consentimiento de ambas córtes. Si el retrato que las acompaña no iba comprendido en semejante permiso, ó si sus esperanzas asaz precipitadas le arrastraron á dar ese atrevido paso, eso no intentaré decirlo; mas si hubo precipitacion era muy excusable; y respondo por él, pues entonces no pudo pensar que se dirigia á su madre. (*El Rey hace un gesto que ella advierte...*) ¿Qué es esto?... Qué teneis?

INFANTA. — (*Jugando con el medallon que ha recogido del suelo, y presentándolo á su madre.*) ¡Ah! mirad, madre mia, qué bello retrato!

REINA.—¡Cómo!... mi... (*Reconoce el medallon, y queda absorta. Ella y el Rey se miran fijamente. Larga pausa.*) En verdad, señor, que el medio empleado para cerciorarse de la fidelidad de vuestra esposa, me parece muy noble, y muy digno de un Rey... ¿Puedo permitirme, sin embargo, una pregunta?

REY.—Yo soy quien debo preguntar...

REINA.—Al menos, la inocencia debe hallarse libre de mis sospechas, y por esto pregunto si el robo se debe á una órden vuestra.

REY.—Sí.

REINA.—Entonces no tengo que acusar ni compadecer á nadie más que á vos, cuya esposa no ha nacido para que se usen con ella semejantes procedimientos.

REY.—Este lenguaje no es nuevo para mí, pero no me engañará, señora, segunda vez, como me engañó en el Real sitio. Conozco mejor á esta Reina de angelical pureza, que sabia defenderse con tanta dignidad.

REINA.—¿Qué significan estas palabras?

REY.—En suma, señora, y sin reticencias: ¿es verdad que entonces no hablasteis á nadie?... á nadie... es verdad?

REINA.—Hablé al Príncipe; sí.

REY.—¿Sí? Pues entonces, es claro... es evidente... ¡Tanta audacia y tan poco celo por mi honor!

REINA.—¿El honor? Si estaba en peligro, temo que fuera un honor más estimable del que me fué conferido con la corona de Castilla.

REY.—¿Por qué me lo habeis negado?

REINA.—Porque no estoy acostumbrada, señor, á sufrir un interrogatorio como si fuera delincuente, en presencia de la córte. Nunca negaré la verdad cuando me será pedida con bondad y cortesía, pero no fué este el proceder que usó el Rey conmigo en Aranjuez. ¿Por ventura la reunion de los grandes de España es el tribunal ante el que las reinas deben dar cuenta de sus

acciones? Acordé al Príncipe la entrevista que me pidió con instancia, y se la acordé, señor, porque así lo quise, y no sufriré nunca que por el uso establecido, se mida el valor de mis actos cuando me parecen inocentes. Os oculté la verdad, porque no me pareció bien discutir este acto con el Rey, en presencia de la gente de Palacio.

REY.—Hablais con mucha osadía, señora...

REINA.—Y añadiré ademas... porque, á mi ver, el Rey no trata al Príncipe con la justicia que se merece.

REY.—¿Que se merece?

REINA.—Sí, ¿á qué ocultároslo, señor? Le estimo en mucho, y le amo como á mi más querido pariente, como á quien fué juzgado digno en otro tiempo de otro parentesco más próximo. No he podido avezarme á la idea de que debiera considerarle como á un extraño y más que otro alguno, precisamente porque me habia sido más caro que otro alguno. Si vuestras máximas de Estado pueden crear lazos, cuando así lo juzgais útil, les ha de ser más difícil romperlos... No quiero odiar á quien debo... Y en fin, ya que se me ha forzado á hablar, no quiero que la inclinacion de mi ánimo sea por más tiempo enfrenada.

REY.—Isabel, me habeis visto en momentos de flaqueza, y sin duda su recuerdo os inspira tanta audacia, fiando en el poder absoluto que habeis intentado ejercer sobre mi... pero temed, con doble razon, que la misma causa de mi debilidad no sea la de mi furor.

REINA.—¿Qué crímen he cometido, pues?

REY.—(*Tomándole la mano.*) Si existe... ¿y no ha de existir?... Si se ha llenado la medida de vuestras faltas y al menor soplo desborda, si soy engañado... (*Suelta la mano.*) Puedo dominar todavía esta última flaqueza; lo puedo y lo quiero... Entonces ¡ay de mí y ay de vos, Isabel!

REINA.—¿Qué crímen he cometido, pues?

REY. — Entonces habrá sangre.

REINA. — ¡Que hayamos llegado á este extremo! Oh, Dios!

REY. — Me desconozco á mí mismo... no respeto ninguna ley... ningun escrúpulo de la naturaleza, ningun derecho de gentes.

REINA. — ¡Cuánto compadezco á V. M.!

REY. — (*Fuera de sí.*) ¡Vos me compadeceis!... La piedad de una impúdica...

INFANTA. — (*Arrojándose asustada en los brazos desu madre.*) ¡El Rey se encoleriza y mi querida madre llora! (*El Rey separa con violencia á la infanta de los brazos de su madre.*)

REINA. — (*Con dulzura y dignidad; con voz trémula.*) Sin embargo, debo preservar á esta niña de malos tratos... Ven conmigo, hija mia. (*La toma en brazos.*) Si el Rey te rechaza, yo haré que vengan de la otra parte de los Pirineos, protectores que defiendan nuestra causa. (*Hace que se va.*)

REY. — (*Perturbado.*) Señora...

REINA. — No puedo soportar más... Esto es demasiado. (*Se adelanta hácia la puerta, pero se desmaya y cae con la niña.*)

REY. — (*Acudiendo asustado.*) ¡Dios mio! ¿qué es esto?

INFANTA. — (*Gritando con espanto.*) ¡Ah! mi madre ensangrentada! (*Sale corriendo.*)

REY. — (*Con ansiedad.*) ¡Qué horrible accidente! Sangre! ¿He merecido que me castigarais con tanta crueldad? Alzad, volved en vos, alzad... Vienen, nos sorprenderán... Alzad... ¿será bien que este espectáculo sirva de pasto á la córte?... Habré de rogaros que os levanteis? (*La Reina se levanta apoyada en el brazo del Rey.*)

ESCENA X.

Dichos.—El DUQUE DE ALBA y DOMINGO acuden asustados. Algunas damas les siguen.

REY. Conducid á la Reina á sus habitaciones; no se siente bien. (*La Reina vase acompañada de sus damas.— Alba y Domingo se acercan.*)

ALBA. — ¡La Reina bañada en llanto y en sangre!

REY. — ¿Esto sorprende á los demonios que me han traido á este punto?

ALBA Y DOMINGO. — ¿Nosotros?

REY. — Que han venido á decirme lo bastante para infundirme la cólera, y no lo bastante para persuadirme.

ALBA. — Hemos dado lo que poseíamos.

REY. — Que el infierno os dé las gracias... Me arrepiento de cuanto hice... No era ciertamente el suyo el lenguaje de una conciencia culpable.

MARQUES. — (*Dentro.*) ¿Está visible el Rey?

ESCENA XI.

Dichos.—El MARQUES DE POSA.

REY. — (*Vivamente conmovido, á su voz da algunos pasos hácia el Marques.*) ¡Ah!... es él! Bien venido, Marques... Ahora, Duque, no necesito de vos. Dejadnos. (*Alba y Domingo se miran con muda sorpresa y salen.*)

ESCENA XII.

El REY.—El MARQUES DE POSA.

MARQUES. — Señor, duro ha de ser para un viejo guerrero que ha expuesto por vos su vida en veinte batallas, verse despedido de ese modo...

REY. — A vos os toca pensar así, y á mí obrar como he obrado; lo que habeis sido para mí en algunas horas no lo fué él en toda su vida, y no quiero disimular el afecto que os tengo. El sello de mi real favor debe brillar de lejos en vuestra frente; quiero que envidien al hombre que elegí por amigo.

MARQUES.—¿Aun cuando su oscura procedencia sea el único título que le ha granjeado este nombre?

REY. —¿Qué me traeis?

MARQUES. — Al cruzar por el salon he oido un terrible rumor que me ha parecido increible... Un vivo altercado... ¡Sangre!... la Reina!...

REY. —¿Veniais de allí?

MARQUES. — Sentiré, en verdad, que este rumor sea cierto, que V. M. haya creido conveniente dejarse arrastrar... porque acabo de hacer importantes descubrimientos que mudan la situacion de las cosas.

REY. — Veamos.

MARQUES.— He hallado ocasion de apoderarme de la cartera del Príncipe, con algunos papeles que yo creo podrian dar alguna luz... (*Entrega al Rey la cartera de Cárlos.*)

REY. — (*Recorriéndola con curiosidad.*) Un escrito del Emperador mi padre. *(Lo lee, lo deja á un lado, y toma otros.)* El plano de una fortaleza... pensamientos extraidos de Tácito... y qué más? *(Lee atentamente, ya en voz alta, ya en voz baja.)* «Esta llave... el gabinete del pabellon de la Reina...» ¿Qué es esto? «... allí, el amor será libre... deseos satisfechos... dulce recompensa...» ¡Satánica traicion! Ahora la conozco, es ella; su letra...

MARQUES. —¿La letra de la Reina? Imposible...

REY. — De la Princesa de Éboli...

MARQUES. — Entonces es cierto lo que me ha confesado el paje Henares, que llevó la carta y la llave.

REY. — (*Tomando la mano al Marques, víctima de violenta agitacion.*) Conozco, Marques, que me hallo en terribles manos. Esta mujer... quiero confesároslo... esta mujer ha forzado la arquilla de la Reina, y ha sido la primera en advertirme... ¿Quién podria decir lo que sabe su confesor sobre esto? He sido engañado infamemente!

MARQUES. — En este caso seria áun un accidente feliz el...

REY. — Marques, Marques, empiezo á temer que me he portado con la Reina con excesiva ligereza.

MARQUES.— Si la Reina y el Príncipe han mantenido secretas relaciones, serán sin duda de otro género del que se les imputa. Tengo por cierto que fué la Reina quien concibió el pensamiento de que el Príncipe partiera para Flandes.

REY. — Así lo he creido siempre.

MARQUES. — La Reina es ambiciosa... diré más todavía... con pena ha visto frustrarse sus orgullosas esperanzas, y su alejamiento de toda participacion en el poder; en semejante estado, la juventud ardiente del Príncipe se ha ofrecido á sus ojos como instrumento de sus vastos proyectos... Su corazon... dudo que pueda amar...

REY. — Nada me dan que temer los hábiles proyectos de su política.

MARQUES.— ¿Es amada? ¿Hemos de temer algo por parte del Príncipe?... Hé aquí lo que me parece digno de exámen... y creo que seria necesario vigilarle rigurosamente.

REY. — Me respondeis de él...

MARQUES.— (*Despues de un momento de reflexion.*) Si V. M. me juzga capaz de cumplir esta mision, debo suplicarle que le deje enteramente y sin restricciones á mi cargo.

REY. — Consiento en ello.

MARQUES.— O al menos que ningun auxiliar, sea

cual fuere su título, no se entrometa en las medidas que yo juzgue necesarias.

REY.—Ninguno; os lo prometo. Sois mi ángel bueno... ¡Cuánta gratitud os debo por lo que acabais de comunicarme! (*A Lerma que acaba de entrar.*) ¿Cómo habeis dejado á la Reina?

LERMA.—Fatigada todavía de su desmayo... (*Mira con desconfianza al Marques y vase.*)

MARQUES.—(*Despues de una pausa.*) Me parece necesaria una precaucion. Temo que el Príncipe sea advertido... Como cuenta con tantos amigos adictos, y tal vez con alguna relacion con los rebeldes de Gante... el temor podria llevarle á tomar alguna resolucion desesperada, y seria de opinion que buscáramos un medio para prevenir inmediatamente esta catástrofe.

REY.—Teneis mucha razon... Pero cuál?

MARQUES.—Una órden secreta que V. M. me entregase y de la cual me serviria en el momento del peligro. (*El Rey reflexiona.*) Por ahora seria un secreto de Estado, hasta que...

REY.—(*Se dirige á una mesa y escribe una órden de arresto.*) El reino está en juego... la urgencia del peligro disculpa el uso de extraordinarios medios... Tomad, Marques... Es inútil que os recomiende obreis con las consideraciones debidas.

MARQUES.—(*Tomando la órden.*) Señor, sólo en un caso extremo...

REY.—(*Apoyando la mano en su espalda.*) Id, Marques, y devolved la paz á mi corazon, la tranquilidad á mis noches. (*Se van por opuesto lado.*)

ESCENA XIII.

Una galería.

CARLOS llega vivamente agitado.—El CONDE DE LERMA sale á su encuentro.

CARLOS.—Os buscaba.

LERMA.—Tambien yo á vos.

CARLOS.—¿Es verdad, Dios mio, es verdad?...

LERMA.—¿Qué?

CARLOS.—¿Que la amenazó con un puñal y se la llevaron bañada en sangre á sus habitaciones?... ¿Debo creerlo?... ¿Es verdad?...

LERMA.—No; se ha desmayado, y se lastimó al caer; nada más.

CARLOS.—¿No hay ningun peligro?... Por vuestro honor, Conde...

LERMA.—Ninguno corre la Reina, pero sí vos.

CARLOS.—No corre ninguno mi madre; entonces demos gracias al cielo. Habia llegado á mi noticia un espantoso rumor; decian que el Rey se habia enfurecido contra la madre y la niña, de resultas de la revelacion de un secreto.

LERMA.—Tal vez esto sea verdad.

CARLOS.—¿Verdad?... ¿Cómo?...

LERMA.—Príncipe, hoy mismo os he dado un consejo que habeis menospreciado; aprovechad mejor el segundo.

CARLOS.—¿Cómo?

LERMA.—Si no me engaño, Príncipe, he visto hace algunos dias en vuestras manos una cartera azul celeste, bordada de oro.

CARLOS.—(*Desconcertado.*) Sí; una parecida tenia... ¿y qué?

LERMA.—Me parece que adorna la cubierta un medallon rodeado de perlas...

CARLOS.—Efectivamente.

LERMA.—Cuando hace un rato entré inesperadamente en el gabinete del Rey, he creido ver esta cartera en sus manos, y el Marques de Posa estaba junto á él...

CARLOS.—(*Con viveza despues de un instante de silencio y de sorpresa.*) ¡Esto no es verdad!

LERMA.—(*Ofendido.*)... Entonces, soy un impostor.

CARLOS.—(*Mirándole fijamente.*) Lo sois...

LERMA.—¡Por vida!... os perdono.

CARLOS.—(*Paseándose agitado; se detiene delante de él.*) ¿Qué mal te ha hecho, qué mal te ha hecho nuestra inocente union, para que emplees en destruirla esta infernal actividad?

LERMA.—Príncipe, respeto vuestro pesar, que os hace injusto.

CARLOS.—¡Dios mio!... presérvame de la duda.

LERMA.—Recuerdo tambien las propias palabras del Rey: «Cuánta gratitud os debo—decia en el instante en que entré—por las noticias que me habeis comunicado.»

CARLOS.—¡Basta!... ¡Basta!

LERMA.—El Duque de Alba ha caido en desgracia; el gran sello tomado al príncipe Ruy Gomez y confiado al Marques...

CARLOS.—(*Absorto en sus reflexiones.*) ¡Y no me ha dicho nada!... ¡Por qué no me ha dicho nada!

LERMA.—La córte le mira con sorpresa como un ministro omnipotente, como un favorito absoluto.

CARLOS.—Y me amaba... me amaba como á sí propio; lo sé... hartas pruebas me ha dado de ello... ¿Pero acaso la patria y millones de hombres no han de serle más caros que un solo individuo? Su alma era demasiado vasta para un solo amigo, y la dicha de Cárlos harto insignificante para su amor! ¿Me ha sacrificado á su virtud, y le culparé por eso? Sí; es cierto; ahora es cierto; le he perdido... (*Vuelve y oculta el rostro.*)

LERMA.—(*Despues de un momento de silencio.*) Mi buen Príncipe, ¿qué puedo hacer por vos?

CARLOS.—(*Sin mirarle.*) ¡Entregarse al Rey y hacerme traicion!

LERMA.—¿Y aguardareis lo que vendrá?

CARLOS.—(*Se apoya en la balaustrada, y mira fijamente á lo lejos.*) ¡Le he perdido!... me ha abandonado por completo.

LERMA.—(*Se acerca á él con emocion é interes.*) ¿No quereis cuidar de vuestra salvacion?

CARLOS.—¡Mi salvacion... excelente amigo!

LERMA.—Fuera de esto, ¿no hay álguien por quien debeis temblar más que por vos?

CARLOS.—Por Dios, ¿qué me recordais? Mi madre; la carta que él ha recibido de mis manos, que no queria dejarle, y que le dejé. (*Se pasea sin direccion y retorciendo los brazos.*) Ella no ha merecido esto, y debia evitárselo. ¿Verdad, Lerma, que debia hacerlo? (*Con súbita resolucion.*) Voy al encuentro de la Reina, porque es necesario que la advierta, que la prepare... Lerma, querido Lerma, ¿á quién enviaria? ¡No tengo á nadie!... ¡oh! sí... un amigo... Despues de éste, ya no me quedará nada que perder.

LERMA.—*(Le sigue; llamándole.)* ¡Príncipe!... ¿á dónde vais? *(Vase.)*

ESCENA XIV.

La REINA.—ALBA.—DOMINGO.

ALBA.—Si nos permitis, gran Reina...

REINA.—¿Qué puedo hacer en vuestro favor?

DOMINGO.—El sincero celo que nos inspira la augusta persona de Vuestra Real Majestad, nos impide guar-

dar silencio sobre un suceso que amenaza la seguridad de la Reina.

ALBA. — Nos apresuramos á paralizar con oportuno aviso la trama organizada contra vos...

DOMINGO.—Y ofrecer á V. M. nuestro servicio y nuestro celo.

REINA.— (*Mirándoles con sorpresa.*) Reverendo Padre, noble Duque, me sorprendeis ciertamente. No esperaba semejante adhesion de Domingo y el Duque, pero sé cómo debo apreciarla. Me hablais de una trama que me amenaza: ¿puedo saber quién...

ALBA. — Os rogamos que desconfieis del Marques de Posa encargado de los asuntos secretos del Rey.

REINA. — Sé con placer la feliz eleccion del Rey, pues hace mucho tiempo que me hablan del Marques de Posa como de un hombre excelente y de talento distinguido. Jamas el favor real se halló en mejores manos.

DOMINGO.— ¿En mejores manos?... Nosotros estamos mejor informados.

ALBA. — Sabemos, hace algun tiempo, el empleo de este hombre.

REINA.— ¡Cómo! ¿Cuál seria pues?... Despertais mi curiosidad...

DOMINGO. — ¿Hace mucho tiempo que V. M. no ha registrado su arquilla?

REINA. — ¡Cómo!

DOMINGO. — ¿Y no ha perdido algo precioso?

REINA. — ¡Qué!... Toda la córte sabe que he perdido... ¿pero el Marques de Posa qué tiene que ver con esto?...

ALBA. — Mucho, señora, porque faltan tambien al Príncipe importantes papeles que hay quien ha visto esta mañana en manos del Rey, cuando el caballero celebraba con él una audiencia secreta.

REINA. — (*Despues de reflexionar.*) Esto es singular...

¡por el cielo!... extraordinario. Hallo en él un enemigo inesperado, y por compensacion dos amigos que no recuerdo lo hayan sido nunca... (*Fijando en ellos una mirada penetrante.*) Porque en verdad, debo confesar que estaba dispuesta á perdonaros vuestra mala obra cerca del Rey.

ALBA. — ¿A nosotros?

REINA. — A vosotros.

DOMINGO. } ¿A nosotros?
ALBA. . . }

REINA. — (*Fijando en ellos su mirada.*) ¡Cuánto me alegro de hallarme á salvo de mi precipitacion! pues sin lo que me decis, habia resuelto rogar hoy mismo al Rey, que hiciera comparecer á mi presencia á mis acusadores. Ahora las cosas se hallan en mejor estado; puedo invocar el testimonio del Duque de Alba.

ALBA. — ¿Mi testimonio?... ¿Hablais seriamente?

REINA. — ¿Por qué no?

DOMINGO. — Así imposibilitareis los buenos oficios que podríamos prestaros en secreto...

REINA. — ¿En secreto? (*Con altivez.*) Deseo saber, Duque de Alba, qué ha de confiaros á vos, ó á vos, Padre, la esposa de vuestro Rey, que su esposo deba ignorar... ¿soy inocente ó culpable?

DOMINGO. — ¡Qué pregunta!

ALBA. — ¿Pero si el Rey no fuese justo?... ¿Si al menos, en este momento, no lo fuese?

REINA. — En este caso, aguardaré que lo sea. ¡Feliz aquel que para entonces sólo espera ganar! (*Les saluda y se retira. Los dos cortesanos se van por otra puerta.*)

ESCENA XV.

Habitaciones de la Princesa de Éboli.

La PRINCESA.—Luego CÁRLOS.

PRINCESA.— ¿ Será verdad esta rara noticia que ocupa ya toda la córte ?

CARLOS.—(*Entra.*) No os asusteis, Princesa; voy á ser tierno como un niño.

PRINCESA. — Príncipe... esta sorpresa...

CARLOS. —¿ Estais ofendida todavía ?

PRINCESA.—Príncipe...

CARLOS. —(*Con voz apremiante.*) ¿ Estais ofendida todavía ? os ruego que me lo digais.

PRINCESA. — ¿ Qué es esto ? Parece que olvidais, Príncipe... ¿ Qué buscais junto á mí ?

CARLOS. —(*Tomándole la mano con viveza.*) Puedes por ventura odiar eternamente, doncella... ¿ El amor ofendido no perdona jamas ?

PRINCESA. —*(Intentando desasirse.)* ¿ Qué me recordais, Príncipe ?

CARLOS.—Tu bondad y mi ingratitud. ¡ Ay de mí ! Sé bien que te he ofendido cruelmente, que he desgarrado tu tierno corazon, que arranqué lágrimas á tus ojos de ángel... ¡Ah! no vengo todavía á expresarte mi arrepentimiento.

PRINCESA. — Príncipe, dejadme... yo...

CARLOS. — Vengo porque eres una amable doncella y tengo fe en la bondad y belleza de tu alma. Ves, ves, no tengo otro amigo en el mundo que tú, tú sola. Fuiste una vez tan bondadosa para conmigo que no puedo suponer permanezcas inflexible, ni que me ódies eternamente.

PRINCESA. — (*Vuelve el rostro.*) ¡ Basta !... Ni una palabra más, en nombre del cielo, Príncipe.

CARLOS. — Déjame recordar aquellos dias felices, déjame recordar tu amor, tu amor, doncella, del que me mostré indigno. Déjame ahora, que haga valer lo que era para tí, lo que los sueños de tu corazon me prestaban. Por última vez, por última vez, mírame como si fuera el de entonces, y sacrifica á esta imágen lo que nunca podrás sacrificar á mí propio.

PRINCESA. — ¡ Oh, Cárlos! cuán cruelmente jugais conmigo !

CARLOS.— Sé superior á tu sexo; haz lo que ninguna mujer ha hecho antes que tú, ni hará despues de tí. ¿ Te pido algo inaudito ? haz que pueda hablar á mi madre: te lo pido de hinojos. (*Se arrodilla delante de ella.*)

ESCENA XVI.

Dichos. — El MARQUES DE POSA que entra precipitadamente, seguido de dos oficiales de la Guardia Real.

MARQUES. — (*Fuera de sí, se precipita entre los dos.*) ¿ Qué ha confesado ? No le creais...

CARLOS. — (*De rodillas todavía y levantando la voz.*) Por lo más sagrado...

MARQUES. — (*Interrumpiéndole con violencia.*) Delira... no escucheis á este insensato...

CARLOS. — (*Con voz más apremiante.*) Va en ello la vida. Llevadme á su presencia.

MARQUES. — (*Aparte á la Princesa con energía.*) Sois muerta, si le escuchais. *(A uno de los oficiales.)* Conde de Córdoba, en nombre del Rey (*le enseña la órden*) el Príncipe es vuestro prisionero. (*Cárlos queda inmóvil, como herido del rayo. La Princesa lanza un grito de terror, y pretende huir. Los oficiales mudos de sorpresa. Larga pausa. El Marques, trémulo, se esfuerza en serenarse: al Príncipe.*) Os ruego que me entregueis vuestra espada. Princesa, aguardad. (*Al oficial.*) Me respon-

deis con vuestra cabeza de que el Príncipe no hablará con nadie, con nadie absolutamente, ni áun con vos. (*Dice algunas palabras al oido del oficial; luego volviéndose.*) Voy inmediatamente á dar al Rey cuenta de lo ocurrido. (*Á Cárlos.*) Y á vos tambien; aguardadme. Príncipe, dentro de una hora.

(Cárlos se deja conducir sin manifestar sentimiento alguno; pero al pasar junto al Marques le dirige una mirada moribunda, y éste oculta el rostro. La Princesa intenta huir, y el Marques la detiene por un brazo.)

ESCENA XVII.

La PRINCESA.—El MARQUES DE POSA.

PRINCESA.—¡En nombre del cielo, Marques, dejadme salir de aquí!

MARQUES.—(*Severo y terrible.*) ¿Qué te ha dicho, desdichada?

PRINCESA.—Nada, dejadme; nada...

MARQUES.—(*Deteniéndola con fuerza.*) ¿Qué has sabido?... No tienes por donde escapar, y no lo contarás á nadie en el mundo...

PRINCESA.—(*Mirándole con espanto.*) ¡Dios mio!... ¿Qué intentais? ¿Quereis matarme?

MARQUES.—(*Sacando un puñal.*) En efecto, tentaciones me dan... Despacha.

PRINCESA.—¡Yo! yo! ¡Misericordia divina! ¿Qué he hecho yo?

MARQUES.—(*Alzando los ojos al cielo, y poniendo la punta del puñal en el pecho de la Princesa.*) Es tiempo todavía; el veneno no ha salido de sus labios... Rompo el vaso y todo sigue en el mismo estado... Entre la suerte de España y la vida de una mujer... (*Permanece en esta actitud, y parece vacilar.*)

PRINCESA.—(*Cayendo á sus piés, y mirándole fijamente.*) Sea; ¿qué aguardais? no pido consideracion alguna... No; he merecido la muerte, y quiero morir.

MARQUES.—(*Deja caer lentamente su brazo, despues de un instante de reflexion.*) ¡Oh!... seria vil y bárbaro... No, no; gracias al cielo, queda otro medio todavía. (*Deja caer el puñal y se va rápidamente. La Princesa sale por otra puerta.*)

ESCENA XVIII.

Una habitacion de la Reina.

REINA.—(*Á la Condesa de Fuentes.*) ¡Qué tumulto en Palacio!... Cada rumor, Condesa, me sobresalta hoy; id á ver qué sucede, y volved á decírmelo. (*La Condesa de Fuentes sale, y la Princesa de Éboli entra precipitadamente.*)

ESCENA XIX.

La REINA.—La PRINCESA DE ÉBOLI.

PRINCESA.—(*Sin aliento, pálida y desencajada, cae de hinojos á los piés de la Reina.*) Señora... socorro... está preso...

REINA.—¿Quién?

PRINCESA.—El Marques de Posa le ha detenido por órden del Rey.

REINA.—¿Pero quién, quién?

PRINCESA.—El Príncipe.

REINA.—¿Estás loca?

PRINCESA.—Se lo llevan al instante.

REINA.—¿Y quién le prendió?

PRINCESA.—El Marques de Posa.

REINA.—¡Oh!... entonces, demos gracias á Dios, si el Marques lo ha detenido.

PRINCESA. — Lo decis con tanta calma y frialdad... ¡Oh! Dios... ¿no presentis, no sabeis?...

REINA. — ¿Por qué le han preso?... Sin duda por una locura propia de la violencia de su carácter...

PRINCESA. — No, no; estoy mejor informada yo; no, señora... Una accion infame, diabólica... No hay salvacion para él; morirá.

REINA. — ¿Morirá?

PRINCESA. — Y yo le habré asesinado.

REINA. — ¡Morirá! Insensata!... ¿lo crees?

PRINCESA. — ¡Y por qué, por qué morirá! ¡Ah! si hubiese previsto que las cosas habian de llegar á este extremo...

REINA. — (*Tomándole la mano con bondad.*) Princesa, no estais en vos; serenaos, y contadme con más calma lo que sabeis, y no presenteis á mi imaginacion estas tristes imágenes... ¿Qué ha pasado?

PRINCESA. — Sí, señora; no useis conmigo esta bondad y sublime confianza, porque atormentan mi conciencia como una llama del infierno. No soy digna de alzar hasta vuestra gloria mi indigna mirada. Aplastad á la miserable que se arrastra á vuestros piés, oprimida por el arrepentimiento, la vergüenza, el desprecio de sí misma.

REINA. — ¡Desdichada! ¡desdichada!... ¿Qué teneis que decirme?

PRINCESA. — Angel de luz, santa mujer, ignorais, no sospechais siquiera á qué demonio habeis sonreido con bondad... Aprended hoy á conocerla... Yo soy... yo... quien os ha robado...

REINA. — ¿Vos?

PRINCESA. — Y quien ha entregado estas cartas al Rey.

REINA. — ¿Vos?

PRINCESA. — Y quien ha tenido la audacia de acusaros.

REINA. — Vos, vos habeis podido...

PRINCESA. — La venganza... el amor... la rabia... Os odiaba y amaba al Príncipe...

REINA. — ¿Y por qué le amabais?...

PRINCESA. — Se lo habia confesado, y no me habia correspondido...

REINA. — (*Pausa.*) ¡Oh! ahora me lo explico todo... Alzad... le amabais... os he perdonado... todo está olvidado... Alzad. (*Le tiende la mano.*)

PRINCESA. — No, fáltame todavía una confesion terrible. No, gran Reina, antes que...

REINA. — (*Atenta.*) ¿Qué debo oir todavía? Hablad...

PRINCESA. — El Rey... una seduccion... ¡Oh! volveis los ojos... Leo sobre vuestro rostro mi condenacion... El crímen de que os acusaba, yo lo he cometido...

(Oprime contra el suelo su rostro inflamado. La Reina se va.— Profundo silencio. — La Duquesa de Olivares sale unos minutos despues del gabinete en donde ha entrado la Reina, y encuentra á la Princesa en la misma situacion. Se acerca á ella en silencio. Al ruido de sus pasos, la Princesa se levanta, como en delirio, viéndose abandonada de la Reina.)

ESCENA XX.

La PRINCESA DE ÉBOLI. — La DUQUESA DE OLIVARES.

PRINCESA. — ¡Dios mio!... ¡Me ha abandonado! ¡Esto es hecho!

OLIVARES. — (*Acercándose á ella.*) Princesa de Éboli...

PRINCESA. — Sé, Duquesa, por qué venís. La Reina os envia para anunciarme mi sentencia... decid pronto...

OLIVARES. — Su Majestad me ordena recobrar de vos vuestra cruz y vuestra llave...

PRINCESA. — (*Saca de su seno una cruz de oro y la entrega á la Duquesa.*) ¿Me será permitido besar por última vez la mano á la mejor de las reinas?

OLIVARES.—En el convento de Santa María os dirán qué se habrá decidido con respecto á vos.

PRINCESA.—(*Rompiendo á llorar.*) ¡No volveré á ver á la Reina!

OLIVARES.—(*La abraza, volviendo el rostro.*) ¡Sed feliz!



(Vase precipitadamente. La Princesa la sigue hasta la puerta del gabinete, que se cierra detras de la Duquesa. Permanece algunos minutos muda é inmóvil y de rodillas delante de esta puerta; despues se levanta y se va, velado el rostro.)

ESCENA XXI.

La REINA.—El MARQUES DE POSA.

REINA.—Héos aquí, por fin, Marques; gracias á Dios...

MARQUES.—(*Pálido, desencajado y con voz trémula se adelanta y hace una profunda reverencia.*) ¿V. M. se halla sola? ¿Nadie puede oirnos desde la habitacion contigua?

REINA.—¡Nadie!... ¿Por qué?... ¿Qué me traeis? (*Le mira con más atencion y retrocede con espanto.*) ¡Qué demudado! ¿A qué se debe? Me haceis temblar, Marques; vuestras facciones descompuestas llevan el sello de la muerte...

MARQUES.—Probablemente ya sabeis...

REINA.—Que Cárlos ha sido preso, y precisamente por vos... añaden... ¿Es verdad?... No quise fiarme, sobre esta noticia, de nadie más que de vos...

MARQUES.—Verdad.

REINA.—¿Por vos?

MARQUES.—Por mí.

REINA.—(*Mirándole, dudosa.*) Respeto vuestra conducta aunque no la comprendo; pero perdonad esta vez la inquietud de una mujer: temo que arriesgais mucho en este terrible juego.

MARQUES.—¡Y he perdido!

REINA.—¡Santo cielo!

MARQUES.—Tranquilizaos, señora, porque están tomadas todas las medidas para su salvacion; sólo yo estoy perdido...

REINA.—¡Qué oigo, Dios mio!

MARQUES.—¿Quién me mandaba fiarlo todo á un solo dado y jugar temerariamente sin contar con el cielo?... ¿Quién tomaria á su cargo empuñar el pesado gobernalle del destino, sin saberlo todo? ¡Oh!... ¡es justo! Mas ¿por qué hablar de mí ahora? El momento es precioso, precioso como la vida de un hombre... ¡Quién sabe si la mano avara del Juez supremo me cuenta ahora las últimas gotas de la existencia!...

REINA.—¡La mano del Juez! ¡Qué tono tan solemne! No comprendo qué significan estas palabras, pero me espantan...

MARQUES.—Está salvado, y no importa á qué precio, pero sólo por hoy; dispone de breves momentos y debe saber ahorrarlos... Es necesario que salga de Madrid esta misma noche.

REINA. — ¿Esta misma noche?

MARQUES. — Están hechos los preparativos, y hallará los caballos de posta á la puerta del convento que servia de refugio á nuestra amistad, de algun tiempo á esta parte. Aquí os entrego en letras de cambio todo lo que debia á la fortuna en este mundo; añadid lo que falte. Muchas cosas guarda mi corazon todavía para mi Cárlos, que mi Cárlos no debiera ignorar, pero tal vez me falte tiempo para hablar de ellas con él, y como vos le hablareis esta noche, me dirijo á vos.

REINA. — En nombre de mi esposo, explicaos más claramente, Marques... No me hableis por medio de terribles enigmas... ¿Qué ha pasado?

MARQUES. — Tengo que hacer una importante declaracion, y la depongo en vuestras manos. He gozado de una dicha, á pocos concedida; la de amar al hijo de un rey; mi corazon, dedicado á uno solo, abarcaba en él el mundo entero, y en el alma de mi Cárlos me fingia un paraíso para millones de séres... ¡Oh! ¡cuán bellos eran mis sueños!... Pero ha querido la Providencia interrumpir mi empresa antes de tiempo, y bien pronto le faltará á su Rodrigo; el amigo cede el puesto á la amante. Aquí, sobre este sagrado altar, sobre el corazon de su Reina, depongo mi último y precioso legado; y aquí lo encontrará cuando yo no exista. (*Vuelve el rostro, las lágrimas sofocan su voz.*)

REINA. — ¡Este es el lenguaje de un moribundo!... Espero que sólo el delirio... ¿Qué sentido oculto encierran vuestras palabras?

MARQUES. — (*Intenta serenarse y continúa con más firme acento.*) Decid al Príncipe que recuerdo el juramento que hicimos al partir la hostia en nuestros dias de entusiasmo. Por mi parte lo he cumplido, y le he sido fiel hasta la muerte, y ahora toca á él cumplir el suyo.

REINA. — ¿Hasta la muerte?

MARQUES. — Decidle que lo cumpla. El sueño que forjamos, el sueño audaz de un nuevo estado, la divina concepcion de la amistad puede realizarse todavía, y él debe dar el primer golpe de escoplo á esta ruda piedra; poco importa que lleve á cabo la empresa ó que sucumba sin conseguirla; no por eso deje de trabajar en ella. Quizá dentro algunos siglos la Providencia colocará sobre un trono otro Príncipe como él, é infundirá mi propio entusiasmo á su nuevo favorito. Decidle que cuando llegue á hombre, respete los sueños de su juventud, y no permita posarse sobre su corazon, tierna y divina flor, el gusano mortal de la razon tan elogiada... que no se deje engañar cuando la sabiduría de la tierra maldiga el entusiasmo, este hijo del cielo; otra vez se lo dije.

REINA. — Pero, Marques... ¿á qué conduce?...

MARQUES. — Decidle que deposito en su alma la felicidad de los hombres... que, próximo á morir, exijo de él... le exijo... tengo derecho á ello... De mí dependia traer la luz de una nueva aurora sobre sus reinos; el Rey me entregaba su corazon; me llamaba su hijo. Soy el guarda-sellos, y el Duque de Alba ya no es nada... (*Se detiene contemplando á la Reina. Pausa.*) ¡Llorais!... ¡Oh! alma noble! ¡vuestras lágrimas son de júbilo! Pero está ya decidido: Cárlos ó yo. La eleccion fué pronta y terrible. Uno de ambos debia ser sacrificado, y he querido serlo yo; yo... antes que él... No pretendais saber más.

REINA. — Por fin empiezo á comprenderos; ¡desgraciado!... ¿qué habeis hecho?

MARQUES. — He perdido un par de horas de la tarde, para ganar un hermoso dia de verano; abandono al Rey, porque ¿qué puedo ser para él?... No brota una sola flor para mí en este árido suelo. El destino de Europa se prepara en el pensamiento de mi noble amigo á quien lego la España... Entre tanto sufra hasta ver-

ter sangre bajo el yugo de Felipe... Pero ¡ay de él y ay de mí! si debiese arrepentirme de mi accion, y hubiese abrazado el peor partido... ¡No! no! Conozco a mi Cárlos... y esto no sucederá jamas; vos respondeis de ello, señora. (*Despues de un momento de silencio.*) A mi vista germinó su amor por vos, y se arraigó en su alma la más desdichada pasion que existió jamas: entonces podia combatirla y no lo hice, antes la fomenté porque no la creia funesta, diga lo que quiera el mundo. No me arrepiento de ello, ni me remuerde por ello la conciencia, pues ví la vida donde todos veian la muerte, y en aquella llama sin esperanza, brillar en buen hora su dorado rayo. Queria conducirle á la perfeccion, elevarle á cuanto es bello y grandioso, y la humanidad me rehusaba una imágen, y mis labios acentos de elocuencia... entonces le hablaba de vos, y mi mayor deseo consistia en darle á comprender su amor.

REINA.— Marques, vuestro amigo os preocupaba de tal modo que por él os olvidabais de mí... ¿Acaso me creeis exenta en absoluto de las flaquezas de la mujer, cuando intentais convertirme en ángel, y darle por escudo la virtud? ¿No habiais reflexionado bastante á qué riesgos se expone nuestro corazon, si ennoblece la pasion con tales nombres?

MARQUES. — A este riesgo se exponen, es cierto, todas las mujeres, excepto una sola, una sola; lo juro. ¿Podria avergonzaros el noble deseo de animar á la virtud heroica? ¿Qué importa al rey Felipe que la pintura de la Transfiguracion de su Escorial inflame el deseo de la inmortalidad en el ánimo del pintor que la contempla? La suave armonía que duerme en las cuerdas de la lira ¿pertenece acaso á su comprador, á su propietario, sordo tal vez? No: compró el derecho de romperla en pedazos, pero no el arte de arrancarle melodiosos sonidos, extasiándose con la música. La verdad guia

al sabio; la belleza impera sobre los corazones sensibles y se pertenecen mútuamente. Ninguna preocupacion vil podria arrancarme esta creencia. Así, prometedme que le amareis siempre y no caereis en humillante abnegacion por temor del qué dirán y por falso heroismo... Prometedme amarle siempre y con verdadera constancia, señora; prometedlo en mi presencia...

REINA. — Os prometo que mi corazon será siempre, para siempre, el único juez de mi amor...

MARQUES. — (*Retira su mano.*) Ahora, muero tranquilo... he concluido mi tarea. (*Saluda á la Reina y va á salir.*)

REINA. — (*Le sigue con la mirada.*) Os vais, Marques, sin decirme si volveremos á vernos pronto.

MARQUES. — (*Vuelve sin mirarla.*) Ciertamente, volveremos á vernos...

REINA. — Os he comprendido, Marques, os he comprendido perfectamente. ¿Por qué habeis obrado así conmigo?

MARQUES. — Él ó yo.

REINA. — No, no; os habeis arrojado á esta accion, que llamais una grande accion, no lo negueis; mucho tiempo há que alimentabais este deseo... Poco os importa que se partan de dolor millares de corazones, con tal que vuestro orgullo quede satisfecho. ¡Oh!... ahora... ahora empiezo á conoceros; sólo habeis obrado así para ser admirado...

MARQUES. — (*Sorprendido. Aparte.*) ¡Esto no lo esperaba!...

REINA. — (*Pausa.*) Marques, ¿no hay salvacion posible?

MARQUES. — Ninguna.

REINA. — ¿Ninguna?... Pensadlo bien; ¿ni áun para mí?

MARQUES. — Ni áun para vos.

REINA. — No me conoceis bien todavía; tengo valor.

MARQUES. — Lo sé.

REINA. — ¿No hay salvacion?

MARQUES. — Ninguna.

REINA. — (*Se aparta ocultando el rostro.*) Salid; no estimo ya á hombre alguno.

MARQUES. — (*Víctima de violenta agitacion se arroja á sus piés.*) Reina... ¡oh! Dios... ¡la vida es, sin embargo, grata!... (*Se levanta y vase precipitadamente. La Reina entra en su gabinete.*)

ESCENA XXII.

Un salon en las habitaciones del Rey.

El DUQUE DE ALBA y DOMINGO se pasean en silencio. — El CONDE DE LERMA sale del gabinete. Entra luego D. RAMON DE TAXIS.

LERMA. — ¿No habeis visto todavía al Marques?

ALBA. — Todavía no. (*Lerma va á salir.*)

TAXIS. — (*Adelantándose.*) Conde de Lerma, anunciadme...

LERMA. — El Rey no está visible...

TAXIS. — Decidle que conviene que le hable de un asunto muy importante para S. M.; despachad porque urge. (*Lerma entra en el gabinete.*)

ALBA. — Querido Taxis, ejercitad vuestra paciencia. No hablareis al Rey.

TAXIS. — ¿Y por qué?

ALBA. — Debierais haber tomado la precaucion de pedir permiso al caballero de Posa, quien retiene en su poder al padre y al hijo.

TAXIS. — ¿Al de Posa?... ¡Cómo!... Pues si precisamente de él he recibido esta carta.

ALBA. — ¡Una carta!... ¿Qué carta?...

TAXIS. — Una carta que debo enviar á Bruselas.

ALBA. — (*Atento.*) ¿A Bruselas?

TAXIS. — Y la traigo al Rey.

ALBA. — ¿A Bruselas? Habeis oido, capellan?... ¿A Bruselas?

DOMINGO. — Esto es muy sospechoso...

TAXIS. — ¡Con qué ansiedad, con qué turbacion me la ha recomendado!

DOMINGO. — ¡Con ansiedad!... ¡Ah!

ALBA. — ¿A quién va dirigida?

TAXIS. — Al Príncipe de Nassau y de Orange.

LERMA. — ¿A Guillermo?... Esto es una traicion, capellan.

DOMINGO. — ¿Y puede ser otra cosa? Sí; realmente hay que entregar al instante esta carta al Rey. Accion meritoria la vuestra, la de cumplir tan estrictamente vuestras funciones.

TAXIS. — Reverendo padre, sólo he cumplido con mi deber.

ALBA. — Bien hecho.

LERMA. (*Saliendo del gabinete; á Taxis.*) El Rey quiere hablaros. (*Taxis sale.*) ¿El Marques no ha venido todavía?

DOMINGO. — Le están buscando por todas partes.

ALBA. — Cosa sorprendente y singular. El Príncipe es prisionero de Estado, y el Rey no sabe todavía por qué motivo.

DOMINGO. — El Marques no ha venido todavía á dar cuenta del suceso.

ALBA. — ¿Cómo ha recibido el Rey la noticia?

LERMA. — El Rey no ha dicho una palabra. (*Rumor dentro.*)

ALBA. — ¿Qué pasa? (*Silencio.*)

TAXIS. — (*Saliendo del gabinete*) ¡Conde de Lerma! (*Los dos se van.*)

ALBA. — (*Á Domingo.*) ¡Qué va á pasar aquí!

DOMINGO. — Este acento de terror... esta carta interceptada... Duque, no espero nada bueno.

ALBA. — Hace llamar á Lerma; sin duda no ignora que ambos nos hallamos en el salon.

DOMINGO. — Ha pasado nuestra época.

ALBA. — Ya no soy, pues, el hombre, ante el cual se abrian todas las puertas. ¡Cuánto ha cambiado todo! ¡Todo me es extraño aquí!

DOMINGO. — (*Se acerca lentamente á la puerta del gabinete y aplica el oido.*) ¡Oigamos!

ALBA. — (*Pausa.*) Reina profundo silencio; se oye su respiracion.

DOMINGO. — Las colgaduras apagan el sonido.

ALBA. — Retirémonos; álguien viene.

ESCENA XXIII.

Dichos. — El PRÍNCIPE DE PARMA.—Los DUQUES de FÉRIA y MEDINASIDONIA. — Algunos Grandes.

PARMA. — ¿Podremos hablar al Rey?

ALBA. — No.

PARMA. — ¿No? ¿quién está con él?

FÉRIA. — El Marques de Posa, sin duda.

ALBA. — En este instante le aguardan.

PARMA. — Acabamos de llegar de Zaragoza, y hallamos la consternacion en Madrid... ¿Será verdad?

DOMINGO. — Sí, por desgracia.

FÉRIA. — ¿Es verdad? ¿Fué detenido por aquel caballero de Malta?

ALBA. — Así fué.

PARMA. — ¿Y por qué?... Qué ha ocurrido?

ALBA. — ¿Por qué? Nadie lo sabe sino el Rey y el Marques de Posa.

PARMA. — ¿Sin convocar las Córtes del reino?

FÉRIA. — ¡Ay del que ha tomado parte en este crímen de Estado!

ALBA. — ¡Ay de él! repito yo.

MEDINASIDONIA. — Y yo.

LOS DEMAS. — Y todos.

ALBA. — ¿Quién quiere seguirme al gabinete?... Me arrodillaré á los piés del Rey.

LERMA. — (*Sale precipitadamente.*) ¿Duque de Alba?

DOMINGO. — ¡Por fin, alabado sea Dios! (*Alba entra en el gabinete.*)

LERMA. — (*Vivamente agitado.*) Si llega el caballero de Malta, que aguarde á que se le llame, porque el Rey no está solo ahora.

DOMINGO. — (*A Lerma, á quien rodean con viva curiosidad.*) ¿Conde?... ¿Qué ocurre?... ¡estais pálido como un muerto!

LERMA. — (*Intentando irse.*) ¡Caso diabólico!

PARMA Y FÉRIA. — ¿Qué?... ¿Qué?

MEDINA. — ¿Qué hace el Rey?

DOMINGO. — ¡Diabólico!... ¿Qué?

LERMA. — El Rey ha llorado.

DOMINGO. — ¡Ha llorado!

TODOS. — (*Con viva sorpresa.*) ¿El Rey ha llorado? (*Suena una campanilla en el gabinete. Lerma se va.*)

DOMINGO. — (*Intentando detenerle.*) Conde, una palabra... excusad... Ha salido, y hétenos aquí mudos de terror...

ESCENA XXIV.

La PRINCESA DE ÉBOLI.—FÉRIA.—MEDINASIDONIA.—PARMA. DOMINGO y los demas Grandes.

PRINCESA. — (*Fuera de sí; presurosa.*) ¿Dónde está el Rey... dónde?... quiero hablarle... (*A Féria.*) Duque, llevadme á su presencia.

FÉRIA. — El Rey está muy ocupado, y nadie puede verle.

PRINCESA. — ¿Está firmando la terrible sentencia?... Está engañado; quiero probarle que está engañado.

DOMINGO. — (*La llama, haciéndole una seña.*) ¿Princesa de Éboli?

PRINCESA. — (*Dirigiéndose á él.*) ¡Ah! ¿vos aquí, padre?... Me alegro, porque precisamente os necesito; me apoyareis. (*Coge su mano, y quiere conducirle al gabinete.*)

DOMINGO. — ¡A mí! ¿Estais loca, Princesa?

FÉRIA. — Aguardad; el Rey no está ahora para oiros.

PRINCESA. — Pues es fuerza que me oiga; que oiga la verdad, aunque fuera diez veces dios.

DOMINGO. — Salid; salid; lo arriesgais todo. Aguardad.

PRINCESA. — Tiembla tú, miserable criatura, ante la cólera de tu ídolo; yo, no tengo nada que arriesgar. (*En el mismo instante en que va á entrar en el gabinete, sale de él el Duque de Alba.*)

ALBA. — (*Radiante de triunfo, corre hácia Domingo y le abraza.*) Mandad que canten un *Tedeum* en todas las iglesias; nuestra es la victoria.

DOMINGO. — ¿Nuestra?

ALBA. — (*A Domingo y á los demas.*) Entrad ahora á ver al Rey, y os diré lo demas.

ACTO V..

ESCENA PRIMERA.

Habitacion del palacio del Rey, que una verja de hierro separa de un patio donde los centinelas pasean á lo largo.

(CÁRLOS sentado delante de una mesa con la cabeza sobre los brazos como si durmiera. En el fondo algunos oficiales encerrados con él. El MARQUES DE POSA se adelanta sin que Cárlos le vea y habla en voz baja con los oficiales que se alejan inmediatamente. Se coloca delante de Cárlos y le contempla un rato en silencio y con tristeza. Por fin, hace un gesto que despierta al Príncipe. Cárlos se levanta, le ve y parece asustarse; le mira despues fijamente y pasa la mano sobre su frente como si intentara recordar algo.)

MARQUES.

Soy yo, Cárlos.

CARLOS. — (*Dándole la mano.*) Vuelves todavía á verme. Bella acccion por tu parte.

MARQUES. — He pensado que aquí podrias necesitar un amigo.

CARLOS. — ¿Verdad, has pensado esto? Mira, me das una alegría... una alegría indecible. Ya sabia bien que seguirias siendo bueno para conmigo.

MARQUES. — Merezco que tengas de mí esta opinion.

CARLOS. — ¿No es verdad? Veo que nos comprendemos todavía enteramente, y me place; estos miramientos, esta dulzura convienen á dos grandes almas

como la tuya y la mia. Admitamos que una de mis pretensiones haya sido injusta y exagerada; no por esto me rehusarás lo que es justo. La virtud puede ser severa, pero nunca cruel, nunca inhumana. Mucho te ha costado, ¡oh, sí! me lo parece; sé cuánto ha padecido tu tierno corazon, mientras adornabas la víctima para llevarla al altar.



MARQUES. — Pero, Cárlos, ¿qué te has figurado?

CARLOS. — Tú realizarás lo que yo debia y no he podido realizar. Tú darás á los españoles la edad de oro, que en vano han esperado de mí. Porque yo, acabé; acabé para siempre... Tú lo has visto... este amor terrible ha marchitado sin remedio las flores precoces de mi genio... he muerto para sus grandes esperanzas... La Providencia, ó la casualidad, te han colocado cerca del Rey... Lo he pagado con mi secreto que te pertenece; tú puedes ser su ángel protector... ya que para mí no hay salvacion posible, y quizá tampoco para España. Nada hay en todo eso que sea condenable, si no es mi loca ceguedad que me ha impedido ver que eres tan grande como tierno.

MARQUES. — No; yo no habia previsto nada de eso. Yo no habia previsto que la generosidad de un amigo pudiese resultar más ingeniosa que mis prudentes combinaciones. Mi edificio se hunde. Habia olvidado tu corazon.

CARLOS. — Sin duda que si tú le hubieras evitado á ella semejante suerte, yo sintiera por tí inefable gratitud, pues no veo por qué no podia soportarla solo, y debia ser ella la segunda víctima. Pero basta sobre esto, no quiero dirigirte ningun reproche. ¿Qué te importa la Reina? como tú no la amas, claro que no debia preocuparse tu austera virtud de las pequeñas inquietudes de mi amor. Perdóname; he estado injusto.

MARQUES. — Lo estás, pero no por este reproche; si mereciera uno, los mereceria todos, y entonces no me verias así delante de tí. (*Saca una cartera.*) Hé aquí algunas cartas de las que me diste á guardar, tómalas.

CARLOS. — (*Mirando sorprendido y alternativamente, ora las cartas, ora al Marques.*) ¡Cómo!

MARQUES. — Te las devuelvo, porque estarán más seguras en tus manos que en las mias.

CARLOS. — ¿Qué es esto? pues qué... ¿El Rey no las ha leido? ¿No le han sido presentadas?

MARQUES. — ¿Estas cartas?

CARLOS. — ¿Tú no se las has enseñado?

MARQUES. — ¿Quién te ha dicho que yo le haya enseñado una sola?

CARLOS. — (*Estupefacto.*) ¡Es posible! El Conde de Lerma.

MARQUES. — ¿Él te lo ha dicho? ¡Sí! pues bien, todo está aclarado. ¡Quién podia preverlo!... Así, Lerma... No; este hombre no supo nunca mentir; esto será; las otras cartas están en poder del Rey.

CARLOS. — (*Le mira con mudo asombro.*) ¿Por qué me hallo, pues, aquí?

MARQUES.—Por precaucion, para el caso en que por segunda vez se te ocurriera elegir por confidente una Princesa de Éboli.

CARLOS.—(*Como si saliera de un sueño.*) ¡Oh! por fin, ahora lo comprendo todo, todo se aclara para mí.

MARQUES.—(*Yendo hácia la puerta.*) ¿Quién viene?

ESCENA II.

Dichos.—El DUQUE DE ALBA.

ALBA.—(*Se acerca respetuosamente al Príncipe, y durante toda la escena da la espalda al Marques.*) Príncipe, sois libre... El Rey me envia á anunciároslo. (*Cárlos mira al Marques con sorpresa; todos callan.*) Permitid al propio tiempo que me felicite de ser el primero que ha tenido el honor de...

CARLOS.—(*Observa á ambos con extraordinaria sorpresa; despues de una breve pausa, dirigiéndose al Duque.*) He sido arrestado y soy puesto en libertad, sin saber por qué.

ALBA.—Por un error, Príncipe, al cual segun creo ha sido arrastrado el Rey por un impostor.

CARLOS.—Pero yo me encuentro aquí, sin embargo, por órden del Rey.

ALBA.—Sí; por un error de S. M.

CARLOS.—Lo siento mucho, pero si el Rey comete un error, al Rey en persona toca repararlo. (*Busca la mirada del Marques, y se muestra altivo con el Duque.*) Aquí me llaman el hijo de Felipe II, y la calumnia y la curiosidad han clavado en mí sus ojos; lo que S. M. ha hecho por deber, no quiero que se atribuya á su clemencia, y estoy dispuesto por otra parte á presentarme ante el tribunal de las Córtes... No quiero recibir mi espada de estas manos.

ALBA.—El Rey no retardará la satisfaccion de los justos deseos de V. A., y si me lo permitis os llevaré hasta él.

CARLOS.—Me quedo aquí hasta que el Rey ó Madrid me saquen de esta prision. Llevadle esta respuesta. (*Alba se va, y se le ve detenerse en el patio y dar órdenes.*)

ESCENA III.

CÁRLOS.—El MARQUES DE POSA.

CARLOS.—(*Despues de haber salido el Duque, se dirige al Marques manifestando curiosidad y sorpresa.*) Dime ¿qué quiere decir esto? ¿No eres ya ministro?

MARQUES.—Ya ves que he dejado de serlo. (*Dirigiéndose á él con profunda emocion.*) ¡Oh, Cárlos! todo se ha cumplido; todo se ha conseguido; todo ha terminado. Bendito sea el supremo poder que ha permitido que se consiguiera.

CARLOS.—Conseguido... ¿Qué? No comprendo lo que dices.

MARQUES.—(*Asiéndole la mano.*) Estás salvado, Cárlos... Eres libre... Y yo... (*Se detiene.*)

CARLOS.—¿Y tú?

MARQUES.—Yo... yo... te oprimo contra mi corazon; por la primera vez de mi vida tengo perfecto derecho á ello, derecho comprado á costa de cuanto amo. ¡Oh, Cárlos! ¡Cuán grande y tierno es este momento! Estoy satisfecho de mí.

CARLOS.—¡Qué súbita mudanza en tus facciones! Nunca te habia visto así, anhelante tu pecho, henchido de orgullo, fulgurando tus ojos.

MARQUES.—Debemos despedirnos, Cárlos. No temas, sé hombre. Prométeme, Cárlos, que sea lo que quiera lo que sepas, no aumentarás la pena que me causa esta separacion, con inmoderado dolor, indigno de un

alma grande. En muchos años no me verás, Cárlos... Los insensatos dicen nunca. (*Cárlos retira su mano y fija en él los ojos sin responderle.*) Sé hombre; he confiado mucho en tí, y no he temido pasar contigo las siniestras horas que llaman postreras; confieso, por el contrario, que me regocijo de ello. Cárlos... ven, sentémonos, me siento débil y fatigado. (*Se sienta junto á Cárlos que sigue estupefacto, y se deja conducir involuntariamente junto á él.*) ¿Dónde estás? ¿no me respondes? Seré breve. Al dia siguiente de habernos visto por última vez en la Cartuja, el Rey me hizo llamar, y tú sabes, y sabe Madrid, el resultado de la entrevista. Pero lo que tú no sabes es que le habian revelado tus secretos, y tus cartas, halladas en la arquilla de la Reina, deponian contra tí; lo supe de sus propios labios; fuí su confidente. (*Se detiene aguardando la respuesta de Cárlos que persiste en su silencio.*) Sí, Cárlos, hice traicion á mi fe con los labios; yo mismo dirigí la trama para perderte. Los hechos hablaban muy alto y era tarde para justificarte; restábame tan sólo asociarme á su venganza, y me convertí en tu enemigo para servirte mejor. ¿No me escuchas?

CARLOS. — Te escucho: continúa, continúa...

MARQUES. — Hasta aquí yo era inocente, pero bien pronto descubrieron mis planes los desusados resplandores del favor del Rey, y llegó hasta tí el rumor de lo que ocurria, como habia previsto. Fascinado por falso cariño, cegado por mi orgullosa presuncion, queria terminar sin tí la osada empresa, y ocultaba á tu amistad mi peligroso secreto. Cometí una gran imprudencia, una falta grave; lo sé. Abrigaba una loca confianza: perdona; hubiera sido fundada, si la eterna firmeza de tu amistad... (*Pausa; Cárlos pasa de la estupefaccion á una violenta agitacion.*) Sucedió lo que temia. Te hicieron temblar, suponiendo imaginarios peligros... La Reina bañada en su propia sangre... retumbando en palacio un grito de terror... el desgraciado celo de Lerma... en fin, mi inconcebible silencio, todo agita y sobrecoge tu corazon... Vacilas... Me crees perdido... Demasiado noble, sin embargo, para dudar de la lealtad de tu amigo, decoras su caida con el nombre de grandeza, y sólo te atreves á llamarle infiel cuando puedes honrarle por su infidelidad. Abandonado de tu único amigo, te arrojas en los brazos de la Princesa de Éboli... ¡Desdichado! en los brazos del demonio; porque ella fué quien te hizo traicion. (*Cárlos se levanta.*) Te ví correr hácia ella; te seguí llevado de fatal presentimiento que cruza por mi alma; era ya tarde, estabas á sus piés; la confesion iba á salir de tus labios... No habia salvacion para tí...

CARLOS. — No, no; estaba conmovida. Te engañas, estaba conmovida.

MARQUES. — Entonces mis sentidos se perturban... Nada... Ni una salida... Ningun socorro en la tierra. La desesperacion me convierte en una furia, en una bestia feroz, y amenazo con el puñal el pecho de una mujer. Pero aquí brilla á mis ojos un rayo de luz; ¡si engañara al Rey! ¡Si pudiese pasar yo por culpable! Poco importa que esto sea verosímil ó no; para él basta; para el rey Felipe, el mal es siempre verosímil. Sea, probaré; tal vez un rayo hiriendo súbitamente al tirano, le hará tambalear. ¿Qué puedo desear más? Reflexionaré, y Cárlos tendrá tiempo para huir á Brabante.

CARLOS. — ¿Y lo hubieras llevado á cabo?

MARQUES. — Inmediatamente escribí á Guillermo de Orange, diciéndole que amo á la Reina y que, burlando la desconfianza del Rey con las falsas sospechas que pesan sobre tí, hallé por medio del mismo Felipe el modo de acercarme libremente á su esposa. Añadia ademas: Temo ser descubierto, pues Cárlos ha conocido mi pasion y recurrió á la Princesa de Éboli, sin

duda para que advirtiera á la Reina que yo le habia mandado prender, y ahora queria huir á Bruselas, viéndolo todo perdido... Esta carta...

CARLOS.—(*Interrumpiéndole con espanto.*) ¿ Y has confiado esta carta al correo ? ¿Olvidas que las cartas para Brabante y Flandes...

MARQUES. — Van á manos del Rey... Por lo que veo, Taxis ha cumplido la órden.

CARLOS. — ¡ Dios mio ! ¡ soy perdido !

MARQUES. — ¿ Tú ? ¿ Y por qué tú ?

CARLOS.— ¡ Desgraciado ! y tú conmigo. Mi padre no perdonará jamas esta monstruosa impostura. No la perdonará jamas...

MARQUES.— ¡ Impostura ! Tú no adviertes... observa una cosa : ¿ quién le dirá que es una impostura ?

CARLOS.—(*Mirándole fijamente.*) ¿ Quién ? Y tú lo preguntas. Yo mismo. (*Hace que se va.*)

MARQUES. —Eres un insensato ; aguarda.

CARLOS. — ¡ Aparta ! ¡ aparta ! ¡ En nombre del cielo! no me detengas ; entre tanto, él prepara ya sus verdugos.

MARQUES.— El tiempo es más precioso pues, porque tenemos mucho que decirnos todavía.

CARLOS. — ¡ Qué ! Antes que él haya... (*Intenta irse, el Marques le coge por un brazo y le mira con expresion.*)

MARQUES.—Oye... Cárlos... ¿ Me apresuré yo de este modo, mostré tan escrupulosa sensibilidad, cuando siendo niños vertiste tu sangre por mí ?

CARLOS. —(*Inmóvil y vivamente admirado.*) ¡ Oh ! ¡Providencia divina !

MARQUES. — Consérvate para Flandes. Reinar es tu destino ; morir por tí, el mio.

CARLOS. —(*Cogiéndole la mano con profunda emocion.*) ¡ No ! ¡ no ! no podras resistir... ¡No podrás resistir á tal grandeza ! Quiero conducirte á él ; tu brazo en el mio, vamos á su encuentro. Padre mio, le diré ; hé aquí lo

que un amigo ha hecho por su amigo, y esta accion le conmoverá. Créeme, mi padre no es inhumano. Sí ; esta accion le conmoverá, brotará de sus ojos generoso llanto y te perdonará á tí y á mí. (*Suena un tiro de arcabuz á traves de la verja. Cárlos se estremece.*) ¡ Ah ! ¿ á quién va dirigido ?

MARQUES. — A mí, creo. (*Cae.*)

CARLOS. —(*Cayendo junto á él, lanzando un grito de dolor.*) ¡ Oh, misericordia celeste !

MARQUES. —(*Con voz agonizante.*) Muy diligente es el Rey... Esperaba que tardaria más... Piensa en tu seguridad... Oye... en tu seguridad... Tu madre lo sabe todo... no puedo más...

(Cárlos sigue como muerto junto al Marques. Despues de algunos instantes sale el Rey acompañado de los grandes y retrocede ante semejante espectáculo. Silencio general y profundo. Los Grandes forman semicírculo al rededor del Rey y de su hijo y miran alternativamente á uno y otro. Cárlos no da señales de vida y el Rey le contempla mudo y pensativo.)

ESCENA IV.

EL REY.—CÁRLOS.—Los DUQUES DE ALBA.—FÉRIA.—MEDINA-SIDONIA.—El PRÍNCIPE DE PARMA.—El CONDE DE LERMA. —DOMINGO y Grandes de España.

REY. — (*Con bondad.*) Tu súplica ha sido atendida, hijo mio, y vengo yo mismo aquí con todos los grandes de España á anunciarte la libertad. (*Cárlos mira en torno suyo como si saliera de un sueño, dirigiendo alternativamente la mirada al Rey y al muerto sin responder.*) Recibe tu espada ; se ha obrado con excesiva precipitacion. (*Se acerca á él, le tiende la mano y ayuda á levantarle.*) Mi hijo no está en su lugar ; levántate y ven á los brazos de tu padre.

CARLOS. — (*Se apoya distraido en el brazo del Rey, pero de repente vuelve en sí, se detiene y clava en él su mirada.*)

No puedo abrazarte; traes contigo el hedor del asesinato. (*Le rechaza; todos los grandes se turban.*) No; no os espanteis; he sido ungido con el óleo del Señor y no debeis temer nada, porque no pondré la mano sobre él. Mirad esta marca de fuego sobre su frente; Dios le ha marcado.

REY. — (*Volviéndose para irse.*) Seguidme, caballeros.

CARLOS. — ¿A dónde? No saldreis de aquí. (*Le detiene con fuerza. Inadvertidamente pone la mano en la espada que el Rey le traia y la desenvaina.*)

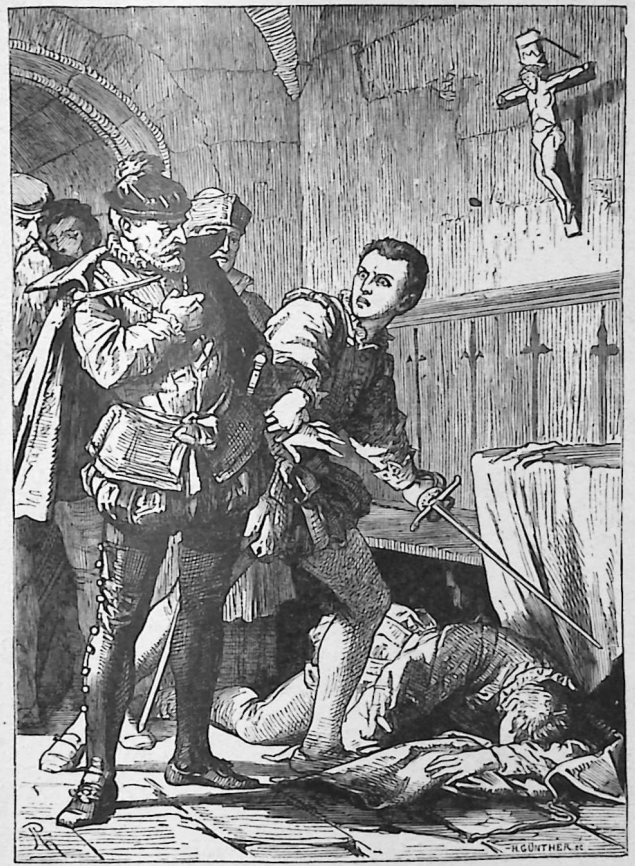
REY. — ¡Desenvainas la espada contra tu padre!

LOS GRANDES. — (*Sacando la suya.*) ¡Regicida!

CARLOS. — (*Cogiendo al Rey con una mano y con la espada desnuda en la otra.*) Envainad vuestras espadas. ¿Qué quereis? ¿Os figurais acaso que deliro? No deliro, no. Si así fuera, hariais mal en recordarme que su vida depende de la punta de esta espada. Os lo ruego, alejaos, que el estado en que me encuentro merece respeto. Retiraos pues, porque cuanto he de tratar con el Rey nada tiene que ver con vuestros deberes de vasallos. Mirad tan sólo cómo sus dedos gotean sangre, mirad, ¿veis? ¡Oh! ¿Veis á este lado? ved lo que ha hecho ese hombre, hábil por excelencia.

REY. — (*A los grandes que le cercan con inquietud.*) Retiraos, ¿por qué temblais? ¿no somos por ventura padre é hijo? Quiero ver á qué vergonzosa accion la naturaleza...

CARLOS. — ¡La naturaleza! La desconozco. Este asesinato es ya la sentencia definitiva y los lazos de la humanidad se han roto para siempre; pues si tú mismo, señor, los has roto en tu reino, ¿cómo puedo respetar lo que tú desprecias? ¡Mirad, mirad; hasta hoy no se habia cometido todavía un asesinato! ¿No hay Dios por ventura? ¡Qué! ¿los reyes pueden trastornar su creacion? ¿No hay Dios, repito? Desde que



Muerte del Marques de Posa.

las madres conciben, no ha existido un solo hombre, uno solo que haya merecido menos la muerte.... ¿Sabes tú lo que has hecho? No; él no lo sabe, él no sabe que ha privado al mundo de una existencia más importante, más noble, más preciosa que la suya y todas las de su siglo.

REY. —(*Con ternura.*) Si obré con precipitacion, ¿corresponde á ti, á tí por quien lo hice, el pedirme cuentas?

CARLOS. —¡Cómo! ¿Es posible? ¿vos no adivinais lo que era para mí este hombre que ha muerto? ¡Decídselo!... Venid en ayuda de su ciencia suprema para explicarle este enigma. Este hombre era mi amigo... ¿Y sabeis por quién ha muerto? Pues ha muerto por mí.

REY.—¡Ah, lo presentia!

CARLOS. — Perdóname, sombra ensangrentada, si profano este misterio ante tales oyentes. Sucumba á su vergüenza este gran conocedor de los hombres viendo burlada su malicia de anciano por la penetracion de un jóven. Sí, señor; éramos hermanos; hermanos unidos con más noble lazo del que forma la naturaleza; el amor llenó el espacio de su vida: y su noble, su bella muerte, sólo se debió al amor que me tenia. Adicto me fué mientras os engrandeció con su estimacion; mientras su elocuencia se mofaba de vuestro inmenso orgullo. Creiais dominarle, y erais el dócil instrumento de sus sublimes proyectos. Mi prision es la obra de su prudente amistad, y para salvarme, escribió la carta al Príncipe de Orange... Era la primera mentira de su vida. Para salvarme se arrojó á la muerte y la sufrió por mí. Le concediais vuestro favor y ha muerto por mí. Le entregabais vuestro corazon y vuestra amistad, y el cetro real era en sus manos un juguete; lo arrojó, y ha muerto por mí. *(El Rey permanece inmóvil y con los ojos bajos; los Grandes le miran con sorpresa y espanto.)* ¿Era esto posible? ¿Po-

diais creer en tan grosera farsa? ¡Cuán poco debia de estimaros, cuando os tendia tan grosero lazo! ¡Osasteis solicitar su amistad y cedisteis á tan ligera prueba! ¡Oh, no, no! No era un hombre para vos. Nada poseia para vos. Bien lo sabia, cuando os desdeñó con todas vuestras coronas. Esta lira delicada debia quebrarse entre vuestras manos de hierro, y no podiais hacer con él otra cosa que matarle.

ALBA.—(*Que no ha apartado los ojos del Rey, y observa con visible inquietud que está demudado, se acerca á él con temor.*) Señor, no guardeis este silencio de muerte; tended en torno la mirada y habladnos.

CARLOS.—No le erais indiferente; de mucho tiempo se interesaba por vos, y tal vez desterrado, os hubiera podido hacer feliz. Su corazon era bastante rico para satisfaceros con sus sobrantes, y una chispa de su genio os hubiera convertido en un dios... Os habeis despojado vos mismo y me habeis despojado á mí. ¿Dónde hallareis un alma como la suya para reemplazarla? (*Profundo silencio; algunos Grandes vuelven los ojos y otros se cubren el rostro con las capas.*) Vosotros, vosotros que estais aquí reunidos, mudos de horror y admiracion, no condeneis al hijo que habla con tal lenguaje á su padre y á su Rey. Miradle; ha muerto por mí. Si guardais lágrimas aún, si no corre por vuestras venas bronce derretido en vez de sangre, mirad y no me condeneis. (*Dirigiéndose al Rey con más moderacion y calma.*) Tal vez aguardais cómo acabará esta monstruosa aventura. Tomad mi espada; sois de nuevo mi Rey. Os figurais que he de temblar ante vuestra venganza. Matadme, como habeis muerto al hombre más noble de la tierra... Soy culpable; lo sé... ¡ni qué me importa ya la vida! Renuncio á cuanto me aguarda en el mundo. Buscad un hijo entre los extranjeros... Aquí están mis reinos.

(Cae junto al cadáver del Marques y no toma parte alguna en el resto de la escena. Se oye con intervalos y á lo lejos rumor confuso de voces y tumulto. Reina profundo silencio en torno del Rey, quien tiende una mirada á los Grandes sin que ellos se la devuelvan.)

REY.—Nadie quiere responder; todos con los ojos clavados en el suelo y velado el rostro. Habeis pronunciado mi sentencia escrita para mí en vuestros mudos semblantes. Mis vasallos me han juzgado.

(Sigue el silencio, el tumulto se acerca y crece. Los Grandes murmuran entre sí y se hacen signos. El Conde de Lerma empuja suavemente al Duque de Alba.)

LERMA.—Parece una asonada.

ALBA.—(*En voz baja.*) Lo temo.

LERMA.—Se apresuran, llegan.

ESCENA V.

Dichos.—Un Oficial de guardias.

OFICIAL.—(*Entrando.*) ¡Un motin! ¿Dónde está el Rey? (*Se abre paso á traves del grupo hasta llegar junto al Rey.*) Madrid entero está levantado en armas, y las tropas y el pueblo enfurecidos, rodean el palacio. Dicen que el Príncipe Cárlos se halla preso y su vida en peligro, y el pueblo quiere verle vivo ó pegará fuego á Madrid.

LOS GRANDES.—(*Con agitacion.*) Salvad, salvad al Rey.

ALBA.—(*Al Rey que sigue sereno é inmóvil.*) Huid, señor, hay peligro; no sabemos todavía quién arma al pueblo...

REY.—(*Saliendo de su estupor alzando la frente se adelanta con majestad en medio de ellos.*) ¿Acaso mi trono subsiste todavía? ¿Soy todavía el Rey de esta nacion? No, no lo soy ya. Llorais, ¡cobardes! enternecidos por la voz de un niño, y sólo aguardais la señal para abandonarme, víctima de la traicion de los rebeldes.

ALBA.— ¡Qué terrible pensamiento, señor!

REY.— Id, id á prosternaros á las plantas de este Rey jóven y floreciente; yo ya no soy más que un viejo sin fuerzas.

ALBA.— A este punto han llegado las cosas; ¡españoles!

(Todos se agrupan junto al Rey y desenvainando las espadas se arrodillan ante él. Cárlos permanece solo y abandonado junto al cadáver del Marques.)

REY.— (*Se arranca el manto y lo arroja lejos de sí.*) Cubridlo con las insignias reales y alzadlo sobre mi cadáver, hollado á vuestras plantas. (*Cae desmayado en brazos de Lerma y Alba.*)

LERMA.— ¡Socorro, Dios mio!

FÉRIA.— ¡Qué catástrofe!

LERMA.— Vuelve en sí.

ALBA.— (*Deja al Rey en manos de Lerma y de Féria.*) Llevadle á su lecho, mientras voy á devolver la paz á Madrid. (*Vase y los demas con el Rey.*)

ESCENA VI.

CÁRLOS. — (Sigue junto al cadáver de Posa. — Algunos instantes despues, sale LUIS MERCADO, mira con precaucion en torno suyo, y queda un rato silencioso detras del Príncipe que no le ve.)

MERCADO.— Vengo de parte de S. M. la Reina (*Cárlos vuelve los ojos sin responder*); mi nombre es Mercado, y soy médico de S. M., ved mis credenciales. (*Enseña al Príncipe un anillo; Cárlos continúa en silencio.*) La Reina desea vivamente hablaros hoy mismo.... Asuntos importantes...

CARLOS.— Ya no hay nada importante para mí en este mundo.

MERCADO.— Ha de hablaros de una comision que recibió del Marques de Posa.

CARLOS.— (*Con viveza.*) ¡Ah! voy en seguida. (*Hace que se va con él.*)

MERCADO.— No ahora, Príncipe; es preciso aguardar á la noche; todos los caminos están ocupados y dobladas las guardias, de modo que es imposible entrar sin ser visto en esta parte del palacio; seria aventurarlo todo.

CARLOS.— Pero...

MERCADO.— Queda un medio todavía, Príncipe; la Reina ha pensado en él y os lo propone, pero es osado, extraño y arriesgado.

CARLOS.— ¿Y es?

MERCADO.— Vos sabeis que de mucho tiempo corre la tradicion, de que á media noche, bajo las bóvedas subterráneas de este palacio, vaga la sombra del Emperador, vestido con un hábito de monje. El pueblo lo cree, y hasta los guardias ocupan su puesto atemorizados. Si estais resuelto á serviros de este disfraz, podreis discurrir libremente por delante de los centinelas, y llegar á la habitacion de la Reina, que os abrirá esta llave. El hábito religioso os garantiza todo inconveniente, pero debeis decidiros ahora. Hallareis en vuestro cuarto el antifaz y el vestido necesario. Yo debo llevar inmediatamente la respuesta á la Reina.

CARLOS.— ¿Y á qué hora?

MERCADO.— A media noche.

CARLOS.— Decidle que me aguarde.

(*Vase Mercado.*)

ESCENA VII.

CÁRLOS y el CONDE DE LERMA.

LERMA.— Huid, Príncipe; el Rey está enfurecido contra vos, y atentará á vuestra libertad si no á vues-

tra vida... No me pregunteis nada más ; he salido corriendo para preveniros ; huid sin tardanza.

CARLOS.— Me hallo en manos de Dios todopoderoso.

LERMA. — Por lo que me ha dado á entender la Reina, debeis salir de Madrid hoy mismo, y partir para Bruselas ; no lo retardeis ; el motin favorece vuestra fuga ; con tal intencion la Reina lo ha promovido, y ahora no se atreverán á emplear la fuerza contra vos. En la Cartuja aguardan los caballos de posta, y por si fuerais atacado, tomad estas armas. (*Le da un puñal y pistolas.*)

CARLOS. — Gracias, gracias, mil gracias, Conde de Lerma.

LERMA. — Lo ocurrido hoy me ha conmovido hasta el fondo del alma. No creo que exista nunca un amigo tan tierno como vos. Los amantes de su patria lloran por vos ; no me atrevo á decir más.

CARLOS. — Conde de Lerma, quien ha muerto, os llamaba un noble corazon.

LERMA. — Por última vez, Príncipe, llevad feliz viaje. Vendrán tiempos mejores, pero yo ya no existiré. Recibid mi homenaje. (*Se arrodilla.*)

CARLOS. — (*Muy conmovido, quiere abrazarle.*) No así, Conde, no así... Me enterneceis y no quisiera que me faltaran las fuerzas.

LERMA. — (*Besándole la mano con emocion.*) Rey de mis hijos, mis hijos ansiarán morir por vos... Yo no lo podré ya... Acordaos de mí en mis hijos... Volved á España para subir al trono del rey Felipe ; sed hombre... Tambien habeis aprendido á conocer el dolor... No concibais proyecto alguno de venganza contra vuestro padre. No vertais sangre, Príncipe... Felipe segundo forzó á vuestro abuelo á descender del trono, y este mismo Felipe tiembla hoy ante su propio hijo. Pensad en esto, Príncipe, y que Dios os acompañe.

(Vase apresuradamente. Cárlos va á salir tambien por el lado opuesto, pero se vuelve de súbito, se echa sobre el cadáver del Marques, y le oprime de nuevo entre sus brazos ; despues se retira tambien presuroso.)

ESCENA VIII.

Un salon del Rey. — El DUQUE DE ALBA y el DUQUE DE FÉRIA.

ALBA. — La villa está ya tranquila. ¿ Cómo habeis dejado al Rey ?

FERIA. — En la más terrible disposicion de ánimo que podais imaginar... Se ha encerrado solo y no quiere ver á nadie, ocurra lo que ocurra. La traicion del Marques ha modificado súbitamente su carácter ; está desconocido.

ALBA. — Es preciso que le vea. Esta vez no puede detenerme consideracion alguna, porque se acaba de descubrir algo muy importante.

FERIA. — ¿ Hay más ?

ALBA. — Mis guardias han sorprendido á un cartujo que se habia deslizado misteriosamente en las habitaciones del Príncipe, y se hacia contar con sospechosa insistencia la muerte del Marques de Posa. Ha sido preso é interrogado, y por temor á la muerte declaró que llevaba consigo documentos de la mayor importancia que habia recibido del Marques, con el encargo de entregarlos al Príncipe si no volvia á vérsele antes de ponerse el sol.

FERIA. — ¿ Y qué ?

ALBA. — Estos papeles anuncian que Cárlos debe salir de Madrid antes del alba.

FERIA. — ¿ Qué ?

ALBA. — Dicen que en el puerto de Cádiz hallará dispuesta la nave que ha de conducirle á Flessingue y

que los Países-Bajos aguardan tan sólo su presencia para sacudir el yugo de España.

FERIA.—¿Qué quiere decir esto?

ALBA.—Otras cartas dicen que la flota de Soliman ha salido ya de Rodas para atacar, en virtud de un tratado, al Rey de España en el Mediterráneo.

FERIA.—¡Es posible!

ALBA.—Estas cartas me han revelado con qué objeto este caballero de Malta habia emprendido últimamente sus viajes á traves de Europa. Se trataba nada menos que de armar todas las potencias del Norte para defender la libertad de Flandes.

FERIA.—Esta es su obra.

ALBA.—Acompaña á estas cartas, en fin, un plan detallado de la guerra que debe separar para siempre los Países-Bajos de la monarquía española; nada se ha olvidado; cálculo de fuerzas y resistencia, cuadro completo de los recursos y poderío de la nacion, máximas que deben seguirse, alianzas que deben contraerse. Es un proyecto diabólico, pero, en verdad, propio de un genio maravilloso.

FERIA.—¡Qué impenetrable conspirador!

ALBA.—Se habla tambien en estas cartas, de una entrevista secreta que debian celebrar el Príncipe y su madre, esta misma noche antes de partir.

FERIA.—¡Cómo! ¿Hoy mismo?

ALBA.—Esta noche. He dado las órdenes oportunas. Ya veis, pues, que el tiempo apremia; no hay momento que perder. Abrid la puerta del gabinete del Rey.

FERIA.—No. Está absolutamente vedado.

ALBA.—Pues bien; la abriré yo; la urgencia del peligro justifica la audacia. (*En el punto en que se adelanta hácia la puerta, ésta se abre y sale el Rey.*)

ESCENA IX.

El REY.—Dichos.

(Los Grandes, sorprendidos á su aspecto, se separan y le franquean respetuosamente el paso. Parece preocupado y abstraido. En sus facciones y su porte se notan aún los efectos del desmayo de la anterior escena. Se adelanta lentamente hácia los Grandes y fija en ellos la mirada como distraido. Luego se detiene pensativo, bajos los ojos y con agitacion creciente.)

REY.—Devolvedme á ese muerto... Quiero recobrarlo.

DOMINGO.—(*En voz baja, al Duque de Alba.*) Habladle.

REY.—Me desdeñaba y ha muerto... Quiero recobrarle... quiero que tenga otra idea de mí.

ALBA.—(*Acercándose á él con temor.*) Señor...

REY.—¿Quién habla aquí? (*Recorre con la mirada el grupo.*) Sin duda, olvidasteis quién soy. ¡De rodillas! ¿Por qué no te arrodillas?... De rodillas á mis plantas, criatura. Soy todavía Rey y quiero contemplar el espectáculo del servilismo. ¿Acaso me abandonará todo, porque uno solo me ha menospreciado?

ALBA.—No hableis más de él, señor; un nuevo enemigo más importante que éste surge en vuestro reino.

FERIA.—¡El príncipe Cárlos!

REY.—Tenia un amigo que ha muerto por él... por él... Conmigo hubiera compartido un reino... ¡Desde qué altura me miraba!... ¡Ah, no se mira con tanta altivez de lo alto de un trono!... Claro, pues, que sabia lo que valia su conquista, y su dolor prueba cuánto ha perdido, pues no se llora así un bien pasajero... Por que viviera daria las Indias... ¡Oh poder el mio, que no consuelas, que ni siquiera puedes tender tu brazo más allá de la tumba y reparar la ligereza cometida con la vida de un hombre! ¡Los muertos no re-

sucitan! ¡Quién se atreverá á decirme que soy feliz, si duerme en la tumba un hombre que me ha rehusado su estimacion!... ¡Qué me importan los vivos! un alma, un hombre libre surgió en todo un siglo, uno sólo, y me ha despreciado y ha muerto.

ALBA. — Entonces, en vano vivimos nosotros. Descendamos al sepulcro, españoles; hasta en muerte nos roba el corazon del Rey...

REY. — (*Se sienta apoyando la frente en la mano.*) ¡Ah! ¡hubiese muerto así por mí! porque yo le amaba... Le amaba mucho... como á un hijo, y con él, una nueva y más bella aurora despuntaba para mí. ¡Quién sabe lo que le tenia reservado! Era mi primer amor. Maldígame la Europa entera; tendrá razon en maldecirme, pero de él he merecido gratitud.

DOMINGO. — ¿Por qué sortilegio?...

REY. — ¡Y por quién ha hecho este sacrificio! Por un niño; por mi hijo... ¡Ah! no lo creeré jamas; un Posa no muere por un niño, ni la mezquina llama de la amistad llena su corazon. Su corazon palpita por la humanidad entera, por el mundo y las futuras razas. Para satisfacer esta afeccion poderosa, halla á su paso un trono y lo desdeña. No se habria perdonado semejante traicion á la causa de la humanidad. No, le conozco mejor; no sacrificó Felipe á Cárlos, sino un anciano á un jóven, su discípulo. La estrella del padre, en el ocaso, no podia recompensar su empresa, y reservó sus fuerzas para la próxima aurora de la estrella del hijo. Claro, contaban con mi retiro...

ALBA. — Lo cual vereis confirmado en estas cartas.

REY. — (*Levantándose.*) Y bien podia equivocarse, porque vivo todavía. Gracias, ¡oh naturaleza! Siento en mis nervios el vigor de la juventud. Le entregaré al ridículo. ¡Tendrán su virtud por el sueño de un caviloso y habrá muerto en opinion de loco! Aplaste en su caida á su amigo y á su siglo; veamos cómo prescindirán de mí. El mundo está todavía en mi poder por una noche y he de emplearla de modo que nadie, despues de mí, durante diez generaciones, ha de cosechar nada de esta tierra abrasada. Me ha sacrificado á la humanidad, su ídolo; la humanidad pagará por él. Voy á empezar por su muñeco. (*Al Duque de Alba.*) ¿Qué deciais del Príncipe? Repetídmelo, ¿qué dicen estas cartas?

ALBA. — Estas cartas, señor, encierran las últimas recomendaciones del Marques de Posa al Príncipe Cárlos.

REY. — (*Hojea los papeles y todos los Grandes le miran. Despues de leidos los deja á un lado, y se pasea por la cámara.*) Llamad al Cardenal inquisidor y rogadle que me conceda una hora. (*Uno de los Grandes se va. El Rey vuelve á hojear los papeles, continúa leyendo y los deja otra vez á un lado.*) Decis que esta noche...

TAXIS. — A las dos en punto la silla de posta debe hallarse delante de la Cartuja.

ALBA. — Y mis enviados han visto llevar al convento algunos equipajes con las armas de la corona.

FÉRIA. — Sumas considerables se han depositado en manos de algunos banqueros moros, para ser reintegradas en Bruselas.

REY. — ¿Dónde habeis dejado al Príncipe?

ALBA. — Junto al cadáver...

REY. — ¿Hay todavía luz en la cámara de la Reina?

ALBA. — Todo está tranquilo; ha despedido á sus damas más temprano que de costumbre, y la Duquesa de Arcas, que salió la última, la ha dejado durmiendo profundamente.

(Un oficial de la guardia entra y habla en voz baja y aparte al Duque de Féria. Éste se dirige al de Alba y otros le rodean sucesivamente, murmurando entre ellos.)

FÉRIA. . .
TAXIS. . . ¡Es raro!
DOMINGO.

REY. — ¿ Qué hay ?

FÉRIA. — Una noticia , señor , apenas creible.

DOMINGO. — Dos soldados suizos que han abandonado al instante su puesto , dicen... Pero es ridículo repetirlo.

REY. — Veamos.

ALBA. — Que ha aparecido la sombra del Emperador en el ala izquierda del palacio y ha pasado por delante de ellos con grave y solemne continente. Los demas centinelas apostados á lo largo del pabellon confirman la noticia, y añaden que la aparicion se habrá dirigido á las habitaciones de la Reina.

REY. — ¿ Y en qué forma han visto al Emperador ?

OFICIAL. — Con el hábito de gerónimo que llevó en sus postreros dias en el monasterio de Yuste.

REY. — Pues si iba con un hábito de religioso los guardias le habrán conocido en vida, porque si no, no atino cómo saben que es el Emperador.

OFICIAL. — Por el cetro que llevaba en la mano.

DOMINGO. — Cuenta la tradicion que ya se le ha visto otra vez bajo esta forma.

REY. — ¿ Y nadie le ha hablado ?

OFICIAL. — Nadie se atrevió ; los guardias se han puesto á rezar y le han dejado pasar con respeto.

REY. — ¿ Y la aparicion se ha dirigido hácia las habitaciones de la Reina ?

OFICIAL. — Ha desaparecido en su vestíbulo. (*Silencio general.*)

REY. — (*Volviéndose con viveza.*) ¿ Qué decis ?

ALBA. — Callamos todos , señor.

REY. — (*Despues de un momento de reflexion al oficial.*) Poned á los guardias sobre las armas y cerrad todas las avenidas de este palacio. Me dan deseos de hablar á este fantasma. (*El oficial se va ; se adelanta un paje.*)

PAJE. — Señor , el Cardenal inquisidor.

REY. — (*A la comitiva.*) Dejadnos.

(El gran Inquisidor , anciano de noventa años y ciego , se adelanta apoyado en un baston y conducido por dos frailes dominicos. Los Grandes se arrodillan á su paso y le tocan el hábito; les da la bendicion y se van.)



ESCENA X.

EL REY, — y el GRAN INQUISIDOR.

(Larga pausa.)

INQUISIDOR. — ¿ Estoy delante del Rey ?

REY. — Sí.

INQUISIDOR. — No lo esperaba ya.

REY. — Renuevo una escena de años pasados. El Príncipe Felipe pide otra vez consejo á su preceptor.

INQUISIDOR. — Cárlos , mi discípulo , vuestro augusto padre , no tuvo jamas necesidad de consejos.

REY. — Era , pues , más feliz que yo. He cometido un

asesinato, Cardenal, y he perdido para siempre el reposo...

INQUISIDOR.—¿Por qué habeis cometido este asesinato?

REY.—Una traicion sin ejemplo...

INQUISIDOR.—La conozco.

REY.—¿Qué sabeis? ¿Por quién?

INQUISIDOR.—Sé desde muchos años lo mismo que vos.

REY.—(*Con sorpresa.*) ¿Conoceis ya á este hombre?

INQUISIDOR.—Su vida, desde el principio al fin, se halla inscrita en los sagrados registros del Santo Oficio.

REY.—¿Y era libre?

INQUISIDOR.—La cuerda al cabo de la cual volteaba, era larga, pero indestructible...

REY.—Ha estado fuera de mis reinos.

INQUISIDOR.—Donde quiera que estuviese, estaba yo tambien.

REY.—(*Paseándose con muestras de descontento.*) Si se sabia en qué manos habia caido, ¿por qué se ha descuidado la advertencia?

INQUISIDOR.—Os haré la misma pregunta. ¿Por qué no os habeis informado de quién era, cuando os echasteis en sus brazos? Le habeis conocido y de una sola mirada habeis visto en él al hereje. ¿Quién os obligaba á ocultar esa víctima al Santo Oficio? ¿Acaso se nos burla? Si la majestad de los Reyes se rebaja hasta el recelo, si á espaldas de nuestro poder se confabula con nuestros más pérfidos enemigos, ¿qué será de nosotros? Si uno solo merece indulto, ¿con qué derecho se ha sacrificado á cien mil?

REY.—Tambien él ha sido sacrificado...

INQUISIDOR.—No; ha sido asesinado... bajamente, criminalmente. La sangre que debia verterse para nuestra gloria y honor, porque este hombre nos pertenecia, ha sido vertida por mano de un asesino. ¿Quién os

autorizó para atentar á los sagrados bienes de nuestra institucion, cuando debia morir en nuestras manos? Dios le enviaba, segun las necesidades de este siglo, para hacer patente el orgullo de la razon, confundiéndole en la vergüenza. Tal era el plan que yo concebí, y hé aquí destruida ahora la obra de muchos años. Nos le habeis sustraido, y sólo os quedan manchas de sangre en las manos.

REY.—La pasion me arrebató; perdonadme.

INQUISIDOR.—¡La pasion! ¿El Príncipe Felipe es quien me da tal respuesta? ¿Soy yo el único que ha envejecido? ¡La pasion! (*Mueve la cabeza en señal de descontento.*) Concede la libertad de conciencia á tus reinos si andas encadenado.

REY.—Soy todavía novicio en estas materias. Ejercitad vuestra paciencia conmigo.

INQUISIDOR.—No, no estoy contento de vos. ¡Hacer traicion así á la historia de vuestro pasado! ¿Dónde estaba entonces Felipe cuya alma, inmutable como una estrella fija en el cielo, gira eternamente sobre sí misma? ¿Acaso se hundió á vuestra espalda todo el pasado? No parece sino que el mundo no era ya el mismo desde el momento que le tendiais la mano, y el veneno no era ya veneno, y desaparecia la línea de division entre el bien y el mal, entre la verdad y el error. ¿Qué es un propósito, qué es la firmeza y constancia de un hombre, si basta un minuto para que el plan seguido durante sesenta años, desaparezca como un capricho de mujer?

REY.—Yo leia en sus ojos... Excusadme esta vuelta á la humanidad; os falta un medio de comunicacion entre el mundo y vuestra alma: el sentido de la vista.

INQUISIDOR.—¿Qué necesidad teniais de este hombre? ¿podia ofreceros acaso algo nuevo, algo á que no estuvieseis preparado? ¿Tanto desconoceis las nuevas y entusiastas teorías, tan poco habituado os hallais al

pomposo lenguaje de los reformadores del mundo? Si unas cuantas palabras derriban por ensalmo el edificio de nuestras creencias, ¿cómo habeis podido firmar, os pregunto, la sentencia de muerte de miles de miserables que no habian hecho más para subir á la hoguera?

REY.—Deseaba un hombre... Domingo.

INQUISIDOR.—¿Y por qué un hombre? Los hombres son para vos números, y nada más. ¿Me será preciso enseñar el arte del buen gobierno á mi encanecido discípulo? Aprenda el dios de la tierra á prescindir de lo que no se puede acordarle. Si suspirais por una afeccion, reconoceis por ello que contais en el mundo con iguales, y entonces no veo con qué derecho os declarais superior á ellos.

REY.—(*Dejándose caer en un sillon.*) Soy un pobre hombre; lo reconozco. Exiges de una criatura lo que sólo es posible al Criador.

INQUISIDOR.—No, señor; no se me engaña así. Leo en lo íntimo de vuestro corazon; queriais escaparnos. Os pesan las graves cadenas de nuestra institucion y queriais ser libre y solo. (*Pausa.*) Hemos sido vengados. Dad gracias á la Iglesia que se contenta de castigaros como una madre. Se os ha permitido elegir ciegamente y habeis hallado en la eleccion castigo y enseñanza. Ahora volved á nuestros brazos. Si yo no hubiese comparecido hoy ante vos, ¡por Dios vivo! que mañana hubierais comparecido vos ante mí.

REY.—No soporto semejante lenguaje, modérate, sacerdote; porque no lo soporto; no puedo oirte hablar en ese tono.

INQUISIDOR.—¿Por qué evocais la sombra de Samuel? Dos reyes he dado al trono de España, y esperaba dejar mi obra sobre sólidos cimientos. Veo malogrado el fruto de mi vida; el mismo Felipe derriba el edificio. Y ahora, señor, ¿por qué he sido llamado?

¿Qué vengo á hacer aquí? No abrigo el propósito de repetir mi visita.

REY.—Una obra todavía, la última, y podrás retirarte en paz. Olvidemos lo pasado, hagamos las paces... ¿estamos reconciliados?...

INQUISIDOR.—Si el Rey se inclina humildemente...

REY.—(*Despues de breve pausa.*) Mi hijo proyecta una revolucion.

INQUISIDOR.—¿Y qué decidis?

REY.—Ó todo, ó nada.

INQUISIDOR.—¿Y qué entendeis por todo?

REY.—Permitiré que huya, si no puedo matarle.

INQUISIDOR.—¡Y bien, señor!

REY.—¿Puedes tú infundirme una nueva creencia, que autorice el cruento asesinato de un hijo?

INQUISIDOR.—Para aplacar la eterna justicia, el Hijo de Dios murió en la cruz.

REY.—¿Y quieres tú implantar esta opinion en la Europa entera?

INQUISIDOR.—En donde quiera que la cruz sea venerada.

REY.—Cometo un atentado contra la naturaleza. ¿Puedes imponer silencio á su voz poderosa?

INQUISIDOR.—Ante los derechos de la fé, la voz de la naturaleza pierde su fuerza.

REY.—Pongo en tus manos mis oficios de juez; ¿puedo abdicarlos enteramente?

INQUISIDOR.—Entregádmelo.

REY.—Es mi hijo único. ¡Para quién habré acopiado tantas cosas!

INQUISIDOR.—Antes para la muerte que para la libertad.

REY.—Estamos de acuerdo; ven.

INQUISIDOR.—¿Dónde?

REY.—A recibir de mis manos la víctima.

(Se lo lleva.)

ESCENA XI.

Habitacion de la Reina.

CÁRLOS.—La REINA; despues el REY y su comitiva.

CARLOS.—(*Vestido con un hábito de fraile, con antifaz que se quita al entrar y una espada desnuda debajo del brazo. La Reina se adelanta con ropa de cámara, y una luz en la mano. Cárlos dobla ante ella la rodilla.*) ¡Isabel!

REINA.—(*Mirándole con tristeza.*) ¡Así volvemos á vernos!

CARLOS.—¡Así volvemos á vernos! (*Pausa.*)

REINA.—(*Esforzándose en serenarse.*) Alzad: no debemos, Cárlos, enternecernos mutuamente, ni honrar á quien no existe, con impotentes lágrimas; guardémoslas para más leves penas... Se ha sacrificado por vos. Con su vida preciosa ha recobrado la vuestra. ¡Habrá vertido su sangre por una quimera! Yo misma he respondido de vos; y fiando en mi palabra, dió con júbilo el último suspiro. ¿Impedireis que la cumpla?

CARLOS.—(*Con entusiasmo.*) Erigiré á su memoria un mausoleo como no ha tenido ningun rey... sobre sus cenizas florecerá el paraíso...

REINA.—Así os queria; este era el gran pensamiento de su muerte y declaro que me eligió para ejecutar su última voluntad; yo velaré para que se cumpla este juramento. Poco antes de morir me confió otro legado, le dí mi palabra... ¿Por qué debo callar? Me confió su Cárlos... Quiero arrostrar el qué dirán; ceso de temblar ante los hombres y obraré una vez con la osadía de un amigo. Mi corazon hablará; él llamaba virtud nuestro amor, le creó, y mi corazon no quiere por más tiempo...

CARLOS.—No continueis, señora; he sido víctima de un prolongado y penoso sueño; he amado. Despierto ya; olvidemos lo pasado. Hé aquí mis cartas; quemad las mias y no temais ningun arrebato por mi parte. Una llama pura alumbra mi sér; mi pasion es sepultada en la tumba y ningun deseo mortal compartirá de hoy más mi corazon. (*Pausa. Le toma la mano.*) He venido á daros mi último adios. ¡Madre mia! reconozco por fin que existe una felicidad más grande y envidiable que la de poseeros. Una sola noche ha dado impulso al perezoso curso de mis años, y me infundió en la primavera de mi vida la madurez de la virilidad; no me queda ya otra mision que la de recordarle. (*Se acerca á la Reina que oculta su rostro.*) ¿Nada me decis, madre mia?

REINA.—No hagais caso de mi llanto, Cárlos... No puedo impedirlo, pero creed que os admiro.

CARLOS.—Fuisteis la única confidente de nuestra union, y por este título seguireis siendo la persona más querida para mí en este mundo; no puedo concederos mi amistad, del modo que ayer no podia conceder mi amor á otra mujer; pero si la Providencia me sienta en el trono, la viuda del Rey será sagrada para mí. (*El Rey acompañado del gran Inquisidor y de los Grandes, aparece en el fondo sin ser visto.*) Ahora voy á dejar á España; no volveré á ver á mi padre nunca más en esta vida; no le estimo ya; la naturaleza ha muerto en su seno; sed de nuevo su esposa, y puesto que ha perdido un hijo cumplid vuestros deberes. Yo corro á libertar del yugo del tirano á un pueblo oprimido. Madrid volverá á verme coronado ó no me verá nunca más; y ahora, para esta larga separacion, besad, madre mia, á vuestro hijo. (*La besa.*)

REINA.—¡Oh, Cárlos! ¿qué haceis de mí? Fáltanme las fuerzas para elevarme á esta varonil grandeza, pero puedo comprenderos y admiraros.

CARLOS.—¿No soy ya fuerte, Isabel? Os tengo entre mis brazos y no flaqueo, cuando ayer todavía los mismos terrores de la muerte no hubieran podido arrancarme de aquí. (*Se separa.*) Esto es hecho; desafio al destino; os he tenido en mis brazos y no he flaqueado... ¡Silencio! ¿habeis oido? (*Da la una.*)

REINA.—Sólo oigo la terrible campana que suena la hora de nuestra separacion.

CARLOS.—Adios, pues, madre mia. De Gante recibireis mi primera carta, revelando el secreto de nuestras relaciones, pues quiero obrar desde ahora abiertamente con Felipe. No quiero que exista un solo secreto entre nosotros y no teneis necesidad de temer las miradas del mundo; hé aquí mi última mentira. (*Va á ponerse la máscara; el Rey se adelanta entre ellos.*)

REY.—Sí; la última. (*La Reina cae desmayada.*)

CARLOS.—(*Corre á ella y la recibe en sus brazos.*) ¿Muerta? ¡Oh cielos!

REY.—(*Con calma y frialdad al gran Inquisidor.*) Cardenal, he cumplido mi tarea; cumplid la vuestra.

(*Vase.*)

LA

CONJURACION DE FIESCO.

TRADUCCION DE

JOSÉ YXART.

Ilustracion de *A. Liezen Mayer* y *E. Klimsch.*
Grabados de *H. Kaeseberg.*

PERSONAS.

ANDRÉS DÓRIA, dux de Génova, venerable anciano de 80 años; conserva algo de su fogosidad primera y el rasgo principal de su carácter es la gravedad; imperativo y conciso en sus mandatos.

GIANETTINO DÓRIA, sobrino del anterior, pretendiente á la corona ducal, de 26 años, fanfarron en sus palabras, en sus modales, en su porte; inoportuno, hinchado y áspero de condicion.

Ambos Dórias visten de color de escarlata.

FIESCO, conde de Lavagna, jefe de los conjurados, 23 años, esbelto, hermoso, en la flor de la juventud; orgulloso con decoro, amable con majestad, tratable y al propio tiempo disimulado y malicioso.

Todos los nobles visten de negro. El traje, acuchillado á la antigua alemana.

VERRINA, conjurado republicano, 60 años, grave, ardiente y sombrío; traje oscuro.

BORGOGNINO, conjurado, 20 años, noble, de carácter agradable, orgulloso, vehemente y natural.

CALCAGNO, conjurado, alto y delgado, libertino, 30 años, complaciente y osado.

SACCO, conjurado, 45 años, hombre ordinario.

LOMELLINO, confidente de Gianettino, cortesano redomado.

ZENTURIONE, ZIBO, ASSERATO, } malcontentos.

ROMANO, pintor, independiente, libre y orgulloso.

MULEY-HASSAN, moro de Túnez, esclavo de la República, de semblante que muestra al par agudeza y malicia.

Un OFICIAL ALEMAN de la guardia del duque, ingenuo, noble, valiente y esforzado,

Tres Ciudadanos sediciosos.

LEONOR, esposa de Fiesco; 18 años, pálida, enfermiza, delgada, de exquisitos sentimientos; atrae pero no deslumbra; muestra en el semblante cierta melancolía romancesca. Viste de negro.

JULIA, condesa viuda Imperiali, dama de 25 años, alta y gruesa, coqueta, orgullosa, de belleza algo marchita y chocante; brillante pero no afable; burlona y mala. Viste de negro.

BERTA, hija de Verrina, muchacha ingenua.

ROSA, ARABELLA, } doncellas de Leonor.

VARIOS NOBLES, CIUDADANOS, ALEMANES, SOLDADOS, CRIADOS Y RATEROS.

La escena en Génova, 1547.

ACTO I.

ESCENA PRIMERA.

Una sala en casa de Fiesco. — Suena dentro música y tumulto de un baile.

LEONOR con antifaz.—ROSA, ARABELLA salen con vivas muestras de turbacion.

LEONOR (*arrancándose el antifaz*).

NO más, ni una palabra más!... Ya es de dia. (*Se echa en una silla.*) Esto me abate por completo.

ARABELLA. — Mi buena señora...

LEONOR. — (*Levantándose.*) ¡A mis ojos!... ¡Una coqueta conocida en toda la ciudad!... ¡en faz de toda la nobleza de Génova! (*Con dolor.*) Rosa, Bella... ¡A mis ojos, arrasados en lágrimas!

ROSA. — Tomadlo por lo que realmente es; un simple galanteo.

LEONOR. — ¿Un galanteo, eh?... ¡Un galanteo aquel perpetuo cambio de miradas; aquella ansiedad con que seguia con la vista sus pasos; aquel prolongado beso en su brazo desnudo que aún guarda la marca de los ardientes labios rojos!... ¡Un galanteo! ¿eh? ¡aquel profundo estupor que le asemejaba á la estatua del

sueño, como si hubiera desaparecido para él el mundo, y se hallara solo con Julia en el vacío! ¡Esto es un galanteo!... ¡Pobre hija mia! Tú no has amado aún, y no has de enseñarme á distinguir los frívolos pasatiempos, del amor verdadero.



ROSA. — Tanto mejor, señora; con perder un marido ganais diez galanes.

LEONOR. — ¡Perderle! Porque se encienda un instante en su pecho culpable llama, ¿he de perder á Fiesco?... Anda, sal de mi presencia para siempre, lengua de víbora... ¡Un arrumaco!... ¡un galanteo!... ¿Verdad... mi buena Bella?

ARABELLA. — Claro que sí.

LEONOR. — (*Abismada en sus reflexiones.*) Pero... ¿si ella se sintiese dueña de su corazon? ¿si su nombre se hallara en el fondo de todos sus pensamientos, y la naturaleza entera lo repitiese á sus oidos á cada instante?... ¿Qué es lo que siento, Dios mio?... ¿A dónde voy á parar?... ¡Si la majestuosa belleza del mundo fuera tan sólo para él deslumbrador diamante, donde

sólo se hallara grabada su imágen!... Tal vez la ama... ¡Julia!... dame el brazo, sostenme, Bella. (*Suena de nuevo la música. Leonor se levanta.*) Escuchad, ¿no es la voz de Fiesco la que ha sonado entre la algazara? ¡Cómo puede reir así, mientras llora Leonor en la soledad!... Ah, no;... es la voz grosera de Gianettino Dória.

ARABELLA. — Verdad, señora;... vamos á otra sala.

LEONOR. — Tú palideces, Bella; tú mientes. Algo leo en vuestros ojos, y en el semblante de los genoveses algo... (*Ocultando el rostro.*) ¡Ah! sin duda saben más de lo que le es permitido oir á una esposa.

ROSA. — ¡Cómo exageran los celos!

LEONOR. — (*Con dolor.*) Cuando era todavía Fiesco, se adelantaba á veces por la calle de naranjos, á donde acudíamos á pasear alborozadas las doncellas. Reunia entonces en su persona la florida juventud de Apolo y la varonil belleza de Antinoo. Se adelantaba, digo, con nobleza y altivez, como si descansara en sus hombros la espléndida suerte de Génova. Todas le mirábamos á hurtadillas, y bajábamos los ojos apenas chocaban con los suyos, como si nos hubieran sorprendido cometiendo un sacrilegio. ¡Ay, Bella!... ¡Con qué afan recogíamos aquellas miradas! ¡Con qué envidia contábamos las que se dirigian á una vecina! Caian entre nosotras como la manzana de la discordia; las más pacíficas se enfurecian, las más indiferentes palpitaban de amor. Los celos nos arrebataban la paz que reinaba entre nosotras.

ARABELLA. — Ya lo recuerdo. Esta famosa conquista traia al retortero á todas las damas de Génova.

LEONOR. — (*Entusiasmada.*) ¡Y pensar que ahora es mio!... ¡Oh inmensa dicha que me espanta! ¡Mio el primer hombre de Génova, dotado de tales perfecciones, que reune en sí todas las grandezas de su sexo!... Oidme, muchachas. No puedo callar por más tiempo,

y voy á confiaros algo... (*con misterio*)... un proyecto. Cuando me hallé al pié del altar, junto á Fiesco, teniendo en mi mano la suya, se me ocurrió una idea, harto osado en una mujer... Este Fiesco, cuya mano descansa en la tuya... tu Fiesco... Pero, silencio ¿eh?... No vayan á saber los hombres cuán orgullosas estamos de ver cómo se rinde á nosotras su fuerza superior... Fiesco, tuyo ahora... Digo que sois unas necias si mi proyecto no os entusiasma... Fiesco libertará á Génova de sus tiranos.

ARABELLA.—(*Sorprendida.*) ¡Vaya una ocurrencia para una mujer el mismo dia de su boda!

LEONOR.—¿Te sorprende, Bella? Pues esto se le ocurrió á una novia el dia que se casó. Soy mujer, pero conozco la nobleza de mi sangre, y no puedo sufrir que la casa de los Dória pretenda sobrepujar á nuestros mayores. Grata puede sernos la clemencia con respecto á Andrés. Siga en buen hora llamándose dux de Génova. Pero Gianettino, su sobrino y heredero, es orgulloso, arrogante; Génova tiembla delante de él, y Fiesco... (*con dolor*)... ¡llorad conmigo!... Fiesco ama á su hermana.

ARABELLA.—¡Desgraciada!

LEONOR.—Id, y vereis ahora mismo, si os place, al semidios de los genoveses, sentado entre libertinos y rameras, entretenido en oir chistes obscenos y cuentos de hadas. ¡Y aquel es Fiesco!... ¡Ay de mí! Génova ha perdido un héroe, y yo un esposo.

ROSA.—Hablad más bajo. Alguien viene por la galería.

LEONOR.—(*Espantada.*) Es Fiesco... ¡Vámonos, vámonos!... Tal vez le causaria tristeza el estado de mi ánimo. (*Se va, seguida de las doncellas.*)

ESCENA II.

GIANETTINO DÓRIA con antifaz y capa verde.— Un MORO.
(Salen conversando.)

GIANETTINO.—¿Me has comprendido?

EL MORO.—Perfectamente.

GIANETTINO.—El máscara blanco.

EL MORO.—Bien.

GIANETTINO.—He dicho... el máscara blanco.

EL MORO.—Bien, bien, bien.

GIANETTINO.—Óyeme bien; donde quieras, menos aquí (*señalando el pecho*), porque errarias el golpe.

EL MORO.—Nada temais.

GIANETTINO.—Que sea certero.

EL MORO.—Quedará satisfecho.

GIANETTINO.—(*Con cierta crueldad.*) Que no padezca mucho el pobre conde.

EL MORO.—Palabra... ¿Puede saberse cuánto pesa, poco más ó menos, su cabeza en la balanza?

GIANETTINO.—Cien zequíes.

EL MORO.—(*Soplándose los dedos.*) Brrr... ligera es como pluma.

GIANETTINO.—¿Qué estás murmurando?

EL MORO.—Digo que la tarea es fácil.

GIANETTINO.—Eso corre de tu cuenta. El tal hombre es como un iman, que atrae á él los ánimos inquietos. Oye, canalla; sujétale bien, ¿eh?

EL MORO.—Pero, señor, una vez haya descargado el golpe, tendré que largarme hácia Venecia.

GIANETTINO.—Toma, pues, anticipada la paga. (*Le echa un billete de banco.*) Ha de haber muerto dentro tres dias á más tardar. (*Vase.*)

EL MORO.—(*Recogiendo el billete.*) A esto se llama tener crédito. Sin recibo fia en mi palabra de petardista ese caballero. (*Vase.*)

ESCENA III.

CALCAGNO, luego SACCO. Ambos con capas negras.

CALCAGNO. — Observo que espias todos mis pasos.

SACCO. — Y yo, que me huyes y te escondes. Oye, Calcagno. Hace algunas semanas me pareces preocupado por alguna idea que nada tiene que ver con la salvacion de la patria. Creo, hermano, que podríamos trocar secreto por secreto, sin que al cabo ninguno de los dos perdiera en ello. ¿Quieres ser franco conmigo?

CALCAGNO. — Tanto, que si tu oido no se toma la molestia de descender á mi interior, mi corazon acudirá á la lengua, á tu encuentro, hasta mitad del camino. Amo á la condesa Fiesco.

SACCO. — (*Sorprendido.*) Esto sí que no lo presumiera nunca, ni áun haciendo el recuento de todas las posibilidades imaginables. Tu eleccion me pone en un brete. Si triunfas, digo que no lo entiendo.

CALCAGNO. — Dicen que es dechado de la más austera virtud.

SACO. — Mienten. Es un libro entero sobre un tema insípido. Una de dos, Calcagno; ó renuncia á tu corazon, ó renuncia á tu empresa.

CALCAGNO. — El Conde le es infiel. Gran tercera son los celos. La conjuracion contra los Dória tendrá á Fiesco ocupado, y á mí me abrirá su palacio. Mientras él caza al lobo en el bosque, entra la zorra en su gallinero.

SACCO. — Bien previsto, por vida mia. Gracias; me excusas la vergüenza un instante. Puedo confesarte ahora lo que me avergonzaba de pensar tan sólo. Oye; si no sobreviene una revolucion, soy hombre al agua.

CALCAGNO. — ¿Tan enormes son tus deudas?

SACCO. — Tanto, que, ni que viviera ocho veces lo que he vivido, no saldaria una décima parte. Espero que un cambio en el Estado ha de ofrecerme algun desahogo, pues ya que no me ayude á pagar lo que debo, quitará á mis acreedores los medios de perseguirme.

CALCAGNO. — Enterado. Y si al fin, por suerte, Génova es libre, Sacco se hará llamar padre de la patria. Vengan ahora á pudrirme las orejas hablándome de lealtad, cuando la quiebra de un tronera y el capricho de un libertino deciden de la dicha del Estado. Pardiez, Sacco, que admiro en ambos las combinaciones de la Providencia, que salva el corazon con las úlceras de los miembros. ¿Conoce Verrina tu proyecto?

SACCO. — Como buen patriota que es. Génova, bien lo sabes tú, es como el huso, donde se enrollan sus pensamientos con viril tenacidad. Clavó su mirada de halcon en Fiesco, y á tí espera verte metido tambien en la osada trama.

CALCAGNO. — Tiene buen olfato. Ven; vamos á buscarle y aticemos con las nuestras sus ideas de libertad.

(*Se van.*)

ESCENA IV.

JULIA acalorada. — FIESCO con capa blanca corriendo tras ella.

JULIA. — ¡Lacayos! ¡Batidores!

FIESCO. — ¿A dónde vais, Condesa? ¿Qué os proponeis?

JULIA. — No es nada. (*A sus criados.*) ¡El coche!

FIESCO. — Permitidme... no es menester... ¿Estais ofendida?

JULIA. — Bah... Pero no... haceos á un lado... me estais echando á perder el vestido. ¿Ofendida yo? ¿Y quién podria ofenderme aquí?... Retiraos.

FIESCO.—(*Hincando la rodilla.*) No será sin que me tildeis de temerario.

JULIA.—(*Cruzando los brazos.*) ¡Divinamente! ¡Muy bien! ¡Admirable! A ver; que llamen á la condesa de Lavagna para que presencie esta escena. Pero, Conde, ¿qué es lo que está haciendo un hombre casado como vos? Mejor parecierais en esa actitud en el dormitorio de vuestra esposa, cuando hallara por acaso algun yerro de cuenta hojeando el calendario de vuestras caricias. ¡Vaya, alzad! Buscad á otras damas de más baja estofa. Alzad... O será tal vez que quereis expiar con vuestros obsequios las impertinencias de la Condesa.

FIESCO.—(*Levantándose.*) ¿Sus impertinencias? ¿Ha cometido alguna con vos?

JULIA.—Levantarse de repente, retirar la silla, volver la espalda á la mesa á que yo estaba sentada...

FIESCO.—Esto es imperdonable.

JULIA.—¿Y no más? (*Con sonrisa de complacencia.*) Por lo demas ¿es culpa mia que el Conde vea lo que hay?

FIESCO.—El único delito de vuestra belleza, señora, consiste en no permitir que sea contemplada enteramente.

JULIA.—Dejemos los cumplidos, Conde, puesto que habla el honor. Pido satisfaccion. ¿Me la dareis vos, ó me la dará el tonante poder del Dux?

FIESCO.—La hallareis en brazos del amor, que os pedirá perdon por los desbarros de los celos.

JULIA.—¡Los celos! ¡los celos!... ¿Qué quiere la niña? (*Haciendo dengues delante de un espejo.*) ¡Como si fuera posible alcanzar mejor prueba de su buen gusto, que viendo que es tambien el mio! (*Con altivez.*) ¡Dória y Fiesco! ¡Como si la condesa de Lavagna no debiese sentirse honrada de que la sobrina del Dux hallara su eleccion digna de envidia! (*Amigablemente y dando su mano á besar al Conde.*) Suponiendo, Conde, que tal me pareciera.

FIESCO.—(*Con viveza.*) ¡Cruel!... ¡Atormentarme así! Harto sé, divina Julia, que sólo me es permitido sentir respeto por vos. Como vasallo que soy, mi razon me impone el deber de hincar la rodilla ante el linaje de los Dória, pero mi corazon adora á la bella Julia. Amor culpable y heroico al par; asaz osado para franquear el muro que separa las jerarquías, y lanzarse hácia el sol deslumbrante del poder.

JULIA.—Vaya qué engañosas palabras sabe ensartar el Conde, que anda vacilante, con zancos... Su lengua me diviniza y su corazon palpita debajo del retrato de otra mujer.

FIESCO.—Decid mejor, señora, decid que palpita á despecho suyo debajo de este retrato y que quiere desprenderse de él. (*Coge el retrato de Leonor que cuelga de una cinta azul y lo entrega á Julia.*) Colocad esta imágen en ese altar, y así destruis el ídolo.

JULIA.—(*Coge el retrato con presteza.*) Gran sacrificio es este, palabra de honor, y merece una recompensa. (*Cuelga su retrato del cuello de Fiesco.*) Así; ahora, esclavo, ostenta la divisa de tu dueño. (*Vase.*)

FIESCO.—(*Con vehemencia.*) ¡Julia me ama!... ¡Julia!... Ya no envidio á dios alguno. (*Se pasea alborozado por la sala.*) Celebren esta noche los dioses su carnaval, y realice el júbilo su obra maestra. ¡Hola! (*Salen algunos criados.*) ¡A ver! Inundad el suelo de esta sala con néctar de Chipre, y haced que la música despierte á la noche de su sueño de plomo, y millares de antorchas avergüencen á la aurora!... Quiero que la alegría sea general, y que la danza báquica con vertiginoso tumulto derribe el imperio de la muerte. (*Vase.*)

(Rompe la música con estrepitoso *allegro*. Se descorre un telon del fondo y aparece una sala iluminada donde bailan en tropel gran número de máscaras. A ambos lados, y en torno de las mesas de juego y del banquete, figuran los convidados.)

ESCENA V.

GIANETTINO, medio borracho. LOMELLINO, ZIBO, ZENTURIONE, VERRINA, SACCO, CALCAGNO (todos disfrazados).—Muchedumbre de damas y caballeros.

GIANETTINO.—(*Con voz estrepitosa.*) ¡Bravo! ¡bravo!... Mana el vino que es un primor... Las bailarinas brincan *à merveille* (1). Vaya alguno de vosotros á propagar por Génova la noticia de que estoy de buen humor, y que ya pueden divertirse. ¡Por vida mia! Van á marcar con lápiz rojo este dia en el calendario y á escribir debajo: «En esta fecha estuvo alegre el príncipe Dória.»

LOS CONVIDADOS.—(*Haciendo chocar las copas.*) Brindamos por la República. (*Música.*)

GIANETTINO.—(*Arrojando con violencia su copa contra el suelo.*) Ahí teneis los pedazos.

(*Tres enmascarados se levantan y rodean á Gianettino.*)

LOMELLINO.—(*Llevándole hácia las candilejas.*) Señor, hace poco me hablabais de una mujer que hallasteis en la iglesia de San Lorenzo.

GIANETTINO.—Verdad, camarada, y me es necesario conocerla.

LOMELLINO.—Yo puedo procurarla á Vuesencia.

GIANETTINO.—(*Con viveza.*) ¿Lo puedes? ¿Lo puedes?... Últimamente me pedias el cargo de procurador; tuyo será.

LOMELLINO.—Monseñor, es el segundo cargo del Estado, y lo solicitan más de sesenta nobles, todos más ricos y considerados que el humilde servidor de Vuesencia.

(1) En frances está en el original.

GIANETTINO.—(*Interrumpiéndole airado.*) ¡Truenos y Dória! Tú serás procurador. (*Los tres enmascarados se adelantan.*) ¡Vaya con la nobleza de Génova! Ya puede echar en la balanza sus escudos y hasta sus abuelos si quiere; un pelo de la blanca barba de mi tio será bastante á que el platillo suba. Yo quiero que tú seas procurador, lo cual equivale á todos los votos de la nobleza.

LOMELLINO.—(*En voz baja.*) Esta doncella es la única hija de un tal Verrina.

GIANETTINO.—Es hermosa, y ha de ser mia, mas que se oponga el infierno.

LOMELLINO.—Pensadlo bien, señor; es la única hija del republicano más testarudo que he visto.

GIANETTINO.—¡Vète al diablo con tu republicano!... ¡Entre la cólera de un vasallo y mi pasion... mira tú! Es como si debiera derrumbarse el faro con las pedradas de los chicuelos. (*Los tres enmascarados se adelantan agitados.*) ¡Pues qué!... Bueno fuera que el duque Andrés hubiese recibido en el combate sus heridas á cuenta de estos miserables republicanos, porque despues el sobrino se viese obligado á mendigar el favor de sus esposas y de sus hijas. ¡Truenos y Dória! Fuerza es que renuncien á esta satisfaccion, ó he de plantar sobre el cadáver de mi tio una horca, donde patalee hasta morir la libertad de Génova! (*Los tres enmascarados se retiran.*)

LOMELLINO.—Ahora está sola la niña. A su padre le tenemos aquí. Es uno de los tres enmascarados.

GIANETTINO.—Todo va á medida de mi gusto, Lomellino. Llévame al instante á su casa.

LOMELLINO.—Pero vos buscais una manceba, y vais á encontraros con una mujer sentimental.

GIANETTINO.—La fuerza es la mejor elocuencia... Llévame allá inmediatamente.. Quiero ver á ese perro de republicano que se atreve con el oso de los Dória...

(*Se encuentra con Fiesco en el umbral.*) ¿Dónde está la Condesa?

ESCENA VI.

Dichos.—FIESCO.

FIESCO.—La he acompañado hasta el carruaje. (*Coge á Gianettino la mano, y la aprieta contra su corazon.*) Príncipe, estoy atado á vuestro servicio con dobles cadenas. Gianettino impera en mí y en Génova, y vuestra amable hermana en mi corazon.

LOMELLINO.—Fiesco se ha vuelto un epicúreo rematado. Mucho ha perdido en ello la buena sociedad.

FIESCO.—Pero no Fiesco. Vivir es soñar, Lomellino, y lo más cuerdo soñar agradablemente. ¿Dónde estará uno mejor? ¿Bajo los rayos del trono, y junto á la máquina del gobierno que rechina sin parar y ensordece los oidos, ó en los brazos de lánguida beldad? Reine en buen hora, en Génova, Gianettino Dória; Fiesco, por su parte, se reserva el placer de amar.

GIANETTINO.—Vámonos, Lomellino. Es media noche y el tiempo pasa. Gracias por tu recepcion; salgo en extremo complacido, Lavagna.

FIESCO.—Con ello veo colmados mis deseos, Príncipe.

GIANETTINO.—Vaya, pues; buenas noches. Mañana se juega en casa Dória, y queda invitado Fiesco. Vamos, Procurador.

FIESCO.—¡Música!... ¡Aquí, luces!

GIANETTINO.—(*Con altivez, pasando por entre los enmascarados.*) ¡Paso, en nombre del Duque!

Uno de los Enmascarados murmura: —En el infierno, pero no en Génova.

Movimiento entre los convidados. —El Príncipe se va. Buenas noches, Lavagna. (*Se van en tropel.*)

VERRINA.—(*Mirándole muy serio.*) ¿Esto piensas realmente?

FIESCO.—¿Y por qué no, amigo mio? ¿Es gran dicha ser sustentáculo de este animal de mil piés que llaman República? Demos las gracias á quien le presta alas con que volar y exime á los piés de su oficio. Así mientras Gianettino Dória sea dux, no encaneceremos nosotros con los negocios de Estado.

VERRINA.—¡Pero, Fiesco!... ¿esto piensas realmente?

FIESCO.—Andrés adoptó por hijo y heredero á su sobrino. ¿Quién será tan loco que vaya á disputarle la herencia?

VERRINA.—(*Con visible descontento.*) Entonces vamos, genoveses. (*Vuelve la espalda á Fiesco de golpe; los demas le siguen.*)

FIESCO.—¡Verrina!... ¡Verrina!... Duro es como el acero este republicano.

ESCENA VIII.

FIESCO.—Un ENMASCARADO.

EL ENMASCARADO.—¿Podeis disponer de unos minutos, Lavagna?

FIESCO.—(*Con cumplido.*) Por vos, de una hora.

EL ENMASCARADO.—¿Tendreis la bondad de dar un paseo conmigo, fuera de la ciudad?

FIESCO.—Son las doce menos diez.

EL ENMASCARADO.—¿Me hareis este favor, Conde?

FIESCO.—Voy á decir que enganchen.

EL ENMASCARADO.—No es necesario. Ya mandé por delante un caballo, y es lo que basta, porque espero que sólo volverá uno de los dos.

FIESCO.—(*Sorprendido.*) Y...

EL ENMASCARADO.—Alguien va á pediros cuentas con sangre, de ciertas lágrimas.

FIESCO.—¿Qué lágrimas?

EL ENMASCARADO.—Las de cierta condesa de Lavagna. Conozco perfectamente á esta dama y quisiera saber cómo ha merecido ser sacrificada á una loca.

FIESCO.—Ahora lo comprendo. ¿Puedo preguntar el nombre de tan extraño provocador?

EL ENMASCARADO.—Es el mismo que adoró un tiempo á la hija de Zibo, y que se retiró cuando vino Fiesco á ofrecerla su mano.

FIESCO.—Escipion Borgognino.

EL ENMASCARADO.—(*Quitándose el antifaz.*) Él es, quien pretende ahora borrar la vergüenza que le causó retirarse delante de un rival, que, con pésimo consejo, se entretiene en atormentar á la misma bondad.

FIESCO.—(*Abrazándole con calor.*) ¡Noble mancebo!... Bendigo las penas de mi mujer, ya que me ofrecen ocasion de conocer á persona tan digna. Comprendo la belleza de vuestra accion, pero os anuncio que no me batiré.

BORGOGNINO.—(*Retrocediendo.*) ¿Será el conde de Lavagna tan cobarde, que no se atreva á exponerse á mis primeras armas?

FIESCO.—Borgognino, me expondria contra el poder de Francia entera, y no contra vos. Respeto este noble ardor en defensa de una persona amada y confieso que vuestra intencion merece una corona, pero batirnos fuera pueril.

BORGOGNINO.—(*Irritado.*) ¡Pueril, Conde! Si nada puede la mujer que no sea llorar el ultraje, ¿para qué está el hombre?

FIESCO.—Muy bien dicho, pero yo no me bato.

BORGOGNINO.—(*Le vuelve la espalda, y hace que se va.*) Y yo os despreciaré.

FIESCO.—(*Con viveza.*) ¡Vive Dios! Eso nunca, mancebo, aunque en ello debiera perder algo la virtud. (*Asiéndole la mano.*) ¿Habeis sentido por mí algo como... ¿qué diré... como respeto?

BORGOGNINO.—¿Acaso cediera el puesto á otro alguno, si no le hubiese tenido por el primero?

FIESCO.—Pues bien, amigo mio; difícil me seria despreciar á quien hubiese merecido una sola vez mi respeto. Creeria desde luego que la trama de un hábil maestro ha de estar muy artísticamente tejida, y que no es fácil sea patente y clara á los ojos de un aprendiz. Idos á casa, Borgognino, y tomaos tiempo para reflexionar por qué Fiesco ha obrado así y no de otro modo. (*Borgognino se retira silencioso.*) Vé, noble mancebo. Si arden todavía tales corazones por la patria, ya pueden los Dória cuidar de su seguridad.

ESCENA IX.

FIESCO.—El MORO sale tímidamente y mirando receloso en torno suyo.

FIESCO.—(*Le observa largo rato con penetrante mirada.*) ¿Qué quieres, y quién eres?

EL MORO.—Un esclavo de la República.

FIESCO.—Miserable condicion la del esclavo. (*Mirándole siempre fijamente.*) ¿Qué buscas?

EL MORO.—Señor, yo soy un hombre honrado.

FIESCO.—Trata siempre de defender tu rostro con semejante escudo; no estará de más. Pero ¿qué buscas aquí?

EL MORO.—(*Intenta acercarse, y Fiesco se aparta.*) Señor, yo no soy un malvado.

FIESCO.—Bien haces en decirlo, aunque no basta... Pero... ¿qué estás buscando?

EL MORO.—(*Se acerca de nuevo.*) ¿Sois vos el conde de Lavagna?

FIESCO. — (*Con altivez.*) Hasta los ciegos conocen mi paso. ¿Qué tienes que ver con el Conde?

EL MORO. — ¡Alerta, pues, Lavagna! (*Se adelanta hácia él.*)

FIESCO. — (*Se retira por el otro lado.*) Ya lo estoy.

EL MORO. — Alguien hay que no abriga muy buenas intenciones con respecto á vos.

FIESCO. — (*Se retira otra vez.*) Ya lo veo.

EL MORO. — Guardaos de Dória.

FIESCO. — (*Acercándose á él.*) Buen hombre, quizá he estado injusto contigo... Este nombre es, en efecto, temible para mí.

EL MORO. — Alejaos de quien lo lleva. ¿Podeis leer?

FIESCO. — ¡Rara pregunta!... Sin duda te envia algun señor. ¿Traes un billete?

EL MORO. — Aquí figura vuestro nombre entre los de algunos pobres diablos. (*Le presenta un billete y se planta junto á él. Fiesco se coloca delante de un espejo y recorre el papel de una ojeada. El Moro le cerca espiando sus gestos, hasta que tira de un puñal y va á herirle.*)

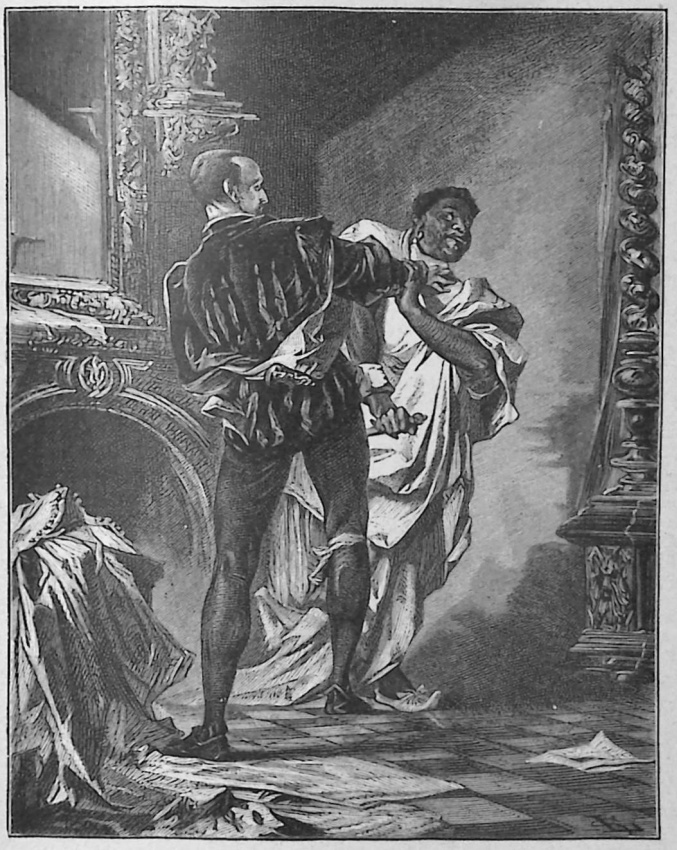
FIESCO. — (*Se vuelve con presteza y detiene el brazo del Moro.*) Despacio... canalla... (*Le arranca el puñal.*)

EL MORO. — (*Pataleando.*) ¡Demonio! ¡Perdon!... (*Intenta escapar.*)

FIESCO. — (*Le coge y llama en alta voz.*) Estéban, Drullo, Antonio. (*Retiene al Moro por la garganta.*) Aguarda, amigo. ¡Infernal infamia! (*Salen los criados.*) Aguarda y contesta. Acabas de cumplir una vil comision. ¿Quién te ha comprado?

EL MORO. — (*Despues de vanos esfuerzos por desasirse.*) No han de colgarme más arriba de la horca.

FIESCO. — No, consúelate. Claro que no te ahorcarán en los cuernos de la luna, pero sí á bastante altura para que parezcas desde abajo un monda-dientes. Mas tu eleccion era tan política que no puedo atribuirla al ingenio que te dió tu madre. Dime, pues, quién te ha pagado.



Fiesco sorprendiendo á su asesino.

El Moro. —Señor, llamadme si quereis malvado, pero no tonto.

Fiesco. — ¡ Si tendrá tambien amor propio esa bestia ! Responde, animal... ¿ quién te ha pagado ?

El Moro.—(*Reflexionando.*) Hum... Así no seria yo sólo el loco, y por cien miserables zequíes... ¿ Que quién me pagó ?... El príncipe Gianettino.

Fiesco. —(*Picado ; paseándose.*) ¡ Cien zequíes y no más por la cabeza de Fiesco! (*Con ironía.*) ¡Vergüenza, Príncipe real de Génova ! (*Echa mano á la gaveta.*) Toma, perillan; ahí tienes mil y vé á decirle á tu amo que no es más que un ruin asesino. (*El Moro le mira de alto abajo.*) ¿ Qué estás pensando, miserable ? (*El Moro toma el dinero, lo pone sobre la mesa, luego vuelve á tomarlo, y mira á Fiesco con creciente sorpresa.*) ¿ Qué haces ?

El Moro. — (*Echa resueltamente el dinero sobre la mesa.*) Señor... yo no he merecido ese dinero.

Fiesco.— ¡ Animal ! La horca nas merecido tú ; pero el elefante irritado aplasta al hombre, y no á una sabandija. Con una sola palabra podia ahorcarte.

El Moro. — (*Satisfecho le hace una reverencia.*) Harta es vuestra bondad, monseñor.

Fiesco.— Dios me libre de ello ; no para tí. Pero me place poder á voluntad aniquilar ó conservar un pícaro como tú, y por eso eres libre. Entiéndelo bien; tu torpeza es prenda del cielo de que estoy destinado á algo grande. Y esta es la causa de mi clemencia y de tu libertad.

El Moro.— (*Con cordial efusion.*) Conde, venga esa mano: El honor de un hombre vale el de otro. Si álguien estorba le degüello.

Fiesco. —Vaya qué cumplido animal, que quiere mostrarme su gratitud degollando al prójimo.

El Moro. — No recibimos gratuitamente nuestros dones, señor. Tambien existe el honor en nuestro cuerpo.

FIESCO.— ¡El honor de los degolladores!

EL MORO.—Que está más aquilatado que el de vuestros hombres de bien. Ellos violan sus juramentos á Dios, y nosotros guardamos escrupulosamente los nuestros al diablo.

FIESCO.— ¡Eres chusco!

EL MORO.— Me alegra que sea de vuestro agrado. Ponedme á prueba y os daré á conocer con qué presteza despacho. Informaos de quién soy, si quereis Puedo mostrar certificados de todas las sociedades de cacos de la primera a la última.

FIESCO.— ¿Qué es lo que oigo? (*Se sienta.*) ¡Conque los pícaros reconocen tambien leyes y jerarquías! Háblame de la última clase.

EL MORO.— ¡Psit... señor!... ¡Miserable caterva de gente de largos dedos!... ¡Indigno oficio que no produce un solo hombre notable, y se afana por acabar á latigazos y dar en presidio ó en la horca!

FIESCO.— ¡Brillante perspectiva!... Tengo curiosidad de conocer las clases más elevadas.

EL MORO.—Hay la de los espías y soplones, hombres importantes á quienes prestan oido los nobles que les dan noticias. Estos pican como sanguijuelas, chupan todo el veneno del corazon y lo infiltran á quien le toca.

FIESCO.— Ya conozco esto. Adelante.

EL MORO.— Llegamos ahora á los asesinos y envenenadores, á toda esa canalla que acecha largo tiempo á su víctima y la prende en la trampa. Son por lo comun cobardes, pero gente de humor, que pagan al diablo el aprendizaje con su pobre alma. Por ellos la justicia hace más de lo acostumbrado; les descoyunta los huesos en la rueda ó planta sus cabezas de zorro en la picota. Esta es la tercera clase.

FIESCO.— Prosigue. ¿Cuándo llega la tuya?

EL MORO.— ¡Mal rayo, señor!... Ya estamos. Yo las

he recorrido todas. Mi genio franquea rápidamente todas las vallas de separacion. Ayer tarde hice mi obra maestra en la tercera clase, y hace un rato he fracasado en la cuarta.

FIESCO.— ¿Esta se compone...

EL MORO.—De los que buscan á su hombre entre cuatro paredes, se abren camino á traves de los peligros, van hácia él y de buenas á primeras le ahorran el trabajo de dar las gracias. Entre nosotros se les llama los mensajeros del infierno. Al primer capricho que le da, Mefistófeles no tiene más que hacer una seña, y ya tiene el asado á punto y calentito.

FIESCO.— Eres un cumplido pillastre. Mucho há que iba en busca de uno como tú... Venga esa mano; quiero guardarte á mi servicio.

EL MORO.— ¿Os burlais ó hablais seriamente?

FIESCO.— Muy seriamente; te daré mil zequíes anuales.

EL MORO.— Acepto, Conde; soy vuestro. Llévese el diablo mi vida privada. Empleadme como querais. Haced de mí vuestro lebrel, vuestro perro guardian, un zorro, una serpiente, un alcahuete, un ayudante de verdugo. Yo sirvo para todo, monseñor, menos para algo honrado, porque ¡por vida!... soy muy porro en tales materias.

FIESCO.—Descuida. Cuando quiero regalar á álguien un cordero no lo confio al lobo. Ponte desde mañana á recorrer Génova y á olfatear lo que ocurre; averigua qué piensan del gobierno, qué se murmura de los Dória, qué dicen mis conciudadanos de mi vida disipada y mis novelescos amores. Ahoga en vino sus cerebros hasta que charlen como cotorras. No ha de faltarte dinero. ¡Conque no seas avaro en derramarlo entre los comerciantes de sedas!

EL MORO.— (*Mirándole como quien reflexiona.*) ¡Señor!...

FIESCO. — Descuida... No hay en eso nada de honrado... Anda... Llama á tu pandilla en tu socorro. Mañana oiré tus noticias. (*Se va.*)

EL MORO. — (*Siguiéndole.*) Fiad en mí. Ahora son las cuatro de la madrugada. Mañana á las ocho tendreis tantas noticias como oyen en dos veces setenta pares de orejas. (*Se va.*)

ESCENA X.

Aposento en casa de VERRINA.

BERTA echada en un sofá, oculto el rostro entre las manos. Sale VERRINA con sombrío ademan.

BERTA. — (*Espantada, levantándose.*) ¡ Dios mio ! ¡ Él !

VERRINA. — (*Se detiene y la mira sorprendido.*) ¿ De cuándo acá mi hija le teme á su padre ?

BERTA. — ¡ Apartad !... ¡ Dejadme salir !... Me espantais, padre mio.

VERRINA. — ¡ Oh única hija de mi alma !

BERTA. — (*Alzando á él con dolor la mirada.*) No ; es fuerza que tengais aún una hija.

VERRINA. — ¿ Te pesa, pues, mi ternura ?

BERTA. — Me aplasta.

VERRINA. — ¡ Cómo me recibes así, hija mia ! Otras veces, cuando volvia á casa con el corazon abrumado, mi Berta corria á mi encuentro, y con su sonrisa me aliviaba del grave peso. Ven, hija mia, abrázame ; déjame que en tu seno se reanime mi corazon, que se heló junto al féretro de la patria. ¡ Oh, hija mia ! Desde hoy he cesado de confiar en los goces de la vida, y sólo tú me restas !

BERTA. — (*Fijando en él la mirada largo rato.*) ¡ Oh, desdichado padre !

VERRINA. — (*La abraza angustiado.*) ¡ Berta, mi única hija, mi última, mi única esperanza... La libertad de Génova está perdida... Fiesco está perdido... (*La estrecha con fuerza contra él, murmurando entre dientes*)... Tú serás una mujer perdida !

BERTA. — (*Desasiéndose.*) ¡ Dios mio !... Sabeis...

VERRINA. — (*Trémulo.*) ¿ Qué ?

BERTA. — Mi honor...

VERRINA. — (*Con rabia.*) ¿ Qué ?

BERTA. — Esta noche...

VERRINA. — (*Fuera de sí.*) ¿ Qué ?

BERTA. — Violada... (*Cae sobre el sofá.*)

VERRINA. — (*Despues de prolongado silencio, y con voz ahogada.*) Una palabra, hija mia... la última. (*Con voz hueca y cascada.*) ¿ Quién ?

BERTA. — ¡ Desdichada de mí !... Cese esta cólera, pálida como la muerte... Socorredme, ¡ Dios mio !... Balbucea... tiembla.

VERRINA. — Y yo no sabia... Hija, ¿ quién ?

BERTA. — ¡ Calma, padre mio !

VERRINA. — (*Amenazándola.*) ¡ Por el cielo !... ¿ Quién ?

BERTA. — Un enmascarado.

VERRINA. — (*Retrocede, y despues de un instante de reflexion y angustia.*) No ; esto no puede ser ; no viene este pensamiento de Dios. (*Suelta una carcajada convulsiva.*) ¡ Qué loco soy !... ¡ Como si todo el veneno sólo pudiera salir de un solo reptil ! (*A Berta, con más calma.*) ¿ Tenia este hombre mi estatura, ó era más bajo ?

BERTA. — Más alto.

VERRINA. — (*Con viveza.*) ¿ El pelo negro y rizado ?

BERTA. — Negro como el carbon y rizado.

VERRINA. — (*Se aparta de ella, tambaleándose.*) ¡ Dios mio !... ¡ Ay !... ¡ mi cabeza !... ¡ La voz !...

BERTA. — Bronca ; voz de bajo.

VERRINA. — (*Con violencia*)... ¿ De qué color... ? No; no quiero saber más... La capa... ¿ de qué color ?

BERTA. — La capa, verde... me parece.

VERRINA.—(*Oculta el rostro entre las manos, y cae sobre el sofá.*) Tranquilízate... no es nada... un vahido... ¡Hija mia! (*Descubre el rostro, pálido como la muerte.*)

BERTA.—(*Juntando las manos.*) ¡Dios de misericordia!... Este no es mi padre.

VERRINA.—(*Tras un momento de silencio, con amarga sonrisa.*) ¡Bien, bien, cobarde Verrina!... No bastaba que violase el santuario de las leyes; era preciso violar tambien el santuario de la familia... (*Se levanta.*) ¡Vaya!... presto... llama á Nicolás... ¡A ver!... pólvora y balas... Ó si no... Aguarda... Se me ocurre otra idea... otra idea mejor... Trae la espada... Encomiéndate á Dios. (*Golpeándose la frente*)... Pero... ¿qué voy á hacer?

BERTA.—¡Padre!... me da pavor.

VERRINA.—Ven; siéntate junto á mí. (*Con intencion.*) Berta, cuéntame... Berta, ¿qué hizo aquel antiguo romano, cuya hija pareció á álguien tan... ¿cómo diré? tan agraciada... Oye, Berta, ¿qué dijo Virginius á su deshonrada hija?

BERTA.—(*Con espanto*)... No sé...

VERRINA.—¡Necia!... Nada dijo... (*Coge de súbito una espada.*) Cogió un cuchillo.

BERTA.—(*Arrojándose espantada en sus brazos.*) ¡Dios mio!... ¿Qué intentais?

VERRINA.—(*Suelta la espada.*) No; hay todavía justicia en Génova.

ESCENA XI.

Dichos.—SACCO.—CALCAGNO.

CALCAGNO.—Dáte prisa, Verrina; prepárate; hoy se verifican las elecciones de la República, y queremos llegar á tiempo á la Signoria para nombrar los nuevos senadores. El pueblo pulula por las calles; toda la nobleza acude á la casa capitular. Irás con nosotros (*con ironía*) á presenciar el triunfo de nuestra libertad.

SACCO.—¡Una espada en el suelo! ¡Qué torva mirada, Verrina!... y Berta tiene los ojos enrojecidos.

CALCAGNO.—¡Por vida!... Ahora lo advierto... Sacco; aquí ha ocurrido alguna desgracia.

VERRINA.—(*Colocando dos sillas frente á ellos.*) Sentaos.

SACCO.—Amigo, nos espantas.

CALCAGNO.—Amigo, no te habia visto nunca así. Si no hubiese llorado Berta, creeria que Génova está perdida.

VERRINA.—¡Perdida!... Sentaos.

CALCAGNO.—(*Asustado.*) Te conjuro á...

VERRINA.—Oid.

CALCAGNO.—¡Lo que presiento, Sacco!

VERRINA.—Genoveses: ambos conoceis la antigüedad de mi abolengo. Vuestros abuelos sirvieron á los mios; mis padres se batieron por la patria; sus esposas eran el modelo de las genovesas; nuestro único bien, el honor que pasó como herencia de padres á hijos. ¿Hay quien pueda sostener lo contrario?

SACCO.—Nadie.

CALCAGNO.—Nadie; tan cierto como hay Dios.

VERRINA.—Soy el último de mi raza; mi mujer murió, y su único legado fué mi hija. Vosotros sois testigos, genoveses, de cómo la eduqué. ¿Habrá quien ose presentarse y reconvenirme por haber descuidado á mi Berta?

CALCAGNO.—Tu hija es el modelo del país.

VERRINA.—Soy viejo, amigos, y si pierdo á mi hija no me es dado esperar otra y mi nombre se extingue. (*Con terrible gesto.*) Pues bien... la he perdido... mi raza está deshonrada.

CALCAGNO y SACCO.—(*Conmovidos.*) ¡Dios no lo quiera! (*Berta cae en el sofá con hondos gemidos.*)

VERRINA.—No, hija mia... no desesperes. Estos hombres son buenos y valientes y lloran por tí... Pagará con su sangre la hazaña... No sigais así estupefactos, amigos. (*Lentamente y con gravedad.*) Bien pudo violar á una doncella, quien oprime á su patria.

CALCAGNO y SACCO.—(*Se levantan y apartan las sillas.*) ¡Gianettino Dória!

BERTA.—(*Con súbita exclamacion.*) ¡Caigan sobre mí estos muros!... ¡Mi Escipion!

ESCENA XII.

Dichos.—BORGOGNINO.

BORGOGNINO.—(*Con calor*) ¡Albricias, Berta, albricias!... Noble Verrina; de vuestras palabras va á depender mi felicidad. Tiempo hace que amo á vuestra hija, sin que me atreviera á pediros su mano, porque toda mi fortuna flotaba á merced de las olas, sobre engañosas tablas, que llegan de Coromandel. Mas hoy mi fortuna entra en el puerto con velas desplegadas, y dícenme que me trae inmensos tesoros. Soy rico. Concededme la mano de Berta; juro que he de hacerla feliz. (*Berta oculta el rostro. Profundo silencio.*)

VERRINA.—(*A Borgognino.*) ¿Deseais, mancebo, arrojar vuestro corazon á un lodazal?

BORGOGNINO.—(*Echa mano á la espada, mas luego la retira.*) ¿Su padre habla así?

VERRINA.—Y así hablará cualquier tuno de Italia. ¿Quereis aceptar las sobras del festin ajeno?

BORGOGNINO.—Mira, no me vuelvas loco, buen viejo.

CALCAGNO.—Verrina dice la verdad, Borgognino.

BORGOGNINO.—(*Corriendo hácia Berta.*) ¿Dice la verdad?... ¿Se ha burlado de mí la desdichada?

CALCAGNO.—No te precipites, Borgognino. Esta doncella es pura como un ángel.

BORGOGNINO.—¡Pues entonces!... ¡Como hay Dios que no comprendo!... ¡Deshonrada y pura á la vez!... Os mirais mutuamente, sin decir palabra; vaga por los trémulos labios la noticia de una accion monstruosa... Os conjuro á que no os mofeis por más tiempo de mí... ¿Es pura?... ¿Quién ha dicho eso?

VERRINA.—Mi hija no es culpable.

BORGOGNINO.—Entonces la violencia... (*Echa de nuevo mano á la espada.*) Genoveses... decidme por todos los pecados del mundo, ¿dónde hallaré al desalmado?

VERRINA.—Donde esté el tirano de Génova. (*Borgognino, estupefacto. Verrina se pasea pensativo y luego se detiene.*) Si no me engañan los indicios, ¡oh, eterna



Providencia! quieres servirte de Berta, para libertar á mi patria. (*Se adelanta hácia ella, se quita lentamente el crespon que lleva atado al brazo y dice en tono solemne.*) No ha de brillar sobre estas mejillas un solo rayo de luz, antes que la sangre de los Dória haya lavado la mancha de tu honor... ¡Hasta entonces... (*la cubre con*

la gasa) cieguen tus ojos! (*Pausa. Los tres amigos le contemplan con sorpresa. Verrina extiende la mano sobre la cabeza de Berta.*) Maldito sea el aire que respiras, y el sueño que te alivia, y quien te fuere grato en tu desgracia! Vé á esconderte en lo más profundo de mi casa; llora, gime, toma por pasatiempo tu propio dolor. (*Estremecido.*) Sea tu vida la convulsion del gusano agonizante, el terco y abrumador combate entre el ser y el no ser, y pese sobre tí esta maldicion hasta que haya espirado Gianettino. Si así no fuere, arrástrala contigo por toda una eternidad... hasta el dia en que se descubra el punto que une los dos extremos de su círculo. (*Profundo silencio. Todos los presentes dan muestras de terror, y Verrina los contempla con fija y penetrante mirada.*)

BORGOGNINO. — ¿Qué has hecho, padre cruel? ¡Lanzar sobre tu hija tan horrible y monstruosa maldicion!

VERRINA. — Es horrible, ¿verdad... tierno novio? (*Alzando la voz.*) ¿Quién de vosotros osará hablar ahora de aplazamientos y de fria serenidad?... La suerte de Génova pesa sobre mi Berta, y mi ternura de padre responde de mis deberes de ciudadano. ¿Quién seria ahora tan cobarde que quisiera aplazar la hora de vuestra libertad, sabiendo que este cordero sin mancha sufre, por tal cobardía, horribles tormentos? ¡Vive Dios que no hablé á tontas y á locas!... Lo he jurado, y no habrá piedad para mi hija mientras no vea tendido en el suelo á Dória, más que deba ingeniarme para torturarla como un verdugo, y magullarla en el potro como un canibal... ¡Temblais!... Me estais mirando, pálidos como espectros... Te repito, Escipion, que ella es para mí como prenda de que tú degollarás al tirano. De tan precioso lazo cuelga tu deber, el mio, el vuestro. Fuerza es que caiga el déspota de Génova, ó no hay esperanza para mi hija. No me retracto.

BORGOGNINO. — (*Se arroja á los piés de Berta.*) Caerá, caerá como víctima por Génova. Tan cierto que hundiré esta espada en el corazon de Dória, como que ansio deponer en tus labios el tierno beso de esposo. (*Se levanta.*)

VERRINA. — Será esta la primera pareja que bendigan las furias. Enlazad vuestras manos. Pues quieres pasarle el pecho á Dória, tómala, tuya es.

CALCAGNO. — (*Arrodillándose.*) Ahí teneis otro genovés que se arrodilla y depone su temible acero á los piés de la inocencia. Así le sea tan fácil á Calcagno acertar con el camino del cielo, como á su espada con el corazon de Dória. (*Se levanta.*)

SACCO. — Rafael Sacco es el último en prosternarse, pero no el menos resuelto. Si no abre mi puñal la prision de Berta, que Dios cierre el oido á mi postrera oracion. (*Se levanta.*)

VERRINA. — (*Con júbilo.*) Os doy las gracias en nombre de Génova, amigos. Vé, hija mia; sé dichosa con sacrificarte así por la causa de la patria.

BORGOGNINO. — (*La abraza.*) Vé, confia en Dios y en Borgognino. El mismo dia verá la libertad de Génova y de Berta. (*Berta se va.*)

ESCENA XIII.

Dichos, menos BERTA.

CALCAGNO. — Antes de pasar adelante, una palabra, genoveses.

VERRINA. — La presumo.

CALCAGNO. — ¿Seremos bastantes los cuatro para derribar la hidra poderosa de la tiranía? ¿No seria conveniente sublevar al pueblo, y atraer á la nobleza á nuestro partido?

VERRINA. — Comprendo. Oye, pues: tengo á sueldo, hace algun tiempo, un pintor que trabaja ahora en un lienzo que representa la caida de Apio Claudio. Fiesco es adorador de las bellas artes, y se entusiasma con facilidad á la vista de un asunto elevado. Haremos que lleven el cuadro á su palacio, y mientras le contemple, permaneceremos junto á él. Tal vez al aspecto de la pintura despertará su genio... tal vez...

BORGOGNINO. — Para nada le queremos. Redobla el esfuerzo, y nó los auxiliares, dice el héroe. Tiempo há que sentia en mi alma un vacío que nada podia llenar, y advierto de súbito que era... *(Se iergue con heroico ademan.)* Ya tengo un tirano.

(Cae el telon.)

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

Antecámara en el palacio de Fiesco.

LEONOR. — ARABELLA.

ARABELLA.

OS digo que no. Sin duda no lo habeis visto bien, ó lo habeis visto con los ojos de los celos.

LEONOR. — Era Julia en persona; vaya, no hables más de ello. Mi retrato iba colgado de una cinta azul celeste, y ésta era de color de fuego... Mi suerte está decidida.

ESCENA II.

Dichos. — JULIA.

JULIA. — *(Con afectados modales.)* El Conde me ha invitado á ver desde su palacio el cortejo que se dirige á la casa capitular. ¡Qué largo va á parecerme el tiempo! Mientras traen el chocolate, señora, hacedme compañía. *(Arabella se va, y vuelve á poco.)*

LEONOR. — ¿Quereis que invite á álguien á pasar aquí?

JULIA. — ¡Ca, no! ¡Qué horror!... ¡Como si aquí viniera por ver gente!... Vos me distraereis, señora. *(Se pasea haciendo mil dengues.)* Podeis empezar, porque no tengo qué hacer.

ARABELLA. — *(Con malicia.)* ¡Oh, qué preciosa mano, señora! ¿No se os ocurre cuán cruel ha de ser privar á los galancetes, de la vista de esta lindeza?... ¡Y qué brillante aderezo de perlas!... Casi deslumbra... ¡Dios mio!... ¡Si parece que cargasteis con todos los despojos del mar!

JULIA. — *(Delante de un espejo.)* Para tí, muchacha, esto es una rareza; pero oye; ¿tus amos te tomaron tambien para que hablaras?... ¡Está gracioso, señora!... Obsequiais á vuestros huéspedes por medio de los criados.

LEONOR. — Siento mucho que mi mal humor no me permita gozar de los atractivos de vuestra visita.

JULIA. — Esta cortedad y embarazo nace de la falta de hábito... ¡Vaya!... un poco de chispa... de viveza! Este no es el medio propio para encadenar á vuestro marido.

LEONOR. — Sólo conozco uno, Condesa; procurad que los vuestros sean siempre ocasion de simpatía.

JULIA. — *(Sin atenderla.)* ¡Y qué porte, señora! ¡Por Dios!... Cuidad más de vuestra persona, y echad mano de los recursos del arte, ya que la naturaleza os trató como madrastra. ¡A ver!... un poco de colorete en estas mejillas, que llevan impresa la huella de una pasion enfermiza. ¡Pobre criatura! Tal como estais, no enamorareis á nadie con vuestro rostro.

LEONOR. — *(Alegremente, á Arabella.)* Dame albricias, muchacha. Imposible que haya perdido á Fiesco, y si le perdí, no perdí gran cosa.

(Traen el chocolate, que sirve Arabella).

JULIA. — ¡Hablais de haber perdido algo!... Pero ¡Dios mio! ¿cómo fue que se os ocurriera la trágica idea de casaros con Fiesco? ¿Por qué, vamos á ver, subir á tal altura, donde necesariamente habiais de ser vista, y arrostrar las comparaciones? Ciertamente, querida mia, quien os unió á él era un necio ó un tunante. *(Asiéndole la mano compasiva.)* ¡Pobre niña!... Un hombre como él, admitido en la buena sociedad, no podia ser para tí un buen partido.

(Toma una taza de chocolate.)

LEONOR. — *(Sonriendo, á Arabella.)* O bien no debiera desear que le recibieran en la buena sociedad.

JULIA. — El Conde tiene buena figura, y mucho trato y buen gusto. Ha tenido ademas la dicha de relacionarse con personas de distincion, y es discreto... animado!... Y ved aquí que cuando se sustrae á los halagos de la reunion en que ha ido animándose, y vuelve á casa, su mujer le recibe con su ordinaria ternura, y apaga el ardor de su alma con frios besos, y le sirve la correspondiente porcion de caricias, como un posadero á su huésped... ¡Pobre marido! Allí los hechizos del ideal que le sonrie; aquí el tedio que le causa la enfermiza sensibilidad de su mujer. Decidme por Dios, señora; si no ha perdido el juicio ¿qué elegirá?

LEONOR. — *(Presentándole una taza.)* Os elegirá á vos, señora... si lo ha perdido.

JULIA. — ¡Muy bien!... Yo volveré contra tí el epigrama. Tiembla por esta chanza... pero antes cúbrete de vergüenza.

LEONOR. — ¡Cómo!... ¿Tambien vos sabeis lo que sea ruborizarse? ¿Por qué no? ¿No es el rubor un nuevo artificio de tocador?

JULIA. — ¿Conque basta irritar al gusano para que eche tambien chispas? Bien... Fué chanza; dadme la mano, señora, en señal de reconciliacion.

LEONOR. — *(Dándole la mano con elecuente mirada.)*

Condesa, cuidad que mi cólera no turbe vuestro reposo.

JULIA. — ¡Oh!... ¡Qué magnánima! ¿Pero no puedo serlo tambien yo á mi vez, Condesa? (*Lentamente y espiando á Leonor.*) Si llevo conmigo el retrato de cierta persona, ¿no se sigue de aquí que el original debe serme precioso?... ¿Qué os parece?

LEONOR. — (*Confusa y colorada.*) ¿Qué decis?... Espero que la consecuencia es algo aventurada.

JULIA. — Tambien lo creo yo. El corazon no llama en su ayuda á los sentidos, ni el verdadero afecto va á refugiarse detras de un simple adorno.

LEONOR. — ¡Dios mio!... ¿Por dónde venis á parar á esta verdad?

JULIA. — Por el camino de la compasion, de la simple compasion, señora. Porque... ¿veis? puede retorcerse el concepto y entonces volveis á poseer vuestro marido. (*Le entrega el retrato y se echa á reir con malévola intencion.*)

LEONOR. — (*Con dolor.*) ¡Mi retrato en vuestras manos! (*Se echa en un sillon.*) ¡El indigno!

JULIA. (*Con júbilo.*) — Me parece que logré desquitarme ¿verdad? Pues bien, señora; basta de alfileretazos. (*Llama.*) ¡El coche! Logré mi objeto. (*A Leonor acariciándole la barba.*) Consolaos, hija mia. Me dió el retrato en un momento de locura. (*Se va.*)

ESCENA III.

LEONOR. — CALCAGNO.

CALCAGNO. — ¡Cómo es eso!... Sale de aquí muy animada la Condesa, y vos, en cambio, señora, estais conmovida.

LEONOR. — (*Con desgarradora pena.*) ¡No!... ¡esto es indigno!



Julia Dória y Leonor Fiesco.

CALCAGNO. — ¡ Vive Dios!... Supongo que no llorais, ¿ verdad ?

LEONOR. — ¡ Un amigo de aquel bárbaro !... Salid de mi presencia.

CALCAGNO. — ¡ Qué bárbaro !... Me asustais.

LEONOR. — Mi marido. No, Fiesco.

CALCAGNO. — ¿ Qué es lo que oigo ?

LEONOR. — Nada ; una villanía de las que suelen los hombres.

CALCAGNO. — (*Asiéndole la mano con viveza.*) Señora, ¡ si supierais qué corazon el mio para compadecer á la virtud que sufre !

LEONOR. — (*Con gravedad.*) Hombre, al fin... Para mí no valeis cosa.

CALCAGNO. — Soy vuestro, señora, completamente vuestro... Si supierais qué sentimiento poderoso, infinito...

LEONOR. — Eres hombre y mientes... Antes prometes que das.

CALCAGNO. — Os juro...

LEONOR. — ¡ Juramentos ! Basta ; que la misma Providencia divina debe de fatigarse de registrarlos todos. ¡ Ah, hombres !... ¡ hombres !... A ser vuestros juramentos otros tantos demonios, con ellos podriais escalar el cielo y prender á los mismos ángeles.

CALCAGNO. — Delirais, Condesa. Vuestro dolor os hace injusta. ¿ Vais á condenar á todos por el crímen de uno solo ?

LEONOR. — (*Mirándole con dignidad.*) Si á todos les adoraba en uno, ¿no he de aborrecerles en uno á todos?

CALCAGNO. — Tentad, Condesa, un nuevo paso. Mal empleo hicisteis de vuestro corazon la primera vez ; yo sé dónde podria descansar.

LEONOR. — ¡ Pero si al mismo Creador acabareis por arrojar del mundo con tanta mentira !... Nada quiero oir de tí.

CALCAGNO. —Hoy mismo debierais revocar en mis brazos tan dura sentencia.

LEONOR. —(*Fijando la atencion.*) Acaba; ¿en tus...

CALCAGNO. —En mis brazos que se abren para recibir á la abandonada esposa, y compensarla del amor que perdió.

LEONOR. —(*Mirándole con dignidad.*) ¡El amor!

CALCAGNO. —(*Hincando la rodilla.*) Sí; he pronunciado la palabra. ¡Amor, señora! La vida ó la muerte se hallan para mí en vuestros labios. Si mi pasion es un crímen, la virtud y el vicio son una misma cosa y la misma condenacion alcanza al cielo y al infierno.

LEONOR. —(*Retrocediendo airada y con dignidad.*) ¡A eso iba á parar tu compasion, pérfido! ¿Así haces traicion de una vez al amor y á la amistad? ¡Lejos de mí para siempre, odiosa raza! Hasta ahora creí que sólo engañabas á las mujeres; ignoraba que tambien te vendes á tí misma.

CALCAGNO. —(*Estupefacto.*) ¡Señora!

LEONOR. —No le basta á ese hipócrita romper el sagrado sello de la confianza; le es necesario empañar con venenoso aliento el límpido espejo de la virtud, y acostumbrar al perjurio á la misma inocencia.

CALCAGNO. —(*Con viveza.*) ¡Como no sois vos la única en perjurar!

LEONOR. —Comprendo. Mi pena debiera pervertir mi corazon. (*Con nobleza.*) ¿Ignorais por ventura que la misma desgracia, la grandiosa desgracia de ser engañada por Fiesco, ennoblece el corazon de la mujer? Id enhoramala. Bien puede la deshonra de un Fiesco degradar á la humanidad, pero nunca levantar á un Calcagno hasta mí. (*Vase.*)

CALCAGNO. —(*Mirándola sorprendido y golpeándose la frente.*) ¡Qué necio soy!

ESCENA IV.

FIESCO—El MORO.

FIESCO. —¿Quién acaba de salir de aquí?

EL MORO. —El marques de Calcagno.

FIESCO. —Han dejado en el sofá un pañuelo... Mi mujer estaba aquí.

EL MORO. —Acabo de encontrarla vivamente agitada.

FIESCO. —El pañuelo está humedecido. (*Lo recoge.*) ¡Aquí, Calcagno!... ¿Leonor conmovida? (*Tras breve instante de reflexion.*) Esta misma tarde me enterarás de lo que sucede.

EL MORO. —La señorita Arabella gusta de que le digan que es muy rubia; ella hablará.

FIESCO. —Hète pasadas treinta horas desde que recibiste mis órdenes. ¿Las has cumplido?

EL MORO. —Sin olvidar una jota, señor.

FIESCO. —(*Sentándose.*) Cuéntame qué se dice de Dória y el gobierno actual.

EL MORO. —¿Qué dicen?... Pestes, señor. El solo nombre de Dória les da calentura. Odian mortalmente á Gianettino y todo se vuelve murmurarle. Los franceses— dicen—eran los ratones de Génova, y Dória el gato que los ha devorado y se entretiene ahora en comerse los ratoncillos.

FIESCO. —Bien puede ser. ¿No conocen algun perro para tales gatos?

EL MORO. —(*Ligeramente.*) En alguno que otro sitio de la ciudad se habla de cierto... de cierto... ¡Diablo!... ¿Si habré olvidado el nombre?

FIESCO. —(*Levantándose.*) Imbécil! Tan fácil es retenerlo en la memoria, como difícil fué el adquirirlo. ¿Acaso Génova posee más de uno?

El Moro. —No, por cierto, como no posee dos Lavagnas.

Fiesco. —(*Sentándose.*) Esto es algo. ¿Y qué dicen de mi vida disipada?

El Moro. —(*Mirándole asombrado.*) Oidme, conde de Lavagna. Preciso es que Génova os tenga en mucho. Nadie se resigna á creer que tan noble caballero, dotado de talento y energía, vehemente, de gran influjo, posesor de cuatro millones... un hombre que lleva en las venas sangre de príncipe, un caballero como Fiesco, que á una señal suya arrastraria consigo todos los corazones...

Fiesco. —(*Volviéndose con desprecio.*) ¡Que deba oir esto de labios de un granuja!

El Moro. —... Que el grande hombre de Génova se duerma, mientras Génova se derrumba. Muchos lo sienten y otros se rien de ello, pero los más os condenan y todos compadecen al Estado, porque os ha perdido. Un jesuita pretende que le huele á zorra el cordero.

Fiesco. —Una zorra huele á otra. ¿Qué dicen de mis romancescas relaciones con la condesa Imperiali?

El Moro. —Algo que de buena gana callaria.

Fiesco. —Habla con libertad. Cuanto más osado, con mayor gusto te escucharé. ¿Qué se murmura?

El Moro. —No se murmura; se dice á voz en grito, en tabernas y billares, en posadas y paseos, en el mercado, en la Bolsa...

Fiesco. —¿Qué? Te lo mando.

El Moro. —(*Retirándose.*) Que estais loco.

Fiesco. —Muy bien. Toma un zequí por tu relato. Por dar qué pensar á los genoveses empuñé el cetro de la locura, y ahora voy á cortarme el pelo para competir con sus arlequines. ¿Cómo recibieron los tejedores de seda mis regalos?

El Moro. —(*En tono chancero.*) Señor loco, parecian pobres reos...

Fiesco. —¡Señor loco!... ¿Has perdido el juicio, camarada?

El Moro. —Perdonadme; me dió el antojo de ganar algunos zequíes más.

Fiesco. —(*Riéndose, le da otro.*) Sigue... pobres reos...

El Moro. —... que reciben de golpe el indulto, con la soga al cuello. Están con vos, en cuerpo y alma.

Fiesco. —Lo celebro, porque son los que disponen del populacho.

El Moro. —¡Qué escena!... Lléveme el diablo si faltó mucho para que me aficionara á la generosidad. Se echaron á mi cuello como locos. Tanto se acercaban á mi negra cara las muchachas, que parecian del mismo color de mi padre. Yo decia para mí: ¡Qué poder el del dinero que hasta á un moro puede hacer blanco!

Fiesco. —Mejor es tu pensamiento que el fango en que germina. Buenas son las noticias que traes, y sólo falta que se conviertan en obras.

El Moro. —Como en horrísona tempestad el ligero rumor del trueno. Ya se buscan y se reunen y murmuran, apenas acierta á pasar un extranjero. Reina el bochorno en Génova y el descontento se cierne como espesa nube sobre la República... Basta una ráfaga de viento para que estallen los rayos y caiga el granizo.

Fiesco. —Silencio. Oye... ¿Qué rumor es ese?

El Moro. —(*Mirando por la ventana.*) Los gritos de la muchedumbre que vuelve de la casa capitular.

Fiesco. —Hoy se elige el procurador. Di que traigan el coche. Es imposible que la sesion haya terminado... quiero asistir á ella... es imposible que haya legalmente terminado... La espada y la capa... ¿Dónde está mi placa?

El Moro. —Señor, os la he robado y empeñado.

Fiesco. —Pues me alegro.

El Moro. — ¿ Y no recibiré mi recompensa ?

Fiesco. — ¿ Por no haber robado tambien la capa, tal vez ?

El Moro. — Por haber descubierto el ladron.

Fiesco. — Suena más cerca la algazara. Oye, ¿ aplauden? *(Con viveza.)* Date prisa, abre la puerta del patio. No sé qué me da el corazon. Dória es atrevido como él solo... El gobierno se bambolea sobre la punta de un alfiler. Apuesto á que va á pasar algo en la Signoria.

El Moro. — (*Gritando desde la ventana.*) ¿ Qué hay ? Vienen por la calle Balbi, á millares... ¡ Ya centellean las alabardas y las espuelas !... Se refugian hácia acá los senadores.

Fiesco. — ¡ Un motin !... Mira, vé á mezclarte con ellos y pronuncia mi nombre. Haz que vengan aquí. (*El Moro se va corriendo.*) Lo que la hormiga arrastró y amontonó á fuerza de paciencia, lo dispersa el viento del azar en un abrir y cerrar de ojos.

ESCENA V.

FIESCO, ZENTURIONE, ZIBO, ASSERATO, salen atropelladamente.

Zibo. — Dispensadnos, Conde, que entremos sin anunciarnos.

Zenturione. — He sido ofendido, mortalmente ofendido por el sobrino del Dux, delante de toda la Signoria.

Asserato. — Dória ha manchado el libro de oro, del que es una página cada noble genovés.

Zenturione. — Ahí teneis por qué estamos aquí. En mi persona ha sido insultada la nobleza entera, y la nobleza entera debe tomar sobre sí mi venganza. Cuanto á mi propio honor, sabré defenderlo sin necesidad de auxilio alguno.

Zibo. — La nobleza comparte su cólera y está que arde.

Asserato. — Los derechos de la nacion han sido aniquilados. La libertad de la República recibió un golpe mortal.

Fiesco. — ¡ Por Dios que me teneis en viva expectacion !

Zibo. — Él era el vigésimo nono á votar. Habia echado una bola de oro y debia elegir el procurador. Se acababan de recoger veinte y ocho votos ; catorce por mí, catorce por Lomellino, y él y Dória se habian abstenido hasta entonces.

Zenturione. — *(Interrumpiéndole.)* Faltaban aún dos votos. Yo he votado por Zibo. Dória... ¡ mirad qué ultraje !... Dória...

Asserato. — (*Toma de nuevo la palabra.*) No se vió nada parecido en Génova, desde que el mar baña sus muros.

Zenturione. — (*Con creciente energía.*) Dória tira de la espada que llevaba oculta bajo el manto de escarlata, y la clava en mi papeleta, gritando á la junta:

Zibo. — ¡ Senadores !... Ese voto es nulo porque está agujereado.

Zenturione. — ¡ Lomellino es procurador !... y echa la espada en la mesa.

Fiesco. — *(Pausa.)* ¿ Y qué resolveis ?

Zenturione. — La República ha sido herida en el corazon... ¿ qué resolvemos ?

Fiesco. — Zenturione, el más ligero soplo abate la caña, mas para abatir á la encina se necesita un huracan. Vuelvo á preguntaros qué habeis decidido.

Zibo. — Pensé que nos preguntariais qué decide Génova.

Fiesco. — ¡ Génova !... ¡ Génova !... No hablemos de ella. ¡ Carcomido madero que se quiebra al asirle ! Por que les veis cariacontecidos, y se encogen de

hombros cuando se habla del Estado, ¿ contais tal vez con los patricios ? Mejor es dejarlos. Todo su antiguo y heroico ardor se cifra en los negocios mercantiles y su alma vaga inquieta en torno de la flota de Indias.

ZENTURIONE. — Cuidad de conocerlos mejor. Apenas hubo cometido Dória su insolente hazaña, más de ciento huyeron hácia la plaza rasgando sus vestidos, y la Signoria se dispersó.

FIESCO. — (*En tono de mofa.*) Sí, como las palomas á la vista del milano.

ZENTURIONE. — (*Con vehemencia.*) No, sino como la pólvora inflamada.

ZIBO. — El pueblo está fuera de sí. ¿ De qué no será capaz el jabalí herido ?

FIESCO. — ¿ Quién ? Ciego y torpe gigante que primero mete mucho ruido sacudiendo la pesada osamenta y parece que va á tragarse con su bocaza cuanto existe, lo grande y lo pequeño, lo próximo y lo lejano, para tropezar luego en una hilaza. ¡ Es inútil, genoveses ! Ha pasado la época de los soberanos del mar. Génova yace abrumada bajo el peso de su propio nombre y se halla en el mismo caso que la invencible Roma cuando fué á dar como un rehilete en la pala de un niño, el desmedrado Octavio. Ni puede ya ser libre. Sólo un monarca puede reanimarla. Génova necesita un dueño. Así, mejor es que rindais pleito-homenaje al atolondrado Gianettino.

ZENTURIONE. — Sí, cuando se reconcilien los contrarios elementos y el polo norte se lance al encuentro del polo sud... Vamos, compañeros.

FIESCO. — Aguardad, aguardad. ¿ Qué estás pensando, Zibo ?

ZIBO. — Nada, una chanza que será tenida por un terremoto.

FIESCO. — (*Llevándole hácia una estatua.*) Contemplad esa figura.

ZENTURIONE. — Es la Venus de Florencia. ¿ Pero qué tenemos que ver con eso ahora ?

FIESCO. — ¿ Pero os agrada ?

ZIBO. — Sin duda. Malos italianos seríamos si no nos agradase. ¿ Á qué esa pregunta ?

FIESCO. — Pues bien, recorred el mundo entero si quereis, y buscad entre las mujeres más hermosas una sola que reuna en sí todos los atractivos de esta obra de arte.

ZIBO. — ¿ Y qué sacaremos de eso ?

FIESCO. — Nada ; convencer á la imaginacion de embuste.

ZENTURIONE. — (*Impaciente.*) ¿ Pero qué ganamos con eso ?

FIESCO. — Pues nada menos que la solucion del eterno problema entre la naturaleza y el arte.

ZENTURIONE. — (*Con calor.*) ¿ Y entonces ?...

FIESCO. — Entonces, entonces... (*riéndose*) olvidareis el espectáculo de la ruina de Génova.

ESCENA VI.

FIESCO solo.

(*El tumulto crece al rededor del palacio.*) ¡ Bravo !... ¡ bravo ! Ya tenemos á la República ardiendo. Torres y casas son pábulo de las llamas. ¡ Adelante ! ¡ adelante ! hasta que sea general el incendio y el viento traiga consigo la destruccion.

ESCENA VII.

El MORO, acudiendo precipitadamente. — FIESCO.

EL MORO. — Ya van reuniéndose.

FIESCO.— Abre las puertas de par en par y deja que entre quien quiera.

EL MORO.— ¡Qué republicanos! Doblan el cuello al yugo para ir tirando de la libertad, y bufan jadeantes como bueyes bajo el peso de la aristocracia.

FIESCO.— ¡Pobres locos que se figuran que Fiesco de Lavagna continuará lo que no empezó! Muy oportunamente llega la sedicion, pero á mí me toca conspirar. Ya se precipitan por la escalera.

EL MORO.— ¡Hola! ¡Hola! Ahora entrarán con mucha cortesía... derribando las puertas.

(El pueblo se precipita en la sala. La puerta cae hecha astillas.)

ESCENA VIII.

FIESCO.—Doce Obreros.

TODOS.— ¡Muera Dória!... ¡Muera Gianettino!

FIESCO.— Más bajo, más bajo, compañeros. La visita que me haceis, es para mí una prueba de buen corazon, pero tengo los oidos delicados.

TODOS. —(*En tumulto.*) ¡Abajo Dória!... ¡Abajo el tio y el sobrino!

FIESCO. —(*Despues de haberlos contado; sonriendo.*) ¡Doce hombres!... ¡Numeroso ejército!

ALGUNOS. —Es necesario echar á los Dórias y constituir el Estado bajo otra forma.

1.er OBRERO.—¡Parece imposible!... ¡Arrojar escalera abajo á los electores!

2.º OBRERO.—¿Ois, Lavagna?... escalera abajo porque le contrarian en la eleccion.

TODOS. —Esto no debe sufrirse... no debe sufrirse.

3.er OBRERO.— ¡Desenvainar la espada en el Consejo!

1.er OBRERO.— ¡La espada!... ¡El signo de la guerra en el santuario de la paz!

2.º OBRERO.—¡Presentarse con un manto de escarlata en el Senado, en vez de ir vestido de negro, como los demas senadores!

1.er OBRERO. — ¡Recorrer la capital con un tiro de ocho caballos!

TODOS.— ¡Tirano! ¡Traidor al pais y al gobierno!

2.º OBRERO.— ¡Tomar á sueldo doscientos alemanes del imperio para su guardia!

1.er OBRERO.— ¡Armar á los extranjeros contra los hijos del país, tudescos contra italianos, soldados contra las leyes!

TODOS.— ¡Traicion!... ¡Tiranía! Esto es acabar con Génova.

1.er OBRERO. — ¡Llevar en la portezuela de su coche el escudo de la República!

2.º OBRERO.— Y la estatua de Andrés al palacio de la Signoria!

TODOS.— Hagámosle pedazos á él y la estatua.

FIESCO.— Pero ¿por qué me lo decis á mí todo eso, genoveses?

1.er OBRERO. — Vos no debeis consentirlo... debeis meterle en cintura.

2.º OBRERO.— Sois valiente y no es posible que lo sufrais. A vos toca sostener nuestra causa.

1.er OBRERO.— Sois más noble que él; que os trague; no le tolereis.

FIESCO.— Vuestra confianza me honra en extremo. ¿Podré justificarla con mis actos?

TODOS. —(*En tumulto.*) ¡Hiere... derriba... libértanos!

FIESCO.—¿Quereis oir un consejo?

ALGUNOS.— Hablad, Lavagna.

FIESCO.—(*Sentándose.*) Cuentan, genoveses, que un dia se introdujo la discordia en el reino de los animales. Todo se volvia luchar entre los partidos, hasta que un perro de matarife se apoderó del trono. Acos-

tumbrado á llevar al matadero las reses, se condujo en el gobierno como quien era, aullando, mordiendo y royendo á su pueblo hasta los huesos. La nacion murmuraba, y los más atrevidos se reunieron un dia y degollaron al real alano. Entonces se celebró una junta magna para dilucidar la gran cuestion, á saber; cuál era el gobierno mejor. Los concurrentes se dividieron en tres partidos. Veamos, genoveses, ¿por cuál de ellos os hubierais decidido?

1.er OBRERO.— ¡Por el del pueblo! ¡Todo por el pueblo!

FIESCO.—Este triunfó realmente y el gobierno fué democrático. Todo ciudadano tenia voto, y decidia la mayoría. En esto se pasaron algunas semanas, hasta que un dia el hombre declaró la guerra á la recien fundada república y con este motivo volvió á reunirse la asamblea. El caballo, el leon, el tigre, el oso, el elefante y el rinoceronte se adelantaron gritando á las armas. Pero les llega el turno á los demas, y el cordero, la liebre, el ciervo, el asno, todo el enjambre de insectos, la tímida bandada de aves y peces, piden la paz lloriqueando. ¿Estais? Los cobardes eran más que los valientes, los necios más que los sabios, y la mayoría triunfó, y el reino de los animales depuso las armas, y el hombre lo sometió á su dominio. Con esto fué abolido semejante sistema. A ver ahora, ¿á cuál os inclinariais?

EL 1.º Y EL 2.º OBRERO.— Votaríamos por la existencia de varias cámaras.

FIESCO.—Pues este fué el parecer que prevaleció. Los negocios de Estado fueron desde entonces de la incumbencia de varias cámaras. A los lobos se les encargó la hacienda; tenian por secretarios á las zorras; las palomas presidian los tribunales de justicia; los tigres cuidaban de las conciliaciones y los machos cabríos de las desavenencias conyugales. Se armaron

las liebres, y en cambio los leones y elefantes iban á retaguardia con los bagajes. El asno era el embajador del reino, y el topo, interventor general de la magistratura. Ya podeis figuraros qué ocurriria con tan acertada distribucion de funciones. Quien escapaba á los dientes del lobo caia en los de la zorra, y quien tenia la suerte de salvarse de ésta, en las patas del asno. Los tigres degüellan á los inocentes, y las palomas indultan á los asesinos y ladrones; y si por fin se formaba expediente á los magistrados, al topo le parecen siempre intachables. Con esto los animales se sublevaron y hubo un clamoreo general. Elijamos, decian, un monarca que tenga buena cabeza y buenas patas, y un solo estómago. Y se sometieron á un jefe único... sólo á uno, genoveses, pero... (*irguiéndose altivo en medio de ellos*) era un leon.

TODOS. —(*Palmoteando y echando al aire los gorros.*) ¡Bravo!... ¡bravo!... Pues hicieron muy bien.

1.er OBRERO. — Y Génova debe imitarles. Génova cuenta con un hombre.

FIESCO.—No quiero saber quién sea. A casa todos y pensad en el leon. (*Los obreros se precipitan hácia la puerta.*) Esto marcha. El pueblo, como el Senado, está contra Dória y en favor de Fiesco... ¡Hasan!.. ¡Hasan! Me conviene fomentar tales odios y tales simpatías... Hasan... Hasan... á ver... hi de cabra... Hasan.

ESCENA IX.

EL MORO.—FIESCO.

EL MORO.—(*Acudiendo solícito.*) Me arden aún los piés... ¿Qué hay de nuevo?

FIESCO.—Lo que voy á mandarte.

EL MORO.—(*Con humildad.*) ¿A dónde debo ir antes, y á dónde despues?

FIESCO. — Por esta vez te hago gracia de la carrera. Lejos de ello, otros te llevarán á tí. Prepárate al instante, porque voy á denunciar tu tentativa de asesinato y á mandarte atado al tormento.

EL MORO. — (*Retrocediendo.*) Señor, esto es contrario á nuestro pacto.

FIESCO. — Tranquilízate, pues se trata de una chanza. Todo consiste ahora en armarla con lo del atentado de Gianettino contra mí. Serás interrogado.

EL MORO. — ¿He de confesar ó negar?

FIESCO. — Negarás, y entonces te pondrán en el potro y sufrirás la primera prueba. Bien puedes soportarla á cuenta de tu asesinato. A la segunda, confesarás.

EL MORO. — (*Meneando la cabeza pensativo.*) El diablo es sutil, señor; no sea que los señores jueces me tengan allí mientras cenan, y burla burlando me enrueden.

FIESCO. — Te doy palabra de que volverás. Por toda satisfaccion pediré que seas condenado, y luego he de perdonarte á la faz de la República entera.

EL MORO. — Consiento. ¡Que me dislocan los miembros!... Mejor; así me dejarán más agil.

FIESCO. — Vaya, hazme un rasguño en el brazo con el puñal hasta que corra sangre. Haré como si acabara de cogerte infraganti por la primera vez. Bien. (*Suelta un grito terrible.*) ¡Al asesino! ¡Al asesino!... Cerradle el paso... Atrancad las puertas! (*Coge al Moro por el cuello. Salen algunos criados.*)

ESCENA X.

LEONOR, ROSA, salen asustadas.

LEONOR. — Gritaban ¡al asesino! Aquí eran los gritos.

ROSA. — Sin duda, alguna alarma de las que suelen ocurrir en Génova.

LEONOR. Gritaban ¡al asesino! y el pueblo murmuraba claramente el nombre de Fiesco. ¡Miserable ardid! Quieren ocultarme lo que ocurre, pero á mí no me engañan. Corre, date prisa, vé y dime á dónde le llevan.

ROSA. — Serenaos. Ya fué Bella á verlo.

LEONOR. — Bella recibirá su postrer mirada... ¡Feliz ella, y desdichada de mí! Y pensar que muere por mi culpa. Si él me hubiese amado, nunca se le ocurriera lanzarse al bullicio del mundo é ir á exponerse al puñal de la envidia. (*Bella se acerca.*) Ven... Bella, ven... No... no digas una sola palabra.

ESCENA XI.

Dichas. — ARABELLA.

ARABELLA. — El Conde vive y está sano y salvo. Yo misma le he visto pasar á galope por la calle, más guapo que nunca. El caballo se pavoneaba y rompia muy ufano por medio del gentío, agolpado en torno del real jinete. De paso me vió, y sonriéndose con mucha gracia, ha hecho una seña hácia acá y me ha echado tres besos. (*Con malicia.*) ¿Qué voy á hacer de ellos, señora?

LEONOR. — (*Embelesada.*) ¡Charlatana!... Se los devuelves.

ROSA. — ¿Veis?... Ya os habeis puesto colorada como la escarlata.

LEONOR. — Él desperdicia su corazon entre bribonas, y yo corro tras él por una mirada. ¡Oh mujeres, mujeres! (*Se van.*)

ESCENA XII.

El palacio de Andrés.

GIANETTINO, LOMELLINO, salen corriendo,

GIANETTINO. — Deja que rujan por su libertad, como la leona por sus cachorros. Lo que es yo no he dar un solo traspié.

LOMELLINO. — Sin embargo, monseñor...

GIANETTINO. — Vete al diablo con tu sin embargo, procurador de tres horas há. Digo que no he de retroceder ni un pelo. Aun cuando las torres de Génova movieran la cabeza, y el mar alborotado se empeñara en decirme que no, no me amedrenta la canalla.

LOMELLINO. — El populacho es como leña que arde fácilmente, pero la nobleza es viento que atiza el fuego. La República entera está amotinada; pueblo y patricios.

GIANETTINO. — Pues bien; he de colocarme, como Neron, en la altura, para ver tan divertido incendio.

LOMELLINO. — Hasta que las masas se entreguen á un jefe de partido bastante ambicioso, para hacer su agosto en la revuelta.

GIANETTINO. — ¡Esos son cuentos! Sólo uno conozco que sea temible, y de éste ya cuido yo.

LOMELLINO. — El Dux serenísimo. (*Sale Andrés y ambos se inclinan profundamente.*)

ANDRÉS. — Señor Lomellino, mi sobrina desea salir.

LOMELLINO. — Tendré el honor de acompañarla.

(*Se va.*)

ESCENA XIII.

ANDRÉS. — GIANETTINO.

ANDRÉS. — Oye, sobrino; no estoy muy contento de ti.

GIANETTINO. — Dignaos de escucharme, serenísimo tio.

ANDRÉS. — Yo escucho al más miserable mendigo de Génova, si es digno de ello, pero al mal ciudadano jamas, aunque sea mi propio sobrino. Harta es mi bondad de tratarte como tio, porque no á él, sino al Dux y la Signoria debieras dar cuenta de tus actos.

GIANETTINO. — Una palabra, monseñor.

ANDRÉS. — Oye primero lo que has hecho y justifícate. Has derribado el edificio que yo habia construido con tal solicitud en el trascurso de medio siglo, el mausoleo de tu tio, su única pirámide, el afecto de los genoveses. Andrés te perdona esta ligereza.

GIANETTINO. — Tio y señor.

ANDRÉS. — No me interrumpas. Has atentado á la obra maestra de gobierno que yo mismo, con la ayuda de Dios, concedí á los genoveses, á costa de tantas vigilias, de tantos peligros, de tanta sangre. A la faz de la ciudad entera manchaste mi honor de príncipe, con tu falta de respeto á mis instituciones. ¿Para quién serán sagradas, si mi familia las desprecia? Tu tio te perdona esta necedad.

GIANETTINO. — (*Ofendido.*) Señor, me educasteis para ser dux de Génova.

ANDRÉS. — Cállate. Has cometido un delito de alta traicion contra el Estado; le heriste en el corazon, pues es preciso que atiendas, hijo, que el Estado sólo se sostiene con la obediencia. Porque, al caer la tarde, dejara su faena el pastor, ¿creiste por ventura que

abandonaba el rebaño? Porque encaneció mi cabeza, ¿has de pisotear las leyes como un vagamundo?

GIANETTINO. —(*Irritado.*) Basta, señor, que hierve tambien en mis venas la sangre del mismo Andrés que hizo temblar á Francia.

ANDRÉS. — Que calles, te mando. Estoy acostumbrado á que hasta el mar se calle cuando hablo yo. Violaste la justicia en su propio templo, ¿sabes cuál es tu castigo? Responde ahora, rebelde. (*Gianettino calla, fijos los ojos en el suelo.*) ¡Desdichado Andrés! Alimenté en mi seno al reptil destructor de mis propias obras. Alcé para los genoveses un edificio que debia desafiar al tiempo, y yo mismo arrojo á él la primera tèa. Dá gracias, insensato, á esta mi encanecida cabeza que ha de ser llevada á la tumba por las manos de mi familia; dá gracias á que mi impío amor me priva de lanzar desde el cadalso la cabeza del rebelde al Estado ofendido. (*Se va con presteza.*)

ESCENA XIV.

LOMELLINO, espantado y sin aliento. — GIANETTINO, rojo de vergüenza, sigue con la vista al Dux que se retira.

LOMELLINO. — ¡Lo que he visto!... ¡Lo que acabo de oir!... Huid, Príncipe, huid ahora mismo. ¡Todo se ha perdido!

GIANETTINO. —(*Con amargura.*) ¿Qué queda para perder?

LOMELLINO. —Génova, Príncipe. Vengo ahora de la plaza, donde el pueblo se agolpaba junto á un moro que llevaban agarrotado. Seguia el conde Lavagna á la cabeza de trescientos nobles. Se metieron en la casa del tormento. Acababan de prender al moro en el instante en que iba á asesinar á Fiesco.

GIANETTINO. —(*Dando una patada.*) ¡Qué!... hoy parece que han soltado el infierno.

LOMELLINO. — Le preguntaron severamente quién era su comprador, pero nada confesó, ni entonces, ni la primera vez que le han puesto en el potro. Pero á la segunda, sí lo ha dicho... ¡Monseñor!... ¿Cómo se os ocurrió fiar vuestro honor á ese perillan?

GIANETTINO. —(*Con sombría mirada.*) Nada me preguntes.

LOMELLINO.— Apenas pronunció el nombre de Dória (antes preferiria oir el mio en el infierno que el vuestro en aquel instante), Fiesco se presentó al pueblo. Harto le conoceis á ese hombre, que cuando ruega, parece que manda y se lleva tras sí los corazones de la multitud. El populacho entero le rodeaba inmóvil de espanto, sin aliento, con los ojos fijos en él; habló poco, pero levantaba el ensangrentado brazo; el pueblo se atropellaba para recoger, cual si fueran reliquias, las gotas de sangre. Puesto el moro á su disposicion, Fiesco... ¡qué golpe tan fatal para nosotros!... Fiesco le ha perdonado. Entonces truécase el silencio en clamoreo atronador, todo son maldiciones para Dória y vitorean y se llevan á Fiesco en triunfo.

GIANETTINO. —(*Con risa reprimida.*) Atrévanse á subírseme á las barbas. Cuento con el emperador Cárlos, y con sólo estas dos palabras he de sofocar de tal modo el motin, que no vibrará una sola campana en Génova entera.

LOMELLINO. — De Bohemia acá la distancia es larga. Tal vez, si tanto se apresura, podrá asistir el Emperador á vuestros funerales.

GIANETTINO. —(*Saca una carta con un gran sello.*) Entonces es ventura que se halle ya aquí... Mucho se sorprende Lomellino. ¿Tan loco me creia que fuese capaz de irritar á los furiosos republicanos, si no estuvieran ya vendidos y sujetos por traicion?

LOMELLINO.—(*Perturbado.*) Pues digo que no sé qué pensar.

GIANETTINO. — Lo que es yo, pienso lo que tú no sabes. Mi resolucion es irrevocable. Pasado mañana morirán doce senadores. Dória ceñirá la corona real y el emperador Cárlos será su protector... ¡Te espanta!

LOMELLINO. — ¡Doce senadores! ¡Francamente no tengo corazon para tanto!

GIANETTINO. — ¡Qué necio eres!... Serán arrojados al pié del trono. Ves; he demostrado á los ministros de Cárlos que Francia cuenta aún en Génova con poderosos partidarios que podrian entregarle la República por segunda vez, si no se la destruye hasta en sus raíces. Esto ha producido su efecto en el ánimo de Cárlos y suscribió á mi propósito. Ahora tú vas á escribir lo que te dictaré.

LOMELLINO. — No sé todavía...

GIANETTINO. — Siéntate y escribe.

LOMELLINO. — ¿Pero qué debo escribir? (*Se sienta.*)

GIANETTINO. — Los nombres de los doce candidatos... Francisco Zenturione.

LOMELLINO. — (*Escribiendo.*) En pago de su voto, irá á la cabeza del cortejo.

GIANETTINO. — Cornelio Calva.

LOMELLINO. — Calva.

GIANETTINO. — Miguel Zibo.

LOMELLINO. — Para que se enfrien sus pretensiones al cargo de procurador.

GIANETTINO. — Tomás Asserato y sus tres hermanos. (*Lomellino se detiene y Gianettino repite*): y sus tres hermanos.

LOMELLINO. — (*Escribiendo.*) Continuad.

GIANETTINO. — Fiesco de Lavagna.

LOMELLINO. — ¡Cuidado! ¡Cuidado! Vais á romperos la crisma contra esa piedra negra.

GIANETTINO. — Escipion Borgognino.

LOMELLINO. — Irá á casarse al otro mundo.

GIANETTINO. — Y yo presidiré las bodas... Rafael Sacco.

LOMELLINO. — Debiera suplicar por éste el indulto hasta que me haya pagado cinco mil escudos. La muerte remite la deuda.

GIANETTINO. — Vicente Calcagno.

LOMELLINO. — Calcagno. Yo me encargo de indicar el último, no sea que se nos olvide nuestro enemigo mortal.

GIANETTINO. — Nunca es tarde cuando llega. José Verrina.

LOMELLINO. — La cabeza de la serpiente. (*Se levanta; echa arenilla en el papel, le da una ojeada y lo presenta al Príncipe.*) La muerte da pasado mañana una pomposa fiesta y ha invitado á doce príncipes de Génova.

GIANETTINO. — (*Se acerca á la mesa y firma.*) Esto es hecho. Pasado mañana se hará la eleccion de dux, y cuando se hallen reunidos los senadores, á una señal que haré yo con el pañuelo, serán muertos los doce á un tiempo, y mis doscientos tudescos tomarán por asalto la casa capitular. Una vez habremos dado el golpe, Gianettino Dória entrará en la sala y se hará reconocer por soberano.

LOMELLINO. — ¿Y Andrés?

GIANETTINO. — (*Con desprecio.*) ¡Es un pobre viejo! (*A un criado.*) Si el Dux pregunta por mí, que le digan que estoy en misa. (*Vase el criado.*) El demonio que llevo conmigo sólo puede guardar su incógnito bajo la máscara de la devocion.

LOMELLINO. — ¿Y qué hago de este papel, Príncipe?

GIANETTINO. — Tómale y hazle circular entre los nuestros. Ademas, un correo debe llevar esta carta á la ribera de Levante. En ella encontrará Espínola las noticias de cuanto ocurre, con la órden de hallarse mañana mismo en la ciudad, á las ocho de la mañana.

LOMELLINO. — Tiene vuestro plan un defecto. Fiesco no asiste al Senado.

GIANETTINO. — Mucho será que no hallemos otro asesino... Yo me encargo de ello. (*Vanse en opuesta direccion.*)

ESCENA XV.

Vestíbulo en el palacio de Fiesco.

FIESCO con algunas cartas y letras de cambio. — El MORO.

FIESCO. — ¿Conque han llegado las cuatro galeras?

EL MORO. — Anclaron sin novedad en la dársena.

FIESCO. — A buen punto llegan. ¿Y de dónde vienen los correos?

EL MORO. — De Roma, Placencia y Francia.

FIESCO. — (*Abre las cartas y les da una ojeada.*) Bien venidos sean á Génova. (*Con alegría.*) A ver; quiero que sean acogidos de un modo regio.

EL MORO. — ¡Hum! (*Hace que se va.*)

FIESCO. — Oye, aguarda. Mucho qué hacer te cae encima.

EL MORO. — ¿Qué me mandais? ¿Quereis que os traiga la nariz del perro de caza ó el dardo del escorpion?

FIESCO. — Por de pronto, el reclamo del pajarero. Mañana por la mañana se colarán en la ciudad para entrar á mi servicio, dos mil hombres disfrazados. Coloca tus agentes á las puertas con la órden de vigilar atentamente á los transeuntes. Algunos entrarán de romeros que acuden en peregrinacion á Nuestra Señora de Loreto; otros de religiosos ó saboyardos ó cómicos; otros de tratantes ó músicos; y los más como licenciados del ejército que vienen aquí á comer el pan de Génova. A cada uno se le preguntará dónde

piensa alojarse, y si contesta que en la *Serpiente de oro*, recíbasele con afecto, é indíquesele mi casa. Fio en tu habilidad, buena pieza, ¿oyes?

EL MORO. — Tanto, señor, como en mi maldad. Si me escapa un pelo, cargad con mi par de ojos un arcabuz y disparad con ellos á los gorriones. (*Hace que se va.*)

FIESCO. — Aguarda. Hay algo que hacer todavía. La vista de las galeras dará golpe en el pueblo. Fíjate en lo que digan con tal motivo. Si álguien te pregunta algo, contesta que has oido decir vagamente que tu señor se propone dar caza á los turcos con ellas. ¿Comprendes?

EL MORO. — Comprendo. Se le echa el muerto á los turcos. Lo que haya en el fondo del saco, sólo el diablo lo sabe. (*Hace que se va.*)

FIESCO. — Despacio; otra precaucion. Gianettino tiene ahora nuevos motivos para odiarme y preparar mi caida. Vé y observa á tus camaradas, á ver si descubres algun otro asesino, y como Dória suele frecuentar tambien los burdeles, procura arrimarte á las mozas. A veces se esconde más de un secreto de Estado entre los pliegues de unas faldas. Promételes el oro y el moro, hasta tu propio dueño, si á mano viene. Nada, por respetable que sea, nada dejes de sumergir en ese cieno, hasta haberle sondeado completamente.

EL MORO. — ¡Basta! ¡basta! Soy parroquiano de cierta Diana Bononi, de quien fuí proveedor como cinco trimestres. Anteayer ví que salia de allí Lomellino.

FIESCO. — Está bien. Lomellino es precisamente el eje de todas las aventuras de Dória. Mañana irás allí temprano. Tal vez esta misma noche sea el Endimion de aquella casta Diana.

EL MORO. — Falta todavía una noticia, monseñor. Si los genoveses me preguntan... y claro que lo preguntarán... qué piensa Fiesco del estado de Génova,

¿ seguireis fingiendo mucho tiempo, ó qué debo responder?

Fiesco. — Responde... Aguarda. Todo está en sazon, y el dolor anuncia el parto... Génova, dirás tú, está con la soga al cuello y mi amo se llama Juan Ludovico Fiesco.

El Moro. —(*Alegre.*) Así lo haré, señor, y doy mi palabra de tunante que daré qué hablar. Y ahora, manos á la obra, amigo Hasan. Primero, á la taberna. Ya les cayó qué hacer á mis zancas. Bueno será que coma algo, porque tripas llevan piés. (*Hace que se va y vuelve apresurado.*) Ahora caigo en ello... seré breve. Deseabais saber qué ha pasado entre Calcagno y vuestra esposa, ¿ verdad? Pues... que le dió calabazas, señor... esto es todo. (*Se va corriendo.*)

ESCENA XVI.

FIESCO solo.

Os compadezco, Calcagno. ¿ Mas por ventura creisteis que habia de exponer de tal modo mi honor conyugal, si la virtud de mi esposa y mi propio valer no me hubieran respondido de él? Pero me place este galanteo. Eres un buen soldado, y él pondrá á mi servicio tu brazo para perder á Dória. (*Se pasea á lo largo de la escena.*) Ahora, hétenos Dória en el campo de batalla. Ya están en juego todos los resortes de mi grande empresa y templados los instrumentos para el temible concierto. Sólo falta que deje caer la máscara y presente Fiesco á los patriotas de Génova. (*Pasos dentro.*) ¡ Una visita! ¿ Quién puede venir á molestarme á esas horas?

ESCENA XVII.

FIESCO, VERRINA, ROMANO, con un cuadro. SACCO, BORBOGNINO, CALCAGNO.

Todos le saludan inclinándose.

Fiesco. — (*Va á su encuentro y con sincera alegría*). Bien venidos, señores. ¿ Qué importante asunto os trae á mi casa? ¿ Tú tambien, Verrina, querido hermano? En verdad que te hubiera desconocido si no te siguiera asiduamente con el pensamiento, más que con los ojos. Paréceme que desde el último baile, no habia vuelto á ver á mi Verrina.

Verrina. — No me recuerdes esta fecha, amigo. De entonces acá, enorme peso ha venido á abrumar mi encanecida cabeza, pero basta con esto.

Fiesco. — No, no basta para calmar mi inquietud. Quiero que me hables de ello, cuando estemos solos. (*A Borgognino.*) Bien venido, jóven héroe. Aunque hace poco que os conozco, mi amistad es ya muy honda. ¿ Teneis ya mejor opinion de mí?

Borgognino. — Estoy en camino de adquirirla.

Fiesco. — Me han dicho, Verrina, que este jóven caballero va á ser tu yerno y apruebo tu eleccion. Sólo una vez le hablé, y me creeria honrado con que lo fuera mio.

Verrina. — Me enorgullezco por mi hija, de tu parecer.

Fiesco. — (*A los demas.*) ¿ Cómo va, Sacco? ¿ Cómo va, Calcagno? Os veo por mi casa muy de tarde en tarde. En poco voy á tener mi hospitalidad, si los más nobles ciudadanos de Génova pasan de largo por delante de mi puerta. Aquí saludo á un quinto huésped,

desconocido para mí ciertamente, pero harto le recomienda su digna compañía.

ROMANO.—Es simplemente un pintor y se llama Romano; hombre que vive de plagiar á la naturaleza, sin que cuente con otros blasones que su pincel. (*Haciendo un profundo saludo.*) Ahora está á punto de sorprender los grandes rasgos de una cabeza de Bruto.

FIESCO.—Venga esa mano. La pintura, vuestra amiga, se halla unida á mi casa con vínculos de parentesco; yo la amo como á una hermana. El arte es la mano derecha de la naturaleza. Ésta hizo las criaturas, y aquella los hombres. ¿Qué pintais, Romano?

ROMANO.—Escenas de la vigorosa antigüedad. Tengo en Florencia un Hércules moribundo, una Cleopatra en Venecia, un Ayax furioso en Roma,... allí donde reviven los héroes de otros tiempos; en el Vaticano.

FIESCO.—¿Y en qué trabaja ahora vuestro pincel?

ROMANO.—Lo he abandonado, señor, porque la llama del genio dura menos aún que la de la vida, y llega un punto en que ya sólo enciende la corona de papel que la rodea. Esta es mi última obra.

FIESCO.—(*Alegremente.*) No podia llegar en mejor ocasion. Me siento hoy más alegre de lo acostumbrado, con cierta templanza heroica, y abierto el ánimo á las más gratas impresiones de la bella naturaleza. Colocad allí vuestra obra. Será para mí una fiesta ese espectáculo. Venid, amigos; entreguémonos sin reserva al artista. Vamos; mostradnos la pintura.

VERRINA.—(*Haciendo una seña á los demas.*) Atencion, genoveses.

ROMANO. (*Coloca el cuadro.*) La luz ha de venir de ese lado. Tirad esa cortina y corred la otra. Bien. (*Se hace á un lado.*) Es la historia de Virginia y Apio Claudio. (*Larga pausa. Todos contemplan el cuadro.*)

VERRINA.—(*Con entusiasmo.*) ¡Despierta, buen viejo!... ¿Tiemblas, tirano?... ¡Cómo palideceis, romanos!... Seguidle... brilla el puñal... Seguidme, genoveses... ¡Muera Dória!... ¡Muera!... ¡Muera! (*Se lanza hácia el cuadro.*)

FIESCO.—(*Sonriendo, al pintor.*) ¿Qué mayor elogio que éste para el artista? Vuestro arte ha convertido á ese anciano, en jóven soñador.

VERRINA.—(*Sin fuerzas.*) ¿Dónde estoy? ¿Á dónde han ido? ¿Desaparecieron como pompas de jabon? ¿Tú aquí, Fiesco? Y el tirano vive todavía, Fiesco.

FIESCO.—Pues mira. Muchas cosas has dejado de observar con atencion. A tí te parece admirable la cabeza del romano; pues déjala y contempla á la hija. ¡Qué dulzura! ¡qué virginal expresion! ¡Cuánta gracia en los descoloridos labios! ¡Cuán voluptuoso hechizo en la moribunda mirada! Inimitable, divino, Romano. ¡Qué encanto en aquel seno de deslumbradora blancura que hincha un postrer suspiro! ¡Ah! Seguid pintando beldades como esa, Romano. Quiero prosternarme ante vuestra imaginacion y dar para siempre un adios á la naturaleza.

BORGOGNINO.—¿Era esta la sublime impresion que esperabas, Verrina?

VERRINA.—¡Valor, hijo mio! Dios rechaza sin duda el brazo de Lavagna y fia en el nuestro.

FIESCO.—(*Al pintor.*) No hay duda; esta es vuestra última obra, Romano. Agotada vuestra inspiracion abandonareis los pinceles. Pero mientras admiro al artista, olvido su obra, y podria permanecer aquí contemplándola, sin reparar en un terremoto de fuera. Llevaos el cuadro, que para pagar esta sola cabeza de Virginia, fuera necesario empeñar Génova. Lleváoslo.

ROMANO.—El artista queda pagado con la gloria. Os le doy. (*Hace que se va.*)

FIESCO.—Un poco de paciencia, Romano. (*Recorre la sala con majestuoso paso, como preocupado con un*

gran pensamiento. De cuando en cuando, fija en los presentes una mirada penetrante; luego coge de la mano al pintor y le lleva delante de su cuadro.) Ven acá, pintor. (*Con altivez y dignidad.*) Muy orgulloso estás, vive Dios, por haber fingido la vida en una simple tela, y perpetuado con poco esfuerzo una grande accion. ¡Cómo blasonas de tu entusiasmo de poeta, y de tu imaginacion, que toma por lo serio estos muñecos sin alma, sin fuerza, sin movimiento! Y en resúmen ¿qué? Derribas á los tiranos en pintura, y en la vida real eres un miserable esclavo. Con una pincelada das la libertad á la República y no puedes romper tus propias cadenas. (*Con energía y en imperioso tono.*) Vé; tu obra es pura farsa. Ceda la apariencia á los hechos. (*Con grandeza y derribando el cuadro.*) Yo he realizado lo que tú sólo has sido capaz de pintar. (*Estupefaccion general. Romano coge el cuadro, confuso, y se va precipitadamente.*)

ESCENA XVIII.

FIESCO, VERRINA, BORGOGNINO, SACCO y CALCAGNO.

FIESCO. — (*Despues de una pausa de sorpresa.*) ¡Pensasteis que el leon dormia porque no oiais sus rugidos! ¿Tuvisteis la vanidad de creer que sólo á vosotros abrumaba el peso de nuestras cadenas, y que sólo vosotros deseabais romperlas? Antes que oyerais á lo lejos su rumor, Fiesco las habia roto ya. (*Abre la arquilla, toma un paquete de cartas y las esparce por encima de la mesa.*) Aquí, soldados de Parma, aquí, dinero de Francia, aquí, cuatro galeras de Roma. ¿Qué falta para coger al tirano en su madriguera? ¿De qué más podeis acordaros? (*Todos callan. Deja la mesa y continúa satisfecho de sí mismo.*) ¡Republicanos!... Sois más

hábiles en maldecir á los tiranos que en destruirlos. (*Todos, excepto Verrina, caen de hinojos á los piés de Fiesco, sin decir palabra.*)

VERRINA. — Fiesco, mi genio se inclina ante el tuyo, pero no puedo hincar la rodilla. Eres un grande hombre; mas... alzad, genoveses.

FIESCO. — Génova entera se irrita contra Fiesco por su malicia y maldice al libertino Fiesco. ¡Genoveses, genoveses! Con mis galanteos engañé al receloso tirano, y mi locura ocultó á vuestra penetracion la peligrosa cordura. Envuelta en el torbellino de los placeres, iba la maravillosa obra de la conspiracion. Basta. Vosotros hareis que Génova me conozca al fin. Mi más audaz deseo está satisfecho.

BORGOGNINO. — (*Se echa con dolor en una silla.*) ¡Ya no soy nada!

FIESCO. — Pasemos desde luego de la idea á su ejecucion. La maquinaria está pronta y puedo poner sitio á la ciudad por mar y por tierra. Roma, Francia y Parma me sostienen,... la nobleza está conjurada,... el pueblo conmigo. He sumido en el sueño á los tiranos. Tenemos la República en sazon para ser refundida y contamos con la fortuna... Nada falta. ¡Cómo tan pensativo, Verrina!

BORGOGNINO. — Aguardad, conozco la palabra que ha de dispertarle con más presteza que la trompa del juicio final. Padre, despierta. Tu hija está desesperada.

VERRINA. — ¿Quién ha dicho esto?... ¡Manos á la obra, genoveses!

FIESCO. — Pensad en los medios de ejecucion. La noche nos ha sorprendido en esta primera entrevista. Génova duerme; el tirano yace fatigado de sus orgías; velad por la ciudad y por él.

BORGOGNINO. — Antes de separarnos, concluyamos con un abrazo nuestra heroica alianza. (*Forman un*

círculo entrelazando los brazos.) Hé aquí reunidos á los cinco hombres más ilustres de Génova para decidir de sus destinos. (*Se abrazan estrechamente.*) Aunque se hundiera el mundo y Dios rompiese los lazos del amor y la amistad, subsistiria á todo ese tronco de cinco ramas.

VERRINA. —¿Cuándo nos reuniremos de nuevo?

FIESCO. — Mañana, á medio dia, oiré vuestro parecer.

VERRINA. —Pues hasta mañana á medio dia. Buenas noches, Fiesco. Ven, Borgognino. Vais á oir algo raro. (*Ambos se van.*)

FIESCO. —(*A los demas.*) Salid por la puerta trasera, para que no os vean los espías de Dória.

ESCENA XIX.

FIESCO solo y paseándose pensativo.

¡Qué borrasca en mi corazon! ¡Qué rápido movimiento en mis ideas! Como criminales que se deslizan de puntillas, inclinando al suelo el enardecido rostro, cruzan por mi mente fantasmas tentadores! Deteneos, deteneos, y dejad que os mire cara á cara. Un buen pensamiento fortifica el corazon y sale osado á la luz del dia. ¡Ah!... Os conozco. Llevais la librea del eterno impostor. Pasad. (*Pausa. Con mayor viveza.*) ¡Fiesco, republicano!... ¡Fiesco, dux!... Despacio. Hé aquí el borde del abismo, límite de la virtud, frontera entre el cielo y el infierno. Hé aquí dónde tropezaron precisamente algunos héroes, y otros cayeron y atrajeron la maldicion sobre su nombre. Hé aquí dónde precisamente dudaron los unos, resistieron firmes los otros para convertirse en semi-dioses. (*Con mayor viveza.*) El corazon de Génova está conmigo; la temible Génova se deja llevar de aquí para allá. ¡Oh habilidad del crímen que pone un ángel frente á un diablo! ¡oh desdichada ambicion! ¡vieja prostituta!.. Por tus caricias ángeles hubo que perdieron el cielo y la misma muerte fué concebida en tus entrañas. (*Se estremece.*) Sí; á los mismos ángeles seduces con tus cantos de sirena, y atraes al hombre con oro y mujeres y coronas. (*Tras breve instante de reflexion.*) Grande empresa es combatir por una corona, mas rechazarla es divino. (*Con resolucion.*) Cae, tirano, y tú, Génova, sé libre. (*Con tierna emocion.*) Y yo, yo seré tu más feliz ciudadano.



circulo entrelazando los brazos.) Hé aquí reunidos á los cinco hombres más ilustres de Génova para decidir de sus destinos. (*Se abrazan estrechamente.*) Aunque se hundiera el mundo y Dios rompiese los lazos del amor y la amistad, subsistiria á todo ese tronco de cinco ramas.

VERRINA. —¿Cuándo nos reuniremos de nuevo?

FIESCO. — Mañana, á medio dia, oiré vuestro parecer.

VERRINA. —Pues hasta mañana á medio dia. Buenas noches, Fiesco. Ven, Borgognino. Vais á oir algo raro. (*Ambos se van.*)

FIESCO. — (*A los demas.*) Salid por la puerta trasera, para que no os vean los espías de Dória.

ESCENA XIX.

FIESCO solo y paseándose pensativo.

¡Qué borrasca en mi corazon! ¡Qué rápido movimiento en mis ideas! Como criminales que se deslizan de puntillas, inclinando al suelo el enardecido rostro, cruzan por mi mente fantasmas tentadores! Deteneos, deteneos, y dejad que os mire cara á cara. Un buen pensamiento fortifica el corazon y sale osado á la luz del dia. ¡Ah!... Os conozco. Llevais la librea del eterno impostor. Pasad. (*Pausa. Con mayor viveza.*) ¡Fiesco, republicano!... ¡Fiesco, dux!... Despacio. Hé aquí el borde del abismo, límite de la virtud, frontera entre el cielo y el infierno. Hé aquí dónde tropezaron precisamente algunos héroes, y otros cayeron y atrajeron la maldicion sobre su nombre. Hé aquí dónde precisamente dudaron los unos, resistieron firmes los otros para convertirse en semi-dioses. (*Con mayor viveza.*) El corazon de Génova está conmigo; la temible Génova se deja llevar de aquí para allá. ¡Oh habilidad del crímen que pone un ángel frente á un diablo! ¡oh desdichada ambicion! ¡vieja prostituta!.. Por tus caricias ángeles hubo que perdieron el cielo y la misma muerte fué concebida en tus entrañas. (*Se estremece.*) Sí; á los mismos ángeles seduces con tus cantos de sirena, y atraes al hombre con oro y mujeres y coronas. (*Tras breve instante de reflexion.*) Grande empresa es combatir por una corona, mas rechazarla es divino. (*Con resolucion.*) Cae, tirano, y tú, Génova, sé libre. (*Con tierna emocion.*) Y yo, yo seré tu más feliz ciudadano.



ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

Sitio fragoso y desierto.

Salen VERRINA y BORGOGNINO. — Es de noche.

BORGOGNINO (*deteniéndose*).

Adónde me llevas, padre? Harto manifiesta aún tu respiracion jadeante, el sombrío pesar con que fuiste á mi encuentro. Cese tu silencio terrible. Habla; no quiero pasar de aquí.

VERRINA. — Este es el sitio.

BORGOGNINO. — El más horrible que pudiste hallar. Se me erizan los cabellos, padre, si lo que debes decirme cuadra con este sitio.

VERRINA. — Es florido jardin comparado con la noche de mi alma. Sígueme á donde la corrupcion roe los cadáveres, y la muerte celebra sus festines; á donde los ayes de los condenados regocijan al demonio, y las acerbas lágrimas de la desesperacion filtran á traves de la eternidad... Allí, hijo mio, en aquel lugar en que se mudan las leyes naturales, y Dios rompe su cetro bienhechor, allí te hablaré en medio de la destruccion y rechinarán tus dientes al oirme.

BORGOGNINO. — ¿Y qué debo oir, dime?

VERRINA. — Temo, mancebo... Tu sangre es sonrosada, y fofa tu complexion. Tales naturalezas suelen ser flacas. Tu propia sensibilidad ablanda mi ánimo cruel, pues para que tú me comprendieras, y comprendieras mi dolor, necesario fuera que la nieve de los años y el negro pesar hubiesen detenido el regocijado vuelo de tus ilusiones; necesario fuera que la sangre negra y espesa cerrara tu corazon á los encantos de la vida.



BORGOGNINO. — Prometo oirte y seguirte.

VERRINA. — No, hijo mio; yo lo evitaré. ¡Ah, Escipion! ¡Si supieras qué pesada carga me agobia! Tan horrible intento, horrible como negra noche, monstruoso, capaz de partir el corazon de un hombre, quiero realizarlo yo solo. Pero solo no puedo soportarlo. Si fuera orgulloso, Escipion, te diria que es tormento para mi, ser único en grandeza;... que su grave peso al mismo Creador abrumó y hubo de tomar á los ángeles por confidentes. Oye, Escipion.

BORGOGNINO. — Mi alma devora la tuya.

VERRINA. — Óyeme, y nada digas; ni una palabra, muchacho, ¿entiendes?... ni una palabra sobre esto. Fuerza es que Fiesco muera.

BORGOGNINO. — (*Estupefacto.*) ¡Que muera Fiesco!

VERRINA. — Sí, que muera. ¡Gracias, Dios mio! He pronunciado la palabra. Fiesco debe morir, y debe morir á mis manos. Ahora, véte. Hay acciones que no pueden sujetarse á ningun juicio humano, y sólo reconocen á Dios por árbitro supremo. Está resuelto; vé. No quiero que me reconvengas, ni que me aplaudas. Sólo yo sé cuánto me ha costado decidirme. Pero oye; despues de esto, tú mismo podrias creer que estás loco... oye. ¿Viste cómo se miraba en nuestra sorpresa? Dime tú, si el hombre que ha burlado á Italia entera con su sonrisa, podria sufrir un igual en Génova. Fiesco derribará al tirano, muy cierto; pero Fiesco será á su vez el más fatal tirano de Génova; esto es más cierto todavía. (*Vase. Borgognino le contempla, mudo de sorpresa, y le sigue lentamente.*)

ESCENA II.

Un salon en casa de Fiesco. En el foro una ventana con vidrieras, con vistas al mar y á Génova. — Amanece.

FIESCO, solo, en la ventana.

¡Qué veo! La luna ha desaparecido y brilla la roja aurora sobre el mar. ¡Qué extrañas visiones han turbado mi sueño! Todo mi sér gira en torno de un solo pensamiento, como víctima del vértigo. ¡Necesito respirar!... (*Abre la vidriera. El mar y la ciudad brillan á lo lejos, alumbrados por la aurora. Fiesco se pasea á lo largo del salon.*) Conque fuera el primer hombre en Génova, veria agruparse junto á mí á todos los pequeños... Mas ofendo á la virtud... (*Pausa.*) ¡La virtud! Las almas elevadas están sujetas á otras tentaciones que el vulgo. ¿Cómo puede convenir á ambas la virtud? ¿Cómo sentará bien al gigante la armadura del flaco pigmeo? Mia fuera esta majestuosa ciudad. (*Extiende hácia ella los brazos.*) Yo brillaria por encima de ella, cual la soberana claridad del sol; yo la escudaria con mi autoridad de monarca; yo sumergiria en aquel océano sin fondo mi ánsia ardiente y mis insaciables deseos. Si la destreza del ladron no ennoblece el robo, al menos su valor ennoblece al ladron. Quien roba un bolsillo se deshonra; quien falta á su fe por un millon, comete una imprudencia, mas ¡qué inefable grandeza en robar una corona! La infamia mengua cuando crece el delito. (*Pausa con expresion.*) ¡Obedecer... reinar!... monstruoso abismo que da vértigo. Arrojad á él cuanto hay de más precioso para el hombre; vosotros conquistadores, las victorias; vosotros artistas, las obras inmortales; vosotros epicúreos, los placeres; vosotros navegantes, mares, islas... todo!... ¡Obedecer, reinar!... Ser ó no ser. Quien pudiera medir, sin sentir el vértigo, la distancia que separa del infinito al último serafin, sólo éste mediria la profundidad de esa sima. (*Con solemnidad.*) ¡Qué inmensa dicha subir á tal altura, y contemplar desde allí con desdeñosa mirada la impetuosa corriente del destino, donde voltea sin parar la rueda de la ciega fortuna, y muda maligna las cosas! ¿Qué es llevar á los labios la copa de la dicha, y conducir con andadores al gigante de la ley, armado de coraza? ¡Y poderle herir impunemente, y ver cómo cede su impotente cólera ante la soberanía! ¡Y enfrenar las indómitas pasiones del pueblo, como corcel fogoso con ligera rienda! ¡Y derribar de un soplo en el polvo el orgullo de los vasallos, mientras la fuerza creadora del cetro da vida á los regios ensueños del príncipe, engendrados por la fiebre!

¡ Sueño fascinador! ¡ cómo arrebata la mente más allá de sus límites! ¡ Oh !... ser príncipe un instante. Toda la esencia de la vida se halla concentrada aquí; que no vale ésta por lo que dura, sino por lo que contiene. Así descompuesto el trueno en simples rumores, sirve á lo más para adormecer á los niños, cuando si estalla de súbito y de una sola vez, estremece con su voz poderosa la bóveda del cielo... Estoy resuelto. (*Se pasea con heroico ademan.*)

ESCENA III.

FIESCO.—LEONOR, con visible inquietud.

LEONOR. — Perdonadme, Conde; temeria turbar vuestro reposo.

FIESCO. —(*Sorprendido.*) En efecto, señora; mucho me sorprendeis.

LEONOR. — Cosa que no ocurre nunca á los que aman.

FIESCO. —Exponeis vuestra belleza al aire peligroso de la mañana, Condesa.

LEONOR. —¡ A qué conservar la pequeña parte que me han dejado los pesares!

FIESCO. —¡ Qué pesares, amor mio! Pensé que fuera de los que se ocupan en subvertir los Estados, los demas vivian tan tranquilos.

LEONOR. —Es posible, pero lo que es á mí me mata esa tranquilidad, y vengo precisamente, señor, á haceros una pequeña súplica, si podeis disponer de un instante. Seis meses há que sueño que soy condesa de Lavagna, pero al fin este sueño singular se ha desvanecido, y sólo me resta de él inefable amargura. Quisiera resucitar las pasadas dichas de mi inocente infantil edad, por que desvanecieran los vivientes fantasmas que me hostigan. Permitidme pues que torne á los brazos de mi buena madre.

FIESCO. —(*Con viva sorpresa.*) ¡ Cómo, Condesa!

LEONOR. —¡ Cuán pobre y miserable cosa es mi corazon! Debierais compadecerlo, seguramente. Como la más leve memoria dañaria mi enferma imaginacion, devuelvo á su legítimo dueño las últimas prendas que fueron testimonio de su amor. (*Deja una cajita con alhajas encima de una mesa.*) Y este puñal que traspasó mi corazon. (*Deja igualmente un paquete de cartas.*) Y estas... (*Llorando y sollozando.*) Sólo guardo para mí la herida.

(*Fiesco, conmovido, corre hácia ella y la detiene.*)

LEONOR. —(*Cayendo en sus brazos.*) No merecí ciertamente ser esposa vuestra, pero vuestra esposa merecia respeto. ¡ Cómo silba ahora en torno la calumnia! ¡ Con qué desden me miran casadas y doncellas! ¡ Miradla, dicen, miradla cómo se marchita la vanidosa que se casó con Fiesco! ¡ Cruel castigo á mi femenil presuncion! que cuando el Conde me llevó al altar, despreciaba á mi sexo.

FIESCO. —¡ Por Dios!... no... señora... ¡ Singular escena!

LEONOR. —(*Ap.*) Bien. Palidece y se avergüenza. ¡ Valor!

FIESCO. —Concededme dos dias tan sólo y entonces me juzgareis.

LEONOR. —¡ Verme sacrificada!... ¡ Ah!... No me dejes pronunciar esta palabra ante tí, ¡ oh casta luz del cielo!... Verme sacrificada á una coqueta. Miradme cara á cara, esposo mio. ¡ Por Dios! Los ojos que gobiernan y hacen temblar á Génova, no debieran bajarse ante las lágrimas de una mujer.

FIESCO. —(*Cortado.*) Ni una palabra más, señora, ni una palabra más.

LEONOR. —(*Con dolor y amargura.*) En verdad que es digno del sexo fuerte, desgarrar el débil corazon de una mujer. Me arrojé en brazos de ese hombre, feliz

con enlazar á su fortaleza mis flaquezas femeniles, librando en él mi dicha entera, y este hombre generoso la regala á una...

FIESCO. — *[Interrumpiéndola con viveza.]* No, Leonor mia.

LEONOR. — ¡Leonor mia!... ¡Oh, gracias, Dios clemente! Aún suena para mí el caro acento del amor. Cuando debiera aborrecerte, ¡falso! recojo aún con avidez las migajas de tu ternura. ¡Aborrecerte! ¿Y pude pronunciar esta palabra, Fiesco? ¡Oh! no lo creas. Con tu perjurio, posible es que aprenda á morir, pero jamas á aborrecerte. Se engaña mi corazon. *(Suenan dentro los pasos del Moro.)*

FIESCO. — Concededme un ligero favor, pueril si quereis.

LEONOR. — Todo, Fiesco, excepto la indiferencia.

FIESCO. — Cuanto querais y cómo querais. *(Con expresivo acento.)* Ni me condenes, ni me preguntes nada, hasta dentro dos dias. *(La conduce con dignidad á otra sala.)*

ESCENA IV.

El MORO llega sin aliento. — FIESCO.

FIESCO. — ¿Por qué llegas tan sofocado?

EL MORO. — Daos prisa, señor.

FIESCO. — ¿Qué nos ha caido en las redes?

EL MORO. — Leed esta carta. ¿Estoy aquí realmente? Juraria que Génova ha perdido una docena de calles ó que mis zancas se han estirado. Palideceis ¿eh? Bien parece jugar con las cabezas de los demas, pero ahora que la vuestra es tambien de la partida, ¿qué decis á ello?

FIESCO. — *(Echa la carta, sorprendido, encima de la mesa.)* Dime con mil diablos, cómo has obtenido esta carta.

EL MORO. — Casi, casi, del modo que obtendrá su Señoría la República. Debia llevarla un propio á toda prisa á la ribera de Levante, cuando ved aquí que he olfateado el negocio y me puse en acecho del guapo en una hondonada. De pronto ¡paf!.. la zorra patas arriba y venga acá el pollo.

FIESCO. — Caiga sobre tí su sangre. Esta carta no se paga con oro.

EL MORO. — Ya me contentaré con plata. *(Seriamente.)* Conde de Lavagna, hace poco me dió otra vez el antojo de perderos *(enseñando la carta)*, y se me ha ofrecido nueva ocasion de satisfacer mi deseo; me parece pues que ahora estamos en paz. Por lo demas podeis agradecerlo á mi amistad. *(Le presenta un segundo billete.)* Número dos.

FIESCO. — *(Lo toma con nueva sorpresa.)* ¿Pero estás loco?

EL MORO. — Número dos. *(Se acerca á él con altivez y le codea.)* Vaya que el leon no hizo tan gran necedad perdonando la vida al ratoncillo *(con sorna)*, antes obró con mucha picardía, pues sin él ¿quién hubiera roido las mallas de la red? ¡Qué tal!... ¡Qué os parece!

FIESCO. — ¡Habrá pícaro! ¿Cuántos diablos tienes á sueldo?

EL MORO. — Uno solo... para serviros, y á éste le mantiene el Conde.

FIESCO. — ¡La propia firma de Dória! ¿De dónde has sacado este papel?

EL MORO. — Fresquito todavía, de manos de mi buena Diana. Estuve en su casa anoche. Le repetí vuestras corteses frases, é hice sonar en sus oidos vuestros zequíes. Surtió efecto la treta. A las seis de la mañana he vuelto á la carga. El Conde estaba precisamente allí, como os decia, y pagaba con ese papel un placer de contrabando.

FIESCO.— ¡Cobardes esclavos de las mujeres! Quieren derribar repúblicas y no saben callarse á los piés de una perdida. Por estos papeles averiguo que Dória y los suyos han tramado el plan de asesinarnos á mí y á once senadores, y proclamar soberano á Gianettino.

EL MORO.— Y nada más; y esto el dia de la eleccion de dux, el 3 de mayo.

FIESCO.—(*Con viveza.*) Nuestra actividad de esta noche, hará que aborte su mañana... Aprisa, Hasan; la cosa está en su punto. Llama á los demas y les tomaremos la delantera con sangriento combate. ¡Date prisa, Hasan!

EL MORO.—Antes debo vaciar el saco de noticias que traigo. Yá entraron sin novedad dos mil hombres que escondí en el convento de Capuchinos, donde no penetra un solo rayo de sol. Arden en deseos de ver á su jefe; son brava gente.

FIESCO.— Te toca un escudo por cabeza. ¿Qué dicen en Génova de mis naves?

EL MORO.— Este ha sido el mejor golpe, señor. Más de cuatrocientos aventureros que plantó en la calle la paz entre Francia y España asediaban á los mios, pidiéndoles que intercedieran con vos por que consintierais en enviarles contra los infieles. Les he citado esta tarde para el patio del castillo.

FIESCO.—(*Muy alegre.*) Me tienes á punto de abrazarte, perillan. ¡Este es un rasgo de maestro! Dices que son cuatrocientos. ¡Adios Génova!... Te tocan cuatrocientos escudos.

EL MORO.—(*Con confianza.*) ¿Verdad, Conde, que vamos á trastornar la República de tal modo, que podrán quitarse de enmedio las leyes á escobazos? Nunca os he dicho aún, que cuento tambien con mis pajarracos entre la tropa, y puedo fiar en ellos como en mi condenacion. Segun mis medidas, tendremos al menos seis de guardia en cada puerta, y con éstos basta para

engaitar y emborrachar á los demas. Conque si esta misma noche se os ocurre dar un golpe de mano, hallareis los centinelas bebidos.

FIESCO.— Basta. ¡Bueno fuera que, despues de haber manejado yo solo y sin auxilio alguno este vasto proyecto, cuando estoy próximo á alcanzar mi objeto, viniera á detenerme, con desdoro mio, un bellaco! Dame la mano, camarada. Lo que el conde te debe todavía, el dux te lo satisfará.

EL MORO.— Falta entregaros un billete de la condesa Imperiali. Me hizo señas desde la calle, muy amable y cortés, y me ha preguntado con cierta ironía, si la Condesa tuvo algun ataque de ictericia. Yo le he dicho que á vos sólo os interesaba la salud de una sola persona.

FIESCO.—(*Arroja el billete, despues de haberlo leido.*) Muy bien dicho. ¿Y qué ha respondido ella?

EL MORO.— Que sentia, sin embargo, la suerte de la pobre viuda y se obligaba á darle satisfaccion, prohibiéndoos en adelante vuestros obsequios.

FIESCO.—(*Con malicia.*) Harto cesarán antes del juicio final.

EL MORO.— (*Con malignidad.*) Señor, los asuntos de faldas tienen mucho que ver con la política.

FIESCO.—Ya lo creo, y éste sobre todo; pero ¿qué vas á hacer de este papel?

EL MORO.— Una diablura más que habrá que añadir á las otras. Son unos polvos que me dió la señora Condesa para que los echara cada dia en el chocolate de vuestra esposa.

FIESCO.— (*Retrocede y palidece.*) ¿Y ella misma te los dió?

EL MORO.— Doña Julia, condesa Imperiali.

FIESCO.—(*Le arranca de las manos el paquete.*) Como mientas, canalla, te ato vivo á la veleta de la torre de San Lorenzo, donde dés vueltas al soplo del viento... Los polvos...

El Moro.—(*Impacientado.*) Los he de echar en el chocolate de vuestra esposa, segun me ordenó doña Julia Imperiali.

Fiesco.—(*Fuera de sí.*) ¡Horror!... ¡Horror!... ¡Pobre criatura! ¿Cabe el infierno en el corazon de una mujer? Olvidaba darte las gracias, Providencia divina, por haber aniquilado este proyecto, valiéndote para ello de un malvado demonio. ¡Cuán extraños tus caminos! *(Al Moro.)* ¿Prometes obedecer y callarte?

El Moro.—Claro que sí, pues que puedo. ¡Como me ha pagado en el acto!

Fiesco.—En este billete me invita á ir á su casa. Iré, señora, y os persuadiré á seguirme hasta aquí. Bien. Corre tú con tanta presteza como puedas y reune á los conjurados.

El Moro.—He previsto esa órden, y por mi cuenta los convoqué para las diez.

Fiesco.—Siento pasos. Son ellos. ¡Ah, pícaro! Merecieras una horca exprofeso para tí. Retírate en la antesala hasta que te llame.

El Moro.—(*Yéndose.*) El Moro ha cumplido su tarea y puede retirarse.

ESCENA V.

Los CONJURADOS.

Fiesco.—(*Yendo á su encuentro.*) La tempestad se acerca; ya van amontonándose las nubes. Despacio, y echad la segunda vuelta á la llave.

Verrina.—Ocho puertas dejo cerradas á mi espalda. Ni á cien pasos puede acercarse la sospecha.

Borgognino.—Aquí no hay un solo traidor si no es el miedo.

Fiesco.—El miedo no pasa mi umbral. Dios guarde á quien sigue siendo lo que ayer. Sentaos.

(*Se sientan.*)

Borgognino.—(*Paseándose.*) No gusto de sentarme cuando estoy pensando en destruir.

Fiesco.—Hora memorable es esta, genoveses.

Verrina.—Nos dijiste que meditáramos un plan para dar muerte al tirano; pregúntanos, pues nos tienes dispuestos á responder.

Fiesco.—Ante todo una pregunta que parecerá rara por lo tardía. ¿Quién debe morir? (*Todos callan.*)

Borgognino.—(*Apoyándose en el sillon de Fiesco y con intencion.*) Los tiranos.

Fiesco.—Muy bien dicho, los tiranos. Pero veamos; os ruego que os fijeis en la importancia de esa palabra. Entre el que parece destruir la libertad, y el que tiene el poder de destruirla, ¿quién es más tirano?

Verrina.—Odio al primero y temo al segundo. ¡Muera Andrés Dória!

Calcagno.—(*Conmovido.*) ¡Andrés!... ¡Un pobre viejo, gastado por los años, que quizá mañana mismo pague su tributo á la muerte!

Sacco.—¡Tan clemente como es!

Fiesco.—La clemencia de ese viejo es terrible, amigo Sacco, mientras que la farfantonada de Gianettino es simplemente ridícula. Muera Andrés Dória. Hablaste como cuerdo, Verrina.

Borgognino.—Ora sean de acero, ora de seda nuestras cadenas, siempre son cadenas. Fuerza es que Andrés Dória sucumba.

Fiesco.—(*Acercándose á la mesa.*) Así quedamos en que deben morir el tio y el sobrino. Firmad. (*Todos firman.*) Ya sabemos quién debe morir. (*Se sientan.*) Ahora lo esencial es saber cómo. Hablad primero, amigo Calcagno.

Calcagno.—¿Obraremos como soldados ó como asesinos? Lo primero es peligroso porque nos obliga á tener muchos confidentes, y aventurado ademas, pues no contamos aún con la aquiescencia de todos. Para lo

segundo, nos bastan cinco buenos puñales. Dentro tres dias, se celebra la misa mayor en la iglesia de San Lorenzo y á ella deben asistir ambos Dórias. A los piés del Altísimo, el recelo de los tiranos se adormece. He dicho.

FIESCO.—(*Volviendo el rostro.*) Calcagno, vuestra premeditada proposicion es horrible... Hablad, Rafael Sacco.

SACCO.—Las razones de Calcagno me placen, pero me repugna el medio que propone. Mejor seria, Fiesco, invitar á tio y sobrino á un banquete, donde, bajo el peso de la cólera de toda la República, se les diese á elegir entre el puñal y el veneno en vino de Chipre. Este medio es al menos cómodo.

FIESCO.—(*Con horror.*) ¡Ay de tí, Sacco, si esta gota de vino que gustaran los moribundos labios, se convirtiera para tí en pez hirviendo, en anticipado dolor del infierno!... ¿Qué dices á ello, Sacco? Renunciemos á ese plan. Habla tú, Verrina.

VERRINA.—Los corazones sinceros obran siempre cara á cara. Un asesinato nos rebajaria al nivel de los bandidos. Espada en mano se presenta el héroe. Soy, pues, de opinion que demos la señal del motin y convoquemos á los genoveses para vengarse. (*Se levanta y hacen lo propio los demas. Borgognino le abraza.*)

BORGOGNINO.—¡Ganemos por las armas la victoria! Eso dicta el honor y eso repito yo.

FIESCO.—Y yo. Vaya, genoveses. (*A Calcagno y á Sacco.*) Harto nos ha favorecido hasta hoy la fortuna; ahora nos toca á nosotros poner manos á la obra. Así, vaya por el motin y sea esta misma noche, genoveses. (*Verrina y Borgognino manifiestan su sorpresa, y los demas se asustan.*)

CALCAGNO.—¡Cómo!... ¿Esta misma noche? ¿Poderosos como son los tiranos y tan débiles nosotros?

SACCO.—¿Esta misma noche?... Nada está preparado todavía y ya se pone el sol.



Los conjurados leyendo la órden de Gianettino Dória.

FIESCO.—Teneis razon, pero leed esos papeles. (*Le da la lista de Gianettino, y mientras la leen todos con curiosidad, se pasea con ademan irónico.*) Ahora, ¡adios, astro brillante de los Dórias que fulgurabas allí, altivo y esplendente, como si hubieras tomado en arriendo el horizonte de Génova, sin ver que el mismo sol abandona el cielo y comparte con la luna el imperio del mundo!... ¡Adios, astro brillante de los Dórias! Murió Patroclo y valia más que tú.

BORGOGNINO.—(*Despues de haber leido los papeles.*) ¡Es horrible!

CALCAGNO.—¡Doce de una vez!

VERRINA.—Mañana en la Signoria.

BORGOGNINO.—Dadme esta hoja. Génova entera recorreré con ella, y de tal modo, que hasta las piedras me seguirán, y los perros, aullando, clamarán venganza.

TODOS.—¡Venganza! ¡Venganza!..... esta misma noche.

FIESCO.—Aquí os queria. En cuanto anochezca, invitaré á los más distinguidos entre los descontentos, especialmente á los que se hallan en la lista de Gianettino, y ademas á los Sauli, los Gentili, los Vivaldi, los Vigodimari, á todos los enemigos mortales de la familia de Dória, que olvidó el asesino. Acogerán mi plan con los brazos abiertos, no lo dudo.

BORGOGNINO.—No lo dudo.

FIESCO.—Ante todo, debemos asegurarnos el mar. Tengo á mi servicio galeras y hombres, y en cambio los veinte navíos de Dória están sin aparejo y desarmados, con lo que es fácil apoderarse de ellos. Cerraremos la embocadura de la dársena y quedan privados de toda esperanza de fuga. Conque tengamos el puerto, Génova estará encadenada.

VERRINA.—Sin duda alguna.

FIESCO.—Luego tomaremos y ocuparemos los fuer-

tes de la ciudad. El puesto más importante es la puerta de Santo Tomás que conduce á la bahía y pone en comunicacion las fuerzas de mar y tierra. Ambos Dórias serán degollados en su propio palacio. Al toque de arrebato se convocará á los genoveses para tomar las armas en defensa de nuestra libertad. Lo demas lo sabreis en la Signoria, si la fortuna nos favorece.

VERRINA.—El plan es bueno. Veamos cómo nos repartiremos los papeles.

FIESCO.— (*Con intencion.*) Genoveses, libremente me habeis puesto á la cabeza de la conjuracion; ¿obedecereis á mis órdenes?

VERRINA.—Mientras sean las mejores.

FIESCO.—¿Conoces el santo y seña, Verrina? Decidle, genoveses, que no es otro que subordinacion. Si no puedo disponer de vosotros conforme me parezca, ¿estais?; si no soy el jefe de la conjuracion, me retiro. Una vida entera de libertad, bien vale un par de horas de esclavitud.

VERRINA.—Obedeceremos.

FIESCO.—Idos ahora. Uno de vosotros debe recorrer Génova y comunicarme el estado de la gente en los diferentes puestos; otro, que se entere del santo y seña; otro, que arme las galeras, y el cuarto me traerá al patio de mi casa los dos mil hombres. Esta misma noche habré dispuesto lo demas, y con ayuda de la suerte, habremos triunfado. Que á las nueve en punto estén aquí todos para recibir mis últimas órdenes.

(*Llama.*)

VERRINA.—Yo me encargo del puerto. (*Vase.*)

BORGOGNINO.—Y yo de la tropa. (*Vase.*)

CALCAGNO.—Iré á enterarme del santo y seña.

(*Vase.*)

SACCO.—Pues entonces me encargo yo de dar la vuelta á la ciudad. (*Vase.*)

ESCENA VI.

FIESCO.—Luego el MORO.

FIESCO.—(*Sentado junto á un pupitre y escribiendo.*) ¡Pues no se han atufado al oir la palabra *subordinacion!* Así se revuelve la mariposa contra el alfiler con que se la clava. Pero es tarde, señores republicanos.

EL MORO.—Señor...

FIESCO.—(*Se levanta y le da un papel.*) Has de invitar para una funcion de teatro, que se celebrará esta noche, á cuantos dice esa lista.

EL MORO.—Sin duda para representar en la funcion su respectivo papel. La entrada costará la vida.

FIESCO.—(*Con frialdad y desprecio.*) Una vez hecho esto, no quiero verte más en Génova. (*Se va y deja caer una bolsa.*) Esta es tu última comision.

ESCENA VII.

El MORO, solo.

(*Recoge la bolsa lentamente y la mira sorprendido.*) ¿En eso estamos? No quiero verte más en Génova. En mi jerga de gentil, estas palabras de buen cristiano quieren decir: cuando sea dux haré ahorcar á mi camarada en una horca genovesa. Perfectamente. Porque conozco sus mañas, teme ahora que no sabré guardar el secreto una vez sea dux. Poco á poco, señor Conde; menester fuera pensarlo mucho todavía. Ahora, buen Dória, tu pellejo está en mis manos y estás perdido como no te avise. Si voy á encontrarle y le descubro la trama, salvo al Duque, la vida y el ducado, lo cual ha de valerme al menos tanto oro como cabe en este sombrero. (*Hace que se va y vuelve.*) Vamos con tiento, amigo Hasan.

Estabas á punto de cometer una necedad. ¿Y si toda esa matanza se frustrara y algo resultase de ahí?... ¡Diablo!... ¡diablo!... ¡Qué pasada iba á jugarme mi codicia! Veamos. ¿Qué puede salirme peor, engañar á Fiesco ó entregar á la muerte á los Dória? Pues, señor, es difícil resolverlo. Como Fiesco gane, Génova tal vez se levantará de su postracion... ¡Oh!... esto no, esto no me conviene. Si Dória se salva, todo sigue como estaba, y Génova en paz... ¡Oh! esto es peor. Pero... ¿qué es ver la cabeza de los rebeldes cayendo en la canasta del verdugo? (*Paseándose.*) ...¡Y la divertida carnicería de esta noche, cuando los muy serenísimos darán con su cuerpo en el suelo, al silbido del moro! No, salga de este enredo un cristiano como pueda, que para un hereje el problema es harto difícil... Voy á consultar á un sabio. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

Un salon en casa de la condesa Julia.

JULIA de trapillo.— Sale GIANETTINO turbado.

GIANETTINO. — Buenas noches, hermana.

JULIA. — (*Levantándose.*) Algo extraordinario ocurre, cuando viene á ver á su hermana el príncipe heredero de Génova.

GIANETTINO. — Como tú de mariposas, yo vivo rodeado de avispas y no hay medio de dejarlas. Sentémonos.

JULIA. — No tardarás en cansarme.

GIANETTINO. — Oye, hermana. ¿Hace mucho que no has visto á Fiesco?

JULIA. — ¡Singular pregunta!... ¡Como si me acordara yo mucho rato de semejantes nonadas!

GIANETTINO. — Me conviene saberlo.

JULIA. — Pues bien... ayer estuvo aquí.

GIANETTINO. — ¿Y se ha mostrado franco?

JULIA. — Como de costumbre.

GIANETTINO. — Siempre con el mismo capricho.... ¿verdad?

JULIA. — (*Ofendida.*) ¡Hermano!

GIANETTINO. — (*Alzando la voz.*) Oye... ¿siempre con el mismo capricho?

JULIA. — (*Irritada, se levanta.*) ¿Por quién me tienes, hermano?

GIANETTINO. — (*Sigue sentado, con ironía.*) Por una muchachuela, envuelta en un gran... un gran título de nobleza. Sea dicho acá para inter nós. Ya ves, nadie nos oye.

JULIA. — Pues... acá para inter nós... eres un mono insolente y menguado que explotas el crédito de mi tio... Ya ves, nadie nos oye.

GIANETTINO. — ¡Hermana!... ¡hermana!... Vaya, no nos enfademos. Me alegro de saber que Fiesco sigue con el mismo capricho, que es lo que deseaba averiguar. Con Dios. (*Hace que se va.*)

ESCENA IX.

Dichos. — LOMELLINO.

LOMELLINO. — (*Besando la mano á Julia.*) Dispensadme mi osadía, señora. (*A Gianettino.*) Ciertas cosas que no admiten espera...

GIANETTINO. — (*Le lleva aparte. Julia picada se sienta al clavicordio, y toca un allegro.*) ¿Está todo preparado para mañana?

LOMELLINO. — Todo, Príncipe, pero el correo que salió esta mañana para la ribera de Levante, no ha vuelto todavía, ni Spínola tampoco. ¡Si le hubiesen sorprendido!... Estoy en verdad muy ansioso.

GIANETTINO. —No te dé cuidado. ¿ Traes la lista ?

LOMELLINO. —(*Confuso.*) Señor... la lista... no sé... Ayer me la metí en el bolsillo de la ropilla.

GIANETTINO. —Bien. Conque estuviera aquí Spínola... Mañana hallarán á Fiesco muerto en la cama. Ya lo tengo arreglado.

LOMELLINO. —Pero esto parecerá espantoso.

GIANETTINO. —Y de aquí nuestra seguridad, camarada. Un atentado ordinario irrita al ofendido y le vuelve capaz de todo, pero un crímen sorprendente le hiela de espanto y le anonada. ¿ No conoces la historia de la cabeza de Medusa ?... Quien la veia quedaba petrificado, y en cambio una tentativa incompleta subleva las mismas piedras.

LOMELLINO. —¿ Le habeis dado á comprender algo á la Condesa ?

GIANETTINO. —Claro que no. Conviene tratarla con ciertos miramientos en lo que se refiere á Lavagna; mas cuando haya gustado el fruto de la empresa no echará de menos lo que costó. Vamos. Aún aguardo para esta noche algunas tropas de Milan, debo dar órdenes á los guardias. (*A Julia.*) ¿ Qué tal, hermana ? ¿ Se te pasó el enojo ?

JULIA. —Vé con Dios; eres un mal criado. (*En el punto en que se va, Gianettino se encuentra con Fiesco.*)

ESCENA X.

Dichos. —FIESCO.

GIANETTINO. —(*Retrocediendo.*) ¡ Ah !

FIESCO. —(*Adelantándose con respeto.*) Príncipe, me ahorrais una visita que pensaba haceros desde luego.

GIANETTINO. —Y yo me alegro muchísimo de veros, Conde.

FIESCO. —(*Se acerca á Julia y le besa respetuosamente la mano.*) Es costumbre en vuestra casa, señora, que la realidad exceda siempre á la esperanza.

JULIA. —¡ Pues !... En boca de otro, esto pareciera un equívoco. Pero dispensadme, Conde, estoy hecha una bruja. (*Se va hácia el cuarto tocador.*)

FIESCO. —¡ Oh !... Aguardad, linda Condesa. La mujer nunca parece más bella que vestida con cierto desaliño y desdén. Es su tocado propio para seducir... Estas trenzas... con que ornais la cabeza... Permitidme que las desate.

JULIA. —¡ Y cómo gusta á los hombres introducir el desórden en todo !

FIESCO. —(*Con cierta indiferencia y mirando á Gianettino.*) Así en las trenzas como en las repúblicas ¿ verdad ? Para nosotros, da lo mismo... Y esta cinta mal prendida... Hacedme el favor de sentaros, bella Condesa. Laura entenderá sin duda el modo de engañar los ojos, pero no los corazones. Dejad que haga yo de doncella. (*Julia se sienta y Fiesco arregla su tocado.*)

GIANETTINO. —(*Tirando de la ropa á Lomellino.*) ¡ Qué miserable é indolente bribon !

FIESCO. —(*Inclinándose sobre el seno de Julia.*) Veis, esta parte la velo un poco, porque los sentidos deben ser ciegos mensajeros, é ignorar los artificios del arte y la naturaleza.

JULIA. —Esto es indiferente.

FIESCO. —No por completo, porque la más grave noticia pierde su valor en cuanto es conocida de todos. Nuestros sentidos mantienen la República y sostienen la nobleza, y sin embargo, ésta se eleva por encima de su gusto vulgar. (*Acaba el tocado de la Condesa, y la lleva frente á un espejo.*) Bien; por mi honor que ese tocado estará mañana de moda en Génova. (*Con galantería.*) ¿ Me permitireis, Condesa, que os acompañe así por la ciudad ?

JULIA. —¡ Habrá tunante !... ¡ Cómo sabe obligarme

á hacer su voluntad !... No, no; me duele la cabeza y pienso quedarme en casa.

Fiesco. — Perdonadme, señora; podeis hacerlo si os place, pero no querreis sin duda. Hoy mismo llegó de Florencia una compañía de comediantes, y se ha ofrecido á representar en mi palacio. No puedo impedir que asista á la funcion la mayor parte de las nobles damas de Génova, y no sé cómo ocupar el palco de honor sin herir la susceptibilidad de mis invitados. Sólo conozco un medio. (*Haciendo una reverencia.*) ¿ Tendriais la bondad, señora ?...

Julia. — (*Colorada, yendo á su gabinete.*) ¡ Laura !

Gianettino. — (*Dirigiéndose á Fiesco.*) ¿ Recordais, Conde, cierto lance desagradable y reciente que ocurrió entre nosotros ?

Fiesco. — Príncipe, deseo que ambos le echemos en olvido. Los hombres solemos tratarnos segun la opinion que nos merecemos. ¿ Quién tiene la culpa de que mi amigo Dória no me conozca bien ?

Gianettino. — Al menos no he de olvidarlo antes de haberos pedido sinceramente perdon.

Fiesco. — Ni yo sin perdonaros sinceramente. (*Julia vuelve algo compuesta.*)

Gianettino. — A propósito, Conde. Recuerdo ahora que deseais emprender una cruzada contra los turcos.

Fiesco. — Esta noche levan anclas. Precisamente abrigo mis temores con respecto á tal empresa, y espero que la deferencia de mi amigo Dória los disipará.

Gianettino. — (*Con mucha cortesía.*) ¡ Con mucho gusto !... Disponed de todo mi poder.

Fiesco. — La partida producirá al anochecer cierto movimiento en el puerto y junto á mi palacio, que vuestro tio, el Dux, quizá interprete mal.

Gianettino. — (*Cordialmente.*) Esto corre de mi cuenta. Seguid adelante con vuestros propósitos; os deseo el mejor éxito.

Fiesco. — Os quedo muy obligado.

ESCENA XI.

Dichos. — Un ALEMAN de la guardia.

Gianettino. — ¿ Qué hay ?

El Aleman. — Al pasar por la puerta de Santo Tomás he visto multitud de soldados armados, y las galeras del conde de Lavagna prontas á darse á la vela.

Gianettino. — ¿ Y nada más ?... Lo dicho no trae consecuencia.

El Aleman. — Bien está. Hay algunos grupos de sospechosos junto al convento de Capuchinos, y á veces se corren hasta la plaza. Por su porte y su andar parecen soldados.

Gianettino. — (*Colérico.*) ¡ Demonio con el celo de este imbécil ! (*A Lomellino en confidencia.*) Son mis milaneses.

El Aleman. — Si su Señoría ordena que sean detenidos...

Gianettino. — (*A Lomellino.*) Id á ver qué pasa. (*Con sequedad al soldado.*) Bien está; véte. (*A Lomellino.*) Dad á entender á ese buey, que debe callarse. (*Lomellino se va con el aleman.*)

Fiesco. — (*Que hasta entonces ha seguido bromeando con Julia, y mirando alguna vez que otra á hurtadillas.*) Paréceme que estais de mal humor; ¿ podremos saber el motivo ?

Gianettino. — No tiene nada de particular... Esas eternas cuestiones é informaciones... (*Se va.*)

Fiesco. — El teatro nos espera. ¿ Permitireis, señora, que os ofrezca el brazo ?

Julia. — Un momento. Antes debo ir por el velo. Pero que no sea trágica la funcion, Conde, porque sueño despues horrores.

FIESCO.—(*Con intencion.*) ¡Oh, señora!... ¡si será cosa de morirse de risa! (*Le da el brazo; cae el telon.*)





ACTO IV.

Es de noche.—Patio del palacio de Fiesco.—Habrá algunas linternas encendidas.—Sale gente trayendo armas á la escena.—Una de las alas del castillo está alumbrada.

ESCENA PRIMERA.

BORGOGNINO (*al frente de algunos soldados*).

¡ALTO!... A ver... Cuatro hombres de centinela á la puerta del patio y dos á cada puerta del palacio. (*Los centinelas se colocan en el puesto designado.*) Dejar que entre quien quiera, pero salir... á nadie, y á quien haga uso de la fuerza,... matarle. (*Entra en el castillo con los demas. Los centinelas siguen en sus puestos. Pausa.*)

ESCENA II.

LOS CENTINELAS.—(*De la puerta del patio.*) ¿Quién vive?

ZENTURIONE.—Un amigo de Lavagna. (*Atraviesa el patio y se dirige á la puerta de la derecha.*)

EL CENTINELA.—¡Atrás! (*Zenturione, sorprendido, se dirige hácia la de la izquierda.*)

ZENTURIONE.—(*Deteniéndole perplejo. Al centinela de la derecha.*) ¿ Por dónde se va á la comedia, amigo?

EL CENTINELA.—No lo sé.

ZENTURIONE.—(*Sorprendido al de la izquierda.*) ¿ A qué hora empieza la comedia ?

EL CENTINELA.—No lo sé.

ZENTURIONE.—(*Espantado y embozándose.*) ¡ Cosa más rara !

EL CENTINELA.—(*De la puerta principal.*) ¿ Quién vive ?

ESCENA III.

Dichos.—ZIBO.

ZIBO.—Un amigo de Lavagna.

ZENTURIONE.—Zibo, ¿ dónde estamos ?

ZIBO.—¿ Qué ?

ZENTURIONE.—Observa en torno tuyo, Zibo.

ZIBO.—¿ Dónde... ¿ Cómo ?

ZENTURIONE.—Todas las puertas están defendidas.

ZIBO.—Y aquí,.... armas.

ZENTURIONE.—Sin que nadie nos explique...

ZIBO.—Es singular.

ZENTURIONE.—¿ Qué hora es ?

ZIBO.—Las ocho dadas.

ZENTURIONE.—¡ Demonio !... Hace un frio de todos los diablos.

ZIBO.—Las ocho; es la hora fijada.

ZENTURIONE.—(*Meneando la cabeza.*) Hay en esto algo incomprensible.

ZIBO.—Fiesco sin duda quiere darnos algun bromazo.

ZENTURIONE.—Mañana es la eleccion de dux... Zibo; esto no está claro.

ZIBO.—¡ Silencio !... ¡ Silencio !

ZENTURIONE.—El ala derecha resplandece muy alumbrada.

ZIBO.—¿ Oyes algo ?... ¿ Oyes algo ?

ZENTURIONE.—Sí; como si sonara allá dentro sordo rumor y de vez en cuando...

ZIBO.—Confuso chis, chas, como choque de armaduras.

ZENTURIONE.—Es espantoso.

ZIBO.—Un carruaje... Se detiene á la puerta.

EL CENTINELA.—(*De la puerta principal.*) ¿ Quién vive ?

ESCENA IV.

Dichos.—Los cuatro ASSERATO.

ASSERATO.—(*Entrando.*) Amigo de Fiesco.

ZIBO.—Son los cuatro Asserato.

ZENTURIONE.—Buenas noches, amigos.

ASSERATO.—Vamos á la comedia.

ZIBO.—Buen viaje.

ASSERATO.—¿ No vais tambien ?

ZENTURIONE.—Pasad delante; queremos tomar un poco el fresco.

ASSERATO.—Empezará en breve; vamos.

(*Intentan irse.*)

EL CENTINELA.—No se pasa.

ASSERATO.—¿ Qué significa eso ?

ZENTURIONE.—(*Riéndose.*) Subid al castillo.

ASSERATO.—Sin duda hay error en eso.

ZIBO.—Un error evidente.

(*Suena la música dentro, á la derecha.*)

ASSERATO.—Ya tocan la sinfonía. La comedia va á empezar.

ZENTURIONE.—A mí me parece que ya ha empezado, y que nosotros representamos el papel de bobos.

ZIBO.—Yo no siento aquí mucho calor; conque.... me voy.

ASSERATO.—¡Armas aquí!

ZIBO.—¡Bah!... el equipo de los cómicos.

ZENTURIONE.—¿Seguiremos aquí como los locos á orillas del Aqueronte? Vamos al café. (*Se dirigen los seis hácia la puerta.*)

LOS CENTINELAS.—¡Atrás!

ZENTURIONE.—¡Mil rayos! Nos han cogido.

ZIBO.—Mi espada me dice que no será por mucho tiempo.

ASSERATO.—Volved á envainarla, creedme. El Conde es un caballero.

ZIBO.—Estamos vendidos. Somos víctimas de la traicion. La comedia era el cebo y hemos caido en el lazo.

ASSERATO.—No lo quiera Dios. Me temo que va á tener todo eso un pesado desenlace.

ESCENA V.

Dichos.—Luego VERRINA y SACCO.

EL CENTINELA.—¿Quien vive?

(*Salen Verrina y Sacco.*)

VERRINA.—Amigos de la casa. (*Salen siete nobles más.*)

ZIBO.—Sus confidentes. Ahora se aclarará todo.

SACCO.—(*Conversando con Verrina.*) Pues como os decia, Lescaro está de guardia en Santo Tomás. Es el mejor oficial de Dória y su ciego adicto.

VERRINA.—Me alegro.

ZIBO.—(*A Verrina.*) A buen tiempo llegais, Verrina, para ayudarnos á salir de este enredo.

VERRINA.—Pues... ¿qué ocurre?... ¿qué ocurre?...

ZENTURIONE.—Hemos sido invitados á una comedia.

VERRINA.—Para eso estamos.

ZENTURIONE.—(*Impaciente.*) Sí, ya sé;... como todo mortal... ¡Mirad qué guardadas las puertas!... ¿y por qué?... vamos á ver.

ZIBO.—¿Por qué estas armas?

ZENTURIONE.—Estamos aquí, como en la horca.

VERRINA.—Ya vendrá el Conde en persona.

ZENTURIONE.—No debiera hacerse esperar. Tasco el freno, impaciente.

(*Los nobles se pasean por el fondo.*)

BORGOGNINO.—¿Cómo va lo del puerto, Verrina?

VERRINA.—A pedir de boca.

BORGOGNINO.—El castillo está atestado de tropas.

VERRINA.—Poco falta para las nueve.

BORGOGNINO.—Mucho se hace esperar el Conde.

VERRINA.—Todo irá más aprisa de lo que se figura, Borgognino. Me estremezco con sólo recordar cierto intento...

BORGOGNINO.—No os precipiteis, padre.

VERRINA.—No cabe precipitacion, donde no cabe retardo. Si no cometo este segundo homicidio, no respondo del primero.

BORGOGNINO.—Mas ¿cuándo debe morir Fiesco?

VERRINA.—Cuando Génova sea libre, Fiesco morirá.

EL CENTINELA.—¿Quién vive?

ESCENA VI.

Dichos.—FIESCO.

FIESCO.—Amigo. (*Todos le saludan y los centinelas presentan las armas.*) Bien venidos, mis queridos huéspedes. Sin duda me habeis murmurado por la tar-

danza ; excusadme. (*Por lo bajo á Verrina.*) ¿ Está dispuesto todo ?

VERRINA. — (*Al oido.*) A pedir de boca.

FIESCO. — (*Por lo bajo á Borgognino.*) Y...

BORGOGNINO. — Todo está en órden.

FIESCO. — (*A Sacco.*) Y...

SACCO. Todo marcha.

FIESCO. — ¿ Y Calcagno ?

BORGOGNINO. — No ha venido todavía.

FIESCO. — (*A los centinelas.*) Cerrad las puertas. (*Se quita el sombrero y se adelanta con dignidad y soltura hácia los congregados.*) Señores, me tomé la libertad de invitaros á un espectáculo en mi casa, no ciertamente para divertiros, sino con el objeto de repartir los papeles. Harto hemos sufrido, amigos mios, las injurias y desaires de Dória y las usurpaciones de Andrés. Si queremos libertar á Génova, no hay ya tiempo que perder. ¿ Con qué objeto pensais que sitian el puerto de nuestra patria veinte galeras ? ¿ Con qué objeto contrajeron los Dórias ciertas alianzas y han llamado al corazon de Génova extranjera tropa ? No se trata ya de murmurar ni de maldecir. Fuerza es arriesgarlo todo por salvarlo todo, que á grandes males, grandes remedios. ¿ Quién habrá entre nosotros que sufra por soberano al que no sea su igual ? ¿ Y quién de nosotros no cuenta tan antiguo abolengo como la misma ciudad ? Yo os conjuro por lo más sagrado, á que me digais qué privilegio tienen entonces aquellos dos simples ciudadanos para alzarse por encima de nosotros con insolente vuelo. (*Vivos murmullos.*) No existe un solo hombre aquí, que no sea llamado á defender la causa de Génova contra sus opresores, ni pueda abandonar un ápice sus derechos sin hacer traicion al alma del Estado. (*Agitacion é interrupciones. Luego continúa.*) Pues veo que os conmueven mis frases, doy por ganada la causa. ¿ Quereis seguirme ? Estoy pronto á conduciros. Esos preparativos, que poco há os sobrecogieron de terror, deben infundiros ahora valor heroico y trocarse tales temblores y ansiedad en memorable celo para aliaros á los patriotas y á mí, y aterrar á los tiranos. El éxito coronará nuestros esfuerzos, porque mi plan está bien concebido y la empresa es justa, puesto que Génova sufre ; gloriosa, puesto que es arriesgada y grande.

ZENTURIONE. — (*Con arrebato.*) Basta. Génova será libre. Con semejante grito de guerra combatiríamos contra el mismo infierno.

ZIBO. — Quien no despierte á ese grito, gima condenado á eterna brega hasta el dia del juicio.

FIESCO. — Esto es hablar como hombres. Ahora mereceis conocer el peligro que os amenaza, á vosotros y á Génova. (*Les entrega la lista que consiguió el Moro.*) Aquí, luces, muchachos. (*Los nobles se agolpan al rededor de una antorcha y leen.*) Esto marcha á medida de mis deseos, amigos.

VERRINA. — No lo digas muy alto. A algunos ví palidecer y temblar, allá á la izquierda, en el fondo.

ZENTURIONE. — (*Furioso.*) ¡ Doce senadores ! ¡ Infamia como ella! Vamos, espada en mano... (*Todos echan mano á las armas, excepto dos.*)

ZIBO. — Tu nombre figura tambien en la lista, Borgognino.

BORGOGNINO. — Y hoy mismo, Dios mediante, he de escribirlo en la garganta de Dória.

ZENTURIONE. — Quedan allí dos espadas.

ZIBO. — ¿ Cómo ?

ZENTURIONE. — Hay dos que no han tomado espada.

ASSERATO. — Mis hermanos no pueden ver sangre... Excusadlos.

ZENTURIONE. — ¿ Cómo no, siendo de tiranos ? ¡ Mueran los cobardes ! Echad de la República estos hijos bastardos. (*Algunos conjurados, movidos de la cólera, se arrojan sobre ellos.*)

FIESCO. —(*Los separa.*) ¡ Deteneos !... ¡ Deteneos ! Génova no puede deber su libertad á esclavos, ni ha de perder el oro su puro sonido con impura liga. (*Separa á los dos hermanos.*) Hacedme la bondad, caballeros, de retiraros á mi palacio hasta que se decidan nuestros asuntos. (*A la guardia.*) Prended á esos dos hombres; me respondeis de ellos. Pónganse dos centinelas á su puerta. (*Se los llevan.*)

EL CENTINELA. — (*De la puerta principal.*) ¿ Quién vive? (*Llaman.*)

CALCAGNO. — (*Con voz angustiada.*) Abrid, amigo,... abrid... por Dios.

BORGOGNINO. — Es Calcagno. ¿ Qué significa esta súplica, por Dios ?

FIESCO. — Abridle, soldados.

ESCENA VII.

Dichos. — CALCAGNO espantado y sin aliento.

CALCAGNO. — ¡ Estais perdidos!... Huid... Sálvese quien pueda... Todo está perdido.

BORGOGNINO. — ¡ Cómo... perdido ! ¿ Son por ventura de bronce y nuestras espadas de caña ?

FIESCO. — Pensadlo bien, Calcagno, porque en nuestro caso este seria imperdonable error.

CALCAGNO. — Nos han hecho traicion... Infernal verdad... Vuestro criado moro, Lavagna... ¡ Miserable! Acabo de verle en el palacio de la Signoria, celebrando una entrevista con el Duque. (*Los nobles palidecen, el mismo Fiesco se inmuta.*)

VERRINA. — (*Con energía, á los centinelas de la puerta del foro.*) Aquí, soldados, pasadme el corazon de una lanzada, que no quiero morir en manos del verdugo. (*Los nobles se desbandan aterrorizados.*)

FIESCO. — (*Sereno.*) ¿ A dónde vais ?... ¿ Qué haceis ?.. Véte al diablo, Calcagno, con tu ciego terror... ¡ Pareces una mujer !... ¡ Decir esto delante de esos niños ! Y tú, Verrina, y tú, Borgognino, ¿ á dónde vais ?

BORGOGNINO. — (*Con vehemencia.*) Yo á casa á matar á Berta y vuelvo.

FIESCO. — (*Soltando una carcajada.*) ¡ Aguardad !... ¡ deteneos ! ¿ Este es el valor de los que quieren matar al tirano ?... Has representado tu papel á maravilla, Calcagno... Pero ¿ no adivinasteis que yo le mandé traer la noticia ? Habla, Calcagno. ¿ Verdad que te mandé poner á prueba el valor de estos antiguos romanos ?

VERRINA. — Bien está. Puesto que puedes reir, quiero creerte, ó no te tendré por hombre.

FIESCO. — ¡ Vergüenza, amigos ! ¡ Sucumbir á esta prueba de muchacho ! Tomad de nuevo las armas. Ahora fuerza os será combatir como leones si quereis reparar esa brecha. (*Por lo bajo á Calcagno.*) ¿ Estabais vos mismo allí ?

CALCAGNO. — Pasé por delante de la guardia para cumplir mi comision é informarme por medio del Dux... y cuando ya me retiraba, veo que traian al Moro.

FIESCO. — (*En alta voz.*) Ya tenemos al viejo en la cama; iremos á sacarle de entre las sábanas. (*Por lo bajo.*) ¿ Habló mucho rato con el Dux ?

CALCAGNO. — Mi súbito pavor y la urgencia del peligro no me han permitido permanecer allí dos minutos.

FIESCO. — (*En alta voz y alegremente.*) ¡ Mirad cómo tiembla todavía mi gente !

CALCAGNO. — No debisteis dejar que estallara tan pronto el motin. (*Por lo bajo.*) Pero, por Dios vivo, Conde, ¿ qué esperais conseguir con ese embeleco ?

FIESCO. — Pienso ganar tiempo. Con eso habrá pasado el primer susto. (*En alta voz.*) ¡ Hola !... que trai-

gan vino. (*Por lo bajo.*) ¿ Palideció el Duque ? (*Alto.*) Vaya, camaradas; quiero que bebamos una vez siquiera antes de entrar en la danza de esta noche. (*Por lo bajo.*) ¿ Palideció el Duque ?

CALCAGNO. — La primera palabra del Moro ha sido conjuracion, y al oirla el viejo, se echó hácia atras, blanco como la nieve.

FIESCO. — ¡ Ah !... ¡ Ah !... ¡ Qué pillo es ! Hasta que les vió con el cuchillo á la garganta, no nos delató. Así ahora será para ellos realmente su ángel salvador. ¡ Qué pillo es ! (*Sale un criado trayéndole una copa de vino; la presenta á la reunion y bebe.*) Brindo por el buen éxito de nuestra empresa, camaradas. (*Llaman.*)

EL CENTINELA. — ¿ Quién vive ?

UNA VOZ. — Abrid... ¡ en nombre del Duque ! (*Los nobles desesperados se desbandan.*)

FIESCO. — (*Dirigiéndose á ellos.*) No ; no os asusteis, hijos mios, que yo estoy aquí. Aprisa ; esconded esas armas. Sed hombres, os ruego. Esta visita me hace esperar que Andrés duda todavía. Salid y serenaos. Abrid las puertas, guardias. (*Todos se van. Se abre la puerta.*)

ESCENA VIII.

FIESCO, como si viniera del castillo.—Tres ALEMANES que traen al MORO agarrotado.

FIESCO. — ¿ Quién me llamaba en el patio ?

UN ALEMAN. — Llevadme á presencia del Conde.

FIESCO. — Ahí le teneis ; ¿ quién me llama ?

EL ALEMAN. — (*Saludándole militarmente.*) Os saludo en nombre del Duque. Os manda agarrotado ese moro que ha ido diciendo pestes de vos. Por esa carta sabreis lo demas.

FIESCO. — (*Toma la carta con indiferencia.*) ¿ No te decia hoy mismo que irias á parar á las galeras ? (*Al Aleman.*) Está bien, amigo. Ofreced mis respetos al Duque.



EL MORO. — (*Alzando la voz.*) Y los mios tambien, y decidle... al Duque... que si no hubiera mandado aquí á un asno, sabria á estas horas que hay dos mil hombres escondidos aquí. (*Los alemanes se van. Salen otra vez los nobles.*)

ESCENA IX.

FIESCO.—Los CONJURADOS.—El MORO con arrogante serenidad.

LOS CONJURADOS. — (*Retroceden á la vista del Moro.*) ¿ Qué es esto ?

FIESCO. — (*Despues de haber leido el billete con reprimida cólera.*) Genoveses ; ya no existe el peligro, pero tampoco la conjuracion.

VERRINA. — (*Sorprendido.*) ¡ Cómo !... ¿ Han muerto los Dórias ?

FIESCO.—(*Con violento ademan.*) ¡Vive Dios! Ni todas las tropas juntas habian de amedrentarme... pero eso, eso no lo esperaba. El débil anciano venció con ese par de líneas á dos mil quinientos hombres. (*Deja caer los brazos con desaliento.*) Dória ha vencido á Fiesco.

BORGOGNINO.—Hablad, pues. Grande es nuestra estupefaccion.

FIESCO.—(*Lee.*) «Lavagna, mala suerte teneis conmigo. Vuestros beneficios son pagados con ingratitud. Este moro me advierte vuestra conjuracion; os lo mando atado, y esta noche dormiré sin guardias.» (*Deja caer el papel. Todos se miran unos á otros.*)

VERRINA.—¿Y bien, Fiesco?

FIESCO.—(*Con nobleza.*) ¡Un Dória me habrá vencido en generosidad!... ¿Faltará esa virtud á la raza de Fiesco?... No por vida mia; tan cierto como me llamo así. Separaos. Corro á verle y á confesárselo todo. (*Hace que se va.*)

VERRINA.—(*Le detiene.*) ¿Pero estás loco?... ¿Somos niños por ventura, ó se trata realmente de la causa de la patria? ¿Contra quién te dirigias tú? ¿Contra la persona de Andrés ó contra el tirano? Detente, repito. Te prendo por traidor al Estado.

LOS CONJURADOS.—¡Atadle!... ¡Echadle al suelo!

FIESCO.—(*Coge una espada y se abre paso.*) Poco á poco. ¡A ver quién será el primero que eche el lazo al tigre!... Vedlo, señores; soy libre y puedo ir donde quiera. Pero me quedo; se me ocurre otra idea.

BORGOGNINO.—La de vuestros deberes.

FIESCO.—(*Colérico y con altivez.*) Mancebo, aprended primero á conocer los vuestros con respecto á mi, antes de hablarme de los mios. Tranquilizaos, señores... Todo sigue como hasta ahora. (*Al moro, desatándole.*) Tienes el mérito de haber dado lugar á una grande accion... Lárgate.

CALCAGNO.—(*Airado.*) ¡Cómo!... ¡Cómo!... ¿Vivirá ese pagano, despues de haber hecho traicion á todos?

FIESCO.—Viva él, con haberos asustado así. Vete, camarada. Pero advierte que pesa la ciudad entera sobre tus hombros, y que sus hijos pueden vengar en tí su falta de valor.

EL MORO.—Esto prueba que el diablo no deja nunca á un pícaro en un apuro... Soy vuestro muy humilde y obediente servidor, señores. Ya veo que no crece en Italia el cáñamo con que han de ahorcarme, y fuerza será que vaya por él á otro lado. (*Se va riendo.*)

ESCENA X.

Sale un CRIADO.—Dichos excepto el MORO.

EL CRIADO.—La condesa Imperiali ha preguntado ya tres veces por su señoría.

FIESCO.—Diablo, es verdad; debe empezar la funcion. Dile que al instante soy con ella. Aguarda; ruega á la señora condesa, mi esposa, que me espere en la sala de conciertos, escondida detras de los tapices. (*Vase el criado.*) En esta hoja apunté el reparto de papeles, y todo irá á maravilla, si cada cual atiende al suyo respectivo. Antes irá Verrina al puerto, y cuando se haya apoderado de las naves, dará la señal del ataque con un cañonazo. Ahora yo me voy, porque me reclama un importante asunto. En cuanto suene una campanilla, acudid todos á la sala de conciertos... y mientras, entrad... saboread á placer mi vino de Chipre.

(*Se van todos.*)

ESCENA XI.

La sala del concierto.

LEONOR, ARABELLA, ROSA; las tres muestran su ansiedad.

LEONOR.—Fiesco ha prometido venir aquí, y no viene, y son ya las once dadas. El palacio entero resuena con el rumor de armas y hombres, y él no viene.

ROSA.—Dice que debeis esconderos tras los tapices. ¿Qué intento será el suyo?

LEONOR.—Lo quiere él, y me basta para obedecer sin temor alguno. Pero tiemblo... Bella... mi corazon late angustiado. Por Dios, hijas mias, no me dejeis.

ARABELLA.—Nada temais, señora. El espanto enfrena nuestra curiosidad.

LEONOR.—Donde quiera que vuelvo los ojos, sólo veo semblantes desconocidos para mí, como siniestros y desfigurados espectros. Apenas llamo á uno, tiembla como un malhechor y huye á esconderse en la sombra, negro asilo de la conciencia culpable; si por ventura me responde, me habla con cierto misterio, como si la angustia y la vacilacion le helaran la respuesta en los labios... Fiesco... Algo terrible se prepara aquí. ¡Oh Dios mio! (*Juntando las manos suplicante*)... proteged á mi querido esposo.

ROSA.—(*Asustada.*) Jesus... ¡qué ruido en la galería!

ARABELLA.—Es el centinela.

EL CENTINELA.—(*Dentro.*) ¡Quién vive!

LEONOR.—Alguien viene. Aprisa... á escondernos.

(*Se esconden detras de los tapices.*)

ESCENA XII.

JULIA, FIESCO, salen conversando.

JULIA.—(*Muy turbada.*) Callad, Conde, por Dios, que tales galanteos no suenan en oido indiferente é inflaman mi pasion... ¿Dónde estoy?... Solos... sin más compañía que la noche con sus seducciones. ¿A dónde habeis traido, Conde, mi pobre corazon indefenso?

FIESCO.—Donde el amor desalentado cobra ánimos, señora, y la emocion responde con más libertad á la emocion.

JULIA.—Basta, Fiesco. Os ruego por lo más sagrado que no paseis adelante. A no ser tal la oscuridad, vierais encenderse mis mejillas y me tendriais compasion.

FIESCO.—Todo lo contrario. Mi turbacion creceria con la tuya, y mi audacia con ella. (*Le besa la mano con ardor.*)

JULIA.—¡Qué ardor febril anima tu rostro y tus palabras!... ¡Ay de mí! Siento arder en el mio, culpable é impetuosa llama... Que traigan luces, te ruego. Cediera mi pasion al arrebatado influjo de la oscuridad. Rebelde al yugo, proseguiria su impía obra... Creedme, Fiesco;... salgamos de aquí.

FIESCO.—(*Con mayor instancia.*) ¿A qué, amor mio, esta inmotivada inquietud? ¿Por ventura la reina debe temer á su esclavo?

JULIA.—¡Malditos seais vosotros y vuestras eternas contradicciones! ¡Como si no fuerais los vencedores, y los más peligrosos, una vez cautivasteis nuestro amor propio! Porque, si es fuerza confesarlo, fué mi amor propio el guardador de mi virtud, y mi orgullo quien desafiaba tus artificios. Sólo en esto se fundaba

mi firmeza. Desesperaste de la astucia y acudes á mi debilidad... Ahora, dejadme.

FIESCO. — (*Confiadamente.*) ¿ Y qué pierdes con perder tu fuerza ?

JULIA. — (*Con arrebato.*)... ¿ Qué ?... ¿ No lo habré perdido todo, el dia que te haya entregado como juguete la llave del santo pudor y puedas tú afrentarme cuando te parezca ?... ¿ Quieres saber más, burlon ? ¿ Querrás aún que te confiese que todo el secreto de nuestra habilidad consiste en defender con miserables precauciones este punto débil, pronto á ceder á vuestras protestas ¡rubor me causa decirlo! apenas vuelve el rostro la virtud ?... ¿ Es fuerza que te diga cómo nuestros artificios femeniles se emplean en proteger esta plaza sin defensa, del modo que en el ajedrez todas las piezas en defender al rey, inmóvil ? Si ganas es mate y todo va de vencida. (*Pausa. Gravemente.*) Acabo de mostrarte nuestra pomposa miseria. Sé generoso.

FIESCO. — Y sin embargo, Julia, ¿ á quién mejor que á mi infinita pasion pudieras confiar ese tesoro ?

JULIA. — Sin duda que no pudiera estar ni en mejores ni en peores manos... Óyeme, Fiesco... ¿ Cuánto tiempo durará ese infinito ? Harto desgraciada he sido para exponer áun mi último bien. Fié en mis hechizos, Fiesco, para cautivarte, mas no les creo el poder de retenerte. Pero ¿ qué es lo que he dicho, Dios mio ? (*Retrocede y oculta el rostro entre las manos.*)

FIESCO. — Dos blasfemias en una. Desconfiais de mi buen gusto y cometeis un crímen de lesa majestad injuriando vuestra belleza. ¿ Cuál de ambos crímenes es más excusable ?

JULIA. — (*Fatigada, próxima á sucumbir y con voz conmovida.*) Los embustes son las armas del infierno, y Fiesco no tiene necesidad de ellas para subyugar á Julia. (*Cae sin aliento en el sofá. Pausa. Continúa en*

tono solemne :) Oye, Fiesco ; permíteme que te diga la última palabra. Somos verdaderas heroínas mientras creemos segura nuestra virtud ; niñas, cuando la defendemos ; (*Fija los ojos en los de Fiesco*)... furias, cuando nos toca vengarla... Oye, Fiesco; si me inmolaras friamente...



FIESCO. — (*Arrebatado.*) Friamente... ¡ Por el cielo !... ¡ Qué habrá que satisfaga la insaciable vanidad de una mujer, si duda todavía, cuando ve un hombre arrastrándose á sus plantas ? ¡ Ah !... siento que despierta mi altivez; lo siento. (*Con frialdad.*) Cae la venda de mis ojos. Los más grandes favores de una mujer

no bastan á compensar la más pequeña bajeza de un hombre. *(Saludándola friamente.)* Serenaos, señora, porque estais segurísima.

JULIA.—*(Sorprendida.)* ¡Conde!... ¡Qué mudanza!

FIESCO.—*(Con absoluta indiferencia.)* No, señora; teneis razon que os sobra. Ambos no podemos sacrificar nuestro honor más que una sola vez. *(Le besa cortesmente la mano.)* Permitidme, pues, que os ofrezca mis respetos. *(Hace que se va.)*

JULIA.—*(Deteniéndole.)* ¡Aguarda!... pero deliras... ¡aguarda!... Quieres forzarme á que te diga abiertamente lo que todos los hombres, de rodillas y con lágrimas en los ojos, no hubieran podido arrancar á mi orgullo. ¡Oh desdicha mia!... No es bastante esa oscuridad á ocultar el ardor que harto muestra mi rostro inflamado. ¡Ah Lavagna! Ultrajo mortalmente á mi sexo... seré odiada para siempre... Fiesco, ¡te adoro! *(Cae á sus piés.)*

FIESCO.—*(Retrocede y sin alzarla suelta una carcajada de triunfo.)* Lo siento, señora. *(Llama, levanta el tapiz y presenta á Leonor.)* ¡Mi esposa!... Una mujer divina. *(Se echa en brazos de Leonor.)*

JULIA.—*(Se levanta gritando.)* ¡Oh inaudita traicion!

ESCENA XIII.

Salen en tropel los CONJURADOS, y por otra puerta las damas. FIESCO, LEONOR y JULIA.

LEONOR.—¡Oh, esposo mio!... Esto es demasiado.

FIESCO.—Otra cosa no merecia un mal corazon. Debia esta satisfaccion á tus lágrimas. *(A los presentes.)* No, señores mios, no: no estoy habituado á perder el juicio, como un mozalbete, á la menor ocasion. Las locuras de los hombres me divierten mucho tiempo

antes de arrebatarme. Esta mujer es merecedora de toda mi cólera, porque habia preparado para un ángel este veneno. *(Lo muestra á todos, que retroceden con espanto.)*

JULIA.—*(Devorando su ira.)* Bien... muy bien... divinamente, caballero. *(Hace que se va.)*

FIESCO.—*(Deteniéndola.)* Un poco de paciencia, señora, que no he acabado todavía. Cuantos me oyen sabrán con placer por qué abdiqué mi razon, hasta el punto de representar esta insensata farsa con la mujer más insensata de Génova.

JULIA.—*(Enfurecida.)* Es insoportable, pero tiembla. *(Amenazante.)* Dória empuña el rayo en Génova, y yo soy su hermana.

FIESCO.—Si este es vuestro último veneno, peor para vos. Por desgracia, puedo anunciaros que Fiesco de Lavagna hizo con la corona que robó vuestro serenísimo hermano, una cuerda con que ahorcar esta misma noche al usurpador de la República. *(Julia palidece. Fiesco continúa sonriendo.)* ¡Ah!... ¡ah!... no lo esperabais, y sin embargo *(con ironía creciente)* ved por qué me pareció conveniente ocupar en algo la curiosidad de vuestros allegados, y me entregué á esa pasion de arlequin, y abandoné *(señalando á Leonor)* ese diamante, por correr tras ese brillante falso. Os doy las gracias por vuestra complacencia, señora, y abandono mi disfraz. *(Le devuelve el retrato haciendo una profunda reverencia.)*

LEONOR.—*(Suplicante, á Fiesco.)* ¡Ludovico mio!... Está llorando la pobre. Leonor se atreve á suplicarte temblorosa...

JULIA.—*(Con arrogancia, á Leonor.)* Cállate, odiosa criatura.

FIESCO.—*(A un criado.)* Sed galante y ofreced el brazo á la señora, que desea visitar mi prision de Estado. Cuidareis bajo vuestra responsabilidad de que nadie

la importune... Como sopla mucho el aire afuera... la tormenta que derrumbará esta noche el trono de Dória podria echar á perder su peinado.

JULIA.—(*Sollozando.*) Así te mate la peste, perverso y profundo hipócrita. (*A Leonor, colérica.*) No te goces en su triunfo; tambien á tí te perderá y se perderá á sí mismo... La desesperacion le aguarda. (*Vase.*)

FIESCO.—(*A los convidados.*) Habeis sido testigos de lo ocurrido; os suplico que vengueis mi honor en Génova. (*A los conjurados.*) Venid por mí en cuanto suene el primer cañonazo. (*Todos se van.*)

ESCENA XIV.

LEONOR.—FIESCO.

LEONOR.—(*Se le acerca con ansiedad.*) ¡Fiesco, Fiesco! sólo os comprendo á medias, pero empiezo á temblar.

FIESCO.—(*Gravemente.*) Leonor, os ví siempre á la izquierda de una genovesa, y en la asamblea de los nobles ser la segunda en el besa-manos. Esto, Leonor, me lastimaba. He decidido que debia cesar y cesará. ¿Ois el bélico tumulto de mi palacio? ¡Cuánto temiais, es verdad... Id á descansar, Leonor, que mañana amaneceréis duquesa.

LEONOR.—(*Juntando las manos se echa en un sillon.*) ¡Oh Dios mio!... ¡Mis presentimientos!... Estoy perdida.

FIESCO.—(*Con calma y dignidad.*) Dejadme hablar, amor mio. Dos de mis antepasados ciñeron triple corona, y la sangre de los Fiesco sólo corre á placer bajo la púrpura. ¿Por qué ha de renunciar vuestro esposo á este hereditario esplendor? (*Animándose por grados.*) ¿Por qué ha de fiar su grandeza á la suerte, que le dió

en un dia de mal humor, por cerrar el paso á un Juan Ludovico Fiesco con los restos de un viejo y enmohecido pasado? No, Condesa; soy demasiado altivo para esperar á que me dén lo que yo puedo tomarme por mi mano. Esta misma noche he de arrojar á la tumba de mis abuelos los esplendores que heredé. Los condes de Lavagna han muerto y empiezan los príncipes de Lavagna.

LEONOR.—(*Mueve la cabeza, fija la vista en el vacío, como alucinada.*) ¡Qué veo! Cae al suelo mi esposo, mortalmente herido. (*Con voz sombría.*) ¡Ahora desfila un silencioso cortejo que me trae el cadáver destrozado de mi esposo! (*Levantándose con espanto.*) La primera y única bala que se dispara, atraviesa el corazon de mi Fiesco.

FIESCO.—(*Asiéndole la mano con ternura.*) Cálmate, hija mia. Esta bala no me tocará.

LEONOR.—(*Le contempla seriamente.*) ¡Tanto puedes fiar en el cielo! Más que existiera una sola probabilidad, entre mil, esta milésima probabilidad podria acaecer y perderia á mi esposo. Mira, Fiesco, que te juegas la misma salvacion, y aunque fuesen mil contra una ¡cómo serás tan atrevido que eches suertes y lances á Dios tan audaz reto? No, esposo mio. Cuando se arriesga el todo por el todo, cada golpe de dados es un acto sacrílego.

FIESCO.—(*Sonriéndose.*) No temas. La fortuna y yo somos buenos camaradas.

LEONOR.—Esto dices, y persistes en ese juego que consume el corazon. ¡A eso llamais pasatiempo! Harto conoces cómo la traidora sabe atraerse á su predilecto con algunos golpes felices, hasta que se levanta enardecido y con el intento de cargar con todo... ¡Entonces le abandona á su desesperacion! ¡Oh esposo mio!... no, no saldrás á la calle para ganarte el afecto de los genoveses; no irás á arrancar de su sueño á

esos republicanos. Domar un caballo fogoso no es lo mismo que sacarle á paseo. Fiesco, no te fies de los rebeldes; Fiesco, mira que los astutos que te excitan, te temen, y los necios que te divinizan, de nada han de servirte. Donde quiera que vuelvo los ojos, veo la perdicion de mi Fiesco.

FIESCO.—(*Paseándose á lo largo.*) La falta de valor es el peor de los males. Algun sacrificio debe hacerse para alcanzar grandeza.

LEONOR.—La grandeza... ¡Fiesco!... ¡Ah! ¡Si supieras cómo me lastima la superioridad de tu genio! Mira; tengo confianza en tu suerte, y quiero creer que triunfarás... pero, entonces ¡ay desdichada de mí! seré la más infortunada mujer que hubo en el mundo. Desgraciada, si te estrellas; más desgraciada todavía si vences. No hay medio, amigo; si Fiesco no es dux, está perdido; si llega á serlo, he perdido á mi esposo.

FIESCO.—No te comprendo.

LEONOR.—¡Ah, Fiesco mio! Sécase bien pronto en las agitadas regiones del trono la flor delicada del amor. El corazon del hombre (aunque este hombre sea el mismo Fiesco) es estrecho para contener las dos divinidades poderosas que se aborrecen mutuamente. El amor vierte lágrimas; la ambicion tiene los ojos de bronce, que jamas humedeció el sentimiento. El amor ansía un solo bien y rechaza el resto de la creacion entera; la ambicion, ni con la creacion entera se sacia. Convierte el mundo en calabozo horrísono con el rumor de las cadenas, mientras el amor con sus ilusiones trueca en paraíso el desierto. Vendrás á descansar en mi regazo, y un vasallo rebelde atacará el imperio en aquel instante; iré á tí con los brazos abiertos, y con la ansiedad del déspota sentirás los pasos del asesino tras un tapiz y huirás de sala en sala medroso. Sí; el recelo, ojo avizor, turbaria la paz doméstica. Cuando tu Leonor te trajere refrigerante bebida, rechazarias la copa convulso, y acusarias mi ternura de envenenamiento.

FIESCO.—Calla, Leonor. ¡Horrible cuadro!

LEONOR.—No está acabado todavía. Con gusto te dijera: sacrifica el amor á la gloria, sacrifícale tu reposo, mientras sigas siendo para mí el mismo Fiesco. Pero este es el último golpe. Rara vez los ángeles ocupan el trono, y aún más rara vez descienden de él. Quien no debe temer ya al hombre, ¡cómo sentirá compasion por el hombre! Quien puede hacer bueno su deseo con el poder, ¡cómo ha de endulzarlo con tiernas palabras! (*Calla, se acerca á él tiernamente, le coge la mano y le dice con tierna amargura:*) Deja para los príncipes, Fiesco, esta suerte de mal concebidos proyectos del genio ambicioso, mas limitado en su poder;... déjales á ellos el empeño de colocarse entre Dios y la humanidad... ¡Fatales creaciones... y aún más fatales creadores!

FIESCO.—(*Se pasea agitado.*) Cesa, Leonor; es tarde; he quemado mis naves.

LEONOR.—(*Contemplándole con ternura.*) ¿Y por qué, esposo mio? Sólo los hechos son irreparables. (*Con ternura y malicia.*) ¡Cuántas veces me has jurado que mi belleza te hizo olvidar todos tus proyectos!... Entonces ó jurabas en falso, hipócrita, ó mi belleza se ha marchitado bien pronto. Dí tú quién tiene la culpa. (*Le abraza con pasion.*) Torna á mis brazos... Ten firmeza y renuncia á tus designios. El amor te recompensará. ¿No te basta mi corazon para apagar tu sed ardiente? ¡Oh Fiesco! Si no lo puede el amor, menos lo podrá una corona. (*Con cariñoso acento.*) Ven, quiero prevenir todos tus deseos, y reunir en un beso todos los hechizos de la vida, y retener con lazo celestial á mi noble prófugo... Tus deseos son infinitos... y el amor tambien lo es, Fiesco. (*Enternecida.*) ¡Hacer feliz á una pobre criatura que halla un paraíso en tus

ACTO V.

Es más de media noche. — Gran calle de Génova. — En diversos sitios y frente á las casas habrá algunas linternas que irán apagándose sucesivamente. — En el foro la puerta de Santo Tomás, la cual estará cerrada. — Discurren por la plaza algunas personas con linternas. — Pasa la ronda. — Reina la tranquilidad. — El mar está agitado.

ESCENA PRIMERA.

FIESCO sale armado y se detiene delante del palacio de Andrés. Luego ANDRÉS.

FIESCO.

EL buen viejo ha cumplido su palabra. No veo luces ni centinelas en el palacio... Voy á llamar. (*Llama.*) ¡Hola!... Despierta, Dória; estás rendido, te han hecho traicion... Dória... despierta... ¡Ea!

ANDRÉS. — (*Asomándose al balcon.*) ¡Quién va!

FIESCO. — (*Con voz fingida.*) No quieras saberlo..... huye... te abandona tu estrella... Génova se subleva contra tí; tus verdugos se acercan. ¿Y puedes dormir todavía, Andrés?

ANDRÉS. — (*Con dignidad.*) Tranquilo dormia cuando el mar enfurecido azotaba mi galera, y crujia la quilla, y se partia el palo mayor... ¡conque ya ves!... ¿Quién manda esos verdugos?

FIESCO. — Un hombre más temible que el mar enfurecido. Juan Ludovico Fiesco.

ANDRÉS. — (*Riéndose.*) ¡Qué chancero estás, amigo! Mira, guarda para mañana tus chanzas, que esta no parece hora muy oportuna.

FIESCO. — ¿Conque, te burlas de quien viene á avisarte?

ANDRÉS. — No; se lo agradezco, pero... me voy á dormir. En cuanto á Lavagna, seguramente se habrá amodorrado en sus orgías, y no le queda tiempo para pensar en Dória.

FIESCO. — ¡Ah, desdichado!... No te fies de semejante serpiente de siete colores... Te acercarás á ella sin recelo y serás víctima de vértigo mortal. Si te mofaste de los avisos de un traidor, no te mofes ahora de los consejos de un amigo. En el patio te aguarda un caballo; huye, ahora que es tiempo todavía; no desdeñes á un amigo.

ANDRÉS. — Fiesco tiene noble corazon, y como en nada le ofendí, no ha de venderme.

FIESCO. — Tiene noble corazon y te ha vendido. De ambas cosas te ha dado pruebas.

ANDRÉS. — Pues bien; cuento con una guardia que ni el mismo Fiesco puede derrotar, como no mande un ejército de querubines.

FIESCO. — (*Irónico.*) Me gustaria hablar á esa guardia y darle un billetito para la eternidad.

ANDRÉS. — (*Con nobleza.*) ¡Pobre burlon! ¿Ignoras acaso que Andrés Dória cuenta ochenta y cinco años, y que Génova es feliz? (*Vase.*)

FIESCO. — (*Contemplándole fijamente.*) ¡Forzoso fué sin duda que antes de derribar á ese hombre me convenciese de que es imposible igualarle! (*Da algunos pasos pensativo.*) No; pagué generosidad con generosidad; estamos en paz, Andrés. Ahora siga la destruccion su camino.

(Se va precipitadamente por una calle apartada. Suena el redoble del tambor en diversos puntos y se promueve un violento combate junto á la puerta de Santo Tomás, hasta que cede ésta hecha astillas y aparece la vista del puerto y de las naves alumbradas por antorchas.)

ESCENA II.

GIANETTINO embozado en una capa color de escarlata.—Le preceden casi corriendo LOMELLINO y algunos criados con antorchas.

GIANETTINO. —(*Se detiene.*) ¿Quién ha mandado tocar á generala?

LOMELLINO. —Las galeras dispararon un cañonazo.

GIANETTINO. —¡Cómo sacuden los esclavos las cadenas! (*Suenan algunos tiros de mosquete junto á la puerta de Santo Tomás.*)

LOMELLINO. —Por allí es el ataque.

GIANETTINO. —¡La puerta está abierta y la guardia en conmocion! (*A los criados.*) Aprisa, bribones... ¡luz!... Corramos al puerto.

(*Corren hácia la puerta del foro.*)

ESCENA III.

Dichos.—BORGOGNINO con los CONJURADOS que llegan por la puerta de Santo Tomás.

BORGOGNINO. —Muy bravo es Lescaro.

ZENTURIONE.—Se defendió como un leon antes de sucumbir.

GIANETTINO.—(*Retrocede con la mayor sorpresa.*) ¿Qué es lo que oigo?... Deteneos.

BORGOGNINO. —¿Quién va allá con una antorcha?

LOMELLINO. —¡Los enemigos, Príncipe!... Escurrid el bulto por la izquierda.

BORGOGNINO. —(*Más alto.*) ¿Quién va allá con una antorcha?

ZENTURIONE. —¡Atrás!... el santo y seña.

GIANETTINO.—(*Tira de la espada con arrogancia.*) ¡Sumision y Dória!

BORGOGNINO. —(*Con ira.*) ¡Robador de la República y de mi prometida! (*A los conjurados y acometiendo á Gianettino.*) ¡Qué buena presa, camaradas! Sus propios demonios le traen. (*Le hiere.*)

GIANETTINO.— (*Cae; con voz de angustia.*) ¡Socorro!... ¡Al asesino!... ¡al asesino!... Vengame, Lomellino.

LOMELLINO Y LOS CRIADOS. —(*Huyendo.*) ¡Socorro!... ¡Al asesino!...

ZENTURIONE. —(*Exclama en alta voz.*) ¡Ha muerto!... ¡Prended al Conde! (*Prenden á Lomellino.*)

LOMELLINO. —(*Cayendo de rodillas.*) No me mateis; seré de los vuestros.

BORGOGNINO. —¿Vive todavía el monstruo? Soltad á ese cobarde. (*Lomellino escapa.*)

ZENTURIONE. —Ya es nuestra la puerta de Santo Tomás y Gianettino ha muerto. Corred cuanto podais, id á decírselo á Fiesco.

GIANETTINO.—(*Se incorpora con las ansias de la muerte.*) ¡Maldicion!... ¡Fiesco! (*Muere.*)

BORGOGNINO.—(*Saca la espada del cadáver.*) Génova es libre y Berta tambien. Dame tu espada, Zenturione, y lleva esa, ensangrentada todavía, á mi esposa. Su cárcel está abierta; yo iré cuanto antes á darle el beso de esposo. (*Se van en opuesta direccion.*)

ESCENA IV.

ANDRÉS DÓRIA. —Soldados alemanes.

UN ALEMAN. —El ataque ha seguido esta direccion. Montad á caballo, Duque.

ANDRÉS. – Deja que contemple por última vez las torres y el cielo de Génova... ¡Ah!... ¡no es sueño! Andrés fué víctima de la traicion.

UN ALEMAN.— Donde quiera, sólo hallamos enemigos. Huid, Duque, huid, pasad la frontera.

ANDRES.—(*Arrojándose sobre el cadáver de su sobrino.*) ¡No! ¡Quiero morir aquí!... No me hableis de fugarme... Aquí descansa la fuerza de mi vejez; mi carrera acabó. (*Calcagno á lo lejos, con los conjurados.*)

UN ALEMAN.— ¡Los asesinos!... ¡los asesinos!... huid, Príncipe.

ANDRES. — (*Suena el tambor.*) Oidme, extranjeros, oidme... Estos son los genoveses cuyo yugo rompí con mis manos. ¿Recompensais así tales servicios en vuestro pais?

EL ALEMAN.— Huid, huid mientras se mellan sus espadas en los huesos de vuestros alemanes.

(*Se acerca Calcagno.*)

ANDRES. — Salvaos, dejadme. Id y poned espanto á las naciones con la terrible nueva; los genoveses mataron á su padre.

EL ALEMAN.—Huid, la lucha nos da tiempo todavía... ¡Camaradas!... Resistid con firmeza y conducid al Duque en medio. A zurriagazos debeis enseñar á esos perros de italianos el respeto debido á las canas.

CALCAGNO.—¿Quién va?... ¿Qué hay?

LOS ALEMANES.— (*Acometiéndole.*) Soldados alemanes.

(*Combaten. Retiran el cadáver de Gianettino.*)

ESCENA V.

LEONOR disfrazada de hombre; ARABELLA; salen ambas ansiosas.

ARABELLA.— Venid, señora, venid.

LEONOR.— Allí ruge la sedicion. Escucha... me parece que oí sollozar á un moribundo... ¡Oh desdicha! Ya le rodean; ya apuntan las armas al corazon de Fiesco... al mio, Arabella... ¡Disparan!... deteneos... es mi esposo. (*Eleva las manos al cielo.*)

ARABELLA.— Pero, por Dios.

LEONOR.— (*Cada vez más loca, grita, yendo de aquí para allá.*) ¡Fiesco!... ¡Fiesco!... ¡Fiesco!... Le abandonan los suyos; vacila su constancia. (*Con espanto.*) ¿Mi esposo á la cabeza de los revoltosos?... Arabella... ¡oh Dios mio!... Mi Fiesco combate por la revuelta.

ARABELLA.— ¡Oh! no, señora. Es, por el contrario, el árbitro temible de la ciudad.

LEONOR.— (*Atenta.*) ¡Pero cómo!... ¡Temblar yo!... ¿La más cobarde republicana abrazará al primero de los republicanos?... ¡Bueno fuera!... Cuando los hombres se disputan el gobierno, las mujeres deben mostrar tambien valor. (*Suenan de nuevo tambores.*) Voy á arrojarme en medio de los combatientes.

ARABELLA. — (*Juntando las manos.*) ¡Dios de misericordia!

LEONOR.— ¡Poco á poco!... Con algo he tropezado... ¡Ah sí! Un sombrero, una capa, una espada en el suelo. (*La recoge.*) Mucho pesa, Arabella, pero ya verás cómo puedo manejarla... cómo sabré manejarla con honor. (*Toca una campana á rebato.*)

ARABELLA.— ¡Oid! ¡oid!... La campana de la iglesia de los Dominicos... ¡Dios tenga piedad de nosotras!... ¡Qué horrible algazara!

LEONOR.— (*Con entusiasmo.*) Dí mejor ¡qué delicioso sonido!... Con esa campana habla Fiesco á la ciudad. Ni el mismo són de las flautas me fué nunca tan grato. Por Fiesco redoblan los tambores... ¡Ah! ¡cómo se inflama mi corazon! Génova entera despierta. A su voz se arrojan los soldados al combate. ¡Y en tanto se asustaria su mujer! (*Suenan otras campanas en diversas torres.*) No; mi héroe abrazará una heroina; mi Bruto

estrechará contra el suyo el corazon de una romana. (*Se cubre con el sombrero, y se echa á los hombros la capa.*) Soy otra Pórcia.

ARABELLA.— ¡Ah, señora! Vos no sabeis cuán terrible parece este delirio... no, no lo sabeis. (*Resuenan otra vez campanas y tambores.*)

LEONOR. — ¡Ah, desdichada!... ¡Y puedes oir esto sin entusiasmo! Las mismas piedras lloran de no poder precipitarse tras Fiesco; estos palacios maldicen al arquitecto que los arraigó fuertemente á este suelo; estas riberas, si pudiesen, olvidaran su puesto y librarian Génova al mar por correr al redoble de los tambores! ¿No despertará tu valor lo que á la misma naturaleza inanimada arranca de sus cadenas?... Bien está; yo hallaré mi camino.

ARABELLA. — ¡Oh Dios! no es posible que os dejeis arrebatar de semejante capricho.

LEONOR. — (*Con heroismo y altivez.*) ¡Pues lo he resuelto, alma vulgar! (*Con calor.*) Acudiré donde más terrible sea el tumulto y combata mi Fiesco en persona. Y cuando oiga que digan: ¿Es Lavagna el invencible, de cuyas manos de hierro depende el destino de Génova? ¿Es Lavagna realmente? Yo les responderé: Sí, genoveses: es él, mi esposo, y yo tengo tambien en ello mi parte. (*Sale Sacco con los conjurados.*)

SACCO. —¿Quién vive? ¿Fiesco ó Dória?

LEONOR. — (*Con entusiasmo.*) ¡Fiesco y libertad! (*Echa á correr hácia una calle. La multitud la separa de Arabella.*)

ESCENA VI.

SACCO, seguido de su tropa. — CALCAGNO llega con otra.

CALCAGNO. — Andrés Dória ha huido.

SACCO. — Mala recomendacion para tí, á los ojos de Fiesco.

CALCAGNO. — Estos osos alemanes estaban plantados como peñas delante del viejo, de forma que ni áun me fué posible verle. Nueve de los nuestros han muerto allí. Incluso yo, he sido herido en la oreja izquierda. Si de tal modo se batian por un extranjero, ¡qué no harian por defender á sus príncipes!

SACCO. — Contamos ya con muchos partidarios y han caido en nuestro poder todas las puertas.

CALCAGNO. — Dicen que el combate arrecia en la fortaleza.

SACCO. — Allí está Borgognino. ¿Y Verrina?

CALCAGNO. — Apostado entre la ciudad y el mar, como el cancerbero. Ni una anchoa pasaria por allí.

SACCO. — Voy á que toquen á rebato en los arrabales.

CALCAGNO. — Y yo, á la plaza Sarzana. ¡Marchen!

(*Se va al son del tambor.*)

ESCENA VII.

El MORO, capitaneando una cuadrilla de rateros.

El MORO. — Habeis de saber, granujas, que á mí se debe el rancho y ahora me dejan sin cuchara... ¡Bueno va! La caza me place. Vamos á incendiar y á pillar cuanto podamos. Mientras ellos se baten por allá por una corona, nosotros pegaremos fuego á las iglesias para que se calienten un poco esos pobres apóstoles que están aqui tiritando de frio.

ESCENA VIII.

Subterráneo alumbrado por una sola lámpara. El fondo estará completamente oscuro, y Berta sola, con la cabeza cubierta de un velo negro, y sentada sobre una piedra. Despues de una breve pausa, se levanta y da algunos pasos.

BERTA.—Luego BORGOGNINO y despues VERRINA.

BERTA. — No suena todavía rumor alguno, ni un solo paso, que anuncie á mi libertador. ¡Horrible espera!... horrible é inútil, como la del hombre enterrado vivo. ¿Y qué es lo que aguardo, insensata? Invariable juramento te retiene en esa cueva. O sucumbe Dória y Génova es libre, ó Berta se consumirá aquí. Tal fué el juramento de mi padre. ¡Horrible cárcel que sólo puede abrir el estertor de muerte del bien defendido tirano! (*Mirando en torno.*) ¡Qué terrible silencio!... parece el de la tumba. La noche se recoge en los rincones solitarios de mi calabozo. Esta lámpara se apaga. (*Se pasea con ansiedad.*) ¡Oh, ven,... ven, amado mio... ¡es tan horrible morir aquí! (*Pausa. Recorre el calabozo y retuerce las manos desesperada.*) Me abandona... rompe su juramento... olvida á su Berta... ¡Ah! Los vivos no curan de los muertos... y esta bóveda es una tumba... Desespera pues, que sólo florece la esperanza, donde Dios deja caer su mirada, y la mirada de Dios no penetra en ese calabozo. (*Nueva pausa; con creciente inquietud.*) Habrán sido derrotados mis libertadores. ¡Quizá frustrada la conjuracion, sucumbió al peligro el intrépido!... ¡Oh, desdichada Berta! ¡Quién sabe si ahora mismo sus sombras errantes lloran, junto á esos muros, sus esperanzas fallidas! (*Lanza un grito.*) ¡Oh Dios! si ya no existen, estoy perdida sin remedio... condenada sin remedio á muerte espantosa. (*Se apoya en el muro y continúa con dolor.*) Y

si vive todavía ¡oh amado mio! si vive, y cuando venga á cumplir su promesa y á llevarse en triunfo á su amada, sólo responde á su júbilo... aquí... en este lugar mudo y solitario... frio cadáver! ¡Ay! sus ardientes besos buscan en vano el aliento de mi vida; llora en vano sobre mi cuerpo; cae mi padre sobre él y resuenan en esos muros desnudos los ayes de su dolor... ¡Oh!... entonces... entonces.... siniestras paredes, calladles mis quejas; decidles que sufrí como una heroína y que mi último suspiro fué una palabra de perdon. (*Cae sin aliento sobre la piedra. Pausa. Suena dentro rumor de campanas y tambores. Berta se levanta.*) Oigamos... ¿Qué pasa? ¡Será sueño ó habré oido realmente... Las campanas suenan todas á la vez de un modo terrible... no... este no es el toque sagrado... (*Crece y se acerca el rumor, corre de una á otra parte con espanto.*) Más recio... más recio todavía. ¡Dios mio! Es el toque de rebato. ¿Ha sido incendiada la ciudad ó entra en ella el enemigo?... Es ruido espantoso, como el clamoreo de millares de hombres... ¿Qué será? (*Llaman á la puerta.*) ¡Se acercan!.. ¡Descorren los cerrojos! (*Se refugia en el fondo.*) Son hombres... ¡La libertad!... ¡la salvacion! ¡la salvacion! (*Sale Borgognino, espada en mano, seguido de algunos con antorchas.*)

BORGOGNINO. — ¡Berta!... ¡Berta!... eres libre. El tirano ha muerto, esta espada le mató!

BERTA. — ¡Salvador mio!... ¡Angel mio!

BORGOGNINO. — ¿Oyes el toque de rebato y el redoble de los tambores? Fiesco es vencedor; Génova, libre; la maldicion de tu padre, anonadada.

BERTA. — ¡Oh Dios mio! Entonces era por mí este terrible rumor... el toque de las campanas...

BORGOGNINO. — Por tí, Berta; es la señal de nuestro matrimonio; sal de ese horrible calabozo y sígueme al altar.

BERTA. — ¡Al altar, Borgognino!... ¿Ahora mismo?

¿A media noche? ¿Con ese espantoso tumulto?..... Cuando no parece sino que el mundo se desquicia... (*Sale Verrina sin que lo adviertan y se detiene sin decir palabra.*)

BORGOGNINO. — Sí; esta misma noche, bella y magnífica, en que Génova celebra su libertad como su himeneo. La espada, húmeda todavía con la sangre del tirano, será mi adorno de bodas, y el sacerdote enlazará la tuya con mi mano, que arde aún despues de mi accion heróica. ¡No temas, amor mio, y sígueme al altar! (*Verrina se coloca entre ambos y los abraza.*)

VERRINA. — Dios os bendiga, ¡hijos mios!

BERTA Y BORGOGNINO. — (*Cayendo á sus plantas.*) ¡Padre mio!

VERRINA. — (*Poniendo las manos en la frente de ambos. Pausa. En tono solemne á Borgognino.*) No olvides jamas á cuánta costa la obtuviste; no olvides jamas que tu matrimonio data de la libertad de Génova. (*Con nobleza y gravedad á Berta.*) Tú eres la hija de Verrina y esposa del matador del tirano. (*Pausa. Les hace seña de que se levanten y dice con voz sofocada:*)... El sacerdote os aguarda.

BERTA Y BORGOGNINO. — (*A la vez.*)... ¡Cómo, padre mio!... ¿No venis con nosotros?

VERRINA. — (*Gravemente.*) Terrible deber me llama á otra parte. (*Suenan trompas y timbales y clamoreo de júbilo.*) ¿Sabes qué significa ese clamoreo?

BORGOGNINO. — Fiesco es proclamado dux. El pueblo le diviniza y le entrega la púrpura, sin que la nobleza, que lo ve con horror, ose protestar contra ello.

VERRINA. — (*Con amarga sonrisa.*) Ya ves pues, hijo mio, que es forzoso que corra á ser el primero en prestar homenaje al nuevo monarca.

BORGOGNINO. — ¿Qué es lo que intentais? Yo os acompañaré.

BERTA. — (*Cogiéndose á Borgognino ansiosa.*) ¡Dios mio!... ¿Qué ocurre, Borgognino?... ¿Qué intenta mi padre?

VERRINA. — Oye, hijo: vendí cuanto poseia y deposité el dinero en tu navío; coge del brazo á tu amada y embárcate sin tardar; tal vez os siga... tal vez nunca más... Dirigíos á Marsella y (*abrazándoles con emocion*) que Dios os acompañe.

BORGOGNINO. — (*Con firmeza.*) Me quedo; no ha pasado todavía el peligro.

VERRINA. — (*Llevándole junto á Berta.*) Insaciable orgulloso, vé y regocíjate con tu esposa. Pues inmolaste á un tirano, déjame el mio. (*Se van.*)

ESCENA IX.

FIESCO sale precipitado.— ZIBO le sigue.

FIESCO. — ¿Quién es el autor del incendio?

ZIBO. — Ya está tomada la fortaleza.

FIESCO. — ¿Quién es el autor del incendio?

ZIBO. — (*Haciendo una seña á los que le siguen.*) Vaya una patrulla en persecucion del culpable. (*Se van algunos hombres del séquito.*)

FIESCO. — ¡Vive Dios!... ¿Quereis hacer de mí un asesino? Daos prisa á traer aquí bombas y cubos. (*Se van algunos hombres del séquito.*) Pero sepamos, ¿Gianettino ha sido preso?

ZIBO. — Así dicen.

FIESCO. — (*Furioso.*) No hacen más que decirlo. ¿Y quién lo dice, Zibo? Por vuestro honor, ¿se ha escapado?

ZIBO. — (*Pensativo.*) Si he de creer á mis ojos antes que á la palabra de un noble, Gianettino vive todavía.

FIESCO. — (*Colérico.*) Va en ello vuestra vida, Zibo.

ZIBO. — Os repito que le ví pasar hace cinco minutos con su plumaje amarillo y su capa colorada.

FIESCO. — (*Fuera de sí.*) ¡Mil rayos! Por vida mia, Zibo, que he de cortar la cabeza á Borgognino... Corred, Zibo; que cierren todas las puertas de la ciudad y echen á pique las falúas para que no pueda fugarse por mar. A quien venga á decirme que Gianettino ha muerto, le regalo ese diamante tan hermoso, el mejor que se halle en Génova, en Luca, en Venecia, en Pisa... (*Zibo se va precipitadamente.*) Corred, Zibo.

ESCENA X.

FIESCO. — SACCO. — El MORO. — Soldados.

SACCO.—Acabamos de sorprender á ese moro echando una mecha encendida en el interior de la iglesia de los jesuitas.

FIESCO. — Te perdoné la traicion porque se trataba de mí, pero el incendiario merece la horca. Llevadlo en seguida y ahorcadlo á la puerta de la iglesia.

EL MORO.—¡Diablo, diablo!... La ocasion no es muy oportuna... ¿No puede rebajarse nada?

FIESCO. — Nada.

EL MORO. — (*Con cierta confianza.*) Mandadme á las galeras á prueba.

FIESCO. — (*A los soldados.*) ¡A la horca!

EL MORO. — Pues bien; quiero hacerme cristiano.

FIESCO. — Poco caso hace la Iglesia de los desechos de la idolatría.

EL MORO.—(*Con acento cariñoso.*) Al menos enviadme borracho á la eternidad.

FIESCO. — No; en ayunas.

EL MORO. — Pero no me ahorqueis en una iglesia cristiana.

FIESCO. — He dado mi palabra de caballero; te dije que tendrias una horca como para tí solo.

SACCO. — (*Con enfado.*) Basta de charla, pagano, que tenemos mucho que hacer.

EL MORO.— Pero si por casualidad la cuerda se rompiera...

FIESCO. — (*A Sacco.*) Que lleven dos.

EL MORO. — (*Resignado.*) Sea pues, y prepárese el diablo á mi imprevista visita.

(Se va con los soldados que van á ahorcarle.)

ESCENA XI.

FIESCO.—LEONOR sale por el fondo, embozada en la capa color de escarlata de Gianettino.

FIESCO. — (*Repara en ella, se adelanta, retrocede luego, y exclama colérico:*) ¡Yo conozco este penacho y esta capa! (*La acomete.*) ¡Yo conozco este penacho y esta capa! (*La hiere ciego de furor.*) Si tantas vidas tienes, álzate y anda.

(Leonor cae lanzando un grito. Suena dentro una marcha triunfal; tambores, cornetas y oboes.)

ESCENA XII.

FIESCO, CALCAGNO, SACCO, ZENTURIONE, ZIBO. — Soldados precedidos de la música y con banderas.

FIESCO. — (*Yendo á su encuentro, alegremente.*) Genoveses; la suerte está echada. Ahi teneis muerta la serpiente de mi alma, el horrible objeto de mi odio, Gianettino; alzad las espadas.

CALCAGNO.— Y yo vengo á deciros que los dos tercios de Génova se afilian á vuestro partido y juran fidelidad á la bandera de Fiesco.

ZIBO. — Verrina, por su parte, me envia desde la

capitana, con encargo de saludaros como señor del puerto y la bahía. Zenturione, el gobernador os entrega por mi mano las llaves y el baston de mando.

SACCO. — Y ambas Cámaras se prosternan, en mi persona, ante su señor y piden de rodillas favor y clemencia.

CALCAGNO. — Quiero ser el primero en felicitar al vencedor desde los muros de la ciudad... ¡Viva Fiesco! rendid las banderas... ¡Viva el dux de Génova!

TODOS. — (*Descubriéndose.*) ¡Viva el dux de Génova! (*Fiesco permanece pensativo y cabizbajo durante esta escena.*)

CALCAGNO. — El pueblo y el Senado aguardan el instante de saludar á su noble señor, revestido de las insignias de la realeza. Permitidme, serenísimo dux, que os conduzca á la Signoria.

FIESCO. — Antes permitidme á mi vez que satisfaga un vivo deseo de mi corazon. Dejé en la mayor angustia á una persona, muy cara para mí, y que debe compartir mi triunfo. (*Conmovido, á los presentes.*) Hacedme el favor de acompañarme á ver á vuestra amable Duquesa. (*Hace que se va.*)

CALCAGNO. — ¿Dejaremos aquí el cadáver del vil asesino ó enterraremos su vergüenza en un rincon?

ZENTURIONE. — Plantad su cabeza en lo alto de una pica.

ZIBO. — Descuarticémosle. (*Arriman luces junto al cadáver.*)

CALCAGNO. — (*Con voz sofocada por el terror.*) Mirad, genoveses... este no es el semblante de Gianettino. (*Todos se detienen mudos de sorpresa.*)

FIESCO. — (*Inmóvil, mira en torno suyo, luego fija la mirada en el cadáver, convulso, agitado.*) ¡Voto al infierno!... No... este no es el semblante de Gianettino. ¡Infernal sorpresa! (*Mira otra vez en torno suyo.*) Génova es mia... decis... ¡mia! (*Lanzando un grito de rabia.*) ¡Espantosa ilusion!... es mi esposa. (*Cae, como herido del rayo. Los conjurados le rodean con profundo silencio. Fiesco se levanta sin aliento y prosigue con voz sombría.*) ¡Genoveses!....¿Maté á mi esposa? Hablad... os lo ruego... no contempleis, pálidos como espectros, este horrible capricho de la naturaleza... ¡Oh! no; catástrofes hay, que, gracias al cielo, no ha de temer el hombre, cabalmente por ser hombre; pues á quien le fué negada la absoluta felicidad, no puede condenársele á un tormento absoluto, infernal; y esto fuera mayor tortura todavía. (*Con horrible calma.*) ¡Oh! no; genoveses; esto no puede ser.

ESCENA XIII.

Dichos. — ARABELLA, sale sollozando.

ARABELLA. — Mátenme, si quieren... Si ya no tengo nada que perder... Decidme, ¡por piedad!... Dejé aquí á mi señora y no la hallo en ninguna parte.

FIESCO. (*Acercándose á ella y con voz temblorosa.*) ¿Tu señora se llama Leonor?

ARABELLA. — (*Con alegría.*) ¡Ah!... sois vos, mi noble y querido señor... no os enojeis contra mí... no pude impedir...

FIESCO. — (*Con vehemencia.*) ¿Qué?

ARABELLA. — Que se lanzara...

FIESCO. — ¿A dónde?

ARABELLA. — Al combate.

FIESCO. — (*Furioso.*) Así se te vuelva la lengua de cocodrilo... ¿Cómo iba?

ARABELLA. — Con una capa de púrpura.

FIESCO. — (*Se arroja á ella con rabia.*) ¡Véte al infierno!... ¿Y la capa?...

ARABELLA. — Estaba aquí, por el suelo.

ALGUNOS CONJURADOS. — (*Murmuran.*) Gianettino fué muerto aquí...

FIESCO. — (*Tambaleándose y pálido como la muerte; á Arabella.*) Pues ya hemos hallado á tu señora.

(Arabella se va angustiada; Fiesco, despavorido, gira en torno la mirada; luego dice con voz temblorosa que se eleva lentamente hasta el tono del furor.)

FIESCO. — ¡ Cierto ! ¡ cierto !... Soy juguete de inconcebible fechoría. (*Convulso.*) Retiraos, míseras criaturas. (*Rechinando los dientes y alzando la vista al cielo.*) ¡ Ah! si tuviera el mundo entre los dientes ! ¡ Ah si pudiera triturarle con horrible rechino hasta que sufriera lo que yo ! (*A los presentes; tembloroso.*) Ya veis lo que es la compasiva raza que alaba al cielo y se felicita de no ser como yo... ¡ como yo ! (*Estremeciéndose.*) Para mí solo este suplicio. (*Con rabia creciente.*) ¡Para mí!... ¿ Y por qué para mí solo, y no para los demas ? ¿ Por qué no puede embotarse mi dolor con el ajeno ?

CALCAGNO. — (*Temeroso.*) Querido dux...

FIESCO. — (*Asiéndole con horrible júbilo.*) ¡ Ah ! Bien venido, amigo. ¡ Alabado sea Dios ! ahí tenemos á otro, víctima tambien del rayo. (*Estrecha á Calcagno entre sus brazos.*) Bien venido á mi infierno, compañero de desgracia. Ya ves que ha muerto ella, la que tú amabas tambien. (*Le fuerza á acercarse á Leonor y á que contemple el cadáver, bajando hácia él la cabeza.*) Desespera; ha muerto. (*Observando en torno con hosca mirada.*) ¡ Ah ! quién pudiera hallarse en el umbral del mismo infierno y contemplar desde allí las torturas de los condenados, y oir sus gemidos !... ¡ Ah ! si pudiera verles... tal vez soportara entonces mi tormento. (*Se acerca á Leonor.*) ¡ Aquí mi mujer asesinada ! No, no es bastante... asesinada por mí, por mí, desalmado. ¿ Y esto no conmueve al mismo infierno ? Primero me encumbró á la cima de la dicha y me entretuvo en las mismas puertas del cielo, y luego... luego... ¡ ah ! si

pudiera con mi aliento emponzoñar las almas... y luego... yo mismo mato á mi esposa. Mal digo ; mayor fué su execrable astucia. Entonces se engañaron mis ojos (*con expresion horrible*) y maté á mi esposa. (*Con espantosa carcajada.*) ¡ Qué obra maestra ! (*Los conjurados vivamente conmovidos, se apoyan en las armas: algunos enjugan sus lágrimas. Pausa. Fiesco, sin aliento y más sereno, pasea en torno la mirada.*) ¡ Alguien llora !... ¡ Sí, vive Dios !... Los mismos matadores de un príncipe lloran. (*Enternecido.*) Decidme si por ventura llorais la horrible traicion de la muerte, ó la caida de mi genio. (*Acercándose á Leonor y en actitud conmovedora.*) ¿ Cómo, lo que derrite en llanto á estos asesinos de corazon de roca, sólo arranca maldiciones á la desesperacion de Fiesco ? (*Cae junto á ella llorando.*) Perdóname, Leonor ; el arrepentimiento no irrita el cielo. (*Con dolor y ternura.*) Años hacia que saboreaba anticipada la ventura de este instante, en que iba a presentar á los genoveses su duquesa. Imaginaba ya el rubor de tu modestia, los latidos de tu seno henchido de orgullo, bajo la plateada gasa, y tu voz, tu voz conmovida, impotente para expresar tu arrobamiento. (*Con viveza.*) ¡ Cómo resonaban en mis oidos las solemnes aclamaciones ! ¡ Cómo el triunfo de mi amada resplandecia sobre la envidia espirante ! Llegó el momento, Leonor... tu Fiesco es dux de Génova, y el más miserable mendigo no querria trocar su suerte por mi corona y mi tormento. (*Con emocion.*) Su esposa comparte su dolor. ¿ Con quién compartiré yo mi poderío ? (*Rompe á llorar é inclina el rostro sobre el cadáver de Leonor. Emocion general.*)

CALCAGNO. — ¡ Era una mujer admirable !

ZIBO. — Ocultemos al pueblo esta siniestra ocurrencia. Flaquearan los nuestros y se envalentonarian los contrarios.

FIESCO. — (*Alzándose con firmeza.*) Oidme, genove-

ses... La Providencia, comprendo su aviso, hiriómе así para poner á prueba mi corazon en el instante de alcanzar el poder. ¡Arriesgada prueba!... Ahora no temo ya ni la desgracia, ni el desvanecimiento. Vamos; me decis que Génova me aguarda; quiero darle un príncipe como no vió otro alguno Europa entera... quiero honrar á esta desgraciada Princesa con tan fúnebre pompa, que la vida perderá sus adoradores y la muerte parecerá esplendente de hermosura como una desposada. (*Se van con la bandera.*)

ESCENA XIV.

ANDRES DORIA.—LOMELLINO.

ANDRES.—Por allí suenan las aclamaciones.

LOMELLINO.—El triunfo les embriaga. Abandonaron las puertas y todos se dirigen hácia la Signoria.

ANDRES.—Sólo mi sobrino abandonó su puesto; ha muerto... ¿oyes, Lomellino?

LOMELLINO.—¿Esperais por ventura algo todavía, Dux?

ANDRES.—(*Con gravedad.*) Tiemblo por tu vida. ¡Mofarte así llamándome Dux, cuando ya nada debo esperar!

LOMELLINO.—Pensad, señor, que una nacion sublevada pesa en la balanza de Fiesco. ¿Qué hay en la vuestra?

ANDRES.—(*Con majestad.*) ¡El cielo!

LOMELLINO.—(*Encogiéndose de hombros, fisgando.*) Desde que se inventó la pólvora, los ángeles ya no pelean.

ANDRES.—¡Miserable bufon que intenta arrebatarle su Dios á un anciano desesperado! (*En tono severo é imperioso.*) Vé, y anúnciales que Andrés vive toda

vía... que les ruego no echen de su patria, á ochenta años, á quien los extrañjeros no perdonarian la prosperidad de Génova; diles que Andrés pide á sus hijos el espacio de tierra bastante para cubrir sus huesos.

LOMELLINO.—Obedezco, mas nada espero de este paso. (*Hace que se va.*)

ANDRES.—Oye; llévate este mechon de pelo encanecido. Diles que era el último que quedaba en mi calva; se desprendió de ella la noche del 3 de enero, cuando separóse Génova de mi corazon. Que rayo en los ochenta, les dirás, y á ochenta años este mechon es harto flojo, pero asaz fuerte, sin embargo, para atar la púrpura del hermoso mancebo. (*Se va tapándose el rostro.*)

(Lomellino se precipita por otra calle. Suenan dentro gritos de júbilo y algazara, trompetas y timbales.)

ESCENA XV.

VERRINA.—FIESCO, con las insignias de dux; encontrándose.

FIESCO.—En buena ocasion llegas, Verrina; iba precisamente á buscarte.

VERRINA.—Y yo á tí.

FIESCO.—Dime, Verrina, si observas alguna mudanza en tu amigo.

VERRINA.—No la deseo.

FIESCO.—Pero ves alguna.

VERRINA.—(*Sin mirarle.*) Espero que no.

FIESCO.—¿Ninguna, vuelvo á preguntarte?

VERRINA.—(*Despues de una rápida mirada.*) Ninguna.

FIESCO.—Pues bien, ya ves cómo es falso que el poder convierta á los hombres en tiranos. Desde que nos separamos, héteme nombrado dux de Génova, y

me parece que Verrina (*abrazándole*) hallará mis abrazos tan ardientes como ayer.

VERRINA. — Siento que sólo pueda corresponder á ellos con frialdad. El cetro de tu poder cae como afilado puñal, entre el dux y yo. Juan Ludovico Fiesco imperaba en mi corazon, y pues conquistó ahora Génova, recobro lo que me pertenece.

FIESCO. — ¡Dios me libre de ello!... ¡Exorbitante precio para un ducado!

VERRINA. — (*Con lúgubre acento.*) ¡De tal manera ha pasado de moda la libertad, que arrojan las repúblicas en las manos del primer advenedizo, por un precio infame!

FIESCO. — (*Mordiéndose los labios.*) A nadie repitas tales palabras sino á Fiesco.

VERRINA. — ¡Oh! claro está que es fuerza ser hombre escogido para oir la verdad sin apalearla. Sólo es lástima que el hábil jugador haya errado en un punto; contó con la envidia, verdad, mas por desgracia olvidó en su astucia á los patriotas. (*Con intencion.*) Yo pregunto al opresor de la libertad, si halló medio tambien de poner freno á la virtud romana. ¡Lo juro, vive Dios! Antes hallarán mis huesos en el potro, que en el cementerio de un ducado.

FIESCO. — (*Asiéndole la mano con ternura.*) No será si el duque se llama tu hermano, y el poder es sólo un tesoro que destina á hacer el bien, como no pudo hasta aquí detenido por la necesidad. ¡Incluso, entonces, Verrina!...

VERRINA. — Incluso entonces. No sé que nunca los regalos del ladron le hayan salvado de la horca. Semejante generosidad no seduce á Verrina. A un conciudadano puedo permitírsela, porque me es dado corresponder á ella, pero los presentes de un príncipe son gracias, y estas sólo quiero recibirlas de Dios.

FIESCO. — (*Con amargura.*) Antes arrancaria la Italia al mar, que á ese testarudo sus convicciones.



Muerte de la esposa de Fiesco.

VERRINA. — Y eso que tratándose de arrancar, no es lo que menos sepas, como se ve con esa República, ese cordero que arrancaste á Dória, el lobo, para devorarla despues tú. En una palabra, dime brevemente, Dux, ¿qué crimen cometió el pobre diablo que colgasteis en la iglesia de los jesuitas?

FIESCO. — Esa canalla pegaba fuego á Génova.

VERRINA. — Pero al menos dejaba intactas las leyes.

FIESCO. — Verrina abusa de mi amistad.

VERRINA. — ¡Lejos de mí la amistad!... Dígote que ya no te amo; te juro que te odio, te odio como la sierpe del paraíso que arrojó al mundo la primera traicion, que aún mana sangre tras cinco mil años... Óyeme, Fiesco; no hablo como vasallo á su señor, ni como un amigo á otro, sino de hombre á hombre. Al mismo Dios de verdad ofendiste forzando la virtud á ayudarte en tu criminal empresa, empleando los patriotas de Génova á la prostitucion de Génova. Si fuera tan necio, Fiesco, que no conociera la maula, ¡vive Dios que me arrancaria las tripas y me estrangulara con ellas, arrojándote á la cara mi postrer aliento con los espumarajos de la convulsion!... Mucho pesará en la balanza del pecado esta régia infamia, pero tú te mofas del cielo y fias tu causa al tribunal de ese mundo. (*Fiesco atónito y mudo, le mira fijamente.*) No intentes responder; hemos concluido. (*Despues de haber medido la escena con los ojos.*) Hay en las galeras del tirano de ayer, Dux de Génova, muchedumbre de pobres diablos que expian sus pasados delitos á fuerza de remos, y vierten al Océano tales lágrimas que el Océano, como un hombre rico, se desdeña de contar... Los buenos príncipes inauguran su reinado con la clemencia; ¿quieres resolverte á libertar á esos galeotes?

FIESCO. — (*Con intencionado acento.*) Sea este el primer acto de mi tiranía. Vé y anúnciales su libertad.

VERRINA. — Pero si te privas de su júbilo vas á hacer

la obra á medias. Goza de ella; vé tu mismo en persona. Puesto que los poderosos presencian rara vez el mal que hacen, no veo que deban retirarse cuando hacen el bien. No tenia al Dux por tan superior que no pueda ver la satisfaccion del último mendigo.

FIESCO.—Eres terrible, pero no sé qué me fuerza á seguirte. (*Ambos se dirigen hácia el mar.*)



VERRINA.—(*Se detiene; con dolor.*) Abrázame por última vez, Fiesco. Nadie hay aquí para ver á Verrina, llorando y enterneciéndose en brazos de un príncipe. (*Le estrecha contra su corazon.*) En verdad que nunca latieron juntos dos corazones más grandes, ni se amaron con tan ardiente y fraternal afeccion. (*Llorando en brazos de Fiesco.*) ¡Ah! ¡Fiesco, Fiesco!... ¡qué vacío dejas en mi alma!... vacío que no podrá llenar la misma raza humana, ni que fuera tres veces más numerosa de lo que es.

FIESCO.—(*Muy conmovido.*) Sé... mi amigo.

VERRINA.—Despójate de esa odiosa púrpura... y lo seré... El primer príncipe fué un asesino, y revistió la púrpura para cubrir la mancha de su crímen con este color de sangre... Óyeme, Fiesco; soldado soy y no me sienta bien el llanto. ¡Fiesco!... Estas son mis primeras lágrimas... despójate de la púrpura.

FIESCO.—Calla.

VERRINA.—(*Con creciente vehemencia.*) Mira, Fiesco; aunque me ofrecieran de un lado todas las coronas del mundo, y de otro todas las torturas, no hincaria la rodilla á ningun mortal. ¡Fiesco! (*Se arrodilla.*) Esta es la primera vez que hinco la rodilla... Despójate de la púrpura.

FIESCO.—Alza; no me irrites más.

VERRINA.—(*Resuelto.*) Me levanto; no te irritaré más. (*Se dirige á una tabla que conduce á las galeras.*) ¡El Príncipe primero! (*Se adelanta por la tabla.*)

FIESCO.—¿Por qué me tiras así de la capa. (*Cae.*)

VERRINA.—(*Soltando terrible carcajada.*) ¡Pues!... Cuando cae la púrpura debe seguirle el Príncipe. (*Le precipita en el mar.*)

FIESCO.—(*En el agua.*) ¡Socorro! ¡Génova! ¡socorro al Dux! (*Desaparece.*)

ESCENA XVI.

CALCAGNO, SACCO, ZIBO, ZENTURIONE, los CONJURADOS, el pueblo; todos acuden ansiosos.

CALCAGNO.—¡Fiesco!... ¡Fiesco! Ha vuelto Andrés: la mitad de Génova vuelve á unirse á él. ¿Dónde esta Fiesco?

VERRINA.—(*Con firmeza.*) Ahogado.

ZENTURIONE.—¿Quién dice tal? ¡Será el infierno ó un loco!

VERRINA.—Ha sido ahogado... si os parece mejor así. Voy al encuentro de Andrés. (*Estupefaccion general. Cae el telon.*)

CÁBALAS Y AMOR.

DRAMA DE COSTUMBRES.

TRADUCCION DE

JOSÉ YXART.

(Ilustracion de *H. Lossow*. Grabados de *Closz* y *Ruff*.)

PERSONAS.

EL PRESIDENTE WALTER, principal funcionario de la córte de un Príncipe aleman.

FERNANDO, su hijo.

KALB, mariscal de la córte.

LADY MILFORD, la amiga del Príncipe.

WURM, secretario particular del Presidente.

MILLER, músico de la ciudad.

SU MUJER.

LUISA, hija de ambos.

SOFÍA, doncella de lady Milford.

UN AYUDA DE CÁMARA del Príncipe.

Personas que no hablan.

ACTO I.

ESCENA PRIMERA.

Aposento en casa del músico.

MILLER, se levanta de una silla, y deja á un lado el violoncello. Su MUJER, de trapillo, se sienta á la mesa á tomar café.

MILLER (*paseando por la sala á largos pasos*).

Digo una vez por todas, que esto se pone sério. Empiezan á murmurar de mi hija y del baron, y con esto será infamada mi casa... llegará á oidos del Presidente lo que ocurre y... en fin, que le prohibo la entrada al muchacho.

SU MUJER.—Pero como tú no le has traido acá, ni fuiste á ponerle delante á la niña!

MILLER.—Verdad que no, pero vamos á ver, ¿quién lo tendrá en cuenta? Yo mando en mi casa y me tocaba vigilar á mi hija y tratar al Mayor con más formalidad. Lo que debia hacer era contárselo todo á Su Excelencia, su señor padre. A buen seguro que el baroncillo hubiera librado con una buena fraterna, mientras ahora recaerá todo sobre las espaldas del músico.

SU MUJER.—(*Sorbiéndose el café.*) Ca; todo eso es

puro pasatiempo y charla. ¿Qué puede ocurrir? ¿Qué cargos pueden hacerte, vamos á ver? Ejerces simplemente tu profesion, y tomas tus discípulos donde ocurre.

MILLER. — Pero dime... oye... ¿qué puede resultar de esas relaciones? Él no ha de casarse con la niña... ni siquiera se trata de eso... y lo que es tomarla por...



¡Dios nos libre de ello! Pues esto es lo que pasa ¿estás? Cuando uno ha corrido mundo, y ha hecho mil diabluras, comprendo que le sea grato ir á beber en una corriente pura y tranquila. Fíjate en ello, créeme: por mucho que abras los ojos y espies el menor latido de su corazon, ha de seducirla en tus barbas, darle el gran chasco y tocar despues las de Villadiego. Y ya me tienes á la niña deshonrada por toda la vida, abandonada, ó amancebada con él, si tanto le place. (*Golpeándose la frente.*) ¡Jesucristo!

SU MUJER. — Dios nos libre de ello.

MILLER. — Tratemos de librarnos de ello nosotros mismos. ¿Qué otra intencion puede llevar ese caballerete? La muchacha es linda,... esbelta,... breve el pié... Cuanto á sus cualidades morales, eso poco importa. No es seguramente lo que se codicia de vosotras las mujeres, cuando Dios cuidó de regalaros un buen palmito antes que todo... Si llega á descubrir ese capítulo, ya le tienes tan campante como á mi Rodney cuando huele un frances. Con velas desplegadas se lanzará á... Y en esto no lo censuro; el hombre es hombre, ¡qué diablo!... algo se me alcanza de estas cosas.

SU MUJER. — ¡Si leyeras qué cucos billetitos escribe á la niña! ¡Buen Dios! Allí se ve claro como el dia, que sólo cura de su alma.

MILLER. — ¡Pues!... este es el modo. Por la peana se adora al santo. Por un beso de una linda boca, se empieza hablando mucho del corazon. ¿Cómo lo hacia yo? En cuanto se logra poner de acuerdo las almas, siguen como obedientes servidores los sentidos, sin que al fin de cuentas, haya hecho de tercero más que un rayo de luna.

SU MUJER. — Pero mira qué hermosos libros nos ha mandado el Mayor. Tu hija reza siempra con ellos.

MILLER. — (*Silbando.*) Sí; ¡para rezar! Veo que lo entiendes. Los simples bocados le parecen groseros al delicado estómago de Su Excelencia, y cuida antes de sazonarlos con arte en la infernal cocina de las buenas palabras... ¡Al fuego esos papelotes! Quién sabe que extraordinarias necedades aprende en ellos nuestra hija, que le van enardeciendo la sangre como cantáridas, y acabarán por hacerle perder la poca religion que su padre le dió con mucho trabajo. ¡Al fuego, repito! Va metiéndose en la cabeza todo un arsenal de diabluras, y á fuerza de soñar con tunantes, olvidará la casa, se avergonzará de tener por padre al músico Miller, y al fin puede que se niegue á dar la mano á un honrado y gallardo yerno que haya seguido con celo mis enseñanzas... No, no, ¡mal rayo me parta! (*Levan-*

tándose con viveza.) Es fuerza empezar desde luego... Cuanto al Mayor... sí;... ya verás cómo le planto de patitas en la calle. (*Hace que se va.*)

SU MUJER. — Miller, sé cortés. Mira que sus regalos valen buen dinero...

MILLER. — (*Volviendo y colocándose delante de ella.*) El precio de la deshonra de mi hija. Vete al diablo, alcahueta. Antes iria á mendigar con mi violon á cuestas, dando conciertos por un bocado de pan, ó romperia el contrabajo y le rellenara de paja, que dejarme tentar por el dinero que habia de arrebatarme mi hija y su ventura. Suprime el café y el tabaco, y el diablo me lleve si tienes ninguna necesidad de traficar con la cara de tu hija. Lo que es yo, siempre he comido y vestido como corresponde, antes que á ese malvado galan le diera por venir acá.

SU MUJER. — Mira no le dés con la puerta en los hocicos, que va á armarse la gorda. Lo que digo es que no conviene echar así de buenas á primeras á ese caballero, porque es hijo del Presidente.

MILLER. — Ahí está el *quid*. Precisamente por esto y sólo por esto, hemos de acabar hoy mismo. Si es honrado, el mismo Presidente ha de agradecérmelo. A ver, cepíllame el redingote de terciopelo rojo, que voy cuanto antes á ver á Su Excelencia, y á decirle: Su señor hijo de Vuecencia puso los ojos en mi hija. Mi hija es de oscura condicion y no puede casarse con el hijo de Vuecencia, pero vale demasiado tambien, para ser la manceba del hijo de Vuecencia, y... basta. Me llamo Miller.

ESCENA II.

El secretario WURM. — Dichos.

LA MUJER. — Buenos dias, señor secretario; dichosos los ojos... que le ven á V.

WURM. — Y á V. la miran, señora. Amigo, cuando se reciben las bondades de un hidalgo, poco se repara en un plebeyo como yo.

LA MUJER. — ¡Qué está V. diciendo, señor secretario! Verdad que el caballero de Walter nos favorece de cuando en cuando con su visita, pero Dios me libre por eso, de despreciar á nadie.

MILLER. — (*Contrariado.*) Arrímale una silla, mujer... ¿Quiere V. dejar el sombrero?

WURM. — (*Deja el sombrero y el baston y se sienta.*) ¿Y cómo está mi futura... ó mejor mi *pasada*?... No creo que por eso... ¿No está visible la señorita Luisa?

LA MUJER. — Mil gracias por su atencion, señor secretario. Crea V. que mi hija no es orgullosa.

MILLER. — (*De mal humor dándole un codazo.*) ¡Mujer!

LA MUJER. — Siento que no pueda ver á V., señor secretario; lo tendria á mucha honra. Ahora está en misa.

WURM. — Esto me gusta, esto me gusta; tendré con el tiempo mujer piadosa y buena cristiana.

LA MUJER. — (*Con risa estúpida.*) Sí... pero, señor secretario...

MILLER. — (*Con visible enfado, la tira de la oreja.*) ¡Mujer!

LA MUJER. — Por lo demas... esta casa es muy de usted y tendremos mucho gusto, señor secretario...

WURM. — (*Mirando con recelo.*) ¿Muy de V.?... Gracias... mil gracias... Hum... hum...

LA MUJER. — Pero como V. mismo comprenderá...

MILLER. — (*Enojado le da un golpe por detras.*) ¡Mujer!

LA MUJER. — Bueno es lo bueno, y lo mejor, mejor; no es cosa, sin embargo, de poner obstáculos á la dicha de nuestra única hija. (*Con grosera altivez.*) Usted comprende, señor secretario.

WURM. — (*Moviéndose en su asiento, se rasca la oreja*

y tira de los puños de la camisa.) Comprendo... digo, no... ¡Oh, sí!... ¿Qué decia V.?

LA MUJER. — Pues... que... creia... ¿está V.?... pienso... (*Tose.*) Pues que á Dios le place que mi hija sea toda una señora...

WURM. — (*Levantándose.*) ¿Qué dice V.?... ¿Qué?

MILLER. — Siéntese, siéntese, señor secretario. Mi mujer es una boba. ¿Por dónde habia de llegar á ser señora? ¡Qué necia charla!

LA MUJER — Regaña cuanto gustes, pero yo me sé lo que me sé, y lo que dijo el Mayor, dicho está.

MILLER. — (*Fuera de sí, cogiendo el violon.*) ¿Quieres callarte? ¿Quieres ver cómo te rompo la crisma con el violon? ¿Qué sabes tú, ni qué puede haber dicho él? No haga V. caso de su charla, señor yerno. ¡Anda!... ¡á la cocina! De seguro que me tendria usted por un animal, si alimentase semejantes propósitos por lo que dice á mi hija, y no será, señor secretario.

WURM. — Ni yo merezco tal de V., señor maestro. Siempre se ha portado V. conmigo como hombre de palabra, y mis pretensiones á la mano de Luisa me parecian ya tan aceptadas, como si tuviera en mi poder una escritura con la firma de V. Cuento con mi empleo, bastante á mantener á un prójimo, y ademas con la benevolencia del Presidente; fuera de que si quiero encaramarme á mayor altura, no han de faltar las recomendaciones. V. ve que mis intenciones con respecto á la señorita Luisa son buenas, y si V. se deja embaucar por ese atolondrado caballero...

LA MUJER. — Ruego á V. que hable con más respeto, señor secretario Wurm.

MILLER. — Cállate, te digo. Está bien, señor mio; todo sigue como antes. Renuevo ahora la contestacion que le dí el otoño pasado. Yo no forzaré la voluntad de mi hija; ¿le conviene V.?... Perfectamente;



Los padres de Luisa y el secretario Wurm.

ella puede ver si será feliz con V... ¿Dice que nones?... mejor que mejor... hágase la voluntad de Dios... quiero decir... que V. carga con las calabazas, y se bebe una botellita con el padre. Al fin y al cabo, es ella quien se casa con V. y no yo... ¿Por qué he de casarla, quieras que no quieras, con un hombre que no le guste? Porque luego el demonio venga á atormentarme en mi vejez, y á cada trago ó á cada cucharada de sopa que me engulla, me esté gritando: Tú, tú fuiste el pícaro que labró la desgracia de tu hija!

LA MUJER. — Pues bien; clarito, yo no daré mi consentimiento. La chica ha nacido para algo superior, y si el padre se deja engaitar, yo acudiré á la justicia.

MILLER. — ¿Quieres que te rompa los huesos, charlatana?

WURM. — (*Á Miller.*) Mucho puede el consejo de un padre. V. ya me conoce, señor Miller... digo, me parece.

MILLER. — Pero ¡con cien mil diablos! ¡Si es mi hija quien debe conocer á V.! A mí, viejo regañon, pueden complacerme muchas cosas que no sean precisamente del delicado gusto de una muchacha. Yo puedo decir á V., sin errar en un ápice, por ejemplo, si V. es apto para tocar en una orquesta: pero una niña casadera es más avisada que un maestro de capilla, y... en fin, si he de hablar con toda franqueza, señor mio, yo soy todo un aleman... V. no tendrá que quejarse de mis consejos... yo no aconsejaré á la chica que... pero tampoco la disuadiré de tal propósito, señor secretario... Déjeme V. que lo diga todo. Francamente, no me merece una gran opinion... permítame V..., el amante que necesita del auxilio del padre. Si algo vale, se avergonzará de emplear ese viejo expediente con su amada, y si no tiene valor para obrar de otro modo, es un gallina y no se ha hecho Luisa para él. Ahora, cortejar á la chica á espaldas de los

padres, hacer de modo que ella desee mandar al padre y á la madre, al diablo antes que renunciar á V., ó que venga á pedirles de rodillas, por todos los santos del cielo, que la dejen morir de tristeza ó que le dén por esposo al elegido de su alma, á esto yo llamo ser todo un hombre, á esto se llama amar. Quien no sepa abrirse paso de ese modo con las mujeres, ya puede montar á caballo en una pluma de ganso.

WURM.—(*Coge el sombrero y el baston y se va.*) Muchas gracias... señor Miller.

MILLER.—(*Siguiéndole lentamente.*) ¿De qué?... No hay de qué, señor secretario. (*Volviendo.*) Pues señor: se larga sin oirme. Cuando tengo delante á ese zorro, me dan náuseas como si estuviera envenenado. ¡Qué raro y repugnante animal! ¡Si parece que se introdujo en ese pícaro mundo de contrabando con sus maliciosos ojuelos de raton, el pelo rojo, la barba saliente, como si la naturaleza, irritada de su mala obra, le hubiese asido por allí, para echarlo á un rincon... ¡Por vida! Antes que dar mi hija á un patan como ese, preferiria... ¡Dios me perdone!...

LA MUJER.—(*Colérica.*) ¡Perro!... Para tí se peina...

MILLER.—Y tú por otra parte, con tu apestoso caballero... me has sacado de mis casillas, porque nunca estás tan necia, como cuando debieras parecer más racional. ¿A qué viene toda esa charla sobre si tu hija ha de llegar á gran señora? Cabalmente es el hombre, á quien hay que contarle las cosas si quieres que mañana se repitan en la fuente del mercado, porque es de aquellos que van de aquí para allá hablando de la cocina y de la bodega, y si uno suelta delante de ellos una sola palabra... ¡mil bombas!... ya puede estar seguro que se ha echado encima el príncipe, y la querida, y el presidente y un terremoto.

ESCENA III.

LUISA con un libro en la mano.—Dichos.

LUISA.—(*Deja el libro, se dirige hácia Miller y le estrecha la mano.*) Buenos dias, padre mio.

MILLER.—(*Con calor.*) ¡Bravo, Luisa mia!... Me alegro de que diviertas tu pensamiento hácia Dios. Sigue siempre así, y Él te sostendrá.

LUISA.—¡Oh! soy una gran pecadora... padre mio. ¿Está él aquí, madre?

LA MUJER.—¿Quién, hija mia?

LUISA.—¡Ah!... Olvidaba que existen otros hombres fuera de él... Traigo la cabeza trastornada... ¿No ha venido Walter?

MILLER.—(*Con tristeza y gravemente.*) Pensé que hubieras dejado este nombre en la iglesia.

LUISA.—(*Despues de haberle mirado un momento de hito en hito.*) Te comprendo, padre mio. Siento la puñalada que infieres á mi alma; es tarde. ¡Padre!... ya no tengo religion... el cielo y Fernando desgarran mi alma, y temo... temo... (*Pausa.*) ¡Ah! no, padre mio. ¿Verdad que no hay mayor elogio para el artista que el olvidarle por sus cuadros? Si aparto los ojos de Dios, henchida de júbilo, por contemplar su obra maestra, ¿no es verdad que debe alegrarse de ello?

MILLER.—(*Echándose en una silla, descorazonado.*) Vaya, ¡ya pareció el fruto de tus impías lecturas!

LUISA.—(*Se adelanta con inquietud hácia la ventana.*) ¿Dónde estará ahora? Las señoritas le ven.... le oyen... yo soy una pobre muchacha olvidada. (*Asustada de sus propias palabras, se echa en los brazos de su padre.*) ¡Perdona! No deploro mi suerte; quiero tan sólo pensar un poco en él; esto no cuesta nada. Si pudiera

hacer de mi pobre hálito de vida, soplo cariñoso y suave con que refrescar su aliento! ¡Ah, padre mio! Si la flor de mi juventud.... como violeta, muriera humildemente á sus piés, hollada por él. Porque el insecto se alegre en un rayo de sol, ¿puede acaso castigarle el orgulloso astro del dia?

MILLER.—(*Conmovido, se apoya en el sillon y oculta el rostro.*) Oye, Luisa; la poca vida que me resta daria yo por que no hubieses visto nunca al Mayor.

LUISA.—(*Asustada.*) ¿Qué dices?... ¡Cómo? No; te engañas, sin duda, padre mio. Tú ignoras que Fernando es mio, mio, presente de Dios para hacer mi ventura. (*Despues de un instante de reflexion.*) La primera vez que le ví.... (*con más viveza*) la sangre se agolpó á mis mejillas, el corazon me latia de júbilo, y cada latido me murmuraba: es él. Mi alma reconoció al que echaba de menos toda la vida, y dijo tambien: es él... Y esta palabra resonó alborozada en la creacion entera. Entonces... ¡oh, entonces! apuntó la aurora en mi alma, y brotaron en mi corazon mil alegres pensamientos, como brotan las flores en primavera. Para mí el mundo ya no existia, y sin embargo, nunca me habia parecido tan bello; no me acordaba de Dios, y sin embargo, nunca le habia amado tanto.

MILLER.—(*Corre á ella y la estrecha contra su corazon.*) ¡Luisa! ¡Hija mia! Toma mi cabeza, si quieres... tómalo todo, todo... pero lo que es el Mayor... Dios es testigo que no puedo hacer que sea tuyo. (*Se va.*)

LUISA.—Ni lo quiero ahora, padre. La pobre gota de rocío, que llaman tiempo, se evapora deliciosa soñando con Fernando. Renuncio á él por toda la vida... luego, madre mia, luego, cuando caigan las barreras que nos separan, y soltemos la triste librea de las categorías. Los hombres no son más que hombres. Yo sólo guardaré conmigo mi inocencia. ¿Pues no me dijo mil veces mi padre, que la pompa y los títulos nada

valdrán en la presencia de Dios, y que sólo apreciará los corazones? Entonces seré yo rica, mis lágrimas otros tantos tesoros, y mis buenos pensamientos me valdrán lo que un alta alcurnia. Entonces, madre mia, seré una persona de distincion... ¿A quién sino á mí preferirá entonces?

LA MUJER.—(*Soltando un grito.*) ¡Luisa!... ¡el Mayor!... Ya está aquí. ¿Dónde me escondo?

LUISA.—(*Empieza á temblar.*) Aguarda, mamá.

LA MUJER.—¡Dios mio!... ¡Si estoy hecha una bruja! Me da pena. No me atrevo á presentarme así delante de ese caballero.

ESCENA IV.

FERNANDO DE WALTER.—LUISA.

(Fernando corriendo hácia ella que se echa en una silla, pálida y descolorida. Él, de pié delante de ella. Se miran largo tiempo en silencio.)

FERNANDO.—Estás pálida, Luisa.

LUISA.—(*Echándose en sus brazos.*) No es nada, no es nada... En teniéndote aquí, se me pasa.

FERNANDO.—(*Le coge la mano y la besa.*) ¿Me amas todavía? Mi corazon es el mismo que ayer, y ¿el tuyo? He venido volando por ver si estabas más tranquila, más alegre, y alegrarme tambien yo contigo... y no lo estás.

LUISA.—Sí, sí, dueño mio.

FERNANDO.—Dilo con franqueza; no lo estás. Leo á través de tu alma, como á través de las transparentes aguas de ese diamante. (*El anillo.*) Ni puede deslizarse por él una sombra sin que la vea, ni un solo pensamiento por tu frente sin que lo note. ¿Qué tienes? Habla. A mí me basta ver claro ese espejo, para que

el mundo entero me parezca sin nubes. ¿Qué pesar te aflige?

LUISA. —(*Le mira un instante en silencio, y luego le dice con melancolía.*) ¡Fernando! ¡Fernando! ¡Si supieras qué efecto causan tales palabras en el corazon de una pobre menestrala!

FERNANDO. —¿Qué quieres decirme? (*Con sorpresa.*) Oye, ¿cómo se te ocurre esta idea? Tú eres mi Luisa, ¿quién te dijo que debias ser otra cosa? Ves ¡qué mala eres! ¡qué fria! Si me amaras de veras no podrias establecer comparaciones. Junto á tí, toda mi inteligencia se abisma en tu mirada, y lejos de tí, en un sueño. Y tú, tú en cambio, guardas aún cierta prudencia en el amor... ¡Ah! debieras avergonzarte de ello. Los instantes que empleaste en esa pena, me los robas á mí.

LUISA. —(*Le coge la mano y mueve la cabeza.*) Quieres adormecerme, Fernando, y alejar mi mirada de ese abismo, donde caeré sin duda. Yo no pierdo de vista... ni la fama... ni tus proyectos... ni tu padre... ni mi nulidad. (*Suelta la mano como asustada.*) Fernando, van á herir nuestros corazones; nos separan.

FERNANDO. —Nos separan. (*Levantándose.*) ¿Qué sugiere este presentimiento, Luisa? ¡Nos separan!... ¿Quién puede romper el lazo de dos corazones ó separar los tonos de un mismo acorde!... ¡Que soy noble! ¿Por ventura mis títulos de nobleza son más antiguos que la ley impuesta al universo, y mi escudo, más poderoso que el decreto del cielo, escrito en la mirada de mi Luisa: esta mujer pertenece á este hombre? ¡Que soy hijo del Presidente! Sea. Sólo el amor puede endulzar las maldiciones que la conducta de mi padre atrae sobre mí.

LUISA. —¡Si supieras cuánto le temo á tu padre!

FERNANDO. —Pues yo no temo nada sino la falta de tu amor. Ya pueden amontonarse obstáculos entre ambos; me servirán de peldaños para volar á los bra-



Fernando y Luisa.

zos de mi Luisa. El rigor de la contraria suerte sólo será parte á inflamar mi afecto, y los peligros te harán á mis ojos más hechicera. No temas, pues, amor mio. Yo mismo velaré por tí, como el dragon encantado los subterráneos tesoros. Fia en mí; no necesitas otro ángel custodio. Yo te escudaré contra el destino, recibiré por tí los golpes, recogeré por tí cada gota de júbilo en el vaso del amor, para deponerlo en tus manos. *(La abraza tiernamente.)* Apoyada en mi brazo, Luisa cruzará alborozada la senda de la vida. Has de volver al cielo más bella de cuando lo dejaste, y confesará admirado que sólo el amor da la último mano á las almas.

LUISA. — (*Alejándose de él, vivamente agitada.*) Basta; te lo ruego, calla. ¡Si supieras!... Déjame. No sabes que tus esperanzas se convierten en ponzoña en mi corazon. (*Hace que se va.*)

FERNANDO. — (*Deteniéndola.*) ¡Luisa!.... ¡Cómo!... Qué... ¡Qué mudanza!...

LUISA.—Olvidé este sueño y era feliz, y desde ahora, desde este dia, he perdido todo reposo. ¡Oh impetuosos deseos!... Ya sé que van á agitar mi alma. Véte, ¡Dios te perdone! Arrojaste la tea inflamada en mi jóven corazon, en mi corazon tranquilo, y no ha de apagarse jamás.

(*Vase corriendo; él la sigue en silencio.*)

ESCENA V.

Salon en casa del Presidente.

El PRESIDENTE, lleva colgada al cuello una condecoracion y una estrella al pecho. El secretario WURM; salen juntos.

EL PRESIDENTE. — ¡Mi hijo enamorado seriamente! Amigo Wurm, no me persuadirá V. á creerlo.

WURM. — Si Vuecencia tiene la bondad de pedirme la prueba...

EL PRESIDENTE. — No digo que no sea posible, y me parece perdonable que corteje á alguna mocosuela de la burgesía, y se entretenga en requebrarla, y hasta en hablarla de amor y de... pero ¿ dice V. que es hija de un músico ?

WURM. — La hija del maestro de música, Miller.

EL PRESIDENTE. — Linda, por supuesto.

WURM. — (*Vivamente.*) El mejor dechado de rubias que pudiera figurar sin exageracion, al lado de las primeras bellezas de la corte.

EL PPESIDENTE. — *(Sonriendo.)* Y dice V. que pretende á esa niña. Lo comprendo. Ve V.; si así gusta de las mujeres me da á esperar que las damas no han de aborrecerle; con esto hará carrera en la corte. Que la niña es guapa,... me alegro; esto prueba que es hombre de gusto. Que la engaña con formales promesas... mejor que mejor; esto prueba que es bastante listo para saber mentir cuando conviene, y entonces no me cabe duda que llegará á presidente. Que alcanza su objeto... mejor que mejor todavía; esto prueba que es hombre de suerte. Y si por fin de fiesta me regala un rollizo nietezuelo, digo que mi ventura será completa. Beberé entonces una botella de Málaga en celebridad de este pronóstico de la propagacion de mi raza, y pagaré la multa impuesta por la deshonra de la niña.

WURM. — Deseo que no llegue el caso de que Vuecencia deba beberse esa botella para distraer el mal humor.

EL PRESIDENTE. — *(Muy serio.)* Recuerde V., Wurm, que cuando una vez me da por creer una cosa, la creo con obstinacion, y si llego á amostazarme, me pongo furioso. V. se empeña en que me enfade, y yo en tomarlo á chanza. Comprendo que ansíe V. deshacerse

de un rival; que no le sea fácil arrebatar la niña á mi hijo; que quiera convertir en una infamia esa entretenida historia; todo esto está muy bien; pero cuidado con mofarse de mí, querido Wurm. V. sabe que no llevará la calaverada hasta el extremo de faltar á mis principios.



WURM. — Perdóneme Vuecencia. Si realmente intervinieran por algo los celos, como supone, Vuecencia hubiera podido verlo, pero yo no lo hubiera dicho.

EL PRESIDENTE. — Por mi parte, opino que es menester echarlos en olvido. ¡ Imbécil ! ¿ Qué le importa á V. recibir un escudo directamente ó de manos del banquero ? Consuélese V. con nuestra nobleza. Sépase ó no, cuando se hace una boda entre nosotros, raro es el caso en que media docena de convidados... ó de lacayos... no estén enterados de lo que se lleva el marido.

WURM. — (*Inclinándose.*) En esto, de buena gana seguiré siendo plebeyo.

EL PRESIDENTE. — Por lo demas, pronto podrá V.

tomar lindamente el desquite de esta chanza. Precisamente hoy se decidió en consejo, que á la llegada de la nueva duquesa, se fingiria que se iba á despedir á lady Milford, y para que las apariencias sean completas, contratará un enlace. V. sabe, Wurm, que todo mi poderío descansa en la influencia de Milady, y que las pasiones del Príncipe son mi más poderoso recurso. El Duque busca un partido para la Milford: puede presentarse otro, negociar este asunto, apoderarse de la confianza del Príncipe y hacerse el indispensable... Para que el Príncipe siga atado á nuestra familia, es necesario que Fernando se case con la Milford. ¿Lo quiere V. más claro?

WURM. — Salta á la vista. Me convenzo de que el padre no es más que un aprendiz, al lado del Presidente. Si el Mayor corresponde como hijo sumiso á la ternura de Vuecencia, no faltará quien proteste.

EL PRESIDENTE. — Por dicha, nunca sentí la menor inquietud en la ejecucion de un proyecto, desde el momento en que me he dicho á mí mismo: esto ha de ser. Pero esto me lleva, amigo Wurm, al punto de partida. Hoy mismo anunciaré á mi hijo su matrimonio, y la cara que ponga entonces, justificará ó desvanecerá las sospechas de V.

WURM. — Vuelvo á pedir perdon á Vuecencia. El descontento que muestre, así puede provenir de que no guste de la mujer que se le ofrece, como de que sienta perder á la otra. Ruego á Vuesencia que acuda á una prueba más decisiva. Elíjasele el mejor partido de la comarca, y si dice que sí, me dejo cortar la cabeza.

EL PRESIDENTE. — (*Mordiéndose los labios.*) ¡Diablo!

WURM. — No hay más... La madre, que es la necedad en persona, harto me ha dicho sobre esto, simplecilla como es.

EL PRESIDENTE. — (*Se pasea por el salon, y reprime su enojo.*) Bien; esta mañana...

WURM. — Sólo ruego á Vuecencia que no olvide que ese caballero es hijo de mi señor.

EL PRESIDENTE. — Descuida, Wurm.

WURM. — Y que conforme he libertado á Vuecencia de una nuera mal parecida...

EL PRESIDENTE. — Merece V. que le procure una esposa. Acordado, Wurm.

WURM. — (*Se inclina satisfecho.*) Mi gratitud será eterna, señor. (*Hace que se va.*)

EL PRESIDENTE. — (*Amenazándole.*) Cuidado con repetir lo que he confiado á V. hace poco.

WURM. — (*Sonriendo.*) Entonces puede Vuecencia mostrar mis falsificaciones. (*Se va.*)

EL PRESIDENTE. — Verdad; te tengo cogido por tus propias bribonadas, como al abejorro con un hilo.

SALE UN CRIADO. — El Mariscal de Kalb.

EL PRESIDENTE. — A buen tiempo llega: bien venido. (*El criado se va.*)

ESCENA VI.

EL PRESIDENTE. — El MARISCAL de KALB (1), con traje de corte, suntuoso, pero sin buen gusto, con la llave de chambelan, dos relojes, y espada; sombrero bajo, peluca rizada. Se adelanta con mucha bulla hácia el Presidente, y esparce un fuerte olor á ámbar.

EL MARISCAL. — (*Abrazándole.*) Muy buenos dias, amigo mio. ¿Qué tal ha descansado V.?... ¿Cómo se ha dormido? V. me perdona, verdad, si hasta ahora no he tenido el placer... negocios urgentes, el prepa-

(1) Este personaje, como tambien en algunas ocasiones los demas, emplea con frecuencia palabras y frases francesas, pero sólo he cuidado de dejar en esta lengua las que se hallan con bastardilla en el original.

rar la comida, las tarjetas, los trineos para la jira de hoy... ¡Ah! y ademas ha sido menester que fuera á anunciar á Su Alteza serenísima el tiempo que hacia.

El Presidente. — Realmente, no podia V. excusarse de ello.

El Mariscal. — Luego, ese bribon de sastre que me ha detenido.

El Presidente. — Y sin embargo, siempre exacto y pronto.

El Mariscal. — Y no fué esto todo. Las desgracias siempre vienen en tropel. Oiga V.

El Presidente. — (*Distraido.*) ¿Es posible?

El Mariscal. — Oiga V. Apenas me habia apeado del coche, cuando los caballos se asustaron, empezaron á encabritarse y á piafar, y quedé salpicado de barro. Ya ve V. ¿qué podia hacer? Póngase V. en mi lugar, baron. Allí me tenia V. plantado... tan tarde... Volver á casa, era emprender un viaje... comparecer ante Su Alteza perjeñado de aquel modo... ¡Dios de bondad!... En esto ¿qué hago? finjo desmayarme, me llevan en brazos al coche, vuelo á casa, mudo de ropa, vuelvo... ¿qué tal?... y aún llego el primero á la antesala... ¿qué le parece á V.?

El Presidente. — ¡Donosa salida del ingenio humano!... Pero dejemos esto, amigo Kalb. ¿Ha hablado V. al Duque?

El Mariscal. — (*Dándose importancia.*) Unos veinte minutos y medio.

El Presidente. — Confieso que... ¿Y sabe V. algo importante?

El Mariscal. — (*Con seriedad, despues de una pausa.*) Su Alteza vestia hoy su traje de castor verde y pajizo.

El Presidente. — ¡Vaya!... Pues bien, Mariscal: mejor es la noticia que debo comunicar á V. Lady Milford casa con el mayor de Walter. Me parece que le vendrá á V. de nuevo.

El Mariscal. — ¿V. cree?... ¿Y está ya decidido?

El Presidente. — Y firmado, Mariscal. Mucho agradeceré á V. que sin tardar, anuncie á esta señora la visita de mi hijo, y á toda la corte su resolucion.

El Mariscal. — (*Entusiasmado.*) ¡Con el mayor gusto!... Nada puede serme tan grato... Voy al instante. (*Le abraza.*) ¡Con Dios! Dentro media hora lo sabrá la ciudad entera. (*Se va saltando.*)

El Presidente. — (*Riéndose y siguiéndole con la vista.*) Y dirán todavía que los hombres de este jaez no sirven para nada. Ahora fuerza será que Fernando lo quiera; de lo contrario la corte habrá mentido. (*Llama.*) (*Sale Wurm.*) Diga V. á mi hijo que pase. (*Se va Wurm.*) (*El Presidente se pasea pensativo á lo largo del salon.*)

ESCENA VII.

FERNANDO.—El PRESIDENTE.—WURM, que se va luego.

Fernando. — Has ordenado, padre...

El Presidente. — Por desgracia mandar debo, cuando quiero tener el gusto de ver á mi hijo... Déjenos V. solos, Wurm. Fernando, mucho tiempo há que te observo, y no reconozco en tí al franco y alegre muchacho que tanto me encantaba. Te veo pesaroso, huyes de mí y de tus habituales compañías. A tu edad suele perdonársele más fácilmente diez extravagancias, que una sola manía. Abandona ésta, hijo mio. Deja que cuide de tu felicidad, y no te ocupes más que en prestarte complaciente á mis proyectos... Ven; abrázame, Fernando.

Fernando. — Muy bondadoso estás hoy conmigo, papá.

El Presidente. — ¡Ah! pícaro... ¿conque sólo hoy? y todavía lo dices haciendo una mueca. (*Con gra-*

vedad.) Fernando, ¿por amor de quién me abrí camino, erizado por cierto de peligros, hasta el corazon del Príncipe? ¿Por amor de quién rompí para siempre con mi conciencia y con el cielo? Óyeme, Fernando. Hablo ahora á mi hijo. ¿A quién hice lugar, quitando de en medio á mi predecesor?... Historia que por cierto me destroza todavía el alma, cuanto más me empeño en ocultar el puñal á los ojos del mundo. Oye, dime, Fernando. ¿Por quién hice todo esto?

FERNANDO.—(*Retrocede con espanto.*) No ciertamente por mí, padre mio; no debe recaer sobre mí este sangriento crimen. Por Cristo, que vale más no haber nacido, que servir de pretexto á semejantes acciones.

EL PRESIDENTE.—¿Qué significa esto? ¿Cómo? pero... en fin, perdono á tu romancesca imaginacion esta salida. No quiero enojarme. ¡Atolondrado!... ¡Así me recompensas mis vigilias, mis incesantes solicitudes, los tormentos de mi conciencia!... Cae sobre mí todo el peso de la responsabilidad, la maldicion, el rayo de la justicia. Tú recibes la dicha de segunda mano; la culpa no se hereda.

FERNANDO.—(*Alzando las manos al cielo.*) ¡Oh! renuncio solemnemente á una herencia que sólo puede darme un horrible recuerdo de mi padre.

EL PRESIDENTE.—Oye, muchacho; mira, no me enfades. Si todo fuera segun tu capricho, te arrastraras en el polvo el resto de tu vida.

FERNANDO.—Lo cual es mejor que arrastrarse por las gradas del trono.

EL PRESIDENTE.—(*Reprimiendo su cólera.*) ¡Hum! Entonces habrá que hacerte aceptar tu dicha por la fuerza. El término á que no pudieron llegar otros con sus esfuerzos, lo consigues tú, como quien dice, jugando. A los diez años eras alférez; á los veinte, mayor; ahora, acabo de obtener del Príncipe el favor de



Fernando de Walter ante su padre.

que dejes el uniforme para entrar en el ministerio; el Príncipe hablaba de hacerte consejero íntimo,... ó embajador... ó concederte una gracia extraordinaria... Se abre á tus ojos un gran porvenir; se te allana el camino para acercarte al trono,... para sentarte en él, si el poder vale tanto como las apariencias. ¿Y esto no te entusiasma?

FERNANDO.—No pensamos exactamente lo mismo sobre la grandeza y la dicha, que para tí, padre, sólo se logra arruinando. La envidia, el temor, la maldicion, estos son los espejos en que se mira el poderoso, y las lágrimas, la desesperacion, los gemidos, el comun alimento con que se nutren y embriagan los que se llaman felices, hasta que penetran en la eternidad y tiemblan y caen ante el trono de Dios. Mi ideal de ventura, padre, se encierra por el contrario en mí mismo; todos mis deseos están sepultados en mi corazon.

EL PRESIDENTE.—¡Admirable!... ¡Inapreciable!... ¡Sublime!... Esta es la primera leccion que recibo de treinta años acá. Lástima que con mis cincuenta, me haya vuelto rebelde á la instruccion. Mas por que no se entorpezca tan raro talento, pondré en mi lugar álguien en quien puedas ejercitar á tus anchas tan divertidas locuras... Fuerza es que te decidas hoy mismo á casarte.

FERNANDO.—(*Retrocediendo sorprendido.*) ¡Padre mio!

EL PRESIDENTE.—Sin cumplidos. Escribí una esquela en tu nombre á lady Milford, y me harás el obsequio de ir á verla sin tardar, y decirle que eres su esposo.

FERNANDO.—¡Lady Milford, padre mio!

EL PRESIDENTE.—¿La conoces?

FERNANDO.—(*Fuera de sí.*) ¿Pues no es la que en el ducado aparece como monumento de vergüenza?... Pero... ¡qué loco soy en tomar por lo serio esta chan-

za! ¿Querrias ser el padre de un perillan que aceptara la mano de una meretriz privilegiada?

El Presidente. — Ya lo creo. Yo mismo me casaria con ella, si no contara cincuenta años. ¿Te negarias tú á ser el hijo del perillan de tu padre?

Fernando. — Claro que sí. Tan cierto como hay Dios.

El Presidente. — ¡Habrá insolencia!... La perdono, porque no son frecuentes.

Fernando. — Te ruego, padre mio, que no me dejes por mucho tiempo en tal disposicion de ánimo, que me es insoportable llamarme hijo tuyo.

El Presidente. — ¿Estás loco, muchacho?... ¿Qué hombre razonable no envidiaria el honor de representar el mismo papel del soberano?

Fernando. — Eres para mí un enigma, padre. ¡A esto llamas un honor!... el honor de compartir con el Príncipe un puesto que á él mismo degrada. (*El Presidente se echa á reir.*) Rie cuánto gustes; yo continúo, padre. ¿Con qué cara me presento yo delante del más miserable obrero, que casa al menos con mujer sin mancha? ¿Con qué cara osaré presentarme en la sociedad, delante del Príncipe, delante de esta misma cortesana, que pretendiera borrar con mi vergüenza la marca de hierro candente impresa en su honor?

El Presidente. — ¿Pero dónde aprendes tú tales cosas?

Fernando. — ¡Por todos los santos del cielo, padre, te conjuro á...! Esta abyeccion de tu hijo único no puede hacerte tan feliz, como á él le haria desgraciado. Mi propia vida te ofrezco, si ha de ser parte á que te encumbres más; de tí la he recibido, padre, y no vacilaria un instante en sacrificarla á tu grandeza, pero ¡arrebatarme el honor!... Entonces fué un acto de culpable ligereza darme la vida, y habré de maldecir al propio tiempo al padre y al medianero.

El Presidente. — (*Dándole golpecitos en el hombro.*)

¡Bravo!... ¡querido hijo!... Ahora veo que eres un honrado muchacho, digno de la más noble mujer de este país. Será tuya. Esta misma tarde antes de las tres, serás el prometido de la condesa de Ostheim.

Fernando. — ¡Estará resuelto que muera aniquilado hoy!

El Presidente. — (*Dirigiéndole una mirada penetrante.*) Espero que esta vez nada podrá objetar el honor.

Fernando. — No, padre mio. Federica de Ostheim podria colmar de ventura á otro hombre cualquiera. (*Aparte, mostrando embarazo.*) Lo que su maldad dejó intacto en mi corazon, lo desgarra su bondad.

El Presidente. — (*Sin perderle de vista.*) Estoy aguardando las gracias, hijo mio.

Fernando. — (*Le coge la mano y la besa con fuego.*) ¡Padre! tu bondad me conmueve... mil gracias, padre mio, por tus tiernas intenciones. Tu eleccion es irreprochable, pero no puedo... no me atrevo... ten compasion de mí... no puedo amar á la condesa.

El Presidente. — (*Retrocediendo un paso.*) ¡Hola!... ya te cogí. ¿Conque has caido en el garlito? ¿Conque no era el honor quien te impedia casarte con lady Milford?... ¡Ah! no te repugna la elegida, no; lo que te repugna es el matrimonio. (*Fernando queda como petrificado; luego hace un gesto é intenta irse.*) ¿A dónde vas?... Aguarda. ¿Este es el respeto que me debes? (*Vuelve el mayor.*) He anunciado á Milady que irias á su casa, y he dado palabra al Príncipe; lo sabe ya la ciudad y la corte. ¡Cómo tú pretendas dejarme embustero á los ojos del Príncipe, de Milady, de la ciudad, de la corte... Oye, muchacho; si empiezo á hablar de ciertas historias... Aguarda. ¿Por qué te sonrojas?

Fernando. — (*Blanco como la nieve y temblando.*) ¿Qué?... ¿Cómo?... No es nada, padre.

El Presidente. — (*Con terrible mirada.*) ¿Y si hu-

biera algo?... ¿ si yo te descubriera la causa de tu repulsa? ¡Ah! sólo el sospecharlo me enoja. ¡Véte en seguida!... Empieza la parada y quiero que te halles en casa Milady antes que dén el santo y seña. A mi presencia tiembla el ducado; veremos si me dominará la obstinacion de un hijo. (*Se va y vuelve.*) Te repito, Fernando, que irás, ó ya puedes huir mi cólera.

(*Se va.*)

FERNANDO.—(*Como si saliera de un sueño penoso.*) ¿Se fué?... ¿Era mi padre quien hablaba así?... Sí, iré á su casa... iré... he de decirle tales cosas... le pintaré un cuadro... ¡la infame! Y si entonces pides todavía mi mano... en faz de la nobleza congregada, de la tropa y del pueblo, ven, armada de todo el orgullo de Inglaterra... yo te rechazo, yo, hijo de Alemania.

(*Se va precipitadamente.*)





ACTO II.

Sala en el palacio de lady Milford; á la derecha un sofá, á la izquierda un piano.

ESCENA PRIMERA.

MILADY vestida de trapillo, con gracioso descoco y sin peinar; se halla sentada al piano, tecleteando.—SOFIA, su camarera, se acerca á la ventana.

SOFÍA.

LOs oficiales desfilan; se acabó la parada, pero no veo á Walter.

MILADY.—(*Inquieta, se levanta y se pasea por la sala.*) No sé qué me pasa hoy, Sofía; nunca habia sentido lo que hoy... ¿No le ves?... Ya lo creo... No se dará mucha prisa... Pesa como un crímen sobre mi conciencia... Vé, Sofía, y di que me traigan el caballo más fogoso que haya en las caballerizas. Necesito salir á tomar el aire, ver gente, el cielo; aliviaré mi corazon galopando.

SOFIA.—Si se siente V. indispuesta, mande que venga álguien aquí... ruegue V. al Duque que presida el juego en esta sala, y que coloquen la mesa delante del sofá. ¡Pues digo! Si tuviera yo á mis órdenes al Príncipe y á la corte entera, y me pasara un capricho por el magin...

MILADY.—(*Se echa en el sofá.*) Excúsame ese mal rato, te ruego. Te prometo un diamante por cada hora que me libertes de ellos. ¿Por qué quiero yo llenar mi salon con esos hombres... miserables y viles que parece se espantan cuando se me escapa una palabra generosa y abren tanto así la boca y las narices como si vieran un duende? ¡Esclavos de un muñeco que manejo á voluntad! ¿Qué he de hacer de esa gente acompasada como relojes? ¿Qué placer he de hallar en ha-



cerles una pregunta, si conozco ya su respuesta, ni en conversar con ellos si no tienen el valor de tener otra opinion que la mia? ¡Afuera con ellos! ¿Hay cosa más pesada que montar un caballo que no tasque el freno? (*Se acerca á la ventana.*)

SOFIA.—Pero V. exceptuará sin duda al Príncipe... el más bello y apasionado galan, el hombre más ingenioso de su ducado.

MILADY.—(*Vuelve.*) Por su ducado... Sólo un título de soberanía puede servir, á mis ojos, de excusa soportable. Dices que me envidian. ¡Pobre de mí!... cuan-

do debieran compadecerme. De cuantos se aprovechan del poder, la amiga del Príncipe es la más desgraciada; sólo ella conoce la miseria del rico y poderoso señor. Verdad que puede, con el talisman de su grandeza, hacer que surja del suelo, cual palacio encantado, cuanto lisonjea mi capricho, traer á su mesa los frutos de las Indias ó transformar en paraíso un desierto. En su mano está, si así le place, emplear en saltos de agua las de toda la comarca, convirtiendo los surtidores en arcos de triunfo, ó quemar en fuegos de artificio los huesos de sus vasallos. ¿Mas puede ordenar á su corazon que lata con nobleza y ardor, por otro corazon tambien ardiente y noble? ¿Puede, con querer tan sólo, concebir siquiera un elevado propósito? Con hallarme rodeada de toda suerte de satisfacciones, mi alma está sedienta. ¿De qué me sirven mis más puros afectos, si vivo condenada á sofocar mis emociones?

SOFIA.—(*Observándola sorprendida.*) ¿Cuánto hará que sirvo á V.?

MILADY.—Hoy empiezas á conocerme... verdad, cara Sofía... Vendí mi honor al Príncipe, pero he guardado mi corazon... es mi único bien, y tal vez, digno de un hombre; porque el hálito emponzoñado de la corte se deslizó por él, como por un espejo. Te aseguro que hace tiempo que hubiera abandonado al pobre Príncipe, conque pudiera forzar á mi ambicion á que cediera ese puesto á otra mujer.

SOFIA.—¿Cómo el corazon se ha sometido gustoso á ella?

MILADY.—(*Vivamente.*) Harto se ha vengado... se venga ahora. ¡Ah, Sofía! (*Dejando caer la mano en el hombro de ésta.*) Á las mujeres sólo nos fué dado elegir entre la esclavitud ó el poder, y éste poca satisfaccion nos causa, si nos falta la que áun es mayor que ésta, la de ser esclavas del hombre que amamos.

SOFIA.—La última persona á quien desearia oir hablar así, Milady, fuera á V.

MILADY. —¿ Y por qué, Sofía ? Basta ver con qué infantil modo sostenemos el cetro, para convencerse de que sólo somos buenas á tener los andadores. ¿ No has observado por ventura que mis caprichos, mi afan por divertirme, son tan sólo un medio de adormecer en mí deseos más ardientes todavía ?

SOFIA. — (*Retrocede sorprendida.*) ¡ Milady !

MILADY. — (*Con viveza.*) ¡ Á ver !... trata de satisfacerlos... dame al hombre en quien pienso en este instante... á quien adoro... Fuerza es poseerle ó morir, Sofía. (*Con ternura.*) Haz que oiga de sus labios que parecen más bellas las lágrimas del amor en los ojos, que los diamantes en la frente, (*con calor*) y verás cómo arrojo á los piés del Príncipe su corazon y su ducado, y huyo con este hombre, huyo... al más remoto desierto del mundo.

SOFIA. —(*Asustada.*) ¡ Oh cielos !... ¿ Qué hace V.? ¿ Qué tiene V., Milady ?

MILADY. — (*Absorta.*) Palideces... Dije más de lo que convenia... Permite que cierre tus labios con una confidencia ;... oye todavía... óyelo todo.

SOFIA.—(*Mira al rededor inquieta.*) Temo... Milady... temo... No necesito saber más.

MILADY.— Este enlace con el mayor... crees sin duda como todos, que es el resultado de una cábala palaciega... Sofía... te sonrojas... no me condenes... es obra de mi amor.

SOFIA. — ¡ Por el cielo !... lo presentia.

MILADY. — Se han dejado engañar, Sofía, el débil Príncipe, el astuto cortesano Walter, el necio Mariscal... Cada uno de los tres se figura que esta boda es el medio infalible para que el Duque me conserve en su poder y sea nuestra union más estable que nunca. Sí... y precisamente esta boda debe separarnos para siempre, y romper esta vergonzosa cadena. Los engañadores son engañados y burlados por una débil

mujer... ¡ Ah ! vosotros mismos me traeis al que ama mi corazon ; esto es lo que queria... En cuanto sea mio... adios para siempre, poder abominable.

ESCENA II.

El viejo AYUDA DE CÁMARA del Príncipe con un cofrecito. Dichos.

EL AYUDA DE CÁMARA. — Su Alteza serenísima saluda á Milady y le envia estos diamantes como regalo de boda. Acaban de llegar de Venecia.

MILADY. — (*Contempla el cofrecillo y retrocede espantada.*) ¡ Hombre ! ¿ Cuánto le han costado al Duque estas piedras ?

EL AYUDA DE CÁMARA. — (*Con sombrío rostro.*) Ni un cuarto.

MILADY. — ¡ Cómo ! ¿ Estás loco ?... ¿ Nada ? (*retrocediendo*) y me miras entre tanto como si quisieras partirme el corazon. ¿ Nada le cuestan estas piedras de inestimable valor ?

EL AYUDA DE CÁMARA.—Ayer, siete mil hijos del país salieron para América. Con esto, se paga todo.

MILADY. — (*Deja súbitamente el cofre, se pasea agitada por la sala y se dirige de nuevo hácia el criado.*) ¿ Qué tienes, buen hombre ? Parece que lloras.

EL AYUDA DE CÁMARA.—(*Se enjuga los ojos, y con acento desgarrador, dice tembloroso.*) ¡ Piedras preciosas como estas... Dos hijos tengo ahí dentro.

MILADY. — (*Asiéndole la mano.*) Pero nadie se vió forzado á...

EL AYUDA DE CÁMARA. — (*Con terrible risa.*) ¡ Oh Dios mio !... No... voluntariamente iban. Es verdad que algunos intentaron adelantarse de las filas y preguntar al coronel á qué precio vendia el Príncipe la libertad de los hombres... pero nuestro bondadoso Príncipe

hizo que marcharan los regimientos hácia la plaza de la parada, y mandó fusilar á los chachareros. Nosotros oimos la descarga y vimos cómo les saltaban los sesos, mientras el ejército en masa gritaba: ¡Viva!... ¡Á América!

MILADY. — (*Cayendo espantada sobre el sofá.*) ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Y yo que nada oí... que nada observé!

EL AYUDA DE CÁMARA. — ¡Ah, noble dama!... ¿Cómo os ocurrió ir á cazar con el Príncipe, cuando se dió la señal de partir? No debiais privaros del soberbio espectáculo de que fuimos testigos, en el punto en que el redoble de tambores anunció llegada la hora. Allí habia huérfanos de padres que vivian aún, y á quienes seguian llorando; madres furiosas que arrojaban los niños de pecho á las bayonetas de los soldados... A sablazos separaban á los mozos de sus novias, y los viejos, desesperados, echando las muletas, pedian que les embarcaran tambien para el Nuevo Mundo... y en esto, venga gritar y redoblar los tambores, por que no oyera nuestras plegarias Quien todo lo sabe.

MILADY. — (*Levantándose profundamente conmovida.*) Retirad de aquí estos diamantes, que reflejan en mi alma las llamas del infierno. (*Con dulzura, al criado.*) Cálmate, pobre viejo; ya volverán, ya verán de nuevo su patria.

EL AYUDA DE CÁMARA. — (*Con viveza.*) Dios lo sabe... claro que volverán... Llegados á las puertas de la ciudad, se volvieron diciendo á gritos: ¡Con Dios, hijos, con Dios, mujeres! ¡Viva el padre de nuestro país! Hasta el valle de Josafat.

MILADY. — (*Yendo y viniendo á largos pasos.*) ¡Qué horror! y me decian que habia secado las lágrimas del país... cae la venda de mis ojos... ¡Esto es horrible... espantoso!... Vé y dí á tu señor, que iré á darle las gracias yo misma. (*El criado hace que se va, y ella*



Lady Milford recibe las joyas del Príncipe.

le echa un bolsillo en el sombrero.) Toma esto por haberme dicho la verdad.

EL AYUDA DE CÁMARA. — (*Lo echa con desden sobre la mesa.*) Juntadlo al resto. (*Se va.*)

MILADY. — (*Mirándole con sorpresa.*) Sofía, corre á él, y pídele su nombre; volverá á ver á sus hijos. (*Sofía se va. Milady se pasea. Pausa. Á Sofía que vuelve.*) ¿No se habló hace poco de un incendio que habia reducido á la miseria á más de cuatrocientas familias, en un pueblo de la frontera? (*Llama.*)

SOFÍA. — ¿Y á qué ese recuerdo? Sí, el hecho es exacto. Muchos de aquellos infelices, la mayor parte, sirven ahora de esclavos á sus acreedores, ó mueren en el fondo de las minas de plata que posee el Príncipe.

Sale UN CRIADO. — ¿Qué ordena Milady?

MILADY. — (*Entregándole el cofrecillo.*) Que lleven esto sin tardar al canton incendiado, que hagan dinero con ello, y distribúyanlo entre las cuatrocientas familias arruinadas con el incendio.

SOFÍA. — Observe V. que esto es exponerse á la mayor desgracia.

MILADY. — (*Con nobleza.*) ¿Habrá de pesar sobre mi cabeza la maldicion de sus Estados? (*Hace una seña al criado; éste se va.*) ¿Ó quieres que sucumba bajo el terrible peso de tantas lágrimas?... Vé, Sofía... mejor es llevar ornada la cabeza de diamantes falsos, que semejantes acciones en el corazon.

SOFÍA. — ¡Pero unas alhajas como estas!... ¿No podia V. por ventura entregar otras menos preciosas?... No, Milady, esto en realidad es imperdonable.

MILADY. — ¿Qué loca eres?... las lágrimas de gratitud que arranquen, serán para mí más bellas que todas las perlas y piedras preciosas de diez coronas.

EL CRIADO. — (*Vuelve.*) ¡El mayor de Walter!

SOFÍA. — (*Corre hácia Milady.*) ¡Dios mio! ¡qué palidez!

MILADY. — El primer hombre que me dió miedo... Sofía,... Eduardo, decidle que estoy indispuesta... Aguardad. ¿Está de buen humor?... ¿Sonrie?... ¿Qué dice?... ¡Oh! Sofía... ¿estoy fea?

SOFÍA. — Milady,... ¡por Dios!...

EL CRIADO. — ¿Milady, ordena que le despida?

MILADY. — (*Balbuceando.*) Bien venido sea. (*El criado se va.*) Habla, Sofía; ¿qué le diré? ¿Cómo recibirle? Si callo, se mofará de mi flaqueza... él será... ¡Oh qué presentimiento!... Me abandonas, Sofía... Aguarda... Pero no; vé... sí... aguarda...

(*El mayor atraviesa la antesala.*)

SOFÍA. — ¡Serenidad! Ya está aquí.

ESCENA III.

FERNANDO DE WALTER. — Dichos.

FERNANDO. — (*Saludando ligeramente.*) Sentiria, señora, interrumpir á V...

MILADY. — (*Con visible agitacion.*) En nada que pueda importarme mucho, señor mayor.

FERNANDO. — Vengo aquí, por órden de mi padre.

MILADY. — Quedo muy obligada á ese favor.

FERNANDO. — Y debo anunciar á V. que nos casamos;... tal es el encargo de mi padre.

MILADY. — (*Pálida y temblando.*) ¿Y el corazon de V. no entra por nada en esto?

FERNANDO. — Los ministros y medianeros no acostumbran á tomar tales informes.

MILADY. — (*Con sofocante angustia.*) ¿Y V. no tiene nada que añadir á eso?

FERNANDO. — (*Mirando á Sofía.*) Mucho, señora.

MILADY. — (*Hace seña á Sofía de que se vaya.*) Le ruego que se siente en el sofá.

FERNANDO. — Seré breve, Milady.

MILADY. — Veamos.

FERNANDO. — Yo soy un hombre muy pundonoroso.

MILADY. — Que sé apreciar en lo que vale.

FERNANDO. — Gentilhombre.

MILADY. — No hay otro como V. en el ducado.

FERNANDO. — Y oficial.

MILADY. — (*En tono lisonjero.*) Prendas son esas que así le pertenecen á V. como á otros. ¿Por qué no citar otras que le sean peculiares?

FERNANDO. — (*Friamente.*) Aquí es inútil.

MILADY. — (*Con ansiedad siempre creciente.*) ¿Qué debo pensar de estos preliminares?

FERNANDO. — (*Lentamente y con intencion.*) Dígolo porque el honor se opone á este enlace, si V. pone empeño en forzarme á él.

MILADY. — (*Se levanta.*) ¿Qué significa esto, caballero?

FERNANDO. — (*Con calma.*) Esto me inspira mi corazon, mi cuna, mi grado.

MILADY. — Que debe V. precisamente al Príncipe.

FERNANDO. — Al Estado, por mediacion del Príncipe. Mi corazon lo debo á Dios, y mis blasones cuentan ya cinco siglos.

MILADY. — El nombre del Duque...

FERNANDO. — (*Con violencia.*) ¿Puede el Duque, por ventura, derribar las leyes de la humanidad é imprimir en nuestras acciones su sello? El mismo no se halla por encima del honor, bien que pueda acallarle con un puñado de oro, y cubrir la vergüenza con manto de armiño. Pero le ruego, Milady, que dejemos esto. No se trata ahora de abortados proyectos, ni de mis abuelos, ni de mi espada, ni del qué dirán. Estoy pronto á dar de lado á todo, si V. me demuestra que el precio del sacrificio no es peor que este.

MILADY. — (*Retirándose, con dolor.*) Caballero, yo no he merecido estas palabras.

FERNANDO. — (*Asiéndole la mano.*) Perdone V. Hablamos aquí sin testigos; el motivo que nos reune hoy á ambos, y que no se ofrecerá segunda vez, me autoriza, me fuerza á no ocultar á V. ninguno de mis más secretos sentimientos... No comprendo, Milady, que una dama dotada de tal hermosura é ingenio, de tantas cualidades como hubiera podido estimar un hombre, haya podido entregarse á un Príncipe que sólo admira en ella los dones de su sexo, y no se avergüence luego de ofrecer á otro su corazon.

MILADY. — (*Le mira fijamente y con dignidad.*) Acabe V.

FERNANDO. — Dice V. que es inglesa... permítame V.; no puedo creerlo. La libre hija del pueblo más libre de la tierra, asaz altivo para incensar ni áun las virtudes de los extraños, no hubiera podido doblegarse nunca á sus vicios. No, no es posible que sea V. inglesa, ó su corazon es tan mezquino, como altivo y grande el de los ingleses.

MILADY. — ¿Ha concluido V.?

FERNANDO. — Tal vez contestaria álguien, que esto es efecto de la vanidad femenina... de la pasion... del temperamento y el amor á los devaneos; que con frecuencia, la virtud sobrevivió al honor... que mujeres hubo, las cuales, despues de haber salvado los límites del decoro, se reconciliaron con el mundo por medio de honradas acciones, y ennoblecieron su odioso oficio, haciendo noble uso del poder. Pero entonces ¿por qué el país se halla más agobiado que no lo fué jamas? Vaya esto en nombre del ducado... He dicho.

MILADY. — (*Con dulzura y elevacion.*) Esta es la primera vez, Walter... que álguien se atreve á dirigirme tales palabras, y es V. el único hombre á quien quisiera contestar... Que rechace V. mi mano, lo estimo; que

calumnie mi corazon, lo perdono; pero que lo haga V. seriamente, esto es lo que yo no creo. Quien osa ofender así á una mujer, á quien le bastaria una noche para perder á V., ó está loco, ó le atribuye un alma grande. Me achaca V. la ruina de la comarca. ¡Dios le perdone... Dios, que un dia ha de colocarnos frente á frente, á V., á mí y al Príncipe... Mas puesto que ha provocado en mí á las inglesas, mi patria debe responder á semejantes reproches.

FERNANDO. — (*Apoyado en su espada.*) Siento curiosidad...

MILADY. — Oiga pues lo que jamas he confiado, ni confiaré á otro hombre más que á V. No soy, Walter, la aventurera que piensa ver en mí. Podria blasonar de pertenecer á una raza de príncipes, la desdichada raza de Tomás Norfolk que se sacrificó por María, reina de Escocia. A mi padre, primer chambelan del rey, se le acusó de mantener criminales relaciones con Francia, y fué condenado por el Parlamento, y luego decapitado. Todos nuestros bienes pasaron al fisco, y fuimos desterrados. Mi madre murió el dia de la ejecucion. Yo, que no tenia entonces más que catorce años, salí para Alemania con mi aya, un cofrecillo de joyas, y esta cruz de familia, que mi madre moribunda colgó de mi cuello con su postrer bendicion. (*Fernando se pone pensativo, y la mira con viveza. Milady continúa con creciente emocion.*) Enferma, sin nombre, sin apoyo, sin fortuna, huérfana, extranjera, me retiré á Hamburgo... No habia aprendido más que un poco de francés... y otro poco de costura y á tocar el piano. Estaba habituada á comer en vajilla de oro, á dormir en cama de damasco, servida por diez criados, dóciles á mi voz, y rodeada de los obsequios de los grandes señores... Seis años transcurrieron llorando. Habia vendido el último diamante, y acababa de morir el aya, cuando el destino trajo nuestro Duque á Ham-

burgo. Paseábame un dia por las orillas del Elba y miraba correr el rio, preguntándome si era más profundo que mis pesares... cuando el Duque me vió, siguióme, dió con mi casa, se echó á mis piés, jurando que me amaba... (*Crece su agitacion y continúa sollozando.*) Todas las fascinadoras visiones de mi infancia se agolparon á mi mente... el porvenir se ofrecia sombrío, negro como la tumba y sin ningun consuelo... Mi corazon ardiente ansiaba otro... me abandoné al suyo. (*Se retira.*) Ahora, puede V. condenarme.

FERNANDO. — (*Conmovido corre hácia ella y la detiene.*) ¡Milady!... ¡Qué oigo, Dios mio!... Mis yerros son tales que no es posible el perdon.

MILADY. — (*Vuelve é intenta serenarse.*) Oiga V. más. El Príncipe, en verdad, habia sorprendido mi indefensa juventud, pero la sangre de los Norfolk se reveló en mí: «¡Cómo, me decia, tú que has nacido princesa, te has convertido en concubina de un príncipe!» Luchaban en mi corazon la fatalidad y el orgullo, cuando el Príncipe me trajo aquí y ofrecióse á mis ojos terrible espectáculo. La sensualidad de los grandes, que como hiena insaciable persigue á sus víctimas con devorador apetito, habia sido ya causa de terribles estragos en toda la comarca. Rompió los sagrados lazos del amor ó de la fe conyugal, destruyó la tranquila dicha del hogar, emponzoñó más de un corazon inexperto. Muchachas hubo que maldijeron, en las convulsiones de su agonía, el nombre del seductor. En esto vine yo á interponerme entre el tigre y el cordero. En un momento de pasion, hice jurar al Príncipe que cesarian tales sacrificios humanos.

FERNANDO. — (*Cruza la sala vivamente agitado.*) Basta, Milady, basta.

MILADY. — A ese triste período, vimos suceder otro más triste todavía. Pululaba en la corte y el harém la escoria de Italia. Jugueteaban con el cetro ligeras parisienses, y el pueblo era la sangrienta víctima de sus caprichos. Cesó tambien su reinado; cayeron á mi presencia en el polvo; era yo más coqueta que todas ellas juntas. Con esto, cogí las riendas del gobierno de manos del voluptuoso tirano, adormecido con mis caricias. Entonces, por primera vez, fué gobernada humanamente tu patria, Walter, y se abandonó á mi poder confiadamente. (*Pausa, durante la cual ella le contempla con ternura.*) ¡Oh! ¿Por qué, el único hombre de quien no quisiera ser desconocida, me obliga á hacer mi propio elogio y á sacar á plaza mis ocultas virtudes? Walter, yo he abierto los calabozos y rasgado mil sentencias de muerte, y abreviado la espantosa perpetuidad de la pena de galeras. En incurables llagas destilé al menos unas gotas de refrigerante bálsamo. Cayeron á mi empuje poderosos criminales; más de una vez con una lágrima de cortesana gané la causa, ya perdida, de la inocencia. ¡Oh Walter!... ¡Cuán grato era para mí! ¡Con qué altivez mi corazon vencia los reproches de mi alcurnia! Y hé aquí que ahora el hombre que debia recompensarme... el hombre que tal vez me concedia el destino, fatigado de sus crueles rigores, en compensacion de mis pasados sufrimientos... este hombre, que en mis deseos ardientes acariciaba en sueños...

FERNANDO. — (*Interrumpiéndola.*) ¡Basta!... ¡Basta! Esto no entra en el pacto, Milady; debia V. justificarse de una acusacion, y me convierte en un culpable... Excúseme V., le ruego, excuse V. á mi corazon que desgarran los remordimientos y la vergüenza.

MILADY. — (*Asiéndole la mano.*) ¡Ahora ó nunca! Harto se mostró la heroína... fuerza es que ahora sientas el peso de sus lágrimas. (*Con ternura.*) Oye, Walter; si una desdichada, atraida por tí con irresistible y omnipotente fuerza, se te acercase con un corazon henchido de ardiente é inagotable amor... ¡y áun pronun-

ciaste, Walter, la fria palabra de *honor*...! si esta miserable rendida al peso de su vergüenza,... fatigada del vicio,... redimida heroicamente por la voz de la virtud,... se arrojase en tus brazos (*le abraza y le conjura solemnemente*)... si tú debieras salvarla y devolverla al cielo, ó si (*volviendo el rostro y en tono amenazante*) forzada á huir de tí, y obedeciendo á la voz terrible de la desesperacion, debiese sumergirse con mayor afan en las profundidades del vicio...

FERNANDO.—(*Desasiéndose y cortado.*) No, ¡por Cristo!... no puedo soportar esto... Milady... fuerza es... el cielo y la tierra lo ordenan... fuerza es que haga á usted una confesion.

MILADY.—(*Alejándose de él.*) Pero no ahora... no ahora... por lo que hay más sagrado en el mundo... no, en este espantoso momento, en que mana sangre mi corazon, desgarrado por mil puñales. Ya sea la muerte, ya la vida, no me atrevo... no quiero oirlo.

FERNANDO.—Sin embargo, es preciso que me oiga V., querida Milady. Lo que voy á decir desvirtuará mi falta y me servirá de excusa por lo ocurrido. Confieso que me he equivocado con respecto á V., Milady... Creia... deseaba... hallarla á V. digna de mi desprecio. He venido aquí firmemente resuelto á ofenderla y á merecer su odio. ¡Cuánto mejor fuera para ambos, que hubiera sido así! (*Calla un momento y continúa con timidez.*) Amo... Milady... amo á una muchacha de pobre condicion... Luisa Miller, la hija de un músico. (*Milady vuelve el rostro y palidece; él continua hablando con mayor viveza.*) No ignoro en qué abismo me precipito, pero si la prudencia impone silencio á la pasion, el deber habla más alto. Yo soy el culpable; yo, quien le he arrebatado la paz de la inocencia; yo, quien meciendo su alma con exageradas esperanzas, la entregué pérfidamente como víctima á impetuosas pasiones. Sin duda que me recordará V. mi

condicion, mi cuna, los principios de mi padre... pero amo... mi esperanza se alza con tanta mayor violencia, cuanto más bajo cayó la naturaleza bajo el peso de los respetos sociales... Mi resolucion ha de combatirlos... Veremos quién triunfará de los dos, si la moda ó la humanidad. (*Durante este tiempo, Milady se retira á un extremo del salon, ocultando el rostro entre las manos. Él la sigue.*) ¿Desea V. decirme algo, Milady?

MILADY.—(*Con profunda afliccion.*) Nada, caballero, nada, sino que nos arrastra V. á un abismo, á V., á mí, y á una tercera persona.

FERNANDO.—¡A una tercera persona!

MILADY.—Juntos, no podemos ser felices; seremos, por tanto, víctimas de la precipitacion de su padre de V., porque yo no poseeré jamas el corazon de un hombre que me dá su mano por fuerza.

FERNANDO.—Por fuerza, Milady... sí, la doy por fuerza, pero la doy. ¿Podrá V. exigir la mano sin el corazon?... ¿arrebatar á una niña el hombre que es para ella el mundo entero, y á ese hombre una mujer que es para él el mundo entero? V., Milady, V... que era há un instante aquella sublime inglesa... ¿podrá...

MILADY.—Debo hacerlo. (*Con energía y gravedad.*) Mi pasion, Walter, cede al cariño que le tengo; pero mi honor, nó. Ya en toda la comarca no se habla de otra cosa que de nuestro enlace, y todos dirigen hácia mí sus miradas y sus burlas. Si un vasallo del Príncipe rehusa mi mano, la afrenta que recibo es irreparable... Arréglese como pueda con su padre de V. para salir del apuro del modo que le parezca mejor... lo que es por mí, arda Troya.

(Se va. El mayor se queda inmóvil y sin decir palabra; luego se va por el otro lado.)

ESCENA IV.

La casa del músico.

MILLER.—Su MUJER.—LUISA.

MILLER.—(*Muy agitado.*) ¡Lo que dije!

LUISA.—(*Con ansiedad.*) ¿Qué, padre mio? ¿Qué?

MILLER.—(*Corriendo como un loco, de aquí para allá.*) ¡A ver!... la ropa de fiesta... pronto... necesario es que yo le prevenga... Mi camisa con puños... Ya me lo figuré desde un principio...

LUISA.—Por Dios, ¿qué?

LA MUJER.—¿Qué pasa?... ¿Qué hay?

MILLER.—(*Echando al suelo la peluca.*) Aprisa.. id por un peluquero... ¿Qué hay? (*Corriendo al espejo.*) Y no está poco crecida mi barba... ¿Qué hay? ¡Pues qué ha de haber, desollada! Que el diablo anda suelto y todo va á recaer sobre tí.

LA MUJER.—Vaya... ya estamos... yo pago siempre los platos rotos.

MILLER.—Y claro que sí, charlatana... ¿Pues quién ha de ser sino tú? Esta mañana con aquel endiablado caballero... ¿no te lo dije?... Wurm ha cantado.

LA MUJER.—¿Conque esto es?... ¿y por dónde lo sabes tú?

MILLER.—¿Por dónde?... A la puerta aguarda un tuno de casa el ministro que pregunta por el maestro.

LUISA.—¡Yo muero!

MILLER.—Y tú con estos ojuelos de vellosilla. (*Riendo con dolor.*) Bien dice el proverbio: «Cuando pare el diablo en una casa, pare hembra»... verdad.

LA MUJER.—¿Pero cómo sabes que se trata de Luisa? Tal vez álguien te ha recomendado al Duque, y te quiere para su orquesta.

MILLER.—(*Coge el baston.*) Así lloviera sobre tí el azufre de Sodoma... ¡La orquesta!... Sí, alcahueta; tú chillarás las notas agudas y mi baston las de bajo... (*Se echa sobre una silla.*) ¡Dios mio!

LUISA.—(*Se sienta pálida como la muerte.*) Padre, madre, ¡qué susto me da!

MILLER.—(*Levantándose.*) Te juro que si ese chupatintas se pone al alcance de mi mano, si acierta á pasarme por delante... en ese mundo ó en el otro... le he de moler las costillas y el alma. Ya verás cómo le estampo en las espaldas los mandamientos de la ley de Dios, y el Padre nuestro, y todos los libros de Moisés, de modo que hasta el dia de la Resurreccion se vea la traza de...

LA MUJER.—¡Así... así!... jura y alborota el cotarro... Así se espanta al diablo. ¡Dios mio, ayúdanos! ¡Cómo saldremos de este enredo!... ¿qué haremos?... ¿qué partido vamos á tomar?... Habla, di, Miller... (*Corre de aquí para allá gimoteando.*)

MILLER.—Yo me voy ahora á ver al ministro; yo mismo le hablaré y le diré... Tú sabias esto antes que yo, y hubieras podido advertirme. Entonces tal vez se hubiera convencido la muchacha... estábamos á tiempo todavía. Pero no; se dejó prender en las redes, y tú echaste leña al fuego. Ahora, cuidadito con la piel, y con tu pan te lo comas. Yo cargo con la niña y me la llevo á la frontera.

ESCENA V.

FERNANDO, sale muy asustado y sin aliento.—Dichos.

FERNANDO.—¿Ha venido mi padre?

Todos á un tiempo.

LUISA. — (*Con espanto.*) ¡Su padre!... ¡Dios poderoso!

LA MUJER. — (*Juntando las manos.*) ¡El Presidente! Estamos aviados.

MILLER. — (*Riendo amargamente.*) ¡Alabado sea Dios!... ¡Alabado sea Dios!... Ya empieza la danza.

FERNANDO. — (*Corre hácia Luisa y la estrecha contra su corazon.*) Eres mia, mas que le pese al cielo y al infierno.

LUISA. — Soy muerta... Habla; has pronunciado una palabra terrible. Tu padre...

FERNANDO. — Nada, nada, se acabó. Tú eres mia, y yo soy tuyo de nuevo. Déjame tomar aliento en tus brazos... ¡Oh qué terrible instante!

LUISA. — ¿Cuál?... me estás matando.

FERNANDO. — (*Retrocede y la contempla con expresion.*) Ha habido un momento en que una persona extraña se ha interpuesto entre ambos y en que mi amor palideció ante mi conciencia. Mi Luisa cesaba de serlo todo para su Fernando. (*Luisa cae en una silla y oculta el rostro. Fernando corre hácia ella, la contempla sin decir palabra, y se aparta de repente.*) No; nunca; imposible. Es harto pedir, Milady, que yo te sacrifique esta inocente niña. No; por Dios vivo; no puedo violar el juramento que hice, y que relampaguea en sus lánguidos ojos, como el rayo del Señor. Vedla, Milady, vedla, ¡oh padre cruel! ¿Habré de matar á ese ángel? ¿arrojaré al infierno á esta alma celestial? (*Con firmeza.*) Al cielo he de llevarla, y si mi amor es crímen júzguelo Dios. (*La coge por la mano y la levanta.*) ¡Valor, amada mia! venciste; vuelvo victorioso del más temible combate.

LUISA. — No, no; nada me ocultes; pronuncia la tremenda sentencia. Hablaste de tu padre y de Milady... Siento el calofrío de la muerte... Dicen que va á casarse...

FERNANDO — (*Cayendo á los pies de Luisa*) Conmigo, desdichada.

LUISA. — (*Pausa; con voz temblorosa y penosa calma.*) ¡Sea!... ¿Por qué tiemblo? Harto me lo habia dicho el buen viejo... y nunca quise creerle... (*Pausa. Se echa sollozando en brazos de Miller.*) Padre, vuelvo á tus brazos... Perdóname, padre mio... ¿Qué culpa tengo yo de que este sueño fuera tan bello, y tan terrible el despertar?

MILLER. — ¡Luisa!... ¡Luisa! ¡Oh Dios! está fuera de sí... ¡Hija mia; pobre hija mia!... ¡Maldito sea el seductor!... ¡Maldita la mujer que hizo de tercera!

LA MUJER. — (*Se echa gimiendo en brazos de Luisa.*) Dí, hija mia, si he merecido esta maldicion. ¡Dios le perdone á V., caballero! ¿Qué le hizo á usted este cordero para estrangularle así?

FERNANDO. — (*Lanzándose hácia ella con resolucion.*) Sí, quiero dar al traste con semejantes cábalas y romper las cadenas de la preocupacion! Yo elegiré libremente como me acomode; han de temblar los viles ante la obra gigantesca de mi amor. (*Hace que se va.*)

LUISA. — (*Le sigue.*) Aguarda, aguarda. ¿A dónde quieres ir? Padre... madre mia... nos abandona en tales angustias.

LA MUJER. — (*Corre hácia él y le detiene.*) Vendrá el Presidente aquí y maltratará á nuestra hija y nos maltratará á nosotros, señor Walter... ¿y nos abandona V.?

MILLER. — (*Riendo, enfurecido.*) ¡Nos abandona!... ¿Por qué no?... Ella le sacrificó cuanto posee. (*Coge al Mayor y á Luisa por las manos.*) Paciencia, caballero. De mi casa no se sale, sino así... Aguarda á tu padre, si no eres un malvado, y cuéntale cómo te has insinuado en el corazon de mi hija, ¡traidor!... ó vive Dios que (*echándole á su hija con violencia*) será necesario que aplastes antes á esa muchacha, deshonrada por amor á tí.

FERNANDO. — (*Vuelve y se pasea pensativo.*) Verdad que la autoridad del Presidente es grande... y el derecho del padre una gran palabra... hasta el crimen puede ocultarse en esa palabra;... él puede extremar las cosas... pero no hará más que llevar tambien al extremo mi amor por tí... Ven, Luisa; dame la mano. (*La coge con fuerza.*) Tan cierto que no ha de abandonarme Dios en la hora de la muerte... el instante que separe estas manos, será el último de mi vida.

LUISA. — Me das miedo; no me mires; tiemblan tus labios, ¡qué terrible mirada!

FERNANDO. — No, Luisa, no tiembles. No habla por mi boca la locura, sino la firmeza, precioso don del cielo que en un momento decisivo liberta con inusitada fuerza al alma oprimida. Te amo, Luisa; serás mia, Luisa. Voy ahora en busca de mi padre. (*Se va precipitadamente y se encuentra con éste.*)

ESCENA VI.

El PRESIDENTE con numeroso séquito de criados. — Dichos.

EL PRESIDENTE. — (*Sale.*) ¡Aquí está ya. (*Estupor general.*)

FERNANDO. — (*Dando un paso atrás.*) En la casa de la inocencia.

EL PRESIDENTE. — Donde aprende el hijo á desobedecer al padre.

FERNANDO. — Permítenos, no obstante...

EL PRESIDENTE. — (*Interrumpiéndole.*) (*A Miller.*) ¿Es V. el padre?

MILLER. — Miller, músico de la ciudad.

EL PRESIDENTE. — (*A la mujer.*) ¿Y V. la madre?

LA MUJER. — ¡Ay de mí!... Sí señor; la madre.

FERNANDO. — (*A Miller.*) Llévese á V. á su hija; va á ponerse mala.

EL PRESIDENTE. — Es inútil, porque mandaré llamarla. (*A Luisa.*) ¿Cuánto tiempo hace que conoce V. al hijo del Presidente?

LUISA. — Nunca me informé de quién fuese su padre. De noviembre acá que Fernando de Walter me corteja.

FERNANDO. — Diga V. que la adoro.

EL PRESIDENTE. — ¿Le hizo á V. alguna promesa?

FERNANDO. — La más solemne de todas, hace un momento ante Dios.

EL PRESIDENTE. — (*Colérico, á su hijo.*) Ya te haremos confesar luego tu locura. (*A Luisa.*) Aguardo su respuesta.

LUISA. — Ha jurado amarme.

FERNANDO. — Y cumplirá su juramento.

EL PRESIDENTE. — ¡Qué calles, te digo!... ¿Aceptó V. esa promesa?

LUISA. — (*Con ternura.*) Hice otra igual.

FERNANDO. — (*Con entereza.*) La alianza está firmada.

EL PRESIDENTE. — He de echar fuera el eco. (*A Luisa con malignidad.*) ¿Y siempre le pagó á V. al contado?

LUISA. — (*Atenta.*) No comprendo.

EL PRESIDENTE. — (*Con despreciativa sonrisa.*) Pues... quiero decir tan sólo... todo oficio se paga... supongo que V. no concederá gratuitamente sus favores;... tal vez sólo ha recibido V. alguna suma anticipada...

FERNANDO. — (*Furioso.*) ¡Mil rayos!... ¿Qué significa eso?

LUISA. — (*Al Mayor con dignidad.*) Señor Walter, desde este momento es V. libre.

FERNANDO. — Padre, la virtud impone siempre respeto, áun bajo el vestido de la miseria.

EL PRESIDENTE. — (*Soltando la carcajada.*) Graciosa pretension. ¡Obligar al padre á que respete á la manceba de su hijo!

LUISA.—(*Cayendo al suelo.*) ¡Oh cielos!

FERNANDO.—(*Se dirige al Presidente, espada en mano, pero la inclina al suelo luego.*) Padre, me diste la vida; estamos en paz. (*Envaina la espada.*) Se ha roto todo lazo entre ambos.

MILLER.—(*Que hasta entonces ha permanecido retirado, se adelanta furioso, ora rechinando los dientes, ora temblando de ansiedad.*) Excelencia... el hijo es obra del padre... hablando con el debido respeto... Quien llama á la hija perdida, le da un bofeton al padre... y aquí se devuelve bofeton por bofeton... este es el precio entre nosotros... hablando con el debido respeto...

LA MUJER.—¡Socorrednos, Señor! Ahora se enoja ese. La borrasca va á caer sobre todos nosotros.

EL PRESIDENTE.—(*Que sólo ha entendido á medias.*) ¿Con que el tercero tambien echa su cuarto á espadas?... Sólo le diremos á V. una palabra, señor alcahuete.

MILLER.—Hablando con el debido respeto... me llamo Miller... Si Vuecencia desea oir un *adagio*... pero en galanteos no entro yo... Mientras la corte explote tal privilegio, ese tráfico no tendrá que ver con nosotros... hablando con el debido respeto.

LA MUJER.—¡Por Dios! que estás perdiendo á tu mujer y á tu hija.

FERNANDO.—Estás haciendo un papel, padre mio, para el cual bien podias pasarte de testigos.

MILLER.—(*Se acerca á él con más ánimo.*) Esto es aleman inteligible... hablando con el debido respeto. Vuecencia gobierna y administra el ducado, pero esta es mi casa! Millones de gracias el dia en que pida algo á Vuecencia, pero á un visitante mal criado, yo... le planto en la calle, hablando con el debido respeto.

EL PRESIDENTE.—(*Pálido de cólera.*) ¡Cómo?... ¿Qué dice V.? (*Se acerca á él.*)

MILLER.—(*Se retira un poco.*) Señor, esta es mi opinion... hablando con el debido respeto.

EL PRESIDENTE.—(*Colérico.*) ¡Ah tunante! Tu opinion te conducirá á la cárcel... Ea... que vayan por los alguaciles. (*Algunos criados se van. El Presidente se pasea enfurecido.*) El padre á la cárcel, y la madre á la argolla con esa moza. La justicia armará mi cólera. He de tomar terrible satisfaccion de esta ofensa... Pues no faltaba más sino que esta canalla destruyera mis planes é indispusiera al padre con el hijo!... ¡Ah, maldita gente!... He de cebar mi odio en vuestra ruina. Toda la raza, padre, madre, hija, será sacrificada á mi venganza.

FERNANDO.—(*Adelantándose entre ellos, con calma.*) Nada temais, yo estoy aquí. (*Al Presidente en tono de sumision.*) No te precipites, padre mio. Si algun afecto me tienes, no uses de la violencia. Hay un rincon en mi alma, donde no penetró todavía el nombre de padre... no te extiendas hasta él.

EL PRESIDENTE.—Cállate, y no aumentes mi cólera.

MILLER.—(*Saliendo de profundo estupor.*) Vela por tu hija, mujer... Corro en busca del Duque... El sastre de la corte... Dios me ha inspirado esa idea, seguramente... el sastre de la corte aprende la flauta conmigo... No dejaré de llegar hasta el Duque. (*Intenta irse.*)

EL PRESIDENTE.—Hasta el Duque, dices. ¿Pero has olvidado que yo soy la puerta por donde se debe pasar, ó romperse el alma? ¡Hasta el Duque, imbécil!... Inténtalo cuando estés enterrado vivo en un calabozo, oscuro como el infierno, donde no veas la luz ni sientas el menor ruido. Podrás exclamar entonces, al son de tus cadenas: merecido me lo tengo.

ESCENA VII.

Los ALGUACILES. — Dichos.

FERNANDO. — (*Corre hácia Luisa que cae desmayada en sus brazos.*) ¡ Luisa ! ¡ socorredla ! ¡ salvadla !... El susto la mata. (*Miller coge el baston, se cala el sombrero, y se dispone á defenderse. La mujer se echa á los piés del Presidente.*)



EL PRESIDENTE. — (*Á los alguaciles, mostrándoles sus insignias.*) Favor á la justicia, en nombre del Duque. Muchacho, deja á la niña. Esté ó no desmayada, ya despertará á pedradas cuando se vea con la argolla al cuello.

LA MUJER. — ¡ Misericordia, Excelencia, misericordia, misericordia !

MILLER. — (*Alzando á su mujer.*) De rodillas ante

Dios, zorra, llorona,... y no delante de estos miserables ; ¡ de todos modos me han de prender !

EL PRESIDENTE. — (*Mordiéndose los labios.*) Mira no te engañes, perillan. Aún hay sitio vacante en la horca. (*Á los alguaciles.*) ¿ Habré de deciroslo de nuevo ? (*Los alguaciles se dirigen á Luisa.*)

FERNANDO. — (*Colocándose delante de ella, colérico.*) A ver quién da un paso. (*Tira de la espada y se defiende con la empuñadura.*) Nadie se atreva á tocarla, si no se ha jugado la cabeza... (*Al Presidente.*) No pases adelante, padre, por consideracion á tí mismo.

EL PRESIDENTE. — (*En tono de amenaza, á los alguaciles.*) ¡ Cobardes !... si algo os importa ganar vuestro pan... (*Los alguaciles se acercan de nuevo á Luisa.*)

FERNANDO. — Atrás, con cien mil diablos, repito. Tén compasion de tí mismo, padre ; no me apures.

EL PRESIDENTE. — (*Enfurecido.*) ¡ Así cumplis con vuestro deber, miserables ! (*Los alguaciles se adelantan con mayor ardor.*)

FERNANDO. — Sea ; ya que es fuerza... (*Tira de la espada, é hiere algunos hombres.*) Que la justicia me perdone.

EL PRESIDENTE. — (*Lleno de cólera.*) Veamos si me alcanza á mí tu espada. (*Coge él mismo á Luisa y la confia á un sargento.*)

FERNANDO. — Padre, padre,... ¡ Horrible sarcasmo contra la Divinidad, que tan poco ha comprendido la naturaleza de sus criaturas, que hizo de un gran ayudante de verdugo, un mal ministro.

EL PRESIDENTE. — (*Á los suyos.*) Lleváosla.

FERNANDO. — Padre ; irá á la argolla, pero con el Mayor, el hijo del Presidente... ¿ Persistes todavía ?

EL PRESIDENTE. — Así será más chusco el espectáculo. ¡ Afuera !

FERNANDO. — Coloco sobre esta niña mi espada de oficial. ¿ Persistes todavía ?

El Presidente. — Un hombre que va á la argolla, no debe guardar su espada. En marcha; ya sabeis mi resolucion.

Fernando. — (*Arranca á Luisa de manos de los guardias y la amenaza con la espada.*) Antes de permitir que deshonres á mi esposa, la mataré. ¿Persistes todavia?

El Presidente. — Hazlo, si tan aguda es la espada.

Fernando. — (*Deja á Luisa, y mira al cielo con terrible ademan.*) ¡Dios poderoso! tú eres testigo de que empleé todos los medios humanos... voy á ensayar uno, realmente diabólico... Mientras la envias á la argolla (*al oido del Presidente*) contaré en la Embajada cierta historia que se titula: *De cómo se llega á Presidente.*

El Presidente. — (*Como herido del rayo.*) ¿Qué? ¡Fernando!... ¡Soltadla! (*Corre tras el Mayor.*)





ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

Un salon en casa del Presidente.

El PRESIDENTE. — El Secretario WURM.

EL PRESIDENTE.

Al negocio es este, en verdad.

Wurm. — Lo que yo temia, señor. La opresion irrita, sin convertirlas, á las naturalezas exaltadas.

El Presidente. — ¡Cuánta confianza tenia en este proyecto! Me decia: cuando la niña esté deshonrada, él, en su calidad de oficial, se verá obligado á retirarse.

Wurm. — Claro que sí, mas para esto era necesario primero deshonrarla.

El Presidente. — Sin embargo, ahora que reflexiono serenamente sobre lo ocurrido, veo que no debia permitir que se me impusiera. Nunca pudo dirigirme en serio semejante amenaza.

Wurm. — No lo crea Vuecencia. La pasion irritada no retrocede ante ninguna locura. Vuecencia mismo me habló de la falta de respeto del Mayor y de la re-

sistencia que oponia á ser dirigido. Ya lo creo. Las ideas que ha mamado en la Academia no me complacen del todo ciertamente. Porque, vamos á ver, ¿qué valen estos fantásticos sueños de grandeza de alma y nobleza personal en una corte, entre gentes, cuya mayor sabiduría debe consistir sin duda en humillarse y engrandecerse hábilmente segun las ocasiones? Es



muy jóven y arrebatado todavía para resignarse á subir por el camino lento y tortuoso de los amaños, y sólo despertará su ambicion, cuanto le parezca aventurado y grande.

El Presidente.—(*Con enfado.*) ¿Qué tienen que ver tales observaciones con nuestro asunto?

Wurm.—Señalan la herida y tal vez el remedio. Nunca, en ningun caso era oportuno, permítame Vuecencia que se lo diga, tomar por confidente á un hombre de ese carácter, ó convertirle en enemigo. Mira con horror los medios de que se valió Vuecencia para encumbrarse. La piedad filial ha detenido tal vez hasta ahora la lengua del traidor, pero déle Vuecencia ocasion de soltarla... y veremos. Si Vuecencia combate con mano fuerte sus pasiones, y le dá lugar á creer que cesó de ser para él un padre tierno, triunfarán en su ánimo sus deberes de buen ciudadano. ¡Vaya que fué capricho ofrecer á la justicia víctima tal, bastante por sí sola para arrastrar á su pérdida á su mismo padre.

El Presidente.—¡Wurm! ¡Wurm!... V. me lleva al borde de un abismo.

Wurm.—Yo sacaré á Vuecencia de él. ¿Puedo hablar con libertad?

El Presidente.—(*Sentándose.*) Como un condenado á su compañero de condena.

Wurm.—Entonces, perdóneme Vuecencia. ¿No debe Vuecencia á la flexibilidad del cortesano la posicion de presidente? pues ¿por qué no usar de la misma como padre? Recuerdo todavía con qué cordialidad invitó Vuecencia á una partida de juego á su predecesor y á beber una botella de Borgoña, departiendo amigablemente, la misma noche en que debia volar la mina y saltar por los aires el buen hombre. ¿Por qué revelar á Fernando el nombre del rival? Nunca debió saber que yo conocia sus amores. Bien pudo Vuecencia dirigirse á la niña para ir destruyendo sordamente esa novela, y conservar al propio tiempo el afecto de Fernando. Con esto obraba como el general prudente que no ataca al enemigo en el corazon de su ejército, sino que siembra la discordia en las filas.

El Presidente.—¿Y cómo hacerlo?

Wurm.—Del modo más sencillo. No se perdió la partida todavía. Reprima Vuecencia por algun tiempo el afecto de padre, sin intentar medirse con una pasion, que no hará más que crecer con los obstáculos, y déjeme á mí el cuidado de empollar el gusano que ha de roerla.

El Presidente.— Curioso estoy...

Wurm.—O yo comprendo mal el barómetro del alma, ó los celos de Fernando son tan terribles como su amor. Hagamos nacer las sospechas... verosímiles ó no. Basta una miajita de levadura para que fermente y se destruya todo.

El Presidente.—¿Pero dónde hallaremos la levadura?

Wurm.—Ya estamos. Ante todo, dígame, ¿qué riesgo corre como se prolongue la obstinacion del Mayor? ¿qué importancia tiene para Vuecencia que se termine esa novela con la muchacha, ó se concluya el enlace con lady Milford?

El Presidente.—¿Y me lo preguntas, Wurm? Pierdo mi influencia si no se casa con Milady, y arriesgo mi vida si fuerzo la voluntad del Mayor.

Wurm.—(*Alegremente.*) Entonces, hágame el favor de escucharme. Con el mayor emplearemos la astucia; con la niña, el poder. Le dictamos un billete amoroso dirigido á una tercera persona, y hacemos luego que caiga en manos del muchacho.

El Presidente.—¡Qué locura! ¡Como si ella pudiera resolverse tan pronto á firmar su sentencia de muerte!

Wurm.—Lo hará, si puedo yo manejarme libremente. Conozco á fondo su excelente corazon, que tiene dos puntos vulnerables; por ellos asaltaremos su conciencia; el uno, el amor á su padre; el otro, el amor á Fernando. Damos de lado á éste, y obramos así con más osadía por lo que respeta al músico.

El Presidente.—Veamos.

Wurm.—Por lo que Vuecencia me contó de lo ocurrido en la casa, nada tan fácil como amenazar al padre con una causa criminal. En cierto modo, la persona del privado y guarda-sellos es la representacion del Príncipe; ofender á uno, es atentar á la majestad del otro.

Por lo menos yo, con ese espantajo que me encargo de ajustar, hago pasar al pobre diablo por el ojo de una aguja.

El Presidente.—Pero la causa no podria formalizarse.

Wurm.—Ni mucho menos... sólo lo bastante para poner en apuros á la familia. Ponemos á la sombra al padre, y si á mano viene, para aumentar la inquietud, á la madre tambien; luego se amenaza con la acusacion capital, el cadalso, la prision perpétua, y establecemos por condicion única, para alcanzar la libertad, que la muchacha escriba la carta.

El Presidente.—Bien, bien, comprendo.

Wurm.—Ella ama á su padre con pasion, por decirlo así... Viéndole en peligro de perder la vida, ó cuando menos la libertad;... atenta á los reproches de su conciencia;... en la imposibilidad de poseer al Mayor;... luego, perturbada, de lo cual me encargo... no falla; caerá en el garlito.

El Presidente.—Pero mi hijo lo sabrá todo al instante, y se pondrá más furioso que nunca.

Wurm.—Descuide Su Excelencia. No se pondrá en libertad ni al padre, ni á la madre, sin haber hecho jurar antes á toda la familia que guardarán el secreto y que confirmarán nuestra superchería.

El Presidente.—¡Un juramento! ¿Y qué podemos esperar de un juramento, imbécil?

Wurm.—Nada, si se tratara de nosotros; todo, de esa ralea de gente... Vea Vuecencia cómo de ese modo alcanzamos todos nuestro objeto. La niña pierde el amor de Fernando, y la reputacion. El padre y la madre van resignándose poco á poco, subyugados por una aventura de esa especie, y al fin les parecerá en mí un acto de conmiseracion el rehabilitar á su hija, ofreciéndole mi mano.

El Presidente —(*Riendo y moviendo la cabeza.*) ¡Ah

pícaro!... Me confieso vencido... Ardid de una sutileza satánica, á fe mia... El discípulo sobrepuja al maestro. Sepamos ahora á quién debe dirigirse el billete. ¿Con quién haremos que sospechen que tiene tratos?

WURM. — Necesariamente con uno que deba ganarlo todo, ó perderlo todo con la resolucion de Fernando.

EL PRESIDENTE. — (*Despues de reflexionar un instante.*) Sólo conozco al Mariscal, para el caso.

WURM. — (*Encogiéndose de hombros.*) No me enamoraria mucho que digamos, si fuera yo Luisa Miller.

EL PRESIDENTE. — ¿Y por qué no? Te admiro, á fe. Deslumbradores trajes... oliendo á almizcle y á esencias,... por cada necia palabra, un puñado de oro... ¿no basta eso para corromper la delicadeza de una muchacha de baja estofa? ¡Ay amigo!... Los celos no reparan en pelillos.. Mando buscar al Mariscal. (*Llama.*)

WURM. — Mientras Vuecencia le habla y enjaula al músico, voy á extender el billetito.

EL PRESIDENTE. (*Se acerca al pupitre.*) Me lo traerás cuando esté concluido. (*Wurm se va. El Presidente se sienta á la mesa. Sale un criado. El Presidente se levanta y le da un papel.*) Inmediatamente, esta órden de prision al tribunal, y vaya otro á decir al Mariscal que tenga la bondad de venir aquí.

EL CRIADO. — Su Excelencia se apea del coche en ese instante.

EL PRESIDENTE. — Mejor que mejor. Dirás que sean ejecutadas sus órdenes con precaucion y sin hacer ruido.

EL CRIADO. — Está bien.

EL PRESIDENTE. — ¿Oyes?... sin ruido.

EL CRIADO. — Está bien. (*Se va.*)

ESCENA II.

EL PRESIDENTE. — EL MARISCAL de la corte.

EL MARISCAL. — (*Con trazas de estar muy atareado.*) *En passant* entré, caro amigo. ¿Cómo va?... ¿Qué tal?.. Esta noche... la grande ópera *Dido*... fuegos artificiales magníficos... toda una ciudad incendiada... ¿V. irá á ver el incendio, verdad?

EL PRESIDENTE. — Bastantes fuegos artificiales tengo en casa, que amenazan arrojar por los aires mi poder... Llega V. en la mejor ocasion, Mariscal, para darme un consejo, y ayudarme en una empresa que puede llevarnos adelante á ambos ó arruinarnos completamente. Siéntese V.

EL MARISCAL. — Me asusta V., mi buen amigo.

EL PRESIDENTE. — Pues, como decia,... llevarnos adelante ó arruinarnos del todo. V. conoce mi proyecto de boda de Milady con el Mayor, y comprende V. que es indispensable para asegurar la fortuna de ambos... Pues todo va á llevárselo la trampa, Kalb; Fernando no quiere.

EL MARISCAL. — ¡Cómo que no quiere! ¡Cómo que no quiere!... Si he anunciado la boda á toda la corte... y no se habla de otra cosa.

EL PRESIDENTE. — Pues corre V. el riesgo de pasar á los ojos de todos por un atolondrado... Ama á otra.

EL MARISCAL. — Se burla V. ¿Y qué obstáculo es ese?

EL PRESIDENTE. — Para aquel testarudo un obstáculo invencible.

EL MARISCAL. — Pero ¿cómo?... ¿Será tan loco que así dé un puntapié á la fortuna?

EL PRESIDENTE. — Pregúnteselo V. y ya verá lo que contesta.

El Mariscal. — Pero, *¡ mon Dieu !* ¿ qué puede contestar ?

El Presidente. — Que está resuelto á denunciar al mundo entero el crimen con el cual nos encumbramos, exhibir nuestros falsos documentos, y entregarnos á los dos á la justicia;... esto puede contestar.

El Mariscal. — ¿ Está V. loco ?

El Presidente. — Esto ha contestado, y estaba ya dispuesto á ejecutarlo. Con pena he logrado disuadirle, prometiéndole absoluta sumision. ¿ Qué dice V. á esto ?

El Mariscal. — (*Atontado.*) Digo que no lo entiendo.

El Presidente. — Pase esto; hay más. Mis espías acaban de anunciarme que el copero mayor, Bock, debe pedir la mano de Milady.

El Mariscal. — ¿ Pero V. me vuelve loco ? ¿ Qué está V. diciendo ? ¿ Bock ?... ¿ qué está V. diciendo ? ¿ Sabe V. que somos mortales enemigos ? ¿ Sabe V. por qué?

El Presidente. — Esta es la primera noticia.

El Mariscal. — Amigo, va V. á saberlo, y á buen seguro que se estremecerá V.: V. recordará el baile de la corte... hace de esto como veinte y un años... V. sabe... el baile aquel en que se danzó á la inglesa por primera vez, y el conde de Meerschaum se fué con el dominó hecho una lástima con las gotas de cera ardiendo que caian de las arañas... ¡ si debe V. acordarse !...

El Presidente. — ¿ Quién puede olvidar tamañas cosas ?

El Mariscal. — Ahora viene lo bueno. ¿ Ve V ?... Con la agitacion de la danza, la princesa Amalia perdió la liga... Todos, como V. ya puede figurarse, nos pusimos en movimiento buscándola... Bock y yo, que éramos todavía gentil-hombres de cámara... recorrimos á gatas la sala entera buscando la liga... Al fin, la veo... Bock lo advierte... se echa sobre mí, me la arranca de las manos... ¿ qué tal ?... la presenta á la Princesa y me sopla las gracias... ¿ qué tal, eh ?

El Presidente. — ¡ Impertinente !

El Mariscal. — Y me sopla las gracias... Mire V., estuve á punto de enfermar. Nunca se vió maldad como esa. Por fin, me sereno, me acerco á Su Alteza, y le digo : Señora, Bock ha sido bastante afortunado para presentar la liga á Vuestra Alteza Real, mas quien la encontró el primero, goza en silencio y se calla.

El Presidente. — ¡ Bravo, Mariscal, bravísimo !

El Mariscal. — Y se calla. Pero he de guardar odio eterno á Bock, hasta el dia del juicio final... ¡ Bajo y rastrero adulador !... Y no fué esto solo... Cabalmente cuando nos arrojamos al suelo en busca de la liga, Bock me echó encima los polvos del lado derecho de la peluca, y hèteme confuso el resto del baile.

El Presidente. — Y este será el hombre que casará con la Milford, y llegará á ser el primer personaje de la corte.

El Mariscal. — Me parte V. el corazon de una puñalada... Será... será... ¿ Por qué ? No veo qué necesidad haya de ello.

El Presidente. — Porque mi Fernando no quiere, y no se presenta ningun otro.

El Mariscal. — ¿ Pero no sabe V. modo de obligar al Mayor, por desesperado y extraño que sea ? ¿ Qué habrá desagradable en el mundo que no nos parezca excelente para echar á ese maldito Bock ?

El Presidente. — Sólo conozco un medio, y este depende de V.

El Mariscal. — ¿ Depende de mí ? y es...

El Presidente. — Malquistar al Mayor con su amada.

El Mariscal. — ¿ Malquistarle ?... ¿ Qué quiere V. decir ?... ¿ Qué puedo hacer ?

El Presidente. — Todo se habrá salvado desde el momento en que le cieguen algunas sospechas con respecto á la niña.

El Mariscal. — Que sospeche que roba, por ejemplo.

El Presidente. — ¡ Ca.... hombre !... ¡ Cómo podria creerlo !... que mantiene relaciones con otro.

El Mariscal. — ¿ Y este otro ?

El Presidente. — Seria V.

El Mariscal. — ¡ Cómo !... ¿ Yo ?... ¿ Es noble ella ?

El Presidente. — Esto poco importa. ¡ Vaya una ocurrencia !... La hija de un músico.

El Mariscal. — Una niña del estado llano... Entonces, eso no puede ser... ¡ Cómo !

El Presidente. — ¡ Cómo que no puede ser !... ¿ Se burla V.? ¿ A quién se le ocurre enterarse de la genealogía de una muchacha bonita ?

El Mariscal. — Pero observe V.... un hombre casado... ¿ y mi reputacion en la corte ?

El Presidente. — Esto es otra cosa. Perdone V. No sabia que fuera más importante para V. una reputacion sin tacha, que tener influencia. Doblemos la hoja.

El Mariscal. — Póngase V. en mi lugar, baron. No lo entendia así.

El Presidente. — (*Con frialdad.*) No, no; le sobra á V. la razon. Fuera de que me siento fatigado y dejaré que ruede la bola. Mil parabienes al primer ministro Bock. Otros Estados hay en el mundo. Presentaré mi dimision al Duque.

El Mariscal. — ¿ Y yo ? A V. fácil es hablar así... un sabio, pero yo... *¡ mon Dieu !* ¿ qué soy, si Su Alteza me abandona ?

El Presidente. — Un dicho de ayer; la moda del año pasado.

El Mariscal. — ¡ Oh caro ! ¡ oh queridísimo amigo ! por Dios le ruego que abandone su propósito, y haré cuanto V. guste.

El Presidente. — ¿ Quiere V. prestar su nombre para un *rendez-vous* que dará á V. la Miller ?

El Mariscal. — Juro á Dios que lo prestaré.

El Presidente. — ¿ Y dejará V. caer ese billete, en ocasion en que pueda verlo el Mayor ?

El Mariscal. — En la parada, por ejemplo, donde podré soltarlo como por casualidad, sacándome el pañuelo del bolsillo.

El Presidente. — Y se hará V. el enamorado delante del Mayor, ¿ verdad ?

El Mariscal. — *¡ Mort de ma vie...!* Ya verá V. cómo le caliento las orejas, y le enseño á ese caballerete el modo de birlarme la novia.

El Presidente. — Eso marcha á maravilla. Hoy escribiremos el billete. Pásese V. por mi casa esa tarde á recogerlo, y á preparar el bromazo conmigo.

El Mariscal. — En cuanto haya hecho diez y seis visitas de mucha importancia. Perdone V. si me voy ahora. (*Se va.*)

El Presidente. — (*Llama.*) ¡ Mariscal !... Confio en su habilidad.

El Mariscal. — *Ah ! mon Dieu !...* ya me conoce V.

ESCENA III.

El PRESIDENTE. — WURM.

Wurm. — Ya están presos sin ruido el maestro y su mujer. ¿ Vuecencia quiere leer la carta ?

El Presidente. — (*Despues de haberla leido.*) Muy bien, muy bien, mi querido secretario... El Mariscal se tragó tambien el anzuelo. Veneno como ese, puede emponzoñar la misma salud. Ahora vete á disponer el ánimo del padre, y á calentarle los cascos á la niña.

(*Se van por diverso lado.*)

ESCENA IV.

Aposento en casa Miller.

LUISA.—FERNANDO.

LUISA.—Cesa, te ruego; ya no espero un solo dia de felicidad: todas mis esperanzas han fallido.

FERNANDO.—Pues las mias han aumentado. Mi padre está furioso y va á dirigir contra nosotros todas sus baterías, con lo cual me forzará á obrar como un hijo sin entrañas. ¿Qué me importa mi deber filial? La rabia y la desesperacion me arrancarán el terrible secreto de su asesinato, y el hijo entregará al padre en manos del verdugo. El trance es extremo, como es fuerza que sea, para decidir á mi amor á ese paso de gigante. ¡Oye, Luisa! Surge en mi ánimo un pensamiento grande, inmenso, como mi pasion. ¡Los dos unidos por el amor!... ¿No se halla en eso el cielo entero?... ¿Tienes necesidad de algo más?

LUISA.—Detente; ni una palabra más. Tiemblo de lo que vas á decir.

FERNANDO.—Si nada aguardamos del mundo, ¿á qué mendigar su sufragio? ¿por qué arriesgarse donde no hay nada que ganar, y mucho que perder? ¿No brillarán tus ojos con el mismo fulgor, reflejados en la corriente del Rhin, ó del Elba, ó del mar Báltico? Mi patria está para mí, donde mi Luisa me ame. La huella de tus piés en la arena del desierto, es de mayor precio para mí, que las catedrales de mi país. ¡Cómo echar de menos el esplendor de las ciudades! Donde quiera que vayamos, Luisa mia, hemos de ver salir y ponerse el sol; espectáculo ante el cual palidecen las maravillas del arte. No hemos de rogar á Dios en el templo, pero la noche extenderá en torno su religioso horror, y la mudable luna nos exhortará á la penitencia, y una iglesia de estrellas rogará con nosotros. Serán interminables nuestros coloquios amorosos; sí, una sonrisa de mi amada puede dar asunto á ellos por un siglo. Hasta que sepa qué es de esta lágrima, durará el sueño de mi vida.

LUISA.—¿Y no tienes otro deber que tu amor?

FERNANDO.—(*Abrazándola.*) El más sagrado consiste en alcanzar tu reposo.

LUISA.—(*Con seriedad.*) Entonces, cállate y déjame... Mi padre no posee más que á su hija única... mi padre, que mañana cumplirá sesenta años, y se ve perseguido por la venganza del tuyo.

FERNANDO.—(*Con viveza.*) Se vendrá con nosotros. Ya ves; no queda ya obstáculo alguno, querida Luisa. Corro á cambiar en oro, cuanto tengo de precioso, y tomaré al propio tiempo anticipada una cantidad de dinero de mi padre. Despojar al ladron, es lícito; fuera de que ¿no son sus tesoros el precio de la sangre de la patria? Esta noche, á la una, vendrá un carruaje; os meto en él, y huimos.

LUISA.—Seguidos de la maldicion de tu padre... maldicion esta, ¡insensato! que en los mismos labios del asesino es oida del cielo; maldicion que ha de perseguirnos como sombra implacable, para echarnos de un mar á otro mar... No, amor mio. Si es fuerza cometer un crímen para que seas mio, me siento aún con fuerzas para perderte.

FERNANDO.—(*Inmóvil, balbuceando con sombrío ademan.*) ¿Verdad?

LUISA.—¡Perderte!... ¡Qué horrible pensamiento!... Tan espantoso es que palideciera la misma dicha al concebirlo... ¡Fernando!... ¡Perderte!... Mas no se pierde sino lo que se ha poseido, y tú perteneces á tu condicion. Mis pretensiones eran sacrílegas y las abandono temblando.

FERNANDO. — (*Con el semblante demudado, y mordiéndose el labio inferior.*) ¿ Las abandonas ?

LUISA. — No ; mírame, querido Walter ; no te muerdas el labio. Oye ; deja que reanime con tu ejemplo tu espirante valor ; deja que sea la heroína en esa crisis... y devuelva á los brazos de su padre al hijo extraviado, y renuncie á un enlace que hace imposible el estado de la sociedad, y que subvertiria el órden eterno, el órden general. Yo soy la culpable, yo, que concebí temerarios é insensatos deseos;... mi desgracia es mi castigo... Pero déjame la tierna y lisonjera ilusion de que soy yo quien hace un sacrificio. ¿ Quieres envidiarme esta dicha ? (*Fernando, distraido como está, coge colérico un violin, é intenta tocarlo. Luego rompe las cuerdas, echa al suelo el instrumento, y suelta una carcajada.*) Walter... ¡ Dios mio ! ¿ qué haces ?... serénate... Ese instante reclama firmeza ; es la hora de la separacion... Eres hombre de corazon, querido Walter, lo conozco... Tu amor es ardiente como la vida ; sin límites, como el infinito... Concédelo á noble y digna criatura... no tendrá que envidiar á las más felices. (*Reprimiendo sus lágrimas.*) No has de verme más... La pobre niña engañada en sus esperanzas, llorará su dolor entre cuatro paredes, sin que nadie cuide de sus lágrimas... Mi porvenir es vacio y muerte... pero de cuando en cuando, aspiraré todavía las marchitas flores del pasado. (*Vuelve el rostro y le tiende la mano temblorosa.*) Adios, señor Walter.

FERNANDO. — (*Volviendo en sí.*) Voy á fugarme, Luisa. ¿ De veras no quieres seguirme ?

LUISA. — (*Se sienta en el fondo y oculta el rostro entre las manos.*) Mi deber me ordena quedarme y sufrir.

FERNANDO. — Me engañas, sierpe ; alguna otra razon te encadena aquí.

LUISA. — (*Con profundo dolor.*) Créalo V. al menos ; esto le hará quizá menos desgraciado.

FERNANDO. — ¡ El glacial deber junto al ardiente amor !... ¡ No me dejo alucinar por ese cuento de niño ! Un amante te encadena... ¡ Ay de tí y ay de él, si se confirman mis sospechas ! (*Se va corriendo.*)

ESCENA V.

LUISA, sola. Permanece inmóvil y sin decir palabra, sentada en una silla ; luego se levanta, y mira en torno suyo como asustada.

LUISA. — ¿ Dónde estarán mis padres ? Padre prometió volver á los pocos minutos, y hace ya cinco horas mortales que está fuera... Si le habrá ocurrido algo... ¡ Ay qué emocion !... ¿ Por qué me sentiré tan oprimida ? (*Wurm entra en la sala, y se queda en el fondo sin que ella le vea.*) Esto no es nada... fantasmas de mi imaginacion, que engendró el insomnio. Una vez se apoderó del ánimo el espanto, los ojos se fingen espectros donde quiera.

ESCENA VI.

LUISA y el secretario WURM.

WURM. — (*Acercándose.*) Buenas tardes, señorita.

LUISA. — ¡ Dios mio !... ¿ Quién habla aquí ? (*Se vuelve, ve al secretario y retrocede asustada.*) ¡ Horror !... ¡ Ciertos eran mis presentimientos ! Van á realizarse fatalmente. (*Al secretario mirándole con desprecio.*) ¿ Busca V. sin duda al Presidente ? Ya no está aquí.

WURM. — No, señorita ; venia por V.

LUISA. — Entonces me sorprende que no fuera V. á la plaza del mercado.

WURM. — ¿ Por qué debia ir cabalmente allí ?

LUISA. — A sacar á su novia de la picota.

WURM. — ¡ Qué injusta sospecha , señorita Miller !

LUISA. — (*Interrumpiéndole.*) ¿ En qué puedo servir á V. ?

WURM. — Vengo con recado de su padre.

LUISA. — ¿ De mi padre ?... ¿ Y dónde está ahora ?

WURM. — Donde no quisiera.

LUISA. — Por Dios, hable V... ¡ lo que presiento !... ¿ Dónde está padre ?

WURM. — En la cárcel , ya que desea V. saberlo.

LUISA. — (*Alzando los ojos al cielo.*) Esto más... esto más... ¿ En la cárcel ?... ¿ Y por qué ?

WURM. — Por órden del Duque.

LUISA. — ¡ Del Duque !

WURM. — Por el desacato que cometió con Su Majestad , en la persona de su representante.

LUISA. — ¡ Cómo ! ¡ Cómo !... ¡ Dios poderoso !

WURM. — Ha resuelto castigar al culpable.

LUISA. — Esto me faltaba... Despues de mi pasion por el Mayor, quedaba aún una emocion violenta para mi alma , y no se me habia de excusar... ¡ Un desacato ! ¡ Oh Providencia celeste !... salva , salva mi vacilante fe !... ¿ y Fernando ?

WURM. — Casará con lady Milford , ó será maldecido y desheredado.

LUISA. — ¡ Horrible alternativa !... Y sin embargo, él es más feliz que yo... no tiene padre que perder... Verdad que harto castigo es no tenerlo. ¡ Mi padre culpable de lesa majestad !... mi amante, maldito, desheredado , forzado á casar con Milady... ¡ magnífico ! Una infamia perfecta , es tambien una perfeccion... No ; falta algo todavía. ¿ Dónde está mi madre ?.

WURM. — En la galera.

LUISA. — (*Con sonrisa de dolor.*) Así ; obra completa... Ahora, soy libre... sin deber alguno... privada de toda dicha, y tambien de toda pena... abandonada por

la Providencia... Ya no tengo necesidad de nada. (*Pausa.*) ¿ Tiene V. que anunciarme algo más ? Hable V.; estoy dispuesta á oirlo todo.

WURM. — Sabe V. cuanto ha ocurrido.

LUISA. — No ; ¿ qué puede ocurrir todavía ? (*Mira al secretario de arriba abajo.*) ¡ Pobre hombre !... ¡ qué triste oficio estás haciendo !... Imposible es que te haga feliz... Terrible cosa es hacer la desgracia de los demas, pero más terrible todavía anunciársela, lanzar el canto siniestro del buho , y seguir plantado aquí mientras el corazon tembloroso mana sangre atravesado por el dardo de hierro de la necesidad , viendo cómo llega á dudar de Dios un cristiano... ¡Dios del cielo ! Mas que te valiera cien mil escudos cada lágrima de angustia ,... no quisiera hallarme en tu lugar... ¿ Qué puede ocurrir todavía ?

WURM. — No lo sé.

LUISA. — No quiere V. saberlo. Niéganse los labios á pronunciar el terrible mensaje ; pero en la calma sepulcral de tu rostro , aparece á mis ojos el espectro. ¿ Hay más ? Dijo V. hace poco que el Duque pensaba castigar al culpable. ¿ Quién es el culpable para V. ?

WURM. — No quiera V. saberlo.

LUISA. — Óyeme ; sin duda aprendiste con el verdugo ; si no, ¿ por dónde sabes tú el modo de aplicar el hierro á los fracturados miembros , y mantener suspendido sobre el corazon el golpe mortal ? ¿ Qué le espera á mi padre ? Las palabras que tú pronuncias sonriendo , traen la muerte consigo. ¡ Cómo descubrir lo que me ocultas ! Habla ; descarga sobre mí el peso que debe aplastarme. ¿ Qué le espera á mi padre ?

WURM. — Una causa criminal.

LUISA. — ¿ Y qué es esto ? yo no sé nada , soy muy simplona, y no comprendo vuestros terribles latinajos. ¿ Qué es una causa criminal ?

WURM. — Una causa en que se ventila la vida ó la muerte.

LUISA. — (*Con firmeza.*) Gracias. (*Se va corriendo hácia el cuarto contiguo.*)

WURM. — (*Perplejo, sin moverse.*) ¿ A dónde va V. ?... ¿ Intentará esa loca...? ¡ Diablo !... No se atreverá... Corro tras ella... soy responsable de su vida. (*En actitud de seguirla.*)

LUISA. — (*Vuelve á salir, con una manteleta.*) Dispénseme V., señor secretario ; voy á cerrar la puerta.

WURM. — ¿ A dónde va V. con tanta prisa ?

LUISA. — A casa el Duque.

WURM. — ¿ Cómo ?... ¿ A dónde ? (*La detiene, asustado.*)

LUISA. — A casa el Duque... ¿ Lo oye V. ?... A casa el Duque, que quiere que sentencien á mi padre. Digo mal, no lo quiere él, nó ; sino algunos infames. El sólo intervendrá en ese proceso de lesa majestad, para poner su real firma.

WURM. — (*Suelta una carcajada.*) ¿ A casa el Duque ?

LUISA. — Ya me figuro de qué se rie V. ¿ Que no hallaré quien me compadezca, verdad ? ¡ Dios de misericordia ! ¡ qué sólo seré oida con aversion ! Ya me han dicho que los grandes no saben ni quieren saber lo que es la desgracia ; mas yo se lo diré, yo les pintaré todas sus mortales angustias, con gemidos que les penetrarán hasta el tuétano. Y cuando vea erizarse sus cabellos, he de gritarles para terminar, que tambien llega para ellos el estertor de la agonía, y que el dia del juicio final pasarán por la misma criba los reyes y los mendigos. (*Hace que se va.*)

WURM. — (*Con fingido afecto y mala intencion.*) Sí; vaya V., vaya V.; es lo mejor que puede V. hacer. Yo le aconsejo que vaya, y aseguro á V. que el Duque la recibirá muy bien.

LUISA. — (*Se detiene de súbito.*) ¿ Qué dice V. ? ¿ V. mismo me lo aconseja ? (*Vuelve.*) ¡ Hum ! ¿ qué resuelvo ? Cuando éste me lo aconseja, malo será. ¿ De dónde saca V. que el Príncipe me recibirá bien ?

WURM. — ¡ Toma !... No ha de hacerlo gratis.

LUISA. — ¿ Gratis ? ¿ Y qué valor puede dar á un acto de humanidad ?

WURM. — La linda pedigüeña es precio bastante...



LUISA. — (*Estupefacta, lanzando un grito*) ¡ Justo Dios !

WURM. — Supongo que tratándose de la salvacion de un padre, no le parecerá V. caro.

LUISA. — (*Paseándose á largos pasos fuera de sí.*) Sí, sí ; es cierto. A vuestros nobles los propios vicios, como ejércitos de querubines, les mantienen separados de la verdad. ¡ Dios venga en tu socorro, padre mio ! Tu hija puede morir, pero no pecar por tí.

WURM. — Singular noticia para el pobre hombre abandonado... Pues mi Luisa me ha perdido, me decia, ella me salvará. Voy á llevarle la contestacion de V., señorita. (*Hace que se va.*)

LUISA. — (*Corre hácia él y le detiene.*) Aguarde V. ¡ Un poco de paciencia ! Qué listo anda ese demonio, en cuanto se trata de desesperar á un hombre. Pues le

perdí, debo salvarle. Hable V..., aconséjeme V. ¿Qué puedo hacer?

WURM. — No hay mas que un medio.

LUISA. — Veamos este medio.

WURM. — Su padre de V. lo desea tambien.

LUISA. — ¡Mi padre!... el medio...

WURM. — Es fácil, me parece.

LUISA. — Nada me parece tan difícil como la deshonra.

WURM. — Si V. desea devolver la libertad al Mayor...

LUISA. — ¡Hacer que no me ame! Se chancea V. ¿Depende de mí, por ventura, cuando fuí yo la solicitada?

WURM. — No queria decir esto, señorita. Es menester que el Mayor se retire espontánea y voluntariamente.

LUISA. — No lo hará.

WURM. — V. se lo figura. No se habria dirigido ciertamente á V., si no contara V. con eficaces recursos.

LUISA. — ¿Puedo forzarle á que me aborrezca?

WURM. — Probaremos. Siéntese V.

LUISA. — (*Confusa.*) ¿Qué proyecto llevas?

WURM. — Siéntese V. y escriba. Aquí hay pluma, tintero y papel.

LUISA. — (*Se sienta, hondamente perturbada.*) ¿Qué he de escribir, y á quién?

WURM. — Al verdugo de su padre de V.

LUISA. — ¡Ah!... ¡Cómo sabes poner el alma en un potro! (*Coge la pluma.*)

WURM. — (*Dictando.*) «Señor.» (*Luisa escribe con mano temblorosa.*) «Tres insoportables dias han trascurrido... han trascurrido.. sin que nos viéramos.»

LUISA. — (*Sorprendida suelta la pluma.*) ¿A quién se dirige la carta?



Wurm haciendo firmar á Luisa la carta al Mariscal.

WURM. — Al verdugo de su padre de V.

LUISA. — ¡ Oh Dios mio !

WURM. — « Culpe Vuecencia al Mayor... al Mayor, que me cela como un Argos. »

LUISA. — *(Levantándose.)* ¡ Infamia como ella ! ¿ A quién va dirigida la carta ?

WURM. — Al verdugo de su padre de V.

LUISA. — *(Juntando las manos.)* ¡ No, no, no ; esto es una tiranía ! ¡ Oh Dios ! ¡ castiga al hombre que te ofende, conforme á su humana condicion ; mas no me estreches con semejantes terrores, no me columpies entre la muerte y la infamia, no me arrojes en brazos de este demonio, ávido de sangre... Haga V. lo que guste ; no escribiré esto jamás.

WURM. — *(Cogiendo el sombrero.)* Como V. quiera, señorita ; ni más ni menos de lo que á V. le plazca.

LUISA. — ¡ Que como me plazca, dice V. ! ¡ Bárbaro ! vé, suspende á un desgraciado sobre el abismo del infierno, exige de él cualquier cosa, blasfema de Dios, y pregúntale despues si le place... ¡ Oh ! Harto sabes que los impulsos naturales encadenan el alma. Ya todo me es igual ; dicte V... En nada pienso ya... cedo á las artimañas del infierno.

(Se sienta por segunda vez.)

WURM. — « que... me cela constantemente como un Argos. » ¿ Está ?

LUISA. — Siga, siga.

WURM. — « Ayer el Presidente estuvo en casa. Habia que ver al buen Fernando cómo forcejeaba para defender mi honor. »

LUISA. — ¡ Bien !... ¡ bien !... ¡ Magnífico ! Siga V.

WURM. — « Salí del paso, fingiendo un desmayo,... un desmayo porque no podia tener la risa. »

LUISA. — ¡ Oh cielos !

WURM. — « Pero bien pronto se hará insoportable... insoportable esa máscara... Si pudiera escapar... »

LUISA.—(*Se detiene, se levanta, va y vuelve con la cabeza inclinada al suelo, como si buscara algo. Luego se sienta de nuevo y escribe.*) « ... pudiera escapar! »

WURM.—«Mañana está de servicio. Aproveche Vuecencia el instante en que me dejará sola, y acuda al sitio que sabe.» ¿Está? «al sitio que sabe.»

LUISA.— Está.

WURM.— « Al sitio que sabe, en busca de su tierna Luisa.»

LUISA.— Faltan las señas.

WURM.— « Al Sr. Mariscal de Kalb.»

LUISA.— ¡Oh Providencia! Nombre tan extraño á mi oido, como ajenas á mi corazon estas infames líneas. (*Se levanta, contempla en silencio el papel, lo entrega al secretario, y dice, falta de aliento.*) Tome V... mi nombre sin tacha, mi Fernando... toda la felicidad de mi vida, pongo en sus manos... Ya nada me queda.

WURM.— ¡Oh! no desespere V., querida Luisa... me intereso vivamente por V... Tal vez... ¡quién sabe!... pasaria por alto ciertas cosas... en verdad... Vaya... que me da V. compasion.

LUISA.— (*Mirándole fijamente.*) Basta, que va V. á manifestar un deseo horrible.

WURM.— (*Asiéndole la mano y pretendiendo besarla.*) Supongamos que fuera esta linda mano... ¿Qué le parece á V., señorita?

LUISA.— (*Con grandeza y horror.*) Habia de estrangularte el dia de la boda, y luego sufrir el tormento satisfecha. (*Hace que se va y vuelve.*) ¿Hemos concluido, señor mio? ¿Puede emprender el vuelo la paloma?

WURM.— Falta una pequeña formalidad, señorita. V. reconocerá conmigo, V. jurará que ha escrito la carta libremente, sin coaccion de ningun género.

LUISA.— ¡Oh Dios mio!... Y será sellada con tu nombre esta obra del infierno. (*Wurm se va con ella.*)

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa del Presidente.

FERNANDO trayendo una carta abierta en la mano, sale precipitadamente por una puerta, y UN CRIADO por otra.

FERNANDO.

¿HA venido el Mariscal?

EL CRIADO.— Señor Mayor, el señor Presidente ha preguntado por Vuecencia.

FERNANDO. — ¡Mil rayos!... Pregunto si ha venido el Mariscal.

EL CRIADO.— Su Excelencia está arriba, jugando al faraon.

FERNANDO.—Su Excelencia debe bajar aqui con cien mil de á caballo. (*El criado se va.*)

ESCENA II.

FERNANDO, solo.

(Lee de nuevo la carta, ora inmóvil de sorpresa, ora paseándose colérico.)

¡Es imposible!... ¡imposible!... que tan hermoso

cuerpo encierre tan malvado corazon... Y no obstante, aunque descendieran todos los ángeles del cielo á garantir su inocencia, y el cielo y la tierra y el mismo Creador la afirmaran... esta es su letra... ¡Oh monstruosa, inaudita traicion, sin ejemplo en el mundo! Esta era la causa de que se obstinara en no huir... esta era... ¡Oh Dios mio!... Despierto al fin; todo se explica. Hé aquí por qué renunciaba con tal heroismo á mi amor. Poco faltó para que me engañara con ese divino artificio. (*Se pasea á largos pasos; luego, deteniéndose.*) ¡Penetrar de tal modo en mi corazon! Corresponder á los más osados impulsos, á las secretas y tímidas emociones, á la ardorosa agitacion... sorprender la más delicada é indefinible vibracion de mi alma, y estimarme en lo que valia por mis lágrimas, y acompañarme hasta la escarpada cima de la pasion, y allí ir todavía á mi encuentro, al borde del abismo que da vértigo... ¡Oh Dios mio!... ¡Dios mio!... ¿y todo esto no era más que una farsa? ¡Ah! si de tan halagüeños colores se reviste la mentira, ¿cómo no escaló todavía el cielo el demonio? ¡Con qué persuasiva perfidia palideció la falsa, cuando le indiqué los peligros de nuestro amor! ¡Con qué victoriosa dignidad anonadó el imprudente sarcasmo de un padre!... Y sin embargo, ella se sentia culpable en aquel momento. ¿Pues qué? ¿no resistió á la prueba de la verdad? ¡la hipócrita! ¿no se desmayó? ¿Qué lenguaje te resta, emocion del alma, si las coquetas saben fingir desmayos? ¿Cómo te justificarás ¡oh inocencia! si las rameras apelan tambien á ese recurso? Harto sabe ella qué hizo de mí; harto ha visto el fondo de mi alma, y con el rubor del primer beso leyó en mis ojos lo que pasaba en mi corazon. Y en tanto, ella no sentia nada que no fuera el triunfo de su arte. Mientras en mi feliz embriaguez, creia poseer en ella el cielo entero y enmudecian mis impetuosos deseos, fijo tan sólo mi pensamiento en

ella y en la eternidad, ella ¡oh Dios mio!... ella no sentia nada, nada sino el orgullo del éxito, nada sino el homenaje rendido á sus hechizos, nada ¡oh rabia! sino que era engañado.

ESCENA III.

EL MARISCAL.—FERNANDO.

EL MARISCAL.—(*Andando de puntillas.*) ¿Dicen que deseaba V. verme, querido?

FERNANDO.—(*Aparte.*) Lo que deseo es romperle la crisma á un tunante. (*Alto.*) Mariscal, esta carta habrá caido del bolsillo de V. en la parada. (*Con amarga sonrisa.*) He tenido la fortuna de hallarla.

EL MARISCAL.—¿Usted?

FERNANDO.—Por feliz casualidad. Culpe V. de ello á la Providencia.

EL MARISCAL.—Me espanta... ya lo ve V.

FERNANDO.—Lea, lea. (*Haciéndose á un lado.*) Si no soy afortunado en el papel de amante, tal vez saldré más airoso del de medianero. (*Mientras lee el Mariscal, Fernando descuelga un par de pistolas de la pared.*)

EL MARISCAL.—(*Echa la carta sobre una mesa é intenta escapar.*) ¡Maldicion!

FERNANDO.—(*Asiéndole por un brazo y trayéndole de nuevo á la escena.*) Despacio, Mariscal. El caso me parece divertido y quiero que se me recompense el hallazgo. (*Le enseña las pistolas.*)

EL MARISCAL.—(*Retrocediendo asustado.*) Por Dios, querido amigo, sea V. razonable.

FERNANDO.—(*Gritando y con acento terrible.*) Con esto sobra para mandar al otro mundo á un miserable como tú. (*Le presenta una pistola y saca luego un pañuelo de bolsillo.*) A ver; coja V. por una punta ese pañuelo que me dió cabalmente aquella perdida.

El Mariscal. — ¡Ese pañuelo !... Pero está V. loco... ¿ qué quiere V. hacer ?

Fernando. — Coge la punta de ese pañuelo, te digo, sino dispararias de medio lado, cobarde. Debieras dar gracias á Dios, cobarde, de que al fin éntre algo en tu cerebro. (*El Mariscal intenta escapar.*) Quieto ; no hay que largarse así. (*Le detiene y corre el cerrojo.*)



El Mariscal. —¿ En esta sala, Baron ?

Fernando. — Como si valiera la pena de salir á dar un paseo por las murallas. Aquí va á resonar mejor el tiro. Será la primera vez que metas un poco de ruido en el mundo... Dispara.

El Mariscal. — (*Enjugándose la frente.*) ¡ Y así expone V. su vida, presuntuoso mancebo !

Fernando. — Dispara, repito ; nada tengo que hacer en el mundo.

El Mariscal. — Pues yo sí... y mucho, querido amigo.

Fernando. —¿ Tú, bribon ?... ¡ Cómo !... tú... Ah... sí ; tú debes ser el eje aquí, donde no abundan ciertamente los hombres ; tú debes estirarte y encogerte como la mariposa clavada con un alfiler, y llevar la cuenta de las veces que se viste tu amo, y trotar por ahí con su alma á cuestas, como un caballo de plaza. Perfectamente. Te llevaré conmigo como un animal raro ; por allá parecerás un moro domesticado; has de danzar al son de los gemidos de los condenados, ir y venir, obedecer y divertir con tus muecas de palaciego, nuestra eterna desesperacion.

El Mariscal. — Haré cuanto mande, caballero, y como guste... pero retire V. las pistolas.

Fernando. — ¡ Ahí está, el hijo del dolor, que parece nacido para afrentar la creacion, como si un falsificador de Tubinga hubiese intentado reproducir la obra del Todopoderoso. ¡ Lástima de esa partícula de sesos en este cráneo ingrato !... Con ella hubiera bastante para hacer de un mono un hombre, mientras ahora sólo sirve para afrentar á la razon. Y pensar que ella compartió su corazon con ese... con ese... ¡ hecho atroz é inexplicable ! con ese ente nacido, más para disgustar del vicio que para arrastrar á él.

El Mariscal. — ¡ Ay, gracias á Dios... que se entretiene en decir agudezas !

Fernando. — Mejor es dejarlo por lo que es y no hacerle caso... como á un insecto. Le vemos, nos encogemos de hombros, y admiramos tal vez la sabia economía del cielo que nutre con las inmundicias algunas criaturas y prepara un festin á los cuervos en la horca, y á los palaciegos en la corte real. Despues de todo, admira en verdad la hábil direccion de la Providencia, atenta á mantener á los pillos y á las tarántulas para que cuiden de esparcir el veneno... (*Con mayor rabia.*) Mas que no se llegue el insecto rastreando á mis flores ó... (*cogiendo al Mariscal y sacudiéndole bruscamente*) así... y así... y vuelta... y dale... le aplasto.

El Mariscal. — (*Aparte, intentando respirar.*) ¡ Oh

Dios mio!... Quién me diera verme lejos de aquí, á cien leguas, en Bicêtre, cerca de Paris... con tal de no hallarme junto á ese hombre.

FERNANDO. — ¡Ah, miserable! Si empañaste su pureza ¡miserable! si buscaste el deleite donde hallé tan sólo motivo de adoracion; si te has entregado á la licencia, cuando elevaba yo á Dios mi alma... (*Pausa; luego, con voz terrible.*) ¡Ah, miserable! más te valiera refugiarte en el infierno, que tropezar en el cielo con mi cólera. Dime ¿qué has conseguido de ella? Confiésalo.

EL MARISCAL. — Suélteme V. y lo descubriré todo.

FERNANDO. — ¡Oh! más dulce ha de ser galantear á esa muchacha, que gozar con otra de colmada ventura! Conque ella quisiera, destronara la dignidad y desnaturalizaria la virtud con el deleite. (*Al Mariscal, apuntándole una pistola al pecho.*) ¿Qué has conseguido de ella? Dilo ó disparo.

EL MARISCAL. — ¡Si no ha pasado nada!... nada... Tenga V. un momentito de paciencia... Le están á V. engañando.

FERNANDO. — ¡Y tú me la pagarás, infame!... ¿Qué has conseguido?... Despacha ó te mato.

EL MARISCAL.—*Mon Dieu!* ¡Dios mio! si le digo á V.... Su padre... su propio padre...

FERNANDO. — (*Colérico.*) Te ha vendido á su hija... ¿Y qué has conseguido? Habla ó te mato.

EL MARISCAL. — Está V. loco... no me oye V.... Ni la he visto nunca, ni la conozco, ni sé una palabra de ella.

FERNANDO. — (*Retrocede.*) ¡Que no la has visto, ni la conoces, ni sabes nada de ella!... Por tu causa la Miller está perdida, y ahora reniegas de ella tres veces... ¡Afuera, canalla! (*Le echa del salon á culatazos con la pistola.*) No se inventó la pólvora para tí.

ESCENA IV.

FERNANDO. Larga pausa; con el rostro demudado y expresion terrible.

Estoy perdido... Sí, desgraciada; lo estoy y conmigo tú. Sí, ¡oh Dios mio! lo estoy y conmigo tú. No me la arrebates, ¡oh Dios, juez del mundo! Es mia; por ella abandoné el mundo entero, y renuncié á todas las magnificencias de la creacion. Déjame esa niña. Millones de almas suspiran por tí; vuelve á ellas tus ojos compasivos, y déjame sólo á ésta, Juez del mundo (*Juntando las manos.*) ¡Cómo podrá rehusarme un alma, hoy la más infeliz, el rico, el poderoso Señor de todo! Es mia; fuí para ella un dios, y héme convertido en su ángel malo. (*Con extraviados ojos.*) Atado con ella en la rueda de los condenados por toda la eternidad, mis ojos clavados en los suyos, mis cabellos erizados sobre mi frente confundiéndose con los suyos, y mis lamentos con los suyos... yo le pediria de nuevo entonces su amor y repitiera mis juramentos... ¡Oh Dios mio!... ¡Espantoso enlace... pero eterno! (*Hace que se va. Sale el Presidente.*)

ESCENA. V.

EL PRESIDENTE. — FERNANDO.

FERNANDO. — (*Retrocediendo.*) ¡Oh padre mio!

EL PRESIDENTE. — Bueno es que nos encontremos, querido hijo. He de darte una buena noticia, que sin duda te sorprenderá. Sentémonos.

FERNANDO. — (*Mirándole fijamente.*) ¡Padre mio! (*Se dirige á él con viva emocion, y le coge la mano.*) ¡Padre

mio! (*Cae de rodillas delante de él besándole la mano.*) ¡Oh padre mio!

El Presidente.—¿Qué tienes, hijo mio? Alza; tu mano arde... tiemblas...

Fernando.—(*Con ardiente emocion.*) Perdon por mi ingratitud, padre mio. Soy un réprobo, pues desconocí tu bondad, la paternal solicitud con que velabas por mí... ¡Oh! fuiste profeta... Perdon, perdon, padre mio; reclamo tu bendicion.

El Presidente.—*(Afectando ignorancia.)* Alza, hijo mio; atiende á que me estás hablando por enigmas.

Fernando.—La Miller, padre... ¡oh qué bien conoces el corazon humano! Tu cólera era tan justa, tan generosa, tan paternal... Sólo que erró en el medio... La Miller...

El Presidente.—No me tortures más, hijo mio; maldigo mi rigor, y venia cabalmente á que me perdonaras.

Fernando.—¡A que yo te perdonara!... ¡Si merezco ser maldito! Si tu disgusto era prudencia, y celestial compasion tu rigor!... La Miller, padre...

El Presidente.—Es buena y noble muchacha. Me retracto de mis precipitadas sospechas, pues ha sabido conquistarse mi estimacion.

Fernando.—*(Se levanta agitado.)* ¡Cómo!... ¿Tú tambien, padre mio? ¿Es pura como la inocencia, verdad? ¿verdad que el amarla, es la cosa más natural del mundo?

El Presidente.—Sin duda alguna, y crímen fuera no amarla.

Fernando.—¡Caso inaudito,... monstruoso! Y no obstante, sabes leer en los corazones, y la contemplabas con odio. ¡Hipocresía sin ejemplo!... La Miller, padre...

El Presidente.—Es digna de ser mi hija. Su virtud equivale á los blasones, y su hermosura á la riqueza. Ceden mis principios ante tu amor. Tuya es.

Fernando.—(*Yéndose precipitadamente.*) ¡Esto me faltaba!... Adios, padre mio. (*Se va.*)

El Presidente.—(*Tras él.*) Aguarda, aguarda. ¿A dónde vas? (*Se va.*)

ESCENA VI.

Rico salon en casa Milady.

Salen MILADY y SOFÍA.

Milady.—Conque ¿la viste y vendrá?

Sofía.—Al instante. Fué á vestirse á toda prisa.

Milady.—Nada me digas de ella... calla... tiemblo como un reo, con sólo figurarme que voy á ver esa feliz muchacha, cuyo corazon se acuerda con el mio de tan cruel modo... ¿Qué le pareció mi invitacion?

Sofía.—Pareció que la sorprendia, mas luego se puso á reflexionar y me miraba con unos ojazos,... sin decir palabra. Me disponia á recibir sus excusas, cuando dándome una mirada que me sorprendió, me ha dicho: Su señora me ordena hoy, lo que yo pensaba pedirle mañana.

Milady.—(*Inquieta.*) Déjame, Sofía, compadéceme. Si es una mujer vulgar, me avergonzaré de este paso, y si es algo más, causará mi desesperacion.

Sofía.—Pero, Milady... no parece esta la mejor disposicion de ánimo para recibir á una rival. Acuérdese V. de lo que es, y apele á su alcurnia, á su calidad, á su poderío. Fuerza es que aquí en la propia casa, añada la altivez nuevos esplendores á tan soberbio porte.

Milady.—(*Distraida.*) ¿Qué dice esa loca?

Sofía.—(*Maliciosamente.*) ¿Es pura casualidad que le adornen á V. hoy los más preciosos diamantes y ri-

cos vestidos, mientras pululan en la antesala pajes y jeduques?... ¿Es pura casualidad que reciba V. á la pobre muchacha en el más suntuoso salon de palacio?

MILADY. —(*Paseándose con amargura.*) ¡Esto es odioso, insoportable! ¡Qué linces son las mujeres para descubrir las flaquezas de las mujeres! ¡Y cuán profunda... pero cuán profunda... ha de ser mi caida, para que me comprenda semejante criatura!

Sale UN LACAYO. —La señorita Miller.

MILADY. —(*Á Sofía.*) Anda, retírate. (*En tono de amenaza, viendo que Sofía titubea.*) Vé; te lo mando. (*Sofía se va. Milady da una vuelta por la sala.*) Perfectamente; esta agitacion me sienta á las mil maravillas; así deseaba hallarme. (*Al criado.*) A esta señorita, que pase. (*Se va el criado. Se echa en un sofá con cierta nobleza y descuido.*)

ESCENA VII.

LUISA MILLER, se adelanta con timidez, y se queda á gran distancia de Milady. —MILADY, vuelta de espaldas á ella, examina atentamente á Luisa en un espejo colocado enfrente. Pausa.

LUISA. —Señora, ¿qué gusta V. mandarme?

MILADY. —(*Se vuelve hácia Luisa y la saluda con leve inclinacion de cabeza, con frialdad y altanería.*) ¡Ah!... ya por aquí... Sin duda, señorita,... cierta... ¿Cómo se llama V.?

LUISA. —(*Algo picada.*) Mi padre, Miller; la señora mandó llamar á su hija.

MILADY. —Sí, sí; ya recuerdo; la pobre hija del músico de que se trató últimamente. (*Pausa. Aparte.*) Figura interesante, pero no es una beldad. (*Alto, á Luisa.*) Acércate, hija mia. (*Aparte.*) ¡Cómo dicen sus ojos que están avezados á llorar! ¡Y lo que me gustan á mí tales ojos! (*Alto.*) Acércate más aún, hija mia. Parece que me temes.

LUISA. —(*Con altivez, y en tono resuelto.*) No, Milady; desprecio el juicio del vulgo.

MILADY. —(*Aparte.*) ¡Lo que son las cosas!... Esas bravatas las aprendió de él. (*Alto.*) Me ha sido V. recomendada, señorita; dícenme que tiene V. alguna instruccion y trato de mundo, y por mi parte quiero creerlo. Por nada quisiera tachar de embustero á tan celoso protector.

LUISA. —A nadie conozco, que haya podido tomarse la molestia de buscarme una protectora.

MILADY. —(*Confusa.*) ¿Y por quién se tomaria esta molestia? ¿Por la protectora ó por la protegida?

LUISA. —No alcanzo qué quiere V. decir.

MILADY. —Es más maliciosa de lo que se diria viéndola con esa cara tan franca. ¿Decia V. que se llamaba Luisa? ¿Y qué edad tiene V., si no le parece indiscrecion?

LUISA. —Diez y seis años.

MILADY. —(*Levantándose con viveza.*) ¡La gran palabra!... ¡Diez y seis años!... el primer latido de la pasion... la primera y argentina nota de un piano nuevo... No hay nada tan seductor como eso... Siéntate... ¿sabes que te quiero bien, hija mia?... ¡Y él por su parte ama tambien por primera vez!... ¿Es milagro que los rayos de la aurora se confundan? (*Asiéndole la mano con cariño.*) Queda acordado pues, que tu fortuna corre de mi cuenta... ¡Nada como las primeras ilusiones! (*Acariciándole la mejilla.*) Sofía se casa y tú ocuparás su lugar... ¡Diez y seis años!... Esto no puede ser de larga duracion.

LUISA. —(*Besándole la mano con respeto.*) Doy á V. mil gracias, señora, por su ofrecimiento, como si lo aceptara.

MILADY. —*[Colérica.]* ¿ Cómo se entiende ?... Habráse visto... ¡ la gran señora ! Ordinariamente las niñas de la clase de V. se consideran muy felices con hallar una colocacion. Pues ¿ á dónde quiere ir la preciosilla ? ¡ Si se figurará que sus manos son demasiado lindas para la costura !... ¿ Si estará tan orgullosa de su palmito ?

LUISA. — Mi figura, como mi condicion, no es obra mia, señora.

MILADY. — ¿ Le parece á V. que esto durará siempre ? ¡ Pobre criatura ! Quien te metió esa idea en la cabeza, sea quien fuese, se ha burlado de tí y de sí mismo. Tus mejillas no han sido doradas al fuego, que yo sepa. Lo que el espejo te presenta como eterno y vigoroso, es sólo vano oropel que más ó menos tarde se marchitará en manos de tu adorador... ¿ Y qué harás entonces ?

LUISA. — He de compadecer al adorador, que compró un diamante porque le pareció engarzado en oro.

MILADY. — (*Sin atenderla.*) A la edad de V., las doncellas suelen mirarse en dos espejos, el de verdad y su admirador; éste con sus complacientes amaños corrige la ruda franqueza del otro. Que el uno muestra alguna mancha de viruelas... ¡ oh, qué hoyuelos tan graciosos ! dice el otro. Y vosotras, incautas, sólo creeis al adulador, y pasais de éste á aquel hasta confundir ambos testimonios... ¿ Por qué me mira V. así ?

LUISA. — Perdone V., señora; iba á compadecer estos chispeantes rubíes, que no sospechan ciertamente el celo con que su dueña condena la vanidad.

MILADY. — (*Ruborizándose.*) Basta de digresiones... ¿ eh ? Si no es porque confia V. en su nobleza, ¿ qué motivo tiene V. para renunciar á una posicion como la que le ofrezco ? Convénzase V. de que es la única que puede enseñarla á conocer el mundo y los buenos modales, y á soltar las preocupaciones de su clase.



Lady Milford y Luisa.

LUISA. — Y con ellas la inocencia, Milady.

MILADY. — ¡Qué necedad! Ni el más descarado tronera se atreve con una mujer, si no se le da pié para ello. Pórtese como quien es, digna y honradamente, y yo le fio que vivirá V. segura.

LUISA. — Perdóneme V., señora, que lo dude. Los palacios de ciertas damas suelen ser teatro de la más desenfrenada licencia. ¿Quién ha de sospechar en la hija de un pobre maestro, heroismo bastante, sí,... heroismo,... para arrojarse en medio de la peste, prevenida contra el contagio? ¿Quién supondrá que Milady mantiene á sus costas el gusano roedor de su conciencia, y prodiga considerables sumas por sólo el gusto de morir de vergüenza á cada instante? Hablo con franqueza, señora. ¿Le agradará á V. mucho verme, cuando salga de casa para ir á divertirse? ¿No le pareceré á V. insoportable á la vuelta?... ¡Oh! mejor es, mucho mejor que vivamos separadas y á mucha distancia, y vayan por medio mares si es posible. Porque,... ve V..., puede llegar un momento de reflexion, de cansancio, de remordimiento, y entonces ¡qué martirio no será para V., señora, contemplar en el rostro de la doncella de V. aquella serena paz, premio de la inocencia y la pureza! (*Retrocediendo.*) Repito, señora, mil perdones.

MILADY. — (*Vivamente agitada.*) Esto es insoportable. ¡Que me diga esto á mí! Lo más insoportable es que tenga razon. (*Va hácia Luisa y clava en ella la mirada.*) Hija mia, tú no me engañas: no se habla con tanto calor por simple conviccion. A traves de estas máximas veo el empeño de alguna pasion que hace horrible para tí la idea de estar á mi servicio, é inflama tus palabras... (*Amenazante.*) Yo la descubriré.

LUISA. — (*Con nobleza y confiadamente.*) Y más que así fuere; áun cuando con la punta del pié saque de su modorra al pobre gusano, que tiene tambien su

aguijon, señora, para defenderse de las injurias... declaro á V. que no temo su venganza. Hundiérase el mundo, y habia de verlo sonriendo el infeliz reo sentado en el cadalso... Así yo, señora; tan grande es mi desgracia, que mi propia franqueza ningun perjuicio puede acarrearme. (*Pausa. Gravemente.*) Quiere V. sacarme del polvo en que nací; está bien; no he de examinar este acto de bondad, bastante sospechoso por cierto; pero sí preguntaré, señora, qué pudo llevarla á creer que me avergüence de mi estado, y quién le dió á V. el derecho de ofrecerme una colocacion, antes de averiguar si queria recibirla de sus manos. A todos los goces del mundo habia renunciado... perdoné ya á la dicha su paso fugaz; ¿por qué recordármela de nuevo? Si el mismo Dios vela sus esplendores á los ojos de las criaturas, temeroso de que le ofendan luego sus propias tinieblas, ¿por qué en los hombres ese empeño cruel de mostrarse compasivos? ¿Qué motivo tiene V., rodeada de dichas que tanto ponderan, para solicitar la envidia y la admiracion de la desgracia? ¿Será que necesita distraerse con mi desesperacion? ¡Oh! señora; mejor es dejarme en mi ceguera, la única que me reconcilia con mi bárbara suerte. En una gota de agua vive feliz el insecto como si fuera un mundo, contento y satisfecho hasta el dia en que le dan á conocer el Océano, con sus naves y sus ballenas... ¿Pero V. se empeña en verme feliz? (*Pausa. Se acerca á Milady y le dice interrumpiéndola de súbito.*) Y V. ¿lo es? (*Ésta sorprendida se aparta. Luisa la sigue poniéndole la mano en el corazon.*) ¿Goza de la alegría que promete la situacion en que V. se halla? Si pudiéramos ahora trocar nuestros corazones y nuestra suerte; si en mi inocencia me dirigiera á la conciencia de V., hablándola como una madre... dígame V. ¿querria V. cambiar?

MILADY.—(*Se echa en el sofá, vivamente conmovida.*)

¡Esto es increible!... ¡inusitado!... Oh no, hija mia, no; esta grandeza de alma no la debes á tu cuna, ni á tu padre tampoco... es demasiado ingenua. No mientas; estoy oyendo la leccion que te dió otro dueño.

LUISA.—(*Mirándola fijamente.*) Me sorprende en verdad, que hasta ahora no se le haya á V. ocurrido que tenia otro dueño... y sin embargo, V. me habia hallado ya otra colocacion.

MILADY.—(*Levantándose de súbito.*) ¡Esto no se puede aguantar!... Sí; nada quiero ocultarte... sí, le conozco... Lo sé todo... más de lo que quisiera. (*Se detiene de súbito, luego prosigue con viveza que crece por grados hasta el delirio.*) Pero atrévete á amarle aún, desgraciada, y á ser amada de él... ¡qué digo!... atrévete sólo á pensar en él, y á ser uno de sus pensamientos. Soy poderosa; soy desgraciada... soy terrible... Juro á Dios que estás perdida...

LUISA.—(*Con firmeza.*) Sin remedio, Milady, el dia en que V. le fuerce á amar á V.

MILADY. — Te comprendo... Pero no me amará. Quiero vencer esta pasion vergonzosa, dominar mi corazon... y aplastar el tuyo. Arrojaré entre vosotros montes y peñascos... como furia entraré en vuestro cielo... Mi nombre, cual fantasma amenazador, os alejará al uno del otro y os arrebatará los besos de los labios... Tu floreciente juventud ha de marchitarse en sus brazos, hasta que quedes convertida en momia. Yo no puedo ser feliz con él, pero tampoco lo serás tú; ¿oyes, miserable? Hay dicha tambien en acabar con la ajena.

LUISA.—Dicha, Milady, que tambien le arrebataron á V. ¡Ah!... No se calumnie V. á sí misma. V. no es capaz de cumplir tales amenazas; V. no es capaz de atormentar á una pobre criatura que no le hizo á V. ningun mal, sino el de sentir lo mismo que V. Por este solo arrebato ya amo á V...

MILADY. — (*Despues de serenarse.*) ¿Dónde estoy? ¿Dónde estaba? ¿Qué dejé entrever y á quién?... ¡Oh Luisa! alma noble, grande, divina... perdona mi arrebato. No he de ofenderte en lo más mínimo, hija mia. Dime qué deseas; exige; quiero llevarte en brazos; quiero ser tu amiga, tu hermana... Eres pobre... ¿ves? (*Coge algunos brillantes.*) Voy á vender mi aderezo, mis trajes, mis caballos, mis coches... Todo será tuyo... ¿oyes?... pero renuncia á él.

LUISA. — (*Retrocede, sorprendida.*) ¿Se está burlando de mi desesperacion, ó será que no intervino para nada en aquella infamia? ¡Oh! Pudiera aún aparentar heroismo y convertir en virtud mi impotencia. (*Se detiene pensativa, luego se acerca á Milady, asiéndole la mano, y la mira fijamente con atencion.*) Tómelo V., Milady. Cedo voluntariamente el amor de un hombre, que me arrancaron del corazon desgarrado con las tenazas del infierno. Quizá V. misma lo ignora, pero V. arrebató el cielo á dos amantes, V. separó dos corazones unidos por Dios, V. aplasta á una pobre criatura que aspiraba á él... como V.; que habia creado él para su felicidad... como V.; que, como V., le glorificaba, y que no ha de celebrarle... nunca más, Milady. Aun á la postrera lucha del gusano que muere aplastado, atiende el Omnipotente, ¡cómo ha de ver con indiferencia que se ahoguen los séres cuya vida tiene en sus manos! Suyo es desde ahora, Milady, tómele V.; vuele á sus brazos, condúzcale al altar, pero no olvide V. que al deponer el primer beso, surgirá entre ambos el espectro de una suicida... ¡Dios tendrá misericordia de mí!... ¡no cuento ya con otro apoyo!

(*Se va corriendo.*)

ESCENA VIII.

MILADY, sola, temblorosa y fuera de sí, mirando hácia la puerta por donde se fué Luisa, hasta que sale de su estupor.

¿Qué es?... ¿qué ha pasado?... ¿qué decia la infeliz? ¡Oh Dios mio! Aún resuenan en mis oidos aquellas palabras terribles, desgarradoras.... palabras de maldicion: Tómele V. ¿Y qué, desgraciada? ¡El presente de tu mortal agonía! ¡el horrible legado de tu desesperacion! ¡Dios mio! ¡Dios mio!... ¿A tal bajeza llegué, con tal precipitacion fuí derribada del trono de mi orgullo, que aguarde hambrienta lo que me arroja una mendiga en la agonía? Tómelo V... ¡En qué tono lo dijo... con qué mirada! ¡Ah Emilia!... ¿Para eso te elevaste por encima de tu sexo? Porque se hundiera un dia el espléndido edificio de tu honor, ante la virtud de una plebeya, ¿ansiaste el título de gran señora inglesa?... Ah, no... altiva infortunada... no... Emilia Milford puede sonrojarse, pero nunca se dejará envilecer... Tambien yo me siento con fuerzas para renunciar... (*Recorre la sala con majestuoso paso.*) Cesa de mostrarte débil y dolorida... ¡Adios para siempre, tiernas y sonrientes imágenes del amor!... Sea mi guia desde ahora la grandeza de alma. Están perdidos si la Milford no ahoga sus propios deseos, y no renuncia al corazon del Príncipe. (*Pausa.*) Esto es hecho; el terrible obstáculo está vencido; se han roto ya todos los lazos entre el Duque y yo, y arranqué de mi corazon este ardiente amor... Me arrojo en tus brazos ¡oh virtud! recibe arrepentida á tu hija... ¡Qué bien me siento! Me siento como ennoblecida y aligerada de grave peso. Hoy mismo quiero descender de la cumbre de mi grandeza, con la majestad del sol que se pone. Acabe mi poder al propio tiempo que mi amor,

y acompáñeme tan sólo el corazon en mi orgulloso destierro. *(Se dirige á una mesa con ademan resuelto.)* Ahora va á terminar todo... ahora mismo, antes que el atractivo de mi amado renueve la terrible lucha en mi corazon. *(Se sienta y escribe.)*

ESCENA IX.

MILADY, el AYUDA DE CÁMARA, SOFÍA.—Luego el MARISCAL. Algunos criados.

El Ayuda de cámara. —El señor Mariscal de Kalb aguarda en la antesala; trae una comision del Duque.

Milady. — *(Animada con lo que está escribiendo.)* ¡Cómo brincará el serenísimo muñeco!... Verdad que la idea es chusca, y hay para volverle loco á Su Alteza. ¡Qué vuelta va á dar la corte, y qué revolucion en el país!

El Ayuda de cámara y Sofía.— El Mariscal, Milady.

Milady. —*(Volviéndose.)* ¿Quién? ¿Cómo?... ¡Ah! tanto mejor... Hombres así sólo han nacido para cargar con el muerto. Bien venido. *(Vase el ayuda de cámara.)*

Sofía. —*(Acercándose con alguna inquietud.)* Si no temiera, Milady... y no fuese indiscrecion... *(Milady continúa escribiendo.)* La Miller se ha precipitado fuera de la antesala... V. está encendida y da voces... *(Milady continúa escribiendo.)* Temo... ¿qué va á pasar aquí?

El Mariscal.—*(Sale haciendo mil reverencias á Milady, vuelta de espaldas. Cuando ésta le ve, se acerca, se coloca detras de la silla, cuida de coger el borde del vestido, y lo besa respetuosamente.)* Su Alteza serenísima...

Milady.— *(Echa arenilla en la carta, y vuelve á leerla.)* Me acusará de negra ingratitud... Abandonada de todos; me sacó de la miseria... de la miseria... ¡Espantoso cambio!... Rasga la cuenta, seductor, que mi vergüenza eterna la paga con usura.

El Mariscal. — *(Despues de haber dado en vano varias vueltas en torno de Milady.)* Milady, me parece un poco distraida... Me atreveré, pues, á cometer la osadía de permitirme... *(En voz muy alta.)* Su Alteza serenísima me envia á preguntar á Milady, si habrá esta noche Vauxhall ó comedia alemana.

Milady.—*(Se levanta sonriendo.)* Una de dos, ángel mio. Mientras, entregue V. esa carta al Duque para postres. *(A Sofía.)* Tú, Sofía, manda que enganchen y que me aguarden todos mis sirvientes en esta sala.

Sofía. —¡Oh Dios mio! ¡Lo que presiento! ¿Qué va á pasar aquí?

El Mariscal.— Señora, está V. muy animada.

Milady.— Así se mentirá menos... ¡Viva!... Señor Mariscal, ahí tiene V. una plaza vacante. Buena ocasion para los mediadores. *(El Mariscal da una ojeada á la carta, dudoso.)* Lea V., lea V. No quiero que el contenido de esta carta quede entre nosotros.

El Mariscal. — *(Lee. En esto los criados se reunen en el fondo de la sala.)* «Señor: pacto que rompeis con tal facilidad, no puede seguir obligándome. La dicha de vuestros Estados era la primera condicion de mi amor. El error ha durado tres años; cae la venda de mis ojos, y ya sólo me inspiran horror las muestras de afecto, y los favores rociados con lágrimas de vuestros vasallos. Amad á vuestra nacion condolida, en vez de amarme á mí, que ya no puedo corresponderos, y tomad ejemplo de una princesa inglesa, para compadecer los infortunios de vuestro pueblo aleman. Dentro una hora habré pasado la frontera. Juana Norfolk.»

Los Criados.— *(Murmuran por lo bajo, sorprendidos.)* ¡Pasar la frontera!

El Mariscal. — *(Dejando la carta encima de la mesa,*

con espanto.) ¡Dios me libre de ello, señora mia! El portador de esta carta arriesga en ello la cabeza, ni más ni menos que quien la ha escrito.

MILADY. — En eso consiste tu inquietud, ¡oh excelente varon! Harto sé, ¡ay de mí! que á ti y á tus semejantes, relatos de esta naturaleza se les atragantan. Así, soy de parecer que metan la esquela dentro de un pastel para que Su Alteza se la encuentre en el plato.



EL MARISCAL. — *¡Ciel!...* ¿qué osadía? ¿A tanto se atreverá V.?... ¿Pero no ha pensado V. en la desgracia que la espera?

MILADY. — (*Se vuelve á los suyos, y dice con profunda emocion.*) Sin duda os embarga la sorpresa, amigos mios, y aguardais con ansiedad la solucion de este enigma. Acercaos. Me habeis servido honradamente y con celo, atendiendo antes á mis deseos que á mis dádivas. Obedecerme fué vuestra pasion, y os enorgullecian mis bondades. El recuerdo de mi envilecimiento irá unido al de vuestra fidelidad, porque el triste

destino convirtió en dias de ventura para vosotros, los más sombríos de mi vida. (*Con lágrimas en los ojos.*) Os dejo, amigos mios... Lady Milford ha muerto, y Juana de Norfolk es harto pobre para pagar lo que os debe... Mi tesorero repartirá entre vosotros lo que quede en la arquilla... Este palacio es propiedad del Duque... Ya lo veis; el más pobre de vosotros saldrá de aquí más rico que la amiga del Príncipe. (*Les tiende la mano que besan con ardor, uno despues de otro.*) Os comprendo, amigos mios... ¡Adios, adios para siempre! (*Reprime sus sollozos.*) Oigo ya rodar el coche. (*Intenta irse. El Mariscal le intercepta el paso.*) ¡Pobre hombre! ¡Siempre en tu sitio!

EL MARISCAL. — (*Que durante la relacion ha permanecido con los ojos fijos en la esquela, con ademan de lástima.*) ¡Y esa esquela! Fuerza será que la deponga en las augustas manos de Su Alteza serenísima.

MILADY. — ¡Pobre hombre! Sí; en sus augustas manos, y dirás á sus augustos oidos que, puesto que no puedo ir descalza á Nuestra Señora de Loreto, pasaré diariamente el tiempo purgando la vergüenza de haberle gobernado. (*Se va corriendo. Los demas se separan vivamente conmovidos.*)

ACTO V.

Anochece. — Aposento del músico.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, sentada sin decir palabra en un rincon oscuro, reclinando la frente en la mano. — Tras largo y profundo silencio, MILLER se acerca trayendo una linterna, mira en torno suyo inquieto sin ver á Luisa, y luego deja el sombrero y la linterna encima de la mesa.

MILLER.

TAMPOCO está aquí... tampoco. He recorrido todas las calles, me avisté con todos mis amigos, á todas las puertas llamé, y en ninguna parte han visto mi hija. *(Pausa.)* ¡Paciencia, desdichado padre!... Aguardemos hasta mañana; tal vez lleve el rio el cadáver de mi única hija. ¡Oh Dios! Si mi corazon la amara con tal idolatría que... Duro es el castigo... Padre Omnipotente... harto duro. No quiero murmurar, pero el castigo es bien duro. (*Se echa en una silla, traspasado de dolor.*)

LUISA. — (*Desde el rincon.*) Haces bien, pobre anciano; aprende á sufrir todavía.

MILLER. — (*Levantándose.*) ¿Estás aquí, hija? ¿Estás aquí? ¿Por qué sola y á oscuras?

LUISA. — No estoy sola; entre tinieblas veo mejor lo que más me complace.

MILLER. — ¡Dios te libre de ello! Sólo el gusano roedor de la conciencia está en vela como el buho. Los culpables y los malos huyen de la luz.

LUISA. — Tambien la eternidad, padre mio, habla á las almas desvalidas.

MILLER. — ¡Hija mia! ¡Hija mia! ¿qué dices?

LUISA. — (*Levantándose, se acerca.*) Ya sabes, padre mio, qué penoso combate hube de sostener. Dios me concedió la fortaleza; el combate ha terminado. Suelen decir que nuestro sexo es débil, frágil; no lo creas, padre mio. Una araña nos asusta, y ahogamos en nuestros brazos, como por juego, el monstruo de la destruccion. Óyeme, padre; tu Luisa está contenta.

MILLER. — ¡Ay, hija de mi alma! Más quisiera que llorases.

LUISA. — ¡Cómo he de aventajarle en astucia, padre mio!... ¡cómo engañaré al tirano!... El amor es más listo que la maldad, y más osado tambien. ¡Oh! Esto no lo sabia el hombre ese, muy engalanado con su siniestra condecoracion al pecho!... Mientras sólo tienen que ver con la cabeza, son muy hábiles; pero cuando tratan de prender al corazon, los malos se vuelven tontos. ¿Creyó rematar su maldad con un juramento? Un juramento ata á los vivos, pero la muerte rompe las cadenas de hierro. Fernando conocerá á su Luisa. ¿Quieres encargarte de ese billete, padre?... ¿serás tan bueno?...

MILLER. — ¿A quién va dirigido, hija mia?

LUISA. — ¡Vaya una pregunta! El recuerdo *de él* no cabe en el infinito, ni en mi corazon juntos... ¿A quién puedo escribir, sino á él?

MILLER. — (*Inquieto.*) Oye, Luisa; voy á abrir la carta.

LUISA. — Como quieras, padre mio, pero nada ade-

lantas con ello. Estas líneas no tienen vida y sólo resucitan á los ojos del amor.

MILLER. — (*Lee.*) «Fernando, eres víctima de la trai-«cion. Una maldad sin ejemplo rompió el vínculo de «nuestros corazones. Terrible juramento ata mi len-«gua, y tu padre apostó en todas partes espías... Pero «si te sobra el valor, amor mio... conozco un sitio, «donde ningun juramento podrá detenernos, ni ha-«brá espías que nos oigan.» (*Miller se detiene y la contempla con severa mirada.*)

LUISA. — ¿Por qué me miras así? Prosigue, padre mio.

MILLER. — «Pero será necesario que tengas bastan-«te valor, para entrar en una ruta sombría, donde «sólo te alumbre Dios y tu Luisa. Para llegar allí, «basta con que seas todo amor, y dejes á tu espalda «tus esperanzas y tus impetuosos deseos. No necesi-«tarás más que tu corazon. ¿Quieres? Ponte en cami-«no cuando dén las doce de la noche en el reloj de «los Carmelitas... Si tienes miedo... cesa de llamar «fuerte á tu sexo. Una doncella te habrá abochorna-«do.» (*Miller deja la esquela, fija con dolor la mirada delante de él; luego se vuelve hácia ella y le dice con voz cascada y tierna.*) ¿Qué sitio es ese, hija mia?

LUISA. — ¿No lo sabes, padre? ¿Realmente no lo sabes? Es raro. Harto bien descrito está para dar con él. Fernando le hallará.

MILLER. — ¡Hum! Habla más claro.

LUISA. — No sé cómo llamarle con un nombre grato... No te espantes, padre mio, porque le dé uno odioso... Ese lugar... ¡ah!... ¿por qué el amor no le dió nombre? El más bello le daria yo. Este lugar, padre mio... deja que lo diga todo... se llama la tumba.

MILLER. — (*Echándose en una silla.*) ¡Oh Dios mio!

LUISA. — (*Corre á él y le sostiene.*) No, padre mio; el nombre sólo es lo que causa terror. Sin él, convié-

tese la tumba en lecho nupcial, donde la aurora despliega sus doradas cortinas y esparce sus guirnaldas la primavera. Sólo á un pecador lloron pudo ocurrírsele representar la muerte con un esqueleto, cuando es tierno niño de sonrosado rostro como el dios del amor, y menos falaz que él; genio silencioso y compasivo que ofrece su brazo al fatigado peregrino, y le sube por las gradas del tiempo hasta el palacio de eterno esplendor, donde le hace un amistoso saludo y desaparece.

MILLER. — ¿Qué proyecto es el tuyo, hija mia? ¿Quieres atentar á tu vida?

LUISA. — No digas esto, padre. ¿Será pecado, por ventura, abandonar una sociedad que no me soporta, para volar al sitio, de donde no quiero vivir desterrada por más tiempo?

MILLER. — El suicidio, hija mia, es el pecado más espantoso que pueda cometerse; el único que no admite el arrepentimiento, porque la muerte y el crímen son obra de un solo instante.

LUISA. — (*Con espantados ojos.*) ¡Horrible cosa!... Mas no será tan pronto; me echaré al rio, y mientras me vaya sumergiendo, invocaré la misericordia de Dios.

MILLER. — Es decir que te arrepentirás del robo, en cuanto lo hayas puesto en seguro. ¡Ay hija mia! Mira, no pretendas mofarte de Dios hoy que tanto necesitas de su auxilio... ¡Oh qué camino llevas andado ya!... Renunciaste á la oracion, y Dios misericordioso te retira su apoyo...

LUISA. — ¿Pero es crímen amar, padre mio?

MILLER. — Si amas á Dios, nunca tu amor será un crímen... ¡Cómo me agobias de pena, hija mia! ¡Me matas!... Pero no quiero agravar el peso que te abruma. Há poco hablaba, porque me figuré que estaba solo... Tú me has oido... ¿por qué ocultártelo por más tiempo? Fuiste mi ídolo. Oye, Luisa; si aún te resta

en tu corazon un lugar para el amor de tu padre... tú lo fuiste todo para mí. ¡ Y ahora quieres aniquilar mi único bien ! ¡ Voy á perderlo todo contigo ! ¿Ves ? empiezo á encanecer : llega para mí el tiempo en que los padres recogen el interes del capital que depositaron en el corazon de sus hijos... ¿ querrás tú hacer traicion á mis esperanzas ?... ¿ querrás arrebatar á tu padre todo porvenir y todo bien ?

LUISA. — *(Besándole la mano , con violenta emocion.)* No , padre mio : dejo este mundo con una gran deuda, y he de pagarla en la eternidad con usura.

MILLER. — Mira no te engañes en tus cálculos, hija mia. *(Grave y solemnemente.)* ¿ Nos hallaremos de nuevo allí ?.... ¿ Ves cómo palideces ?... Harto comprende mi Luisa, que no podré ir á buscarla al otro mundo, porque no he de lanzarme á él tan pronto. *(Luisa cae en brazos de Miller, sobrecogida de terror. La estrecha con ardor contra su seno, y continúa con voz suplicante.)* ¡Oh hija mia !... ¡ hija mia !... ¡ tal vez caiste, estás perdida ya !... Medita mis palabras. Vigilarte continuamente, me es imposible. Si te salvo del puñal , te matarás con una aguja ; si te preservo del veneno , puedes estrangularte con un collar... ¡ Luisa ! ¡ Luisa !... yo no puedo hacer más que advertirte... ¿ Cómo quieres arriesgarte á que tu engañosa ilusion se desvanezca á tus ojos, al llegar al terrible paso que une el tiempo con la eternidad ? ¿ Cómo te atreves á acudir á los piés de Aquel que todo lo sabe, y á mentirle diciendo. mientras buscas con los ojos á tu ídolo mortal : « Llego , Señor , por amor á Tí. » Y si el frágil ídolo de tu imaginacion , pobre gusano como tú , acusa tu confianza de mentira , y somete tus esperanzas fallidas al mismo Dios , que apenas osa implorar para sí mismo: dime ¿ qué pensarás entonces ? *(con mayor expresion)*... ¿ qué pensarás entonces , infortunada ? *(La abraza con fuerza , mirándola de hito en hito , y luego la deja súbitamente.)* Ya no sé más. *(Alzando la mano derecha.)* Héme á tus plantas ¡ justo Dios ! nada puedo hacer por esta pobre alma. Ahora haz lo que quieras. Ofrece á tu amante tamaño sacrificio que ha de regocijar al infierno, y alejar de tí á los ángeles. Vé; carga con tus pecados , con el último , el más espantoso de todos , y si el peso es asaz ligero , mi maldicion va á completarlo... Ahí tienes un cuchillo... pásate el corazon... y... *(se aparta sollozando)* el de tu padre.

LUISA.— *(Se levanta y corre hácia él.)* Detente , padre mio. ¡ Será la ternura yugo más insoportable que la misma tiranía !... ¿ Qué debo hacer ?... no puedo... ¿ qué debo hacer ?

MILLER. — Morir , si los besos del Mayor son más ardientes que las lágrimas de tu padre.

LUISA. — *(Tras violenta lucha.)* ¡ Padre , esta es mi mano !... Quiero... ¡ Dios mio !... ¿ qué hago yo ?... ¿ qué es lo que quiero ? Padre... te juro... ¡ desdichada de mí !... De cualquier lado que me vuelva , siempre culpable... Pues bien : padre , sea... ¡ Fernando !... Dios me ve... Perezca así su último recuerdo.

(Rasga la carta.)

MILLER. — *(Ébrio de alegría , se echa en sus brazos.)* Es mi hija !... Mira ; pierdes un amante , pero haces feliz á un padre. *(La abraza riendo y llorando á la vez.)* ¡ Ay hija mia !... No merecí ciertamente contar en mi vida un dia como ese. Sólo Dios sabe por qué , un canalla como yo , posee á este ángel... á mi Luisa... ¡ mi paraíso ! ¡ Dios mio ! Poco sé del amor, pero que sea un tormento renunciar á él... harto lo comprendo.

LUISA. —Pero dejemos este país , padre mio ; dejemos esa ciudad, donde mis compañeras se mofan de mí, y perdí para siempre mi reputacion... Vayámonos lejos, bien lejos de estos lugares que me hablan con mil recuerdos de mi felicidad perdida... Vayámonos tan lejos como sea posible.

MILLER.— A donde quieras, hija mia. En todas partes hay de qué comer, y gracias á Dios, oidos para mi violon. Sí; abandonémoslo todo. He de poner en música la historia de tu dolor, y cantaré las querellas de una hija que desgarró su corazon por hacer feliz á su padre. Con esa balada iremos mendigando de puerta en puerta; ya verás qué grata nos será la limosna de los que lloren oyéndonos.

ESCENA II.

Dichos.—FERNANDO.

LUISA.—(*Repara en él, y se echa en brazos de Miller, lanzando un grito.*) ¡Dios mio!... él aquí... ¡Estoy perdida!

MILLER.—¿Dónde?... ¿Quién?

LUISA.—(*Le muestra al Mayor, volviendo el rostro, y se agarra con fuerza á su padre.*) ¡Él! ¡Él mismo!... Alerta, padre; viene á matarme.

MILLER.—(*Mirando al Mayor y retrocediendo.*) ¿Usted aquí, baron?

FERNANDO.—(*Se acerca lentamente, se detiene delante de Luisa y fija en ella penetrante mirada. Despues de una pausa.*) ¡Vaya!... He sorprendido tu conciencia. Mil gracias. Tu confesion es terrible, pero pronta y segura... y me evita muchos tormentos. Buenas noches, Miller.

MILLER.—Pero, en nombre del cielo ¿qué quiere V., Baron? ¿Que le trae á V. aquí? ¿Por qué esta sorpresa?

FERNANDO.— Recuerdo que hubo un tiempo en que se contaban todos los segundos del dia, y el deseo de verme suspendia el corazon al péndulo del reloj, y se

espiaban sus latidos hasta que yo llegaba. ¿Cómo es que ahora mi visita sorprende de tal modo?

MILLER.— Vaya V. con Dios, Baron. Si queda aún en su pecho una chispa de caridad, y no quiere matar de pena á quien dice amar, salga V. inmediatamente. El dia que puso V. el pié en esta casa, la abandonó para siempre la bendicion, y trajo V. la desventura donde reinaba el contento. ¿No está V. satisfecho todavía? ¿Quiere V. ahondar las heridas que hizo á mi hija la desgracia de conocer á V.?

FERNANDO.—¡Oh padre admirable! Vengo precisamente á traer á tu hija una alegre noticia.

MILLER.— Nuevas esperanzas, sin duda, y con ellas nueva desesperacion. Vé, ¡mensajero de desgracia! tu cara perjudica la mercancía.

FERNANDO.—Por fin logré cuanto deseaba. Lady Milford, que era el más terrible obstáculo á mi amor, acaba de abandonar ese país; mi padre por su parte aprueba mi eleccion. El destino cesa de perseguirnos, y brilla la estrella de ventura en el horizonte... Vengo, pues, á cumplir mi promesa y á conducir al altar á mi amada.

MILLER.—¿Oyes, hija? ¿Oyes cómo se burla de tus esperanzas fallidas? ¡Oh! En verdad, Baron, que es bello espectáculo ese... ¡ver al seductor añadiendo al delito el sarcasmo!

FERNANDO.—Piensas que me chanceo. Juro por mi honor, que es tan cierto lo que digo como el amor de mi Luisa, y estoy dispuesto á sostener mis palabras, del mismo modo que Luisa sus juramentos. No sé que haya algo más sagrado... ¿Dudais todavía?... ¡Cómo el júbilo no colora las mejillas de mi linda esposa!... es raro. Sin duda aquí la mentira es moneda corriente, cuando se concede tan poco crédito á la verdad. Si desconfiais de mis palabras, dareis fe al menos á este testimonio escrito. (*Echa á Luisa la carta dirigida al*

Mariscal. Luisa la abre, y cae al suelo pálida como la muerte.)

MILLER.—(*Sin mirarla.*) ¿Qué significa eso, Baron?... No le comprendo á V.

FERNANDO. — (*Llevándole junto á Luisa.*) Ella me ha comprendido mejor.

MILLER.—(*Cayendo junto á ella.*) ¡Oh Dios!... ¡hija mia!

FERNANDO.— Pálida como la muerte. Así me agrada como nunca tu hija. Jamas estuvo tan bella tu honrada y piadosa hija, como así... con esta figura de cadáver. El soplo del juicio final, que borra el barniz de toda mentira, le arrebató el afeite con que engañara esta criatura artificiosa á los mismos ángeles... Muéstrase ahora en su mayor belleza, y tal como es... Déjeme V. que la bese. (*Intenta acercarse á ella.*)

MILLER. — ¡Atrás!... ¡sal de aquí!... No te atrevas con su padre. ¡Pobre hija mia! No pude preservarla de tus caricias, pero la defenderé de tus ofensas.

FERNANDO.— Anciano, ¿qué pretendes? Nada tengo que ver contigo. No te entrometas, pues, en un juego perdido á todas luces. Pero quizá estás más enterado de lo que supongo. Dime ¿prestaste á la niña la experiencia de tus setenta años para sus galanteos? ¿Has manchado tus canas con oficios de tercero?... ¡Oh!... si no fuere así, desdichado anciano, baja la frente y muere... es tiempo todavía. Duérmete en brazos de sueño delicioso, balbuceando: ¡Cuán feliz padre fuí!... Más tarde, quizá arrojarias á su antro infernal á esta ponzoñosa víbora, maldijeras el bien que te dió y el que le diste, y bajarias á la tumba blasfemando de Dios. (*A Luisa.*) Habla, desdichada. ¿Escribiste esta carta?

MILLER.—(*A Luisa.*) ¡Por el cielo!... ¡hija mia!... no olvides... no olvides...

LUISA.— ¡Aquella carta, padre mio!

FERNANDO. — ¿Por qué cayó en tan malas manos?... ¡Ah! bendita sea la casualidad, que acertó esta vez más que la razon, y fué más hábil que los mismos habilidosos... ¿Casualidad dije? ¡Oh! si no mueren los pájaros sin que Dios quiera, ¿por qué no intervendrá tambien en la obra de desenmascarar á un demonio? Habla, ¿escribiste esa carta?

MILLER.— (*A Luisa, suplicante.*) Firmeza, hija mia, firmeza. Un sí de tu boca, y todo habrá terminado.

FERNANDO.— ¡Caso más gracioso! ¡Tambien engañado el padre, todos engañados!... ¡Miradla ahí, á la indigna! ¡Hasta su lengua se niega á pronunciar esta última mentira!... Jura por Dios, por la terrible verdad, ¿escribiste esa carta?

LUISA. — (*Tras violenta lucha, mirándoles repetidamente, dice al fin con firmeza.*) Yo la he escrito.

FERNANDO. — (*Detiénese con espanto.*) ¡Luisa! no. Mientes, como hay Dios. ¡Cuántas veces la inocencia, en el potro, se confiesa culpable de crímenes que no ha cometido! ¡Hice mi pregunta con tal violencia!... ¿Verdad, Luisa, que has contestado porque mi pregunta te pareció violenta?

LUISA. — He confesado la verdad.

FERNANDO.— No; repito que no; tú no has escrito la carta. Esa no es tu letra, y aunque lo fuese, más fácil es contrahacer la letra que perder un corazon. Dime la verdad, Luisa; pero no... no lo hagas. Si dices que sí, estoy perdido. Miente, Luisa, miente. ¡Ah! ¡si pudieras, si pudieras mentir con esa cara angelical; persuadir á mis oidos y á mis ojos, más que debieras engañar indignamente mi corazon! ¡Oh Luisa! Ya podia entonces la verdad ser desterrada del mundo y bajar el derecho la altiva frente con mojigangas y piruetas de palaciego. (*Con voz temblorosa.*) ¿Escribiste esta carta?

LUISA. — Juro á Dios, y por la eterna verdad, que sí.

FERNANDO. — (*Despues de una pausa, con muestras de*

profundísimo dolor.) ¡Ah mujer!... ¡mujer!... El semblante que ahora me muestras... Promételes con él el cielo, y no has de hallar comprador ni áun entre los condenados. ¡Si supieras lo que fuiste para mí, Luisa!... ¡Imposible!... no... no has sabido nunca lo que eras para mí. Decir todo... ¡mezquina, débil palabra! pero la misma eternidad no basta á contestarla... abarca la creacion entera. ¡Todo! ¡Y mofarse así criminalmente de esta palabra! ¡Oh! ¡es horrible!

LUISA.—Ya lo oyó V., señor de Walter; yo misma me condeno. Salga V. de esa casa, donde fué tan desgraciado.

FERNANDO.—Bien, bien; estoy tranquilo. Tambien de una comarca, azotada de la peste, se dice que está tranquila. Estoy tranquilo. (*Tras breve instante de reflexion.*) Una súplica, Luisa, la última. Mi frente arde; necesito refrescar; ¿quieres servirme un vaso de limonada?

ESCENA III.

FERNANDO y MILLER. Ambos se pasean á lo largo de la sala, sin decir palabra.

MILLER.—(*Se detiene y contempla al Mayor con tristeza.*) ¡Ah, querido Baron! ¡Si pudiera servir á V. de algun consuelo, saber que le compadezco con toda mi alma!

FERNANDO.—Dejemos eso, Miller. (*Da algunos pasos.*) Apenas recuerdo cómo vine á esa casa, Miller... ¿con qué motivo?

MILLER.—¿Cómo, señor Mayor?... Deseaba V. aprender la flauta: ¿se acuerda V.?

FERNANDO.—Y ví á tu hija. (*Pausa.*) Amigo mio, no cumpliste tu palabra. Debias proporcionarme calma en

mis horas de soledad, y me has engañado, vendiéndome escorpiones. (*Observando el gesto de Miller.*) No: no te vayas, anciano. (*Le abraza con emocion.*) Tú no eres culpable.

MILLER.—(*Enjugándose los ojos.*) Dios, que nada ignora, lo sabe.

FERNANDO.—(*Paseándose, sumido en lúgubres reflexiones.*) Dios juega con nosotros de un modo raro, incomprensible. Cuelgan á veces de imperceptibles hilos las más terribles cargas. ¿Sabia por ventura el hombre, que habia de hallar la muerte con tragarse la manzana?... Eh... ¿lo sabia? (*Se pasea muy agitado, y le coge la mano á Miller.*) Caras me han salido tus lecciones. Tú por tu parte sales sin ganar nada, y perdiéndolo tal vez todo. (*Se aparta de él.*) ¡Maldita música! Así no se me hubiese ocurrido nunca tal idea!

MILLER.—(*Intentando ocultar su emocion.*) Mucho tarda esa limonada.... Voy á ver.... con el permiso de V.

FERNANDO.—No corre prisa, Miller. (*Entre dientes.*) Sobre todo para el padre... Aguarda... ¿Qué iba yo á pedirte?... Ah, sí. ¿Luisa es hija única? ¿No tienes otros hijos?

MILLER.—(*Con calor.*) No tengo otros, Baron, ni los deseo tampoco. Con mi hija me basta para sentir henchido mi corazon... La amo, con todo el amor que encierra mi pecho.

FERNANDO.—(*Vivamente conmovido.*) ¡Ah!... vea V. si está esa bebida, amigo Miller. (*Miller se va.*)

ESCENA IV.

FERNANDO, solo.

¡Su única hija! ¿comprendes, asesino? Su única hija, asesino, ¿oyes? Y este hombre nada posee en el mundo sino su violon y su única hija, ¡y tú quieres arrebatársela! ¡Arrebatársela! Robar á un mendigo su último dinero... romperle las muletas al infeliz paralítico... ¡Cómo! ¿Tendré tambien corazon para esto? Y cuando vuelva, sin que pueda sospechar siquiera que va á perder la dicha que le causa su hija, ha de hallar esta flor en el suelo, marchita, muerta, pisoteada, la última, la única, la suprema esperanza! ¡Ah! y él estará allí, delante de su hija, y la naturaleza entera no tendrá para él un solo soplo de vida, y atónito hundirá la mirada en el inmenso desierto... Buscará á Dios y no le hallará, y ha de volver sin haber descubierto nada. ¡Dios! ¡Dios! Pero tambien mi padre no tiene más que un hijo, uno solo... No es sin embargo su único bien. (*Pausa.*) ¿Y qué pierde con ello? ¿Hará feliz á su padre, por ventura, una mujer que juega con los más sagrados afectos del corazon? No; ni puede, ni ha de quererlo; ha de agradecérseme, por el contrario, que aplaste la víbora antes que muerda á su propio padre.

ESCENA V.

MILLER que vuelve.—FERNANDO.

MILLER. — Pronto estará V. servido, Baron. Allí tiene V. llorando á la pobre criatura, que parece que se muere. Lágrimas le dará á V. á beber con la limonada.

FERNANDO. — Mejor; así no hubiera más que lágrimas. A propósito... hemos hablado hace poco de música; Miller (*saca una bolsa*), le debo á V. todavía...

MILLER. — ¡Cómo! ¡cómo! Deje V., Baron, ¿qué se ha figurado V. de mí? Está en buenas manos... no me sonroje V. No ha de ser esta la última vez que nos veamos, si Dios quiere.

FERNANDO. — ¡Quién sabe! Tómala, para el caso de que vivamos ó nos muramos.

MILLER. — (*Sonriendo.*) Cuanto á lo último, Baron, me parece que no hay por qué temer, tratándose de V.

FERNANDO. — Pero puede ser. ¿No has visto morir algunos, en la flor de su edad, jóvenes y niñas hijos de la esperanza, desvanecida ilusion de sus padres? Un rayo, á veces, acaba con la vida, cuando no pudieron ni el tiempo ni el dolor... Tu Luisa tampoco es inmortal.

MILLER. — ¡Dios me la dió!

FERNANDO. — Te repito que no es inmortal. Pues la quieres como á las niñas de tus ojos, con alma y vida, sé previsor, Miller. Sólo al jugador desesperado se le ocurre ponerlo todo á una carta, y el mundo moteja de imprudente al mercader que fia toda su fortuna á un solo navío. Óyeme; acuérdate de mi consejo. ¿Por qué no tomas ese dinero, vamos á ver?

MILLER. — ¡Cómo, caballero! ¡todo ese enorme bolson!... ¿En qué está V. pensando?

FERNANDO. — ¡Pues!... en mi deuda. (*Echa la bolsa encima de la mesa, y se esparraman las monedas.*) No he de guardar eso eternamente.

MILLER. — (*Estupefacto.*) ¡Cómo! ¡Dios mio!... Eso no es plata. (*Se acerca á la mesa, y exclama con espanto.*) ¡Por el cielo, Baron!... ¿qué está V. haciendo?... ¿qué se propone V.? V. se equivoca, sin duda. (*Junta las manos.*) O estoy embrujado, ó así Dios me condene,

lo que tengo es oro, oro de ley. ¡Oh, no... no has de cogerme, Satanás.

FERNANDO. — ¡Estás bebido!

MILLER. — ¡Mil rayos!... ¿Pero no ve V. eso?... oro.

FERNANDO. — Y bien ¿qué?

MILLER. — ¡Pero con cien mil diablos!... Ruego á V. por Cristo que me diga... ¡oro!

FERNANDO. — ¡Realmente!... ¡Cosa inaudita!

MILLER. — (*Despues de una pausa, dirigiéndose á él conmovido.*) Caballero, le prevengo á V. que soy un hombre honrado... un buen hombre; si intenta V. hacer de mí su cómplice para una mala accion... porque harto sabe Dios que no se gana honradamente tanto dinero.

FERNANDO. — (*Conmovido.*) Tranquilízate, querido Miller; ganado tienes hace tiempo ese dinero. Dios me libre de querer comprar con él tu conciencia.

MILLER. — (*Saltando como un loco.*) ¡Entonces es mio! ¡Mio por la voluntad de Dios! (*Corre hácia la puerta, gritando.*) ¡Mujercita mia! ¡hija mia! ¡Victoria!... venid acá. (*Vuelve.*) ¡Dios de bondad! Pero ¿cómo ha sido que posea de repente ese monstruoso tesoro? ¿cómo lo he merecido? ¿cómo lo he ganado?

FERNANDO. — No ciertamente con tus lecciones de música, Miller... Con ese oro te pago (*se detiene sobrecogido de espanto*), te pago... (*con dolor*) el desdichado ensueño que por espacio de tres meses debí á tu hija.

MILLER. — (*Apretándole la mano.*) Si fuera V. un pobre plebeyo como nosotros, y mi hija no le amara á V., le juro que la mataba. Mas ahora que yo lo poseo todo, y V. nada, menester será que yo le restituya tanta dicha... ¡Eh!

FERNANDO. — Déjate de esto, mi buen amigo; parto al instante; en el país donde cuento establecerme, no tiene curso esa moneda.

MILLER. — (*Con la vista fija en el dinero, alborozado.*)

Entonces es mio... es mio. Pero siento que V. se vaya... Ya verá V. lo que voy hacer á ahora. ¡Cómo voy á ver colmados mis deseos! (*Se quita el sombrero y lo echa al aire.*) Váyanse á paseo mis lecciones de música; voy á fumar tabaco de los Tres Reyes n.º 5, y el diablo me lleve si en el teatro vuelvo á sentarme en el paraíso. (*Hace que se va.*)

FERNANDO. — Aguarde V. Cállese y métase los cuartos en el bolsillo. Nada diga V. esa noche, y hágame el favor de no dar más lecciones de música.

MILLER. — (*Con entusiasmo creciente le tira de la levita, y le dice con alegría.*) Caballero, ¡y mi hija! (*Le suelta.*) Verdad que no se adquiere con el dinero la honra; no, no se adquiere con dinero. Lo mismo da que coma patatas ó que coma perdices; cuando estoy harto, harto estoy, y ese redingote puede ir tirando mientras no tenga agujeros. A mí unos guiñapos me bastan. Toda esa bendicion de Dios debe recaer sobre mi hija, á qué quieres, boca.

FERNANDO. — ¡Oh!... calla, calla.

MILLER. — (*Siempre entusiasmado.*) Aprenderá el frances á la perfeccion, á cantar, á bailar el minué; pero de modo que se hablará de ella en los periódicos. Gastará gorro como la hija del consejero, y una falda con cola, como dicen, y ha de hablarse de la hija del músico en cuatro leguas á la redonda.

FERNANDO. — (*Le coge la mano, vivamente agitado.*) Cállate, cállate por Dios vivo; cállate por hoy siquiera. Es lo único que te pido en recompensa.

ESCENA VI.

LUISA con la limonada. — Dichos.

LUISA. — (*Con los ojos encendidos de llorar, y con voz temblorosa, ofrece al Mayor el vaso de limonada en un plato.*) V. dirá si le parece demasiado cargada.

FERNANDO. — (*Toma el vaso, lo deja y se vuelve hácia Miller.*) ¡Ah!... Ya casi lo habia olvidado. Perdone V., Miller, si me atrevo á pedirle una cosa. ¿Quiere V. hacerme un pequeño favor?

MILLER. — Mil que sean... ¿Qué quiere V.?

FERNANDO. — Me estarán aguardando para comer y por desgracia no me siento muy bien; me es imposible ver á nadie. ¿Quiere V. llegarse á casa de mi padre, y excusarme?

LUISA. — (*Asustada, interrumpiéndole.*) Puedo ir yo.

MILLER. — Será necesario ver al Presidente, ¿verdad?

FERNANDO. — A él en persona, no. Puede V. dar el recado á un ayuda de cámara. Ahí está mi reloj como en prueba de que va V. de mi parte... A la vuelta estaré todavía aquí... Aguarde V. la contestacion.

LUISA. — (*Con viva inquietud.*) ¿Y no puedo encargarme yo de todo eso?

FERNANDO. — (*A Miller que se dispone á salir.*) Oiga V. una palabra. Tome V. esa carta para mi padre que me dieron esta noche, cerrada como está... Negocios urgentes sin duda. Al mismo tiempo la entrega V.

MILLER. — Está bien, Baron.

LUISA. — (*Se coge á él con la mayor ansiedad.*) Pero, padre mio, si yo puedo encargarme de todo eso...

MILLER. — ¡Sola, hija mia, con una noche tan oscura! (*Se va.*)

FERNANDO. — Alumbra á tu padre. (*Mientras Luisa acompaña á Miller alumbrándole, se acerca él á la mesa y echa un veneno en la limonada.*) Sí, fuerza es que muera; fuerza es. Hasta las celestes potestades parecen hacerme señas de que la mate. Lo quiere la venganza del cielo... Su ángel bueno la abandona.

ESCENA VII.

FERNANDO y LUISA.

(Luisa vuelve con paso lento, deja la luz encima de la mesa, se sienta en extremo opuesto al Mayor, cabizbaja, y mirándole de vez en cuando con cierta timidez. Él permanece en pié al otro lado, fija la vista en el aire. Larga pausa.)

LUISA. — ¿Quiere V. acompañarme, señor Walter?... voy á tocar un poco el piano. (*Le abre. Fernando no contesta. Pausa.*) Me debe V. una partida de desquite al ajedrez. ¿Quiere V. jugarla, señor Walter? (*Nueva pausa.*) ¿Sabe V., señor Walter, que he empezado ya á bordar para V. la cartera que le prometí? ¿Quiere V. ver el dibujo? (*Nueva pausa.*) ¡Ah, qué desgraciadá soy!

FERNANDO. — (*Irónicamente.*) Puede ser.

LUISA. — No es culpa mia, señor Walter, si sostengo tan mal la conversacion.

FERNANDO. — (*Aparte, con amarga sonrisa.*) ¡Y qué puedes hacer ¡infeliz! con mi extremada reserva!

LUISA. — Ya sabia yo que no congeniaríamos más. Por eso me asusté, lo confieso, cuando hizo V. salir á padre. Me parece que ese momento ha de sernos insoportable á ambos, y si V. lo permite, iré á buscar algunos amigos mios...

FERNANDO. — Sí, hazlo. Yo iré tambien por algunas amigas.

LUISA. — (*Mirándole confusa.*) ¡ Señor Walter !

FERNANDO — (*En tono sarcástico.*) Por mi honor, que me parece esta la más ingeniosa salida que pueda ocurrírsele á nadie en semejante situacion. Tomaremos á risa esa entrevista, y divertiremos las penas del amor con algunas galanterías.

LUISA. — Parece que está V. de buen humor, señor Walter.

FERNANDO.—¡ Y tanto !... Capaz soy de divertir hasta á los chicuelos de la calle. Dígote, Luisa, que tu ejemplo me sirve de leccion. Has de ser mi institutriz. ¿ Qué locos, verdad, los que hablan de amor eterno ?... ¡Pues digo !... La eterna uniformidad repugna. En el variar está el gusto. Daca esa mano, Luisa ; soy de los tuyos. Eche cada cual por su lado, y corramos de aventura en aventura, rodando por el cieno. ¿ Quién me dice que no recobre en algun burdel la tranquilidad perdida ? Mira, quizá despues de nuestras calaveradas, volveremos á vernos tan campantes. Estaremos hechos unos esqueletos, eso sí, pero hemos de reconocernos, como en las comedias, por el pelaje, que no puede negar ningun individuo de la caterva. Verás cómo vamos á averiguar entonces que de la infamia y el hastío resulta cierto bienestar, cierta armonía, que en vano intenta lograr la mayor ternura.

LUISA. — ¡ Ah mancebo !... Te abruma la desgracia, y ¿ quieres ahora empeñarte en merecerla ?

FERNANDO.—(*Colérico, murmura entre dientes.*) ¿Quién te dijo que sea desgraciado ? Porque lo que es tú, eres muy mala para sentir una emocion... ¿ cómo puedes hablar de la ajena ? ¿ Desgraciado, dices ? Esta sola palabra podria resucitar mi furor en la misma tumba. ¡ Pues no sabia que habia de ser desgraciado !... ¡ Mil rayos ! Lo sabia y me hace traicion... Ves, serpiente... esto era lo único que podia salvarte... Tú misma pronuncias tu sentencia. Hasta ahora pudiste salir ilesa,

atribuyendo tu crimen á la ignorancia; por mi desprecio, casi escapabas á mi venganza. (*Coge el vaso con viveza.*) Así, no fué tanta tu ligereza... no fuiste tan tonta... eres un demonio. (*Bebe.*) Esta limonada está sosa como tu alma. Pruébala.

LUISA. — ¡ Oh cielos ! No sin razon temia esta escena.

FERNANDO. — (*En tono imperioso.*) Pruébala. (*Luisa coge el vaso con pesar y bebe. Apenas lo lleva á los labios, Fernando palidece y corre de súbito á refugiarse en el fondo del aposento.*)

LUISA. — Pues está buena.

FERNANDO. — (*Sin volverse y estremeciéndose.*) Que aproveche.

LUISA. — (*Deja el vaso encima de la mesa.*) ¡ Ah !... si supiera V., Walter, cuán cruelmente me insulta.

FERNANDO. — ¡ Hum !

LUISA. — Tiempo vendrá, Walter...

FERNANDO. — (*Acercándose.*) ¡ Oh ! nada tenemos que hacer ya con el tiempo.

LUISA.— ...En que la noche de hoy pesará sobre su corazon.

FERNANDO. — (*Empieza á pasearse á grandes pasos y con viva inquietud. Se quita la banda y la espada y las echa al suelo.*) ¡ Adios, servicio de la corte !

LUISA. — ¡ Dios mio !... ¿ Se siente V. indispuesto ?

FERNANDO. — Tengo calor... y una opresion... Quiero ponerme á mis anchas.

LUISA. — Beba V., beba V.; esa bebida le refrescará un poco.

FERNANDO. — Verdad... Y tiene buen corazon la perdida. Todas son así.

LUISA. — (*Echándose en sus brazos con amor.*) ¡ Hablar así á tu Luisa, Fernando !

FERNANDO. — (*Rechazándola.*) Aparta, aparta; lejos de mí tus hechiceros ojos... Sucumbo... Ven revesti-

da de tu monstruoso horror, ¡serpiente!... arrójate sobre mí... ¡reptil!... Despliega á mis ojos tus repugnantes anillos; yergue tu cabeza... Muéstrate tan horrible como fuiste al vomitarte el abismo... Que no te vea al menos convertida en ángel... en ángel... ¡Es tarde!... Ahora, fuerza será aplastarte como una víbora... ó la desesperacion... ¡Por piedad!

LUISA.—¡Oh!... ¡Haber llegado á tal extremo!

FERNANDO.—(*Mirándola de soslayo.*) Que esta hermosa obra del Supremo Artista... ¡quién lo hubiera creido!... ¡quién debia creerlo!... (*Le coge la mano, y la eleva al cielo.*) ¡Oh Dios mio!... no quiero preguntarlo... pero ¿por qué tal veneno en tan bello vaso?... ¿Cómo puede mostrarse el vicio con esa dulzura celestial?... ¡Oh!... Es raro.

LUISA.—(*Aparte.*) ¡Oir eso, y verse forzada á callar!

FERNANDO.—¡Y esta voz tan dulce y melodiosa!... ¡Cómo las rotas cuerdas producen tan puro sonido! (*Contemplándola con amor.*) Tan bella, tan proporcionada, tan divinamente perfecta!... ¡Obra de Dios, en un hora propicia!... Diríase que el mundo sólo habia sido creado para que Dios acabara esa obra maestra. ¡Y sólo habia de errar en el alma que le diera! ¿Podia dejar sin defecto esta maravilla? Quizá advertido de que el cincel habia producido un ángel, se apresuró á darle un corazon tanto peor.

LUISA.—¡Criminal obstinacion! Antes que confesar su culpa, se atreve con el cielo.

FERNANDO.—(*Echándose llorando en los brazos de Luisa.*) Luisa, por última vez, por última vez, como el dia de nuestro primer beso, cuando balbuceaste el nombre de Fernando, y tus labios encendidos dijéronme por vez primera:... tú... ¡oh, parecióme que aquel instante encerraba el gérmen de un gozo inefable, infinito, como el capullo, la flor. La eternidad se extendia sobre nuestras cabezas, cual hermoso dia de mayo; como



Envenenamiento de Luisa Miller.

amantes esposos, millones de años, risueños, dorados, se deslizaban á nuestra vista... Entonces ¡cuán feliz era! ¡Oh Luisa, Luisa, Luisa! ¿Por qué has obrado así conmigo?

LUISA.—No llore V., Walter, no llore V. Ese dolor seria más justo que el arrebato.

FERNANDO.—Te engañas. Estas no son lágrimas; no el cálido y delicioso rocío que fluye como un bálsamo sobre las heridas del alma, y renueva la sensibilidad... mis lágrimas, frias y solitarias, son el terrible, el eterno adios á mi amor. (*Con espantosa solemnidad y dejando caer la mano sobre la cabeza de Luisa.*) ¡Llanto que vierto por tu alma, Luisa; por Dios mismo, cuya bondad infinita erró esta vez y pierde la más bella de sus obras! ¡Oh!... Parece como que la creacion entera debiera cubrirse de duelo y turbarse con lo que pasa. Espectáculo comun ver cómo sucumben los hombres y pierden su alma; mas cuando la peste diezma á los mismos ángeles del cielo, es fuerza que la naturaleza entera suelte un grito de consternacion.

LUISA.—Walter, ¡por Dios, no extreme V. las cosas! Me siento con fuerzas como la que más, mas sólo para soportar una prueba humana... Dos palabras y separémonos. Horrible suerte introdujo cierta confusion en el lenguaje de V. Si pudiera hablar, Walter, podria decirte cosas... podria... Pero la suerte cruel ata mi lengua y mi amor, y me veo obligada á dejarme tratar por tí como una perdida.

FERNANDO.—¿Te sientes bien, Luisa?

LUISA.—¿A qué esa pregunta?

FERNANDO.—Porque sentiria por tí, que te fueras de ese mundo con la mentira en los labios.

LUISA.—Por Dios le ruego... Walter.

FERNANDO.—(*Víctima de violenta agitacion.*) No, no; esta venganza seria demasiado satánica; no, Dios me libre de ello. No quiero extremar la venganza más allá

de la tumba. Luisa, ¿has amado al Mariscal? Mira que no saldrás de esta sala.

LUISA.—Pregunte V. cuanto se le antoje; yo no he de contestar una palabra. (*Se sienta.*)

FERNANDO.—Piensa en tu alma, Luisa... ¿has amado al Mariscal? Mira que no saldrás de esta sala.

LUISA.—No diré una palabra.

FERNANDO.—(*Se arroja á sus piés vivamente conmovido.*) Luisa, ¿has amado al Mariscal?... Antes que se extinga esta luz, habrás comparecido ante Dios.

LUISA.—(*Levantándose con espanto.*) ¡Jesus mio!... ¿Qué es?... ¡Ah! ¡Qué mal me siento! (*Cae sobre la silla.*)

FERNANDO.—Ya... ¡Oh mujeres, eterno enigma! Vuestros frágiles miembros soportan el crimen que devora á la humanidad en sus raíces, y un miserable grano de arsénico os derriba al suelo.

LUISA.—¡El veneno!... ¡el veneno!... ¡Dios mio!

FERNANDO.—Temo que sí. Tu vaso de limon fué sazonado en el infierno. Con beberlo, bebiste la muerte.

LUISA.—¡La muerte! ¡la muerte!... ¡Dios de misericordia!... Estaba envenenado el vaso... la muerte... ¡Ten piedad de mi alma, Dios mio!

FERNANDO.—Eso es lo esencial. Tambien yo se lo pido.

LUISA.—Y mi madre... mi padre... ¡Salvador del mundo!... Mi pobre padre perdido... ¿No hay salvacion?... ¡Tan jóven y no hay salvacion, y será forzoso partir!

FERNANDO.—No hay salvacion. Es forzoso partir. Pero tranquilízate, pues haremos el viaje juntos.

LUISA.—¿Tú tambien, Fernando? ¿Te has envenenado, Fernando... por tu propia mano? ¡Oh Dios, perdónale... Dios de clemencia, libértale de ese pecado!

FERNANDO.—Cuida de arreglar tus cuentas con Dios... me temo que no se hallen en muy buen estado.

LUISA.—¡Fernando!... ¡Fernando!... Ahora ya no puedo callarme... La muerte... la muerte rompe todo juramento... Fernando... No existe criatura más desgraciada que tú en el mundo... Muero inocente, Fernando.

FERNANDO.—(*Con espanto.*) ¿Qué dice?... En tan supremo instante no se miente.

LUISA.—Yo no miento nunca, no miento nunca. Sólo he mentido una vez en mi vida... ¡Ah! siento cundir por mis venas frio glacial... Cuando escribí la carta al señor...

FERNANDO.—¡Ah! ¡la carta!... Dios sea alabado. Recobro toda mi firmeza.

LUISA.—(*Se le entorpece la lengua, y se le envaran los dedos.*) Esta carta... Prepárate á oir una abominable palabra... Escribió mi mano lo que reprobaba mi corazon... tu padre la dictó. (*Fernando, inmóvil y como petrificado, tras breve pausa, cae de golpe como herido del rayo.*) ¡Oh deplorable error!... Fernando... Violentaron mi voluntad... tu Luisa hubiera preferido la muerte... pero mi padre... el peligro... obraron con traicion.

FERNANDO.—(*Con acento terrible.*) ¡Gracias, Dios mio!... No siento aún el efecto del veneno.

(*Tira de la espada.*)

LUISA.—(*Flaqueando cada vez más.*) ¡Oh desdicha! ¿Qué pretendes hacer? Es tu padre.

FERNANDO.—(*En un acceso de rabia.*) ¡Asesino, y padre de un asesino! Es fuerza que sea de la partida, para que Dios castigue sólo al culpable.

(*Hace que se va.*)

LUISA.—¡Dios moribundo perdonó!... ¡Perdon por tí y por él! (*Muere.*)

FERNANDO.—(*Se vuelve, repara en su último movimiento, y cae de rodillas delante de ella.*) Detente, detente... ¡No me huyas, ángel del cielo! (*Coge su mano*

y la deja caer.) ¡Fria, fria y húmeda... Voló su alma. (*Se levanta.*) Dios de mi Luisa... perdon, perdon por el más insensato asesino... Esta fué su última plegaria. ¡Qué hermosa y hechicera! La muerte enternecida respetó su adorado rostro. ¡Ah!... No era una máscara su dulzura, pues subsiste despues de muerta. (*Pausa.*) ¿Pero cómo?... ¿Por qué no siento nada? Tal vez me salve la fuerza de mi juventud. ¡Oh pena inútil!... No es esto lo que quiero. (*Coge el vaso.*)

ESCENA ÚLTIMA.

FERNANDO, el PRESIDENTE, WURM y algunos criados se precipitan en la sala con espanto seguidos de MILLER, pueblo y alguaciles que se quedan en el fondo.

EL PRESIDENTE. — (*Con la carta de Fernando en la mano.*) ¿Qué significa esto, hijo mio?... Jamás creyera...

FERNANDO. — (*Arrojando el vaso á sus piés.*) Pues mira. ¡Asesino!

EL PRESIDENTE. — (*Tambaleándose. Los demas, espantados. Terrible silencio.*) ¡Hijo mio! ¿Por qué has hecho esto?

FERNANDO. — (*Sin mirarle.*) Sí; realmente. Debia preguntar antes al hombre de Estado, si el golpe se conformaba con sus designios. La cábala que habia de romper los lazos de nuestros corazones, por medio de los celos, estaba admirablemente urdida, lo confieso. ¡Calculado por quien lo entiende! Lástima que el amor enfurecido no obedece á tales resortes, como un maniquí.

EL PRESIDENTE. — (*Mirando á los que le rodean.*) ¿No habrá quien llore por un padre sin consuelo?

MILLER. — (*Dentro.*) ¡Dejadme entrar! ¡Por Dios!... dejadme!

FERNANDO. — Esta muchacha es una santa... otro debe quejarse por ella. (*Abre la puerta á Miller, que entra con el pueblo y la policía.*)

MILLER. — (*Con horrible angustia.*) ¡Hija mia! ¡hija mia! Envenenada... dicen... ¡Has sido arrebatada! Hija, ¿dónde estás?

FERNANDO. — (*Le lleva entre el cadaver de Luisa y el Presidente.*) — Yo soy inocente. Agradécelo á éste.

MILLER. — (*Cayendo al suelo.*) ¡Jesus!

FERNANDO. — Sólo te diré breves palabras, padre, que ya empiezan á valer algo para mí. Mi vida me ha sido pérfidamente robada, y robada por tí. ¿Cómo me presentaré ante el tribunal de Dios? Tiemblo de ello. Y sin embargo, yo no he sido nunca un miserable. Sea la que fuere mi sentencia, no recaiga, por Dios, sobre ella sola... Pero he cometido un asesinato, (*con terrible acento*) un asesinato, del que tú no querrás que responda yo solo ante el Juez Supremo. Echo solemnemente sobre tí la mayor y más espantosa parte de culpa. Cuida tú de justificarte á tu modo. (*Llevándole junto á Luisa.*) ¡Bárbaro!... goza del fruto de tu habilidad. La muerte ha escrito tu nombre sobre este rostro, y el ángel exterminador lo leerá en él. Así turbe tu sueño y tire las cortinas de tu alcoba, cuando duermas, vision parecida á esta mujer. Así se te aparezca cuando espires y disipe en tus labios tu última plegaria! Así la veas junto á la tumba cuando resucites, y junto á Dios cuando vaya á juzgarte! (*Se desmaya: los criados le sostienen.*)

EL PRESIDENTE. — (*Con violenta emocion elevando las manos al cielo.*) ¡Oh Dios mio!... no me pidas cuentas de estas almas á mí, no... no á mí, sino á este hombre. (*Señalando á Wurm.*)

WURM. — ¿A mí?

El Presidente. — A tí, maldito, á tí, Satanás... Tú me diste este endiablado consejo... tú debes responder de él. Yo me lavo las manos.

Wurm. — ¿Yo? (*Con risa espantosa.*) Pues está gracioso, está gracioso. Ahora averiguo cómo se agradecen los favores entre los condenados... ¿Yo?... ¡Imbécil!... ¡canalla!... ¿Era por ventura mi hijo?... ¿Era yo tu amo?... ¿Yo debo responder? Por este cadaver que hiela la sangre, juro que acepto esta responsabilidad. Quiero perderme, pero te perderás conmigo. ¡Vamos allá! Vé gritando por las calles ¡al asesino! y despierta á la justicia. Aquí, alguaciles... Atadme y llevadme fuera; voy á denunciar secretos que erizarán los cabellos de quien los oiga. (*Intenta irse.*)

El Presidente. — (*Deteniéndole.*) No lo harás ¡insensato!

Wurm. — (*Golpeándole la espalda.*) ¡Vaya si lo haré!... camarada... ¡vaya si lo haré! Soy loco... es verdad... pero á tí lo debo... voy á obrar como loco. Vamos cogiditos del brazo al cadalso, al infierno. ¡Cuánto me lisonjea condenarme contigo! (*Se lo llevan.*)

Miller. — (*Que durante esta escena habrá permanecido con la cabeza apoyada en el seno de Luisa, absorto en su mudo dolor, se levanta rápidamente y arroja la bolsa á los piés del Mayor.*) ¡Envenenador!... Guarda tu dinero maldito: ¿querias asi comprarme mi hija? (*Se va precipitadamente.*)

Fernando. — (*Sollozando.*) Seguidle; está desesperado; devolvedle ese dinero, precio de mi gratitud. ¡Luisa! ¡Luisa!... voy... ¡Adios!... Déjame espirar en ese altar.

El Presidente. — (*Volviendo de su estupor.*) ¡Hijo mio!... ¿No volverás tus ojos un instante á un padre desesperado? (*El Mayor estará junto á Luisa.*)

Fernando. — Esta postrer mirada pertenece al Dios de misericordia.

El Presidente. — (*Cae á sus piés víctima de horrible tortura.*) Dios y los hombres me abandonan; ¿no volverás á mi tus ojos para darme un postrer consuelo? (*Fernando le tiende la mano, él se levanta.*) ¡Me ha perdonado! (*A los demas.*) Ahora soy vuestro prisionero. (*Se va seguido de la policía. Cae el telon.*)

INDICE.

—

Páginas

D. Cárlos, infante de España. 1

La Conjuracion de Fiesco.. 179

Cábalas y Amor. 319

Fecha de Devolución	NOMBRE DEL LECTOR
27/9/93	Jaime Peña

004613

832.63
S334d.E
v.2

004613

UNIVERSIDAD DE CHILE

BIBLIOTECA

DEL

INSTITUTO PEDAGOGICO

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA, HDES. Y EDUCACION
BIBLIOTECA SALAS

UNIVERSIDAD DE CHILE
3560100137492 9